



TIERRA INCÓGNITA

# Por el Oriente ecuatoriano

Marcial Yáñez *sdb*





“

Por lo menos, para vencer las montañas de los Andes llenas de peligros; para internarse en las enmarañadas selvas orientales, verdaderos cubiles de serpientes y de fieras, ¿no eran menester numerosos y escogidos compañeros, armas de precisión, confortantes selectos y abundante munición de boca? Todo esto habría venido a llenar una importante necesidad, todo habría sido acogido como una bendición y a todo se habría extendido un agradecimiento franco y efusivo; pero la fortuna se manifestó ingrata, el hado esquivo. ¿Compañeros? Miguel Jaramillo y el que suscribe. ¿Armas? La de Jaramillo... una máquina fotográfica con algunos objetivos. ¿La mía? Una pluma despuntada. ¿Confortantes? El agua pura y cristalina del camino. ¿Comestibles? La yuca de la huerta indiana. Pero si las dificultades eran graves, la voluntad y el patriotismo lo suplían todo. Y gracias a esa voluntad enérgica que nos acompañó desde el principio, sin haber sufrido ni por un momento los accidentes o fluctuaciones del desmayo, se llevó a cabo el recorrido que ahora nos sorprende, y que justamente se ha hecho acreedor a los detalles de la pluma, a los coloridos del pincel”.

Marcial Yáñez *sdb*

ISBN: 978-9942-09-936-5



*Marcial Yáñez sdb*

# Por el Oriente ecuatoriano

Edición revisada, anotada y prologada por  
Angélica Almeida-Guerrero, José Enrique Juncosa,  
Gabriela Parra y Galo Sarmiento Arévalo

Colección Tierra Incógnita



2024

## Por el Oriente ecuatoriano

Marcial Yáñez *sdb*

1era. edición en Ecuador

© Universidad Politécnica Salesiana  
Av. Turuhuayco 3-69 y Calle Vieja  
Cuenca, Ecuador  
P.B.X. (+593 7) 2050000  
e-mail: publicaciones@ups.edu.ec  
www.ups.edu.ec

CARRERA DE ANTROPOLOGÍA

Grupo de Investigación Misiones y Pueblos Indígenas

Ediciones Abya-Yala

Av. 12 de Octubre N23-116 y Wilson, Bloque A, UPS

Teléfono: (593-2)3962-800 ext. 2638

info@abyayala.org.ec

<http://abyayala.org.ec>

Colección Tierra incógnita

Edición revisada,  
anotada y prologada por:

Angélica Almeida-Guerrero, José Enrique Juncosa,  
Gabriela Parra y Galo Sarmiento Arévalo a partir de la  
edición publicada en 1924 por la Librería Salesiana de  
Sarría (Barcelona, N° 363-4 de las Lecturas Católicas)

ISBN UPS: 978-9978-10-876-5

ISBN UPS digital: 978-9978-10-878-9

ISBN Abya-Yala: 978-9942-09-936-5

ISBN digital Abya-Yala: 978-9942-09-942-6

DOI: <https://doi.org/10.17163/abyaups.43>

Diseño,  
diagramación  
e impresión: Ediciones Abya-Yala  
Quito, Ecuador

Foto portada: Freepik  
Tiraje: 300 ejemplares

Impreso en Quito-Ecuador, febrero de 2024





# Índice

## Prefacio

**Contextos significativos de la obra *Por el Oriente ecuatoriano* del  
P. Marcial Yáñez sdb (1924). Estudio introductorio**  
*ANGÉLICA ALMEIDA-GUERRERO / JOSÉ ENRIQUE JUNCOSA / GABRIELA PARRA*  
*GALO SARMIENTO*

I. La obra en el contexto editorial y misionero salesiano (1920-1930).

Perfil del autor

*ANGÉLICA ALMEIDA*

II. Contexto social: el Orientalismo.

Aspectos discursivos de la obra e información etnográfica

*JOSÉ ENRIQUE JUNCOSA*

III. Miguel Jaramillo y su fotografía: protagonistas inesperados de la excursión

*GABRIELA PARRA*

IV. Notas históricas. El itinerario del P. Marcial Yáñez en la ruta de Pío Jaramillo  
Alvarado y Carlos Aguilar Vázques

*GALO SARMIENTO ARÉVALO*

Bibliografía

## Por el Oriente ecuatoriano

Preliminares

Aspecto general de la República del Ecuador

*Posición astronómica*

Salida de Guayaquil

Chunchi

*Flora*

*Agricultura*

*Posición topográfica, población e industria*

*El paso de la cordillera*

Cañar

Azogues

Cuenca

*Visita a la ciudad*

*Templos*

*Industrias*

*Agricultura*

*Árboles forestales*

*Conclusión*

*En marcha*

Sígsig

El Matanga

*Dificultades del camino. Empieza la floresta*

Granadillas

El Rosario

*Población. Cultivos*

El Cután

Gualaquiza

*Posición topográfica. Altura barométrica. Temperatura. La colonia. Reminiscencias*

Una tarde entre salvajes

Preliminares de una excursión al Zamora

*La hora de la partida. A orillas del Bomboiza con la familia de Pujupat.*

*El paso del río*

En la jibaría de Gindachi

*Cualidades de Gindachi. La chicha jíbara. Elocuentes discursos en la selva.*

*Bautizos y padrinzagos. ¡Las lágrimas de Gindachi! .*

Aprietos de una curación

*Compromiso aceptado. Sistema curativo. Luchas importantes. La cabeza de Taijanta requerida. Plan burlado. Taijanta huye de sus enemigos*

Horas de desengaño. Chupi nos pone en berlina

*Psicología del salvaje. Oportunista y ambicioso. Horas de insomnio.*

*Promesas y nada más que promesas*

El Zamora

*Los encantos de un río. Las llanuras del Zamora. Parques del Oriente.*

*La jibaría de Atamainda. Reflexiones y consecuencias*

Cacería de saínos a orillas del Zamora

*Navegación en el Zamora. Encuentro de Jíbaros. Se combina una cacería de saínos.*

*La escopeta de los excursionistas no da fuego. Ganancias y pérdidas.*

*Nantipa es un genio.*

Regreso a Gualaquiza

*El camino de Proveduría. La cuesta de Copiambiza. En la jibaría de Utita*

Una venganza de Utita

*La venganza el hogar convertido en hoguera de odios entre las tribus. La superstición entre salvajes. Muerte casual, atribuida a maleficios. La venganza en acción*

Despedida de Gualaquiza

*Emociones que duran. Finezas y más finezas. Los compañeros de viaje*

Caragraz

*Brindis en la selva. Cacería de pavas. Horrorosa tempestad Contratiempos subsanados. Sentida despedida de los jíbaros, nuestros guías y amigos*

En plena selva

*Perdidos en el bosque. Empieza el malhumor. Se descubre un compromiso. Arenga a la comitiva. Indicios de poblado. Júbilo que no tiene límites*

El río Indanza

*Origen y curso del río. La dificultad del paso. Un gesto de Jaramillo vence el obstáculo*

Indanza

*La comarca. Posición topográfica. Temperatura. Productos.*

*La Misión Salesiana*

Yunganza

*Buena posada. Pensamientos que inspiran. El paso del río produce un baño.*

*Atenciones de los colonos*

Yungangosa

*Dificultades del camino. Indicios de tempestad. La caza del colibrí*

Ucumas

*La falta de carne es motivo de quejas. Confianza de Bautista. Zapotes en el camino.*

*Curiosas industrias para la caza de un oso. Oportuno mensaje a los amigos*

Chupianza

*La monotonía del bosque. Declamación al sol. En casa del jíbaro Ayuyo.*

*Diálogo sostenido. Reflexiones*

El Chupianza

*Su comarca. Llegada a Méndez*

La Parroquia de Santiago de Méndez

*La antigua Logroño. Motivos que tuvieron los españoles para fundarla allí. El Namangosa, o Paute, arrastra oro*

La Misión Salesiana

*El P. Corbellini y la colonia. La Autoridad Civil, garantía de los subordinados. Temperatura. Productos. Las esperanzas del porvenir*

En camino. Yurupasa

*Un cuasi pueblo de salvajes. Facilidad de la posada y de elemento. Bellísimo panorama. Un puente colgante en el Tutanangosa*

El Upano. Su comarca

*Los colonos del Upano. Condición de las propiedades. Productos que se cultivan*

¡Macas!

Excursión a la confluencia del Upano con el Namangosa ya formado éste con el Chupianza

Fin de la excursión. Regreso a Guayaquil. El camino de Méndez

## Índice de imágenes

**Imagen 1.** Retrato de Miguel Jaramillo

**Imagen 2.** Grupo de retratos producidos por el estudio fotográfico de Miguel Jaramillo

**Imagen 3.** Contraportada original de la obra Por el Oriente ecuatoriano

**Imagen 4.** Personal en formación para las misiones

**Imagen 5.** Las doce del día en el camino

**Imagen 6.** Chuigüinda. Paisaje

**Imagen 7.** Cascada de Chigüinda

**Imagen 8.** Parroquia El Rosario

**Imagen 9.** Casa de la Misión de Gualaquiza

**Imagen 10.** P. Julio Martínez, misionero de Gualaquiza

**Imagen 11.** Colonos y hacendados Gualaquiza

- Imagen 12.** Bellavista. Hacienda de los señores Balarezo y Merchán
- Imagen 13.** Pesca jíbara en el río Yumasa
- Imagen 14.** Ulifa y sus guerreros
- Imagen 15.** Timaza y sus hijos
- Imagen 16.** A orillas del Bomboiza, cerca de la casa de Gore Pujubat
- Imagen 17.** De excursión apostólica
- Imagen 18.** El misionero atravesando el río Bomboiza
- Imagen 19.** A orillas del Zamora
- Imagen 20.** El río Zamora
- Imagen 21.** Bosco y su familia
- Imagen 22.** Río Indanza
- Imagen 23.** P. Juan Bohne, misionero de Indanza
- Imagen 24.** Confluencia del Chupianza con el Namangosa
- Imagen 25.** Casa jívara
- Imagen 26.** Casa del jíbaro Tandú en Yumbrosa
- Imagen 27.** A orillas del Chupianza
- Imagen 28.** Preparando una huerta en Méndez
- Imagen 29.** Rdo. P. Telésforo Corbellini, Misionero de Méndez
- Imagen 30.** Misión de Méndez y su colonia
- Imagen 31.** Colonos de Tutanangosa
- Imagen 32.** Guarecidos en la cueva del Upano durante la tempestad
- Imagen 33.** Ganado de Macas
- Imagen 34.** Cumpliendo con el precepto, en Macas
- Imagen 35.** Entierro en Macas
- Imagen 36.** Población de Macas
- Imagen 37.** Rdo. P. Matías Buil, Cura párroco de “El Pan”

# Agradecimiento

Al P. Juan Cárdenas, Rector de la Universidad Politécnica Salesiana, por el apoyo institucional.

A la familia del P. Marcial Yáñez, en la persona de Germán Luciano Yáñez Burbano, por la iniciativa de publicación y acompañamiento constante.

Al P. Juan Flores sdb, Director del Archivo Histórico Salesiano de Quito, y a su personal por el aporte de documentación valiosa que hizo posible la presente edición crítica.

Al Dr. Paco Noriega, de la Universidad Politécnica Salesiana, por la revisión de los términos botánicos.

## Nota editorial



La revisión de los nombres shuar sigue la ortografía del original por añadir información lingüística sobre la manera en que el español de los colonos traducía fonéticamente el léxico shuar y, a pie de página, se registra la escritura shuar vigente de los nombres. La revisión de los nombres botánicos ha sido realizada por el Dr. Paco Noriega, de la Universidad Politécnica Salesiana. Las fotografías fueron reubicadas según el orden cronológico de la excursión.

Las notas añadidas (*Nota de los editores*) proporcionan información adicional sobre misioneros, colonos y personajes históricos mencionados a la vez que amplían referencias y fuentes del autor, entre otras funciones.

Las fotografías han sido tomadas de un ejemplar impreso en 1924 por lo cual la calidad de impresión es baja. No obstante su reproducción es importante por el valor histórico de su contenido.



# Prefacio

## **Del autor**

El Padre Marcial Yáñez nace en San Miguel de Bolívar, Ecuador, el 24 de agosto de 1875, hijo de Manuel Yáñez y de Emperatriz Alarcón. Su padre, un hombre de carácter rígido que gustaba de usar sombrero de copa y bastón, inculcó en sus hijos desde niños el amor por las letras; su madre sería quien le motivaría hacia su vocación. La familia era sencilla, dedicaba sus quehaceres entre la educación y el campo. Marcial compartía con su hermano Segundo, el gusto por la lectura y las expediciones en tiempo de juventud.

San Miguel es un pequeño poblado de la provincia de Bolívar, un lugar muy pintoresco rodeado de paisajes irregulares y coloridos sembríos, casi siempre acompañados por el coloso nevado Chimborazo. La población, en gran parte indígena, se dedica a la agricultura, la pobreza era un denominador común. Esto haría que el joven Marcial se decidiera por la carrera del sacerdocio, ingresando en el colegio Salesiano en Quito. Se ordenó como sacerdote en diciembre de 1901 por Monseñor Santiago Costamagna, famoso por sus obras misionales y musicales y cercano a San Juan Bosco.

El Padre Marcial Yáñez fue principal artífice de la fundación de la casa Salesiana de Rocafuerte en la provincia de Manabí, autor de numerosas obras científicas y literarias, de las que el tiempo ha logrado perderles pista, fue colaborador de algunas publicaciones en el *Boletín Salesiano*.



## Directores de las Casas Salesianas del Ecuador

*RR.PP Antonio Gardini, Telmo Andrade, Marcial Yáñez y Juan Volpi. Parados en la fila del medio: Rvdos. Padres Tomás Pla, José Broll, Santiago Stahl, Juan Bohne, Eusebio de Angeli, Francisco Torka, Corando Dardé y Juan Vigna. De la izquierda a la derecha sentados: Muy Rvdos. Padres Salvador Duroni, Alvino del Curto, Pablo Montaldo (Inspector), Pedro Gialorenzo y Afro Capelli.*



*Por el Oriente ecuatoriano* fue escrita luego de su excursión para llegar hasta las misiones Salesianas de Gualaquiza, Santiago de Méndez e Indanza. El viaje inicia en febrero de 1921 y tomaría tres meses. Salen desde Guayaquil, toman el tren en Durán hasta la primera estación de Chanchán, continúan luego a Chunchi a lomo de caballo y ya en la selva, a pie.

Días antes de su muerte recibió la visita de Monseñor Domingo Comín quien le dio su bendición paternal. El Padre Marcial Yáñez muere a los 68 años de edad, un 11 de julio de 1943 en Guayaquil, siendo Director de la Casa Salesiana Cristóbal Colón de esta ciudad, a su despedida asistieron multitud de personas de todas las clases

sociales, así como innumerables alumnos a quienes dedicó parte de su vida, Monseñor José Félix Heredia ofició la misa.

## **De la obra**

Al encontrarme con esta obra, escrita por un sacerdote hace un siglo, supuse encontrar una cantidad de relatos católicos con tintes eclesiásticos y barrocos. Así que empecé a leerla, más por una curiosidad relacionada con el parentesco que por otra cosa. Me pareció que el autor quería poner un tinte informativo a su obra aprovechando su conocimiento en esos temas; al adentrarse cada vez más en su entorno y en las personas que allí habitan, se ve un giro socioemocional, donde su pluma capta con elocuente detalle las características del ser humano que encuentra en su denodado camino, sin dejar de lado la fisonomía del lugar.

Capté enseguida, como lector, este mismo sentimiento. Al pasar cada página uno se va conectando con la aventura, los riesgos de la selva, el patriotismo de la época, dibujado sutilmente en algunos jóvenes que le hicieron compañía durante cada tramo. Las costumbres, personalidad y vivencias de los shuar los mismos que tenían un resquemor a los extraños; todo ello relatado de una manera empática, como solo podría hacer alguien que experimentó de cerca su día a día. También me extrañaba que se llamara “salvajes” a los jíbaros de la selva oriental, pero tras investigar un poco me di cuenta que este término no encierra ningún afán despectivo en la obra sobre todo cuando se utilizaba hace cien años. La etimología de esta palabra remite antropológicamente al latín *silvaticus* (relativo con los bosques o la selva) de donde procede el occitano *sauvage*, que dio lugar al estándar salvaje (persona no civilizada, sin educación) (Diccionario Dialectal Peraléo).

Esta obra también enmarca muchos matices valiosos para el investigador, el historiador, el estudiante, o para el lector que busca adentrarse en las vivencias del entorno y la época, contadas de una manera magistral por su protagonista.

*Germán Luciano Yáñez Burbano*



# Contextos significativos de la obra *Por el Oriente ecuatoriano* del P. Marcial Yáñez *sdb* (1924). Estudio introductorio

Angélica Almeida-Guerrero<sup>1</sup>

José Enrique Juncosa<sup>2</sup>

Gabriela Parra<sup>3</sup>

Galo Sarmiento<sup>4</sup>

- 
- 1 [aalmeida@salesianos.org.ec](mailto:aalmeida@salesianos.org.ec) Bibliotecaria. Editora de la serie “Documentos y fuentes” de la Inspectoría Salesiana Sagrado Corazón de Jesús de Ecuador, Archivo Histórico Salesiano. Participa del Grupo de Investigación Misiones y Pueblos Indígenas, de la Universidad Politécnica Salesiana.
  - 2 [jejuncosa@ups.edu.ec](mailto:jejuncosa@ups.edu.ec) Antropólogo y Dr. en Estudios Culturales Latinoamericanos. Docente e investigador de la Universidad Politécnica Salesiana. Miembro del Grupo de Investigación Misiones y Pueblos Indígenas.
  - 3 [eparrao@est.ups.edu.ec](mailto:eparrao@est.ups.edu.ec) Fotógrafa, investigadora y curadora. Cursa la Carrera de Antropología de la Universidad Politécnica Salesiana.
  - 4 [galosarmiento@hotmail.com](mailto:galosarmiento@hotmail.com) Exalumno salesiano. Maestro en establecimientos fiscomisionales por más de treinta años; fue docente del Instituto Shuar de Bomboiza. Investigador, escritor y conferenciante. Miembro correspondiente de la Academia Nacional de Historia de Ecuador. Miembro del Grupo de Investigación Misiones y Pueblos Indígenas, de la Universidad Politécnica Salesiana.

## I. La obra en el contexto editorial y misionero salesiano (1920-1930). Perfil del autor

Angélica Almeida

*Por el Oriente ecuatoriano* es la memoria de una excursión escrita por el P. Marcial Yáñez Alarcón (1875-1942) publicada por primera y única vez como obra independiente en 1924<sup>5</sup> en la tipografía de la Librería Salesiana de Barcelona de Sarria. Existe una edición posterior seccionada en dos partes insertas en los tomos segundo y tercero de la obra *La Apoteosis de San Juan Bosco en el Ecuador y las Misiones Salesianas (1888-1938)* del P. Elías Brito (1935, pp. 435 ss.; y 1938, p. 351 ss.) el mismo que anuncia “una tercera edición [que] ocupa nuestros auspicios y cuidados” (Brito, 1938, p. 351), la cual no se llevó a cabo.

La excursión tiene lugar entre el 11 de febrero y finales de abril de 1921; inicia en la obra salesiana Cristóbal Colón en canoa hasta Durán, para de allí partir en tren hasta Chanchan y, a caballo, cubrir el trayecto de Chunchi a Cañar, Azogues y Cuenca. Luego de permanecer en esta ciudad, los exploradores se dirigen a Sígsig y, por el paso del Matanga, arriban a Gualaquiza, donde tiene lugar una estancia prolongada con excursiones por el río Bomboiza y Zamora. El itinerario continúa hacia Indanza, Méndez y Macas para regresar por el camino Pan-Méndez a Cuenca y, luego, a Guayaquil. Al parecer, la exploración del P. Marcial Yáñez produjo material adicional que no consta en la publicación, al punto que, el párrafo final promete que “a la presente obra seguirá más tarde, como apéndice, un tratadito sobre la Fauna y Flora del Oriente”, el cual no fue publicado y cuyo rastro se ha perdido. Sabemos, en cam-

---

5 Algunas referencias de Ecuador reportan el año 1925 como fecha de edición. Tal es el caso del periódico *Los Andes*, de Riobamba, cuyo artículo “Un libro interesante que da a conocer el Oriente Ecuatoriano”, del 03/11/1925 (En Brito, Elías. 1938. *Homenaje del Ecuador a Don Bosco Santo. La Obra Salesiana en el Ecuador. Tomo III: La apoteosis de San Juan Bosco en el Ecuador y las Misiones Salesianas: 1888-1938*, p. 351). Seguramente se trata de la misma edición de 1924 cuyos ejemplares fueron difundidos en 1925.

bio, que Miguel Jaramillo, el fotógrafo que acompañó al autor, produjo más fotografías de las publicadas en la obra, como veremos después, y algunas fueron difundidas en periódicos de Guayaquil.

La obra corresponde al número 363-4 (septiembre-octubre de 1924) de la colección *Lecturas Católicas* que para entonces exhibía una trayectoria de 30 años en habla hispana. Se trató de una iniciativa editorial de primer orden impulsada por el mismo Don Bosco desde 1853 y a la que atribuyó central importancia para contrarrestar las controversias alimentadas por el clima cultural marcadamente anticatólico y hostil a la iglesia. La difusión de las lecturas católicas fue tal que, según el historiador Arthur J. Lenti, a los tres años de iniciadas habían difundido más de 600 000 ejemplares (Lenti, 2011, p. 181). Su vigencia motivó a que Don Bosco alentara “a sus salesianos a escribir y formó lo que puede llamarse ‘escuela de escritores’ entre sus seguidores” (Lenti, 2011, p. 182). Los criterios editoriales de la colección fueron las siguientes: *a.* Lenguaje sencillo y entretenido dirigido a sectores populares; *b.* Contenido moral y religioso (catequético, apologético y hagiográfico); *c.* Extensión moderada; *e.* Bajo costo. Como veremos, el P. Marcial Yáñez tuvo en mente un lector primario local y específico debido al particular contexto nacional y la situación de las misiones salesianas de su tiempo.

*Por el Oriente ecuatoriano* surge en un periodo de transiciones en la producción editorial salesiana de o sobre las misiones, que tuvieron lugar desde inicios de siglo hasta 1930. La primera es la tendencia a diversificar el formato epistolar y de publicación exclusiva del *Boletín Salesiano*, órgano oficial de carácter mensual que publicaba la casi totalidad de la producción misionera en su sección ‘De nuestras misiones’, tanto en su versión en italiano (producida en Turín) como en castellano (producida en Barcelona); la segunda, consiste en publicar cada vez más en editoriales no salesianas. Creemos que la primera con el carácter de obra completa e independiente del *Boletín Salesiano* fue la del misionero Félix Tallachini (1905), titulada *Katipi. Romance sobre los jíbaros*, publicada en Turín por la Librería Salesiana en la Colección de Lecturas Amenas, seguida por las si-

guientes obras lingüísticas como *Yusna chicham Shuorna chichaman* ('Doctrina' de Dios en lengua shuar), del misionero Julio Martínez, publicada en 1918 por la Escuela Tipográfica de Lima; y la Gramática y Vocabulario Jívoro, de Juan De María, publicada en Quito, 1920, en el *Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos*, en dos volúmenes.

A ellas le sigue la obra del P. Marcial Yáñez (1924); una serie de títulos publicados en Cuenca por iniciativas editoriales locales no salesianas: los capítulos de libro "El Oriente Azuayo", del misionero P. Carlos Crespi; "Etnografía de los Jíbaros", del misionero P. Joaquín Spinelli, ambos en la sección final de la *Monografía del Azuay* (Luis F. Mora y Arquímedes Landázuri, Cuenca, 1926), auspiciada por la empresa local; y, finalmente, la lista se cierra con el *Diccionario de bolsillo del idioma jíbaro* del P. Salvador Duroni, publicado en 1928, también en Cuenca por la Editorial J. M. Astudillo Regalado. La publicación de autores salesianos en editoriales externas muestra la mayor recepción y resonancia del tema misionero especialmente en Cuenca y Guayaquil.

A partir de 1920, la iglesia católica encendió la celebración del Año Jubilar de 1925, que coincide con la conmemoración del Cincuentenario de la primera expedición misionera salesiana a la Patagonia Argentina (1875-1925). Así, los salesianos se suman con doble motivo a la empresa de la Exposición Misional Vaticana (Roma, diciembre de 1924 a enero de 1926),<sup>6</sup> que será replicada en la Exposición Misionera Salesiana (Turín, 1927). Para obtener objetos etnográficos y muestras de fauna y flora, los salesianos envían al P. Carlos Crespi,<sup>7</sup> quien arribó a Ecuador en 1923. Con estos objetos, organizó

---

6 Ver los detalles de la Exposición y la discusión en torno a la representación misionera sobre los shuar, en Chiara Pagnotta. 2018. La Exposición Misional Vaticana de 1925, los misioneros salesianos y la representación del Oriente ecuatoriano. *Procesos: revista ecuatoriana de historia*. 47 (I Semestre, 2018), 58-88.

7 El P. Carlos Crespi Crocci (1891-1982) fue un excelente gestor cultural a favor de las misiones. Ver José E. Juncosa y Luis Álvarez. 2019. Civilización y desarrollo amazónico en el discurso y acción del misionero salesiano Carlos Crespi Coci (1891-1982). En José E. Juncosa y Blas Garzón (coords.), *Mi-*

en 1924, en Guayaquil, la primera exposición misionera de toda la serie e impulsó un clima muy favorable respecto a las misiones (ver Juncosa y Álvarez, 2019, pp. 137-164 y Pagnotta, 2017 y 2018).

Por otra parte, entre 1920 y 1930, el Vicariato Apostólico de Méndez y Gualaquiza atravesaba por una lenta y dificultosa reactivación de la actividad misionera. Para ello, el Vicariato retoma las actividades en Gualaquiza; funda la misión de Indanza (1914) y la de Méndez (1916); inicia la construcción del camino Pan-Méndez (1917), siguiendo hacia el norte el rumbo de la expansión según la visión estratégica y regional imaginada por los misioneros de la primera hora, particularmente por el P. Francisco Mattana y el hermano Jacinto Pancheri.<sup>8</sup> Durante la excursión, realizada en 1921, el P. Marcial Yáñez comprobó las condiciones todavía muy precarias de las misiones; y el año de publicación (1924) coincidió con la fundación de la misión de Macas la cual cerró el ciclo de esta primera expansión hacia el norte.<sup>9</sup>

\*\*\*

¿Qué sabemos del autor? Según Creamer (2012, pp. 610-611) y los datos de su expediente personal que reposan en el Archivo Histórico Salesiano de Quito (AHSQ), el P. Marcial Yáñez Alarcón nació en San Miguel de Bolívar el 24 de agosto de 1875, hijo de Manuel

---

*siones, pueblos indígenas y la conformación de la Región Amazónica. Actores, tensiones y debates actuales.* Quito: Abya-Yala/UPS, pp. 137-164.

- 8 Mattana estaba convencido de que “en Méndez, los jívaros son muy numerosos. Acaso después de no mucho tiempo, fundemos allá un buen Centro de nuestras Misiones” (Carta de Francisco Mattana a Don Rúa, 13 de agosto de 1898. En Bottasso, Juan. 1993. Tomo I, p. 173).
- 9 A partir de los años 40 se fundarán dos misiones cercanas a Macas: Sevilla Don Bosco (1943) y Chiguaza (1954) que completan el eje del Upano. Pero el segundo eje de expansión tendrá lugar a partir de finales de los años 50 en dirección de los denominados ‘shuar del interior’, situados más allá de la cordillera del Kutukú, con la fundación de las misiones de Miazal, Yaupi, Taisha y Santiago. Ver Esvertit Cobes, Natália (2014), Los salesianos en el Vicariato Apostólico de Méndez. En José E. Juncosa *et al.* (coord.), *La presencia salesiana en Ecuador. Perspectivas históricas y sociales.* Quito: Abya-Yala/UPS, pp. 471-512.

Yáñez y Emperatriz Alarcón. Falleció en Guayaquil en 1943. Estudió desde muy niño con los salesianos, en el Protectorado Católico (Quito) gracias a una beca concedida por la autoridad local. Su itinerario religioso inicia con el noviciado, en (La Tola) colegio Don Bosco, y luego en Riobamba, donde cursa sus estudios teológicos desde 1897 a 1901, incluyendo un año de estancia de estudios en Lima. Se ordenó sacerdote en Riobamba el 21 de diciembre de 1901.

Como religioso sacerdote, ejerció cargos educativos, administrativos y pastorales en diversas obras salesianas según la siguiente trayectoria: Casa Filantrópica (Guayaquil, 1901-1903); Asilo Santistevan (Guayaquil, 1903-1908); Escuela de Artes y Oficios de la Tola (Quito, 1909-1912). Luego, regresa al Asilo Santistevan (Guayaquil, 1913-1917) y al Colegio Cristóbal Colón (Guayaquil, 1918 a 1923), obra desde la cual convocará a los miembros de su expedición para emprender el viaje y la posterior redacción de *Por el Oriente ecuatoriano*. Luego, fue personal del Asilo Santistevan al mismo tiempo que ecónomo inspectorial (Guayaquil, 1924-1925). Este periodo coincide con la tarea de promoción misionera del P. Carlos Crespi en Guayaquil que requerirá, de su parte, involucrarse en programas radiales y afiliarse al Comité Orientalista Nacional.<sup>10</sup>

A partir de allí, asume las finanzas del Colegio Santo Tomás Apóstol, de Riobamba, durante los dos años que coinciden con su viaje a Europa (1926-1927) en el que tomó contacto con el entonces Rector Mayor de la Sociedad Salesiana Felipe Rinaldi quien le consultó sobre la posibilidad de fundar una obra en Manabí. Al respecto, P. Marcial Yáñez relata lo siguiente:

Durante los años de 1926 y 27 estuve en Europa, y la Fundación de la casa salesiana en Manabí todavía no se había llevado a cabo, a pesar de los esfuerzos y solicitudes insistentes de los buenos manabitas. El Rvmo. Sr. D. Felipe Rinaldi, entonces Rector Mayor de la Sociedad Salesiana, me llamó un día para informar de algo referente al Ecuador y

---

10 En el Archivo Histórico Salesiano consta un discurso mecanografiado del P. Yáñez, sin título y sin fecha, en el cual se autopresenta como vocal del Comité Orientalista Nacional. El discurso está dirigido a los “radioescuchas”.



en especial, a la nueva fundación de Manabí. En mis conceptos había de todo. Primero le presenté el lado bueno con apreciaciones de momento, y luego el lado laborioso con todas sus circunstancias. Él me escuchó por un cuarto de hora con esa calma y reflexión que distinguen a los santos y a los sabios. Cuando terminé de hablar me dijo: “He aquí un lugar requerido por Don Bosco y apropiado para la Sociedad Salesiana”. (Yáñez, 1935. En Brito, Elías, 1935, p. 229)

Muy pronto, en 1927, se funda en Rocafuerte la primera obra salesiana en Manabí y el P. Marcial Yáñez, luego de asumir diversas funciones en el Instituto Santistevan y en el Colegio Santo Tomás Apóstol de 1928 a 1929, será el segundo Director de la casa de Rocafuerte, cargo que alternó con el de párroco desde 1930 a 1939.

Finalmente, fue director del Instituto San Juan Bosco de La Tola en Quito en 1940, y en 1941 fue nombrado director del colegio Cristóbal Colón de Guayaquil. Fallece en 1943, en Guayaquil.

Su tierra natal le dedicó una escuela que honra su nombre: Centro Educativo Fiscal de Educación Básica Padre Marcial Yáñez, en el Recinto Muñapa, del cantón San Miguel (provincia de Bolívar).

La obra fue bien recibida por la prensa y la sociedad en general. Un extracto de la nota del diario riobambeño *Los Andes* (03/11/1925) la reseñó de la siguiente manera:

Hoy, que se ha despertado el espíritu patriótico y sacudido aquella indiferencia con que ha mirado ese vasto territorio, recomendamos la lectura del libro “Por el Oriente ecuatoriano” que podemos decir es el fiel reflejo de las ideas que hoy se sustentan en los Comités y Juntas pro-Oriente. Conocer la meritoria labor de los salesianos y extasiarnos por un momento en ese conjunto de narraciones y descripciones de la región cautiva, cuyo solo nombre nos hace entrever las riquezas incalculables que encierra en sus misteriosas selvas. (*Lozes*, Riobamba, 3 de noviembre de 1925)

En la comunidad salesiana de su tiempo, generó respeto y prestigio, a tal punto que el P. José Chierzi felicita al autor por, entre otras, la siguiente y muy singular razón:

Lo felicito por el interés que despierta, por la variedad y los amenos recursos que supo hallar para dar al viaje de suyo monótono, un saber de novela.

Sobre todo, le felicito por el equilibrio que ha sabido guardar. Un asunto semejante ofrecía campo a desbordes patrióticos, que Ud., con gusto artístico supo evitar. (En Brito, 1938, p. 351)

## II. Contexto social: el Orientalismo.

### Aspectos discursivos de la obra e información etnográfica

*José Enrique Juncosa*

La década de 1920-1930, en medio de la cual se ubica la obra del P. Marcial Yáñez, cosecha el fervor nacionalista provocado por las tensiones limítrofes con Perú, agravadas desde 1910 por la expectativa de un laudo arbitral desfavorable del Rey de España que, finalmente, nunca tuvo lugar. Al mismo tiempo, tanto la crisis económica general debido a los bajos precios del cacao, como la crisis regional del Austro ecuatoriano atizada por el trazado del ferrocarril Guayaquil-Quito que marginó la región, urgieron el paso de una visión de gestión de población y territorio amazónico basada en la extracción no intensiva de recursos exportables (como el caucho, la canela y la minería artesanal) que no requería de asentamientos estables a otra que implica colonización programada y el consiguiente fomento de la agricultura orientada al mercado interno, explotación petrolera, minería intensiva, implementación de infraestructura y servicios estatales, construcción de caminos e, incluso, vías fluviales y ferrocarriles.<sup>11</sup>

En aquella atmósfera, surgió el *Orientalismo* ('Oriente' designaba a la Amazonía ecuatoriana en general), movimiento de amplia

---

11 Ver el Apéndice de Allioni, Miguel. 1987 [1910]. *La vida del Pueblo Shuar*. Quito: Mundo Shuar, pp. 141-169, el cual diagnostica las posibilidades y obstáculos de la colonización.

capacidad de convocatoria y acción patriótica a nivel nacional que se expresó en asociaciones y juntas urbanas, provinciales, interregionales y nacionales. Una de ellas fue la Sociedad de Orientalistas (fundada en 1912), cuyo fin fue “trabajar... en todo lo que concierne a la ocupación efectiva y al adelanto moral, intelectual y material del Oriente ecuatoriano” (*La Prensa*, 26/02/1912. En Hidalgo Nistri, 2020, p. 351). El *Orientalismo* influyó en la política, la cultura, la historiografía e, incluso, en la educación pues, en 1921, mientras el P. Marcial Yáñez culminaba su excursión, la historia de límites fue declarada asignatura obligatoria para la enseñanza (Cobes, 2001, p. 552).

La versión azuaya del *Orientalismo* imaginó la Amazonía contigua como ‘su colonia’ a la que denominó Oriente Azuayo. Coves señala algunos rasgos distintivos del perfil azuayo del *Orientalismo* respecto al de otras provincias:

... las actividades orientalistas se centraron en la promoción de las misiones salesianas por parte de las élites regionales. La colonización del Azuay también recibió el apoyo de las élites guayaquileñas mediante la creación del Comité Patriótico Orientalista de Señoras (1924), que apoyó a la misión salesiana de Méndez. (Cobes, 2001, p. 564)

El *Orientalismo* local se convocó en la Junta Orientalista fundada en 1916, de marcado tinte eclesial, patriótico y elitista, con su correspondiente Junta Promotora de Colonización de los territorios de Méndez y Gualaquiza cuya principal función fue la de contribuir al sostenimiento de las misiones salesianas.<sup>12</sup> Ciertamente, el ensamblaje del proyecto misionero con el proyecto colonizador del *Orientalismo* azuayo fue tal que el P. Carlos Crespi llegó a definir las misiones en términos de *Misión Salesiana Orientalista* (Regalado, 2014, p. 456). Por su lado, la expresión guayaquileña del *Orientalismo* se tradujo en el decidido apoyo a las misiones salesianas a través del

---

12 Ver las actas de la primera sesión de la Junta Orientalista en Elías Brito. 1938. *Homenaje del Ecuador a Don Bosco Santo. La Obra Salesiana en el Ecuador. Tomo III: La apoteosis de San Juan Bosco en el Ecuador y las Misiones Salesianas: 1888-1938*, página no identificada. Quito: Escuela Tipográfica Salesiana.

Comité Patriótico Orientalista de Señoras, fundado en 1924 por el mismo P. Carlos Crespi. Como sabemos, incluso el P. Marcial Yáñez llegó a ser vocal de un Comité Nacional Orientalista. Ese fue el ambiente que recibió con entusiasmo los ejemplares impresos en Barcelona que arribaron a Ecuador en 1925 y, especialmente, a Guayaquil, cuando su autor se desempeñaba como responsable de las finanzas de la obra salesiana y de las misiones.

\*\*\*

La escritura de *Por el Oriente ecuatoriano* obedece a un género muy amplio y frecuente en el Ecuador de entonces cuya forma más compleja y extensa consiste en la del informe de misión científica u oficial seguida de otras de menor complejidad, en términos de alcance y cobertura, como el diario o relación de exploración, expedición y excursiones. La obra *Por el Oriente ecuatoriano* media entre la relación de una expedición y el relato de una excursión y, de hecho, al inicio de la obra, el P. Marcial Yáñez le atribuye el siguiente título alternativo con que la define: *Excursión al Oriente*. Ejemplos de estos géneros que el autor pudo haber consultado son el *Informe de la misión científica Tufiño-Álvarez* (1912) y *Una excursión a Gualaquiza* (1875), de Luis Cordero.<sup>13</sup>

Si bien la obra rompe con la modalidad epistolar de las relaciones misioneras publicadas en el *Boletín Salesiano*, hereda de ellas las tensiones entre los objetivos de propaganda y los de informar. Además, la obra del P. Marcial Yáñez es literariamente compleja y resultado de un trabajo de composición que alterna bloques discursivos heterogéneos: (i) narraciones de primera mano; (ii) extensas y densas citas, directas o indirectas, sobre datos geográficos, información botánica y de fauna local, técnicas de cultivo y uso de suelos; (iii) discursos patrióticos insertos en escenas ficticias o reales;<sup>14</sup> (iv)

---

13 Ver ambos textos en Hidalgo Nistri. 2020. *Exploraciones orientales. Ciencia y política al encuentro de lo salvaje*. Quito: Pontificia Universidad Católica del Ecuador, pp. 135-214 y 83-116.

14 En la carpeta personal del P. Marcial Yáñez, del Archivo Histórico Salesiano de Quito (AHSQ), pudimos acceder a sus discursos algunos de ellos mecanografiados y otros, redactados con bella caligrafía.

información etnográfica de primera y segunda mano que incluye relatos moralizantes protagonizados por personajes shuar.

De estos bloques nos referiremos al segundo y cuarto por su mayor densidad. Los insertos con información geográfica, botánica y agronómica están conformados por citas —a veces extensas y complejas— revestidas de autoridad científica o técnica, cuyo objetivo consiste en reforzar la posición de los misioneros como proveedores creíbles de conocimientos actuales acordes con los desafíos de la colonización (un guiño al componente positivista del liberalismo) y a tono con las personalidades regionales de alta cultura que conformaban las redes de apoyo orientalistas: literatos, botánicos, empresarios, autoridades gubernamentales y políticos muy informados. Las referencias agronómicas sobre la rotación de cultivos, por ejemplo, refleja el pasaje de la obra Salesiana en Ecuador, a partir de 1920, de la formación casi exclusiva en artes manuales hacia la enseñanza agraria (Regalado, 2014, pp. 454-455).

Los datos etnográficos se despliegan en el escenario de mini-excursiones guiadas a la casa de algún shuar, como la realizada al río Zamora. Estas excursiones obedecen al diseño de un recorrido seguro bajo el control de la misión y ofrece a los visitantes, además de condiciones logísticas, acceso a hogares shuar muy puntuales. En ese escenario, el relato selecciona situaciones críticas o tensas provocadas por interacciones concretas que se prestan para destacar información previa sobre tópicos infaltables como el discurso ceremonial; la manera de producir y consumir la chicha; rituales de curación y el rol de los chamanes; la guerra y la *tsantsa*; detalles sobre la cacería, armas y objetos de cultura material; a los que se suman descripciones etnocéntricas sobre rasgos fenotípicos y aspectos cognitivos y morales de los shuar.<sup>15</sup>

---

15 Para una visión de conjunto de la producción misionera de retratos anatómicos, morales y epistémicos de los shuar, ver la sección Movimientos de la modernidad. Representaciones epistémicas y morales, en José E. Juncosa. 2020. *Civilizaciones en disputa. Educación y evangelización en el territorio shuar*. Quito: UASB/Abya-Yala, p. 177-196.

Sin duda, la información previa con que Marcial Yáñez inició su exploración fue modelada por los relatos del *Boletín Salesiano* los que, a su vez, replican los estereotipos de los misioneros dominicos de la región de Macas y Canelos retratando a los shuar como salvajes y a la Amazonía, como territorio *baldío*. Esas fuentes dominicas fueron las siguientes: la narración de viaje de Francois Pierre ([1899] 1983); las cartas de José María Magalli (1890) y la descripción novelada de Enrique Vacas Galindo (1895). Respecto a la información sobre la cabeza trofeo (*tsantsa*), es posible que, tanto en los misioneros de la primera hora como en el mismo Marcial Yáñez, resuene de manera indirecta la información de Moreno Maíz (1862) y Hamy (1873),<sup>16</sup> autores vinculados a las exposiciones internacionales de Londres (1862) y París (1874) y que alimentaron la fascinación por la *tsantsa* en tanto objeto. El P. Carlos Crespi, de hecho, se valió de ella para impactar audiencias. Incluso, un año antes de la publicación de *Por el Oriente ecuatoriano*, el viajero Fritz Up de Graff publicó en New York un diario sensacionalista con el título *Cazadores de cabezas del Amazonas* que reavivó la curiosidad sobre la *tsantsa* (Up de Graff 1923).

Los relatos moralizantes, posiblemente basados en casos reales novelados, conforman también la información etnográfica porque dejan entrever la visión negativa de la cultura shuar de una buena parte de los misioneros. En ellos, Marcial Yáñez pone en escena personajes trágicos prototípicos inmersos en situaciones dramáticas relacionadas con la venganza o con el acoso a una mujer por el pretendiente no deseado, evidencia de una lectura etnocéntrica de las reglas de matrimonio preferencial o de los conflictos grupales. Por ejemplo, en los episodios del guerrero Utita y la mujer Zerembia, los personajes se sitúan en el espacio liminar de querer superar su cultura, vivida

---

16 Cecilia Ortiz documenta que Ecuador envió *tsantsas* para la Exposición del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América (1892) y afirma que tanto la información de Moreno Maíz como la de Hamy se concentraron en los procedimientos elaboración de la *tsantsa* y obviaron preguntarse sobre su significado. Ver Cecilia Ortiz Batallas. 2022. *La evangelización del pueblo shuar en la Amazonía ecuatoriana*. Quito, FLACSO, Abya-Yala, pp. 86-88.

como *encierro*, o ser atrapados por ella. La tragedia inminente invoca la intervención misionera cuyo *empujón* hará posible reivindicar la familia, proteger la mujer y pacificar a los shuar, aspiraciones que laten en la misma cultura y que invocan, desde muy dentro de ella, la necesidad de la evangelización y la civilización.

El P. Marcial Yáñez ofrece información de primera mano de singular valor etnográfico. Una muestra es el relato que pone en juego la prohibición de ingreso a una morada en la que yace un fallecido reciente y el imperativo de no alterar el orden de las cosas allí dispuestas. Asimismo, diversos episodios permiten lecturas entre líneas muy productivas sobre la capacidad shuar de establecer negociaciones según patrones abiertos e inestables basados en el trueque por sus servicios de guianza y transporte, habilidad que sacó de quicio al autor replicando la enojosa experiencia, vivida mucho antes por el viajero Enrique Festa ([1909] 1993) en la misma región de Gualaquiza.<sup>17</sup>

\*\*\*

La etnografía de Marcial Yáñez está desconectada tanto de los conocimientos etnográficos de mayor calidad de los mismos misioneros como de los aportes de los etnógrafos externos a la misión. El carácter no acumulativo y heterogéneo del conocimiento misionero forma parte de un campo de estudio emergente sobre la etnografía producida por las misiones salesianas de América Latina, campo desarrollado en Argentina por María Andrea Nicoletti (2001); en Brasil, por Paula Montero (2007); en Paraguay, por Marie Morel (2010); y en Ecuador por Juan Bottasso (1993 y 2003) y Maurizio Gnerre (2014). Desde tal perspectiva, *Por el Oriente ecuatoriano* abre la ventana para indagar cuál era el panorama y la situación de los conocimientos etno-

---

17 Ver la descripción y análisis de las dificultades de Enrico Festa para acordar con los shuar las condiciones de pago, tiempo, destino y condiciones de guianza y porteo de sus viajes. Para una lectura más profunda de esto hecho usual, ver José Enrique Juncosa (2020), *Civilizaciones en disputa. Educación y evangelización en el territorio shuar*. Quito: UASB, Abya-Yala, pp. 142-143 y la nota 54.

gráficos misioneros de su tiempo y cuál su lugar en medio de un panorama mucho más variado y complejo que el que comparece en la obra.

Por de pronto, la aparente homogeneidad de las relaciones epistolares del *Boletín Salesiano* oculta la diversidad y riqueza de la documentación misionera conformada primero, por información geográfica detallada o confidencial, mapas y anotaciones personales;<sup>18</sup> apuntes lingüísticos;<sup>19</sup> e, incluso, apuntes manuscritos de viajeros y naturalistas de paso por las misiones, como los que Enrico Festa entregó de su puño y letra a la misión de Gualaquiza (*cf.* *Infra*). A ese material se suma la *crónica* de cada misión, cuyo registro diario y obligatorio forma parte, aún hoy, de las normas de vida religiosa de los misioneros.

El flujo de información pública producida por los misioneros, entre 1910 y 1920, fue inestable debido a la crisis por la que atraviesan las misiones (Bottasso, 1993b, p. 9). No obstante, desde inicios de siglo las interacciones entre el conocimiento acumulado por las misiones y la literatura etnográfica de profesionales externos son cada vez más ricas y complejas. Del lado de las misiones salesianas, entre 1910 y 1912 se redactaron dos monografías de carácter explícitamente etnográfico: la de Miguel Allioni (1880-1912), escrita en 1910 y publicada recién en 1978; y la de Joaquín Spinelli (1868-1949) escrita entre 1910 y 1912 y publicada en 1926, con el título “Etnografía de los Jívaros” en la ya citada *Monografía del Azuay*. Esta última —según los datos disponibles— es la primera en la que el término ‘etnografía’ aparece en el título de un escrito misionero sobre los shuar, e incorpora al menos dos de las convenciones discursivas propias de la etnografía en clave positivista: lenguaje descriptivo en tercera persona, indicador de dis-

---

18 En su carta sobre la excursión a Gualaquiza (1894), el Hermano Jacinto Pancheri aclara a Don Rúa lo siguiente: “No quiero, ahora, darle una descripción detallada de esos lugares. Es mi intención enviarle más tarde todos los apuntes geográficos de viaje, recogidos en un cuadernito con mapa adjunto, que Don Calcagno quiere presentar al Congreso” (Pancheri, [1894] 1993a, p. 57).

19 Juan Bottasso afirma que, en el Archivo Histórico, del “P. Cadena ... quedan unas 3000 fichas, con vocablos y breves locuciones”. En Bottasso, Juan. 2003. *Los salesianos y la lengua de los shuar. Discurso....* Quito: Abya-Yala.



tancia objetiva entre el que observa y reporta respecto a lo observado y reportado; y enfoque en la información descriptiva dispuesta según bloques temáticos.

Spinelli, a su vez, referencia a Miguel Allioni en otro de sus artículos, “El Valle de Gualaquiza” (1926), de la siguiente manera: “El finado P. Miguel Allioni, misionero salesiano, había reunido muchas hierbas medicinales, recogidas en estos bosques, y varias clases de musgos hasta ahora desconocidos por los mejores botánicos de Europa, por lo que, al clasificarlos en Finlandia, pusieronles el nombre de *Muscus Allioni*” (Spinelli, 1926, s.p.). Esta cita es muy interesante porque al mismo tiempo que muestra la circulación de conocimientos entre misioneros aporta pistas para suponer relaciones activas con centros académicos. Otra pista que evidencia la existencia de circuitos de circulación de conocimientos misioneros hacia la academia es la publicación de la obra de Juan De María (1919) en el *Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos* que deja entrever el influjo del misionero salesiano Jacinto Pancheri con la intelectualidad quiteña, a través de la figura prominente de Jacinto Jijón y Caamaño del cual fue tutor (Bessi, 2013).

Desde inicios del siglo XX, nuevos profesionales y académicos transitan la Amazonía y una buena parte de ellos son agentes de museos etnográficos y de ciencias naturales enviados con el fin de obtener muestras para las colecciones botánicas, zoológicas y etnográficas. Se trata de *naturalistas* (paleontólogos, zoólogos, botánicos) o profesionales de las disciplinas antropológicas (etnógrafos, médicos, glotólogos, humanistas). Casi todos están asociados a las academias y sociedades geográficas o de antropología europeas, con muy pocas excepciones, realizaron trabajo de campo trasladando a la cultura las herramientas descriptivas de las ciencias naturales. Según lo que conocemos, los autores naturalistas o etnógrafos, cuyo trabajo de campo en la Amazonía ecuatoriana o fecha de publicación de sus estudios sobre los shuar coinciden con el período que va de finales del siglo XIX al año de publicación de la obra de Marcial Yáñez (1924), son los siguientes: Giuseppe Angelo Colini (1883); Paul Rivet

(1907-1908 y 1910); Arturo Alí-Belfádel (1908); Enrico Festa ([1909] 1993) y Rafael Karsten (1921, 1922, 1921-1922; [1935] 2000).

Sobre Paul Rivet y Rafael Karsten, Juan Bottasso afirma que quedaron fuera del alcance de los misioneros, aunque Rivet tomó en cuenta la información lingüística del misionero De María (Bottasso, 1993b, p. 9). Por el contrario, ni los misioneros salesianos ni los protestantes presentes en el Vicariato Apostólico de Méndez y Gualaquiza quedaron fuera del alcance de las agudas críticas del etnógrafo finlandés Rafael Karsten, cuyo trabajo de campo tuvo lugar de Macas hacia el norte entre 1916 y 1919. Karsten fue pionero en la tarea de analizar críticamente el rol de las misiones en los cambios (y deterioros) de la cultura shuar en términos de moral, de su autonomía y libertad. Si bien no tuvo contacto con los misioneros salesianos oyó de ellos por sus informantes shuar; en cambio, mantuvo diálogos con el pastor “Mr. Olsson”, de la Gospel Missionary Union, a quien asesoró para superar el enfoque anticatólico de su prédica y lograr mayor empatía entre los shuar. Su producción, difundida de 1920 hasta 1935 en sueco y en inglés, no debió resultar del todo desconocida a los salesianos ya que su artículo “The religion of the Jibaro Indians on Eastern Ecuador” se publicó en 1922, en el *Boletín de la Academia Nacional de Historia* (Quito, vol. 10 y 11). Cuesta creer que un tema tan cercano a la sensibilidad misionera no haya sido tomado en cuenta por los salesianos, pero no hemos encontrado huella de ello.

No logramos ubicar aún las interacciones de Colini con el conocimiento de los misioneros, pero sí las de Arturo Alí-Belfádel y Enrico Festa. Estos dos autores, médico y naturalista respectivamente, por de pronto, ganan un lugar en la monografía del misionero Miguel Allioni<sup>20</sup> quien aporta las siguientes novedades no menores respecto a las

---

20 Allioni fue parte del éxodo de la misión de Gualaquiza, en 1910, a Guayaquil donde, posiblemente, culminó su escrito en el mismo año. Falleció en 1912 de fiebre amarilla a los 32 años. Su manuscrito (sin duda el más extenso de su época) permaneció inédito durante 68 años y fue publicado recién en 1978 con el título *La vida del pueblo Shuar*, asignado por el P. Juan Bottasso (su editor) ante la pérdida de la hoja inicial del original.

prácticas epistémicas misioneras usuales: *a.* Incorpora el uso del gentilicio *shuar* —“Gens Shuara” (Allioni, [1910] 1978, p. 7)— que combina con el término *jívoro*, etnónimo que llegó a tener valor despectivo. *b.* Despliega una mirada perspicaz para leer relacionalmente los conflictos entre grupos y las expectativas shuar respecto a colonos y misioneros; *c.* Es posible que sea el primer caso documentado de un misionero que evalúa críticamente fuentes internas salesianas y externas provenientes de la etnografía académica.

Por esto último, Allioni es una excepción respecto a la desconexión entre fuentes misioneras y *cuasi* ausencia de confrontación con la producción académica, incluso hasta el año de publicación de la obra de Marcial Yáñez, en 1924. Allioni ejerce el acto metódico de *referenciar* abriendo su escrito con un listado de fuentes internas y la respectiva valoración crítica desde el punto de vista de sus aportes históricos y *etnográficos* (Allioni, [1910] 1978, pp. 7-8). Respecto a las fuentes misioneras, valora las relaciones del *Boletín Salesiano* de los misioneros Jacinto Pancheri y Calógero Gusmano y, en menor medida, las de Félix Tallachini por su énfasis poético. A la vez, toma en cuenta la información de la Crónica de la Misión Salesiana de Gualaquiza: “... manuscrita y conservada en los archivos de la casa (tiene un valor más histórico que etnográfico, pero sirve para demostrar ciertas tesis)” (Allioni, [1910] 1978, p. 7). Respecto a las fuentes de los misioneros dominicos, aprecia su información, pero reprocha las inexactitudes y exageraciones de las cartas de José María Magalli así como el carácter “muy poético” de *Nankijukima*, del P. Vacas Galindo.

Sus referencias a fuentes académicas reportan los apuntes entregados a la misión por el naturalista Enrico Festa, junto a “una gran cantidad de noticias etnográficas” (Allioni, [1910] 1978, p. 8) obtenidas tras siete meses de estadía en la misión, entre noviembre de 1894 y julio de 1895. Le sigue la mención al artículo de Arturo Alí-Belfádel, *Gli Sciuoar dell’Ecuador (Rivista d’Italia, 1908)*,<sup>21</sup> al que define como “el estudio más exacto desde el punto de vista etnográfico” (Allioni,

---

21 Agradezco a Chiara Pagnotta la identificación y envío de este artículo, una de cuyas copias fue entregada al Archivo Histórico Salesiano de Quito.

[1910] 1978, p. 8). Su autor, muy poco conocido y reportado aún hoy, fue médico residente en Turín, graduado en letras y políglota el cual, a su vez, refiere tres fuentes salesianas cuestionando la calidad de dos de ellas: Felix Tallachini (Turín 1905) y el anónimo *I Jívaros di Mendez e Gualaquiza* (Turín 1906) a la vez que incluye la información de la gramática shuar del misionero Juan De María.

El artículo de Alí-Belfádel desarrolla, en primer lugar, una etnografía shuar mínima que remarca los rasgos comunes con otros pueblos indígenas. Posteriormente, a partir del conocimiento lingüístico del misionero De María, con quien mantuvo una relación personal en Turín, y que, según él, “conoce bien la lengua jíbara y está publicando la primera gramática y el primer diccionario” (Alí-Belfádel, 2008, pp. 209-210), vincula el idioma shuar con el japonés, inspirado en la tesis de Trombetti según la cual todas las lenguas derivan de una fuente universal (p. 209). El artículo culmina con los resultados de la investigación antropométrica realizada al shuar Joaquín Bosco, llevado de Gualaquiza a Turín por los misioneros, al que atribuye el nombre shuar *Tita* (tal vez la transcripción errónea del vocativo de Utitaj).

Concluimos afirmando que, efectivamente, el P. Marcial Yáñez da cuenta de la práctica misionera inicial que seguía el modelo poco viable de co-educación y co-evangelización de shuar y colonos, estos últimos considerados prototipos de civilización y de moral (Juncosa, 2020, pp. 151-154). En este marco, los shuar son vistos como una porción de la tarea a realizar en medio de un proyecto de mayor envergadura y alcance: la colonización,<sup>22</sup> considerada dimensión necesaria de la misión, en el preciso momento en que esa conciencia

---

22 La práctica de co-evangelización y co-educación entre shuar y colonos colapsa con la creación de internados exclusivos para los shuar impulsados por el P. Juan Vigna, a partir de los años '40 en áreas de reservas territoriales bajo la tutela de la Misión Salesiana. Ver Juncosa, José E. (2020), *Civilizaciones en disputa. Educación y evangelización en el territorio shuar*. Quito: UASB, Abya-Yala, pp. 155-165.

adquiere visos de concreción porque las distintas fuerzas, antes dispersas, logran sincronizarse.

La vinculación ingenua entre misión y colonización será revisada progresivamente desde los años 40 a favor de otra que comprendió mejor la importancia estratégica de conocer profundamente los shuar para poder evangelizarlos. Será Monseñor Domingo Comín que trace la nueva geopolítica del conocimiento basada en la metáfora del injerto: “¿No será necesario conocer la planta en la que se hace el injerto para poderlo realizar bien? Ustedes deben conocer a los jívaros...” (Carta Circular de Monseñor Domingo Comín del 24/09/1927. En Bottasso, Juan. 1993. Tomo II, p. 9). La capacidad de gestión del P. Vigna, provicario a partir de 1941, justo en el ocaso de la existencia del P. Marcial Yáñez, dará forma al nuevo proyecto epistémico mediante el impulso de concursos para que los misioneros produzcan escritos etnográficos sistemáticos sobre la cultura shuar.

### **III. Miguel Jaramillo y su fotografía: protagonistas inesperados de la excursión**

*Gabriela Parra*

A medida que la excursión se adentra en la Amazonía es mayor el protagonismo del fotógrafo guayaquileño Miguel Jaramillo, el principal acompañante a quien el P. Marcial Yáñez extiende el siguiente reconocimiento con el que cierra la obra:

Como el trabajo fotográfico corrió todo a cargo de mi compañero de viaje, el valiente señor Miguel Jaramillo, que a sus gastos considerables unió también la labor personal, haciendo justicia al mérito, declaró que sin su apoyo moral, pecuniario y personal yo no habría dado un paso de Guayaquil, ni esta pequeña obra habría tenido el alcance que lleva. Por consiguiente, es a él a quien, en gran parte, debo mis trabajos y mi gratitud, porque en él reconozco la expresión del palpitante y verdadero amor a la Patria.

## Imagen 1

### Retrato de Miguel Jaramillo



*Nota.* Tomado de Novedades n° 13  
(septiembre de 1921)

La fotografía, de a poco, toma un lugar preponderante marcado por los frecuentes episodios en torno al transporte, armado y desarmado de los equipos o a las interacciones y reacciones que generan entre los shuar. Para dimensionar las dificultades logísticas y técnicas detallamos, a continuación, las características de los equipos y la técnica utilizada.

Al parecer, Miguel Jaramillo contó con al menos dos cámaras plegables de placas (sistema de fuelle), cada una con diferente tamaño de placa, que pudieron ser de 6,5 x 9 cm, 9 x 12 cm o 10 x 15 cm, dimensiones de las fotografías realizadas. Este tipo de cámara estuvo vigente hasta los años treinta. Las tomas requerían el montaje del trípode y ajustar la distancia de la imagen, la apertura del diafragma para controlar el ingreso de la luz, y el tiempo de exposición que podía variar desde fracciones de segundo hasta un segundo, dependiendo de la cantidad de luz natural y la velocidad deseada para capturar la imagen. Luego se insertaba material fotosensible, una placa fotográfica de vidrio o film plano; se retiraba una lámina metálica protectora y se disparaba, obteniéndose una sola imagen sobre la placa de vidrio que era guardada en un cajón portaplacas para su posterior tratamiento.

Esta técnica requería ajustes minuciosos y un tiempo considerable para lograr una sola toma, la que a veces resultaba imposible cuando las condiciones de luz eran escasas ya sea por la hora del día o las condiciones atmosféricas. Durante la excursión, Jaramillo debió enfrentar una serie de adversidades como fotógrafo: por un lado, la cantidad de material que debió transportar entre cámaras foto-

gráficas, trípodes, cajas de almacenamiento de placas, y otros tantos accesorios; por otro, las condiciones poco favorables del clima tales como la lluvia o la neblina, dos eventos constantes en la Amazonía enemigas de las condiciones óptimas de luz, así como del cuidado permanente para que las placas ya usadas no sean estropeadas por la humedad excesiva o por un mal manejo de su contenedor que podría romperlas o rayarlas. Aún hoy se considera que estos equipos y el material sumamente delicado a ellos asociados, permiten obtener las más bellas fotografías en cuanto a nitidez y contraste.

Las fotografías de Miguel Jaramillo le añaden a la obra un valor muy particular y único que me ha llevado a indagar sobre su vida y aporte a la fotografía amazónica, a pesar de los fragmentados rastros de su memoria. Investigar la trayectoria de un fotógrafo ecuatoriano de hace un siglo, como en muchos otros casos, significa enfrentar la incertidumbre de identificar las fuentes necesarias para resignificar su legado. La tarea inició con la búsqueda de sus fotografías en los fondos públicos<sup>23</sup> y continuó con la identificación de menciones, tanto en las investigaciones de los últimos años como en las publicaciones de la época del autor, con el fin de ampliar lo que sabemos hasta ahora sobre él, hasta ahora de carácter difuso y disperso.

El año aproximado de su nacimiento es 1884; y su fallecimiento, según el acta de defunción, ocurrió en Guayaquil el 9 de julio de 1948. En el *Telégrafo* (*El Telégrafo*, 10 de julio 1948) y en *El Universo* (*El Universo*, 11 de julio 1948), en la respectiva sección de Defunciones se menciona lo siguiente: “Miguel Jaramillo González 64 años de edad”. Al momento de esta investigación no es posible identificar con exactitud datos adicionales, tales como su cónyuge o descendientes.

Identifiqué un par de fotografías de Jaramillo en colecciones y archivos pertenecientes al Fondo INPC, cuya autoría está certificada por la impronta de su firma. Se trata de retratos elaborados en estudio,

---

23 El Instituto Nacional de Patrimonio Cultural posee diversos acervos fotográficos de autores guayaquileños, tales como el Archivo Histórico del Guayas, Colección Miguel Díaz Cueva, Archivo Histórico Camilo Destruge, Archivo Documental El Telégrafo, entre otros.

con mayor o menor información de catalogación, pero que permiten trazar una línea temporal tentativa de su trayectoria como fotógrafo, que va desde los primeros años del siglo XX hasta la década de los cuarenta. Respecto a los compendios de la fotografía guayaquileña de la época, es decir, de las primeras décadas del siglo XX, Díaz Heredia (2009, pp. 134-142) indica que la fotografía en Guayaquil durante el siglo XX experimentó un crecimiento significativo durante el cual se multiplicaron los fotógrafos cuya actividad prioritaria fue el retrato. Hidalgo (2009, p. 29) menciona que un número considerable de ellos participaron en periódicos y revistas, representaciones y labores observables en Miguel Jaramillo.

Su rastro se hace visible en periódicos como *El Demócrata*,<sup>24</sup> *Novedades* y *El Guante*. En *El Demócrata*, periódico mensual de Literatura-Arte-Sociología, sucesor de la *Revista Literaria Luz y Sombra*, muestra un anuncio de “Fotografía Jaramillo” a partir de su primera publicación (*El Demócrata*, junio 1915). Desde junio de 1916, el anuncio cambia por “La Fotografía Artística de Miguel Jaramillo”, con una destacable frase final: “En esta Fotografía se hacen las copias de *El Demócrata*” (*El Demócrata*, junio de 1916), relación citada desde entonces hasta el año 1918 (*El Demócrata*, octubre 1918).

En la revista *Novedades* rastreamos elementos importantes en torno a la producción de Miguel Jaramillo. A partir de su primer número, de 1920, y posteriormente en casi todas las ediciones, aparece un anuncio de “Fotografía Jaramillo” (agosto de 1920), el cual desaparece en los meses y años posteriores al retorno de su viaje al Oriente Ecuatoriano. A finales del año 1920, la revista *Novedades* n° 5 (diciembre de 1920) agradece la colaboración del fotógrafo quien, a partir de las venideras ediciones participará con una galería de fotografías denominada “Belleza Guayaquileña”, la cual se concretó en una sola ocasión, en 1922 (*Novedades* 18 y 19, junio de 1922), siendo su última aparición en dicho medio. No obstante, la información

---

24 En cada edición se menciona a más de 100 colaboradores, tales como Pío Jaramillo Alvarado, Honorato Vázquez, Manuel J. Calle, Miguel H. Alcívar, José Peralta, Julio Matovelle, entre otros.



más destacada descubierta en la revista *Novedades* corresponde al número 13 (septiembre de 1921) el cual publica una reseña reportando que el fotógrafo viajó al Oriente con la intención de elaborar un álbum gráfico del vasto territorio ecuatoriano, libro que titularía con el nombre de *El Ecuador en el Centenario de la Batalla de Pichincha*, proyecto que al parecer no llegó a plasmarse. Por otro lado, se indica que la prensa local<sup>25</sup> ha publicado algunas de las fotografías de su viaje, material del que dispone en cantidad suficiente para editar un magnífico álbum.<sup>26</sup> Al momento no contamos con más datos verificados sobre Miguel Jaramillo y es precisamente lo acontecido en torno al oriente ecuatoriano, el último de sus rastros.

\*\*\*

La figura de Miguel Jaramillo suscita diversos interrogantes y pistas en torno a los fotógrafos amazónicos de la década de 1920 a 1930. Lo primero que surge es que la fotografía y sus autores tuvieron una implícita asociación con las misiones religiosas de la región desde las últimas décadas del siglo XIX. Torres y Almeida (2019, pp. 167-168) indican que esta relación fue fundamental para documentar y difundir el trabajo misionero, capturar la realidad de las comunidades y mostrar las actividades educativas y evangelizadoras llevadas a cabo. Además, estas imágenes fueron utilizadas para publicitar su trabajo, como herramienta de promoción y obtener apoyo económico tanto de las autoridades como de la opinión pública, intenciones que, aparte de los salesianos, compartieron otras misiones de la región amazónica.

---

25 En ese momento, la urbe cuenta con siete diarios: *El Telégrafo*, *El Tiempo*, *El Guante*, *Diario Ilustrado*, *El Nacional*, *La Crónica* y el *Universal*. En septiembre de 1921, se funda *Diario El Universo*, en el cual no se ha encontrado publicaciones acerca de la excursión de Jaramillo. En *Diario El Guante* se ha encontrado una reseña previa al viaje de Jaramillo, 16 de febrero de 1921. Desde abril de 1921 hasta junio de 1921 hay seis publicaciones como noticia principal de la edición, en la cual constan fotografías y textos basados de sus anotaciones de cartera.

26 “La labor de un compañero”, *Novedades*, n.º 13 (septiembre de 1921).

## Imagen 2

Grupo de retratos producidos por el estudio fotográfico de Miguel Jaramillo

1



2



3



4



*Nota.* De izquierda a derecha: 1. Fotografía de José María Barona (Guayaquil, Instituto Nacional de Patrimonio Cultural, Colección Miguel Díaz Cueva, ca.1900-1916). 2. Persona no identificada (Guayaquil, Instituto Nacional de Patrimonio Cultural, Archivo Histórico del Guayas, ca.1900-1910). 3. Profesor Nelson Matheus (Guayaquil, Instituto Nacional de Patrimonio Cultural, Archivo Histórico Camilo Destruge, ca.1910-1920). 4. Persona no identificada (Guayaquil, Instituto Nacional de Patrimonio Cultural, Archivo Histórico del Guayas, ca.1935-1945).

Se han establecido cuatro períodos de desarrollo del contenido audiovisual salesiano. El período de nuestro interés (1920-1930), corresponde al primer período comprendido entre 1888-1932, caracterizado por la fundación e inicio de las obras, conformado por 605 fotografías, que representan al 8 % del total del archivo (Torres y Almeida, 2019, p. 172). Es relevante mencionar la obra *En la mirada del otro. Acervo documental del Vicariato Apostólico Salesiano en la*

*Amazonía ecuatoriana, 1890-1930*, inscrito en la Memoria del Mundo de la Unesco, que consiste en fotografías de las misiones salesianas en los pueblos amazónicos shuar y achuar.

Las tomas fotográficas que han resistido el deterioro del tiempo y que, en su mayoría, carecen de autorías, fueron realizadas, presumiblemente, por los misioneros. En el caso salesiano, Torres y Almeida (2019, p. 167) señalan que la intención de muchas de las fotografías elaboradas por los misioneros salesianos fue la de situar al shuar como personaje central y la misión, como escenario en la selva amazónica. Se cree que Jacinto Pancheri, Fabián Bonato y el Padre José Chierzi, realizaron fotografías a inicios del siglo XX.

Es posible identificar, entre 1920-1930, tres principales fotógrafos amazónicos: Manuel de Jesús Serrano, José Salvador Sánchez y Emmanuel Honorato Vázquez, los más importantes fotógrafos cuencanos de la época, autores de varias de las obras fotográficas que constan en la Memoria del Mundo. Los registros de Serrano y Sánchez comprenden también imágenes previas a 1920. Hemos identificado un cuarto fotógrafo de la misma década: se trata de Rodrigo Bucheli quien fue parte de la filmación del primer documental etnográfico del Ecuador titulado “Los invencibles Shuaras del Alto Amazonas”, dirigido por el Padre Carlos Crespi en 1926 y estrenado en 1927.

En la actualidad ha despertado un movimiento de búsqueda, conservación, análisis y resignificación de la fotografía histórica a las necesidades, realidades y transformaciones contemporáneas. Este movimiento incluye repensar la fotografía como fuente de conocimiento dignificante y recurso identitario. Como indican Juncosa y Pineda (2019, pp. 182-207) para el caso del Archivo Histórico Salesiano de Quito, esta labor implica el uso de fotografías para provocar el recuerdo y la memoria y hablar del pasado y de las transformaciones del presente. Al mismo tiempo, provocan reflexionar sobre los sentidos de las representaciones del cuerpo a fin de releer las fotografías para reencontrar en sus fisuras nombres e identidades, situaciones y contextos que las hicieron posibles, nombrando lo que las fotografías silencian.

## Tabla 1

Fotos de la excursión de Miguel Jaramillo publicadas en el periódico *El Guante*, de Guayaquil

Imagen de la obra

Imagen de *El Guante*



*Basco y su familia*



**Fecha:** 5/abril/1921

**Texto de** *El Guante*

### **Tipos y costumbres de los jíbaros**

Conocedores de que el Sr. Dn Miguel Jaramillo G., iba a emprender un viaje a las selvas orientales, en unión de varios amigos, con el propósito de coleccionar detalles gráficos y adquirir noticias interesantes sobre aquella apartada región, que apenas conocemos, ofrecimos al intrépido viajero las columnas de *El Guante* para reproducir su material gráfico y a la vez sus notas de cartera.

La excursión comenzó a principio del mes pasado, y ya empieza el señor Jaramillo a suministrarnos sus primeras impresiones y las primeras fotografías de aquella tierra que tanto codician los vecinos del Sur, infiriendo perenne agravio al patriotismo de los ecuatorianos. La primera de las fotografías representa el pintoresco grupo de una familia indígena, el marido **Titag**, la mujer **Guañitin** y la hija **Jauquichag**. Pertenecen a la pura raza jíbara, que es la más aguerrida del Oriente, y se puede juzgar por la indumentaria y otros detalles, que ha pasado un soplo de civilización sobre esos bizarros habitantes de los bosques trasandinos. El Sr. Jaramillo se propone formar un álbum completo de fotografías y realizar la obra eminentemente patriótica de dar a conocer esa importante región del suelo ecuatoriano.

---

**Imagen de la obra**



**Imagen de *El Guante***



**Fecha:** 5/abril/1921

**Lavadero de oro en el río Yumasa**

(así menciona en periódico, a diferencia del pie de página del libro de Yáñez)

---

**Imagen de la obra**

**Imagen de *El Guante***

Esta foto no existe en la obra



**Fecha:** 18/mayo/1921

**El Oriente Ecuatoriano: Una familia de jibaros**

Presentamos a nuestros lectores la familia Yangora, una de las más notables de las montañas de Tumangosa, en las jibarías del Oriente. Jefe de esta familia es el cacique Yangora, que figura en primera línea, con la lanza de guerra y dice la fama en aquellas comarcas selváticas que sus hijas son las más hermosas muchachas del Opano, entre ellas, la donairoza Zapikia, que se mira en el grabado con los brazos cruzados sobre el pecho ostentando los rasgos de la más pura raza indígena.

El que la quiere ver de cerca, váyase al Oriente, como ha ido el señor Miguel Jaramillo, autor de la fotografía, y visite a la familia Yangora.



**Fecha:** 27/mayo/1922

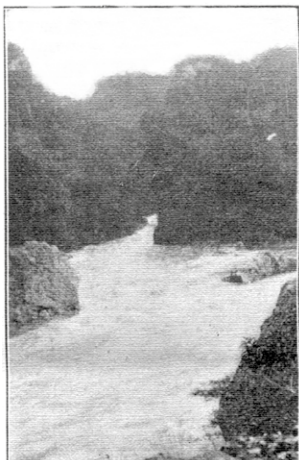
**Peregrinaciones de Arte: a través de la selva**

El artista ecuatoriano Miguel Jaramillo, se internó en nuestro Oriente en busca de paisajes, de panoramas y horizontes dignos de impresionar de maravilla su cerebro y paleta, cumpliendo así una bella misión espiritual en pro del arte Patrio.

La fotografía que publicamos, representa la confluencia de los ríos Namangosa y Chupianza en el momento en que el Sol se hunde y se pierden sus rayos en ese mar de robles gigantescos y arbustos milenario, en donde flamea nuestro glorioso pabellón.

---

**Imagen de la obra**



**Imagen de *El Guante***



**Fecha:** 30/mayo/1921

**La provincia Santiago-Zamora**

**Vista tomada en la confluencia de los ríos Zamora y Upano**

Zamora es un pequeño pueblo, hoy elevado a la categoría de capital de la provincia Santiago-Zamora, que se encuentra sobre el río de su propio nombre a diez leguas en Loja, tiene un clima sano de 22 grados y se halla a los 1100 metros sobre el nivel del mar. De esta ciudad debe continuar un camino hasta la boca del Yacuambi en cuyo valle se edificará la verdadera ciudad de Zamora, en la cuenca de la antigua destruida en el siglo XVI por los jíbaros; a este valle se debe llegar sirviéndose de una lancha automóvil de aluminio de una tonelada de carga y de cinco caballos de fuerza ligera y potente a fin de que remonte el río que tiene fuertes corrientes. Aquellas tienen el precio de 5000 sucres y son transportables a lomo de mula en piezas. Del modo indicado, se podría comunicar Zamora y Yacuambi, cuya distancia es de cinco leguas; este lugar se presta para una gran ciudad, pues el valle es hermoso, tiene unas ocho leguas de largo por unas tres de ancho, con un clima de 21 grados y una elevación de 900 metros, desde allí el río es navegable por barcas de mayor tonelaje, pero habría que escalonarlos porque hasta la boca del Upano y Paute que forman el Santiago existen estrechos peligrosos y fuertes corrientes. El Santiago es del todo navegable. Desde Yacuambí haría falta otro camino hasta la confluencia del Upano con el Zamora, transmontando la cordillera del Cóndor. Todas estas obras darán una gran importancia, facilitando el tráfico a la región Sub-Oriental Ecuatoriana.



*A orillas del Bomboiza, cerca de la casa de Gore Pujubal*



**Fecha:** 6/junio/1921

**El Oriente Ecuatoriano: Grupo de jíbaros de las orillas del Bomboiza**

Gracias a las fotografías tomadas en el Oriente por el señor Jaramillo G., estamos conociendo ahora de una manera gráfica la interesante región trasandina de la que solo teníamos noticia por relaciones exageradas de turistas, cartas devotas de misioneros y áridos informes oficiales.

En el grupo que presentamos hoy, tomada a orillas del Bomboiza, a dos jornadas del Zamora, figuran algunos salvajes en toda su fiereza nativa, tales como los armados con rifles, que fueron de los asaltantes a un campamento peruano cerca del Santiago, donde degollaron a sesenta personas, inclusive el capitán de la guarnición y su esposa. Esta tragedia ocurrió hace cuatro años, más o menos, y dejó un siniestro recuerdo en las tenebrosas selvas amazónicas.

Entre los presentes se ve a un misionero y varios colonos de la región del Zamora.





*Población de Macas*



**Fecha:** 8/junio/1921

**El Oriente Ecuatoriano: Pobladores de Macas a la entrada de la población**

En la gira que hizo hace pocos meses por nuestro Oriente el señor Miguel Jaramillo G., no ha descuidado este compatriota de tomar vistas de los parajes más importantes en aquella zona privilegiada.

En ediciones anteriores, hemos publicado fotografías muy interesantes, que nos han hecho apreciar la importancia de la región codiciada por los ambiciosos invasores del Sur; y hoy tenemos el agrado de dar a conocer un barrio de la población de Macas, cabecera del cantón Santiago con un grupo de sus moradores.

Desde que el señor Emilio Estrada, en su corto período presidencial, elevó a Macas a la categoría de cabecera del Cantón, su progreso ha alcanzado un desarrollo más o menos apreciable; y ojalá que las autoridades de hoy no procuren su estancamiento, atentos los beneficios que significan para los ecuatorianos, ávidos de la grandeza nacional.

En la línea de la metodología cualitativa de foto-elucidación (Rodríguez Ortiz y Montoya Trujillo, 2019), el uso del archivo fotográfico de las Misiones Salesianas es fundamental para trastocar miradas objetivantes, generar nuevas lecturas de las fotografías, perturbar sus interpretaciones al analizar los cruces entre los sistemas coloniales y los conocimientos que estos producen y considerarlas una parte de la historia comunitaria; es decir, esa resignificación favorece un sentido justo de retorno de esta visualidad a sus memorias.

La obra fotográfica de Miguel Jaramillo G. desplegada en su excursión al Oriente ecuatoriano tiene rasgos distintivos respecto, por ejemplo, a las motivaciones documentales de otros fotógrafos y misioneros, quienes fueron comisionados para fotografiar las misiones en determinadas zonas y momentos, así como a retratar las comunidades y sus individuos, lo cual implica un patrón limitante del acto fotográfico. La misión del fotógrafo Jaramillo, en cambio, no era la de documentar la obra misionera a lo largo del trayecto. En efecto, en la serie de imágenes conocidas a la fecha se expresa su intención de procurarse un amplio registro para el álbum fotográfico que había proyectado hacer y mostrar “cuán interesante bello y raro hay en esa región maravillosa”, según informaban los medios de la prensa guayaquileña.

Sin embargo, su obra ha decantado en el campo de las misiones salesianas tanto por el contexto histórico de su expedición, profundamente marcado por la entonces precaria presencia salesiana en las regiones recorridas, cuanto por la influencia directa del P. Marcial Yáñez,<sup>27</sup> su compañero de viaje quien, al volver la vista atrás, convierte a Miguel Jaramillo G. y su fotografía en dos interlocutores primordiales de su travesía. Esas condiciones son productivas en varios aspectos. En primer lugar, contribuyen a una mejor comprensión del contexto histórico y la evolución de las representaciones visuales y narrativas de las misiones religiosas en la región amazónica durante ese tiempo; proporciona una noción visual detallada de los lugares recorridos, de las misiones y colonias establecidas en la región, aportando a un conocimiento más completo de la actividad misionera y la vida cotidiana en ese período específico. En segundo lugar, las imágenes de los miembros de las comunidades indígenas podrían ofrecer una representación visual de las interacciones entre los misioneros y las comunidades locales, así como de las prácticas culturales y las dinámicas de poder. Así pues, la obra de Yáñez, desde la perspectiva de la fotografía como herramienta de la memoria, se divisa como una obra muy particular

---

27 Debido a que hemos determinado que Miguel Jaramillo publicaría un álbum gráfico, es de suponer que las fotografías que fueron publicadas en el libro de Marcial Yáñez se publican debido a un plan posterior al viaje realizado.

en la forma de involucrar las visualidades, al fotógrafo y su fotografía, lo cual la convierte en una lectura indispensable para desentrañar los usos de la imagen en la Amazonía.

#### **IV. Notas históricas. El itinerario del P. Marcial Yáñez en la ruta de Pío Jaramillo Alvarado y Carlos Aguilar Vázques**

*Galo Sarmiento Arévalo*

En abril de 1894 se crea oficialmente la misión de Gualaquiza constituyéndose en la pionera del Vicariato. El Hno. Salesiano Jacinto Pankeri, en 1984; el P. Albino del Curto, en 1898; y el P. Miguel Allioni, en 1910 fueron los primeros en recorrer los territorios al norte del Vicariato que, años después, serían transitados por la expedición liderada por el P. Marcial Yáñez. Todos coinciden en la necesidad de realizar nuevas presencias en Indanza y en Méndez.

En el Ecuador se había establecido un Gobierno liberal con claras tendencias anticlericales. Los salesianos, sin explicación convincente habían entrado en el ojo del huracán y fueron expulsados del país en 1896 y, por una concesión especial se autorizó su permanencia en la recién fundada misión de Gualaquiza, que vivió momentos muy críticos carente de todo auxilio, lo que llevó a que tenga que cerrarse en 1912. A los pocos meses, sin embargo, el Obispo Costamagna, Vicario Apostólico, dispuso la inmediata reapertura<sup>28</sup> y la fundación de la segunda misión en Indanza. He aquí algunas de las lamentaciones

---

28 La reapertura de la misión fue encomendada al P. Albino del Curto, el mismo que la había cerrado meses antes. El Obispo, como sabemos, por causas políticas, se encontraba ausente y fue informado del particular por parte del P. Joaquín Spinelli; al saberlo el Vicario dispuso su inmediata reapertura. Las crónicas de misión dicen: “Después de seis meses de abandono, la casa salesiana de Gualaquiza que está reducida a unas pocas jaulas arrimadas a la vieja iglesia, abre sus puertas al P. Albino y al Hno. Zublena. Los dos salesianos vienen con el encargo de dar principio a la construcción en la nueva casa. Hay un apoyo decidido de parte de hacendados y finqueros”.

entresacadas de las crónicas que dan cuenta de la difícil situación en la que vivían los misioneros, aún entre los años 1914 y 1916:

Nos hallamos desprovistos de víveres, de todo lo más necesario, y nos vemos obligados a pedir a los jíbaros: yuca, plátano, manteca y sal... Durante este mes de agosto (1914) estuvimos más de 15 días sin carne, vino, pan, leche y azúcar. De Cuenca y del Sígsig no nos llega nada. Nuestro alimento es de plátano y yuca, yuca y plátano y un poco de arroz que nos regalan los hacendados... Nos encontramos sin víveres ni tenemos nada con que comprar, por eso mandamos al Sígsig un expreso para que traiga víveres, kerosene y lámpara para el santísimo... No tenemos peones. (Archivo Histórico Salesiano. Crónicas de la misión de Gualaquiza 1914-1915-1916)

La misión de Indanza<sup>29</sup> tuvo corta duración, de algo más de veinte años. La situación geográfica y su aislamiento desalentaron la novel colonia y debió reubicarse más tarde en Limón. En 1924, el P. Carlos Crespi visitó esta misión y realizó algunas excursiones al interior de la floresta para encontrarse con los ‘temidos shuar’. Al referirse a la misión de Indanza, manifiesta:

Los colonos son aún pocos, unos veinte en junto, divididos en cuatro haciendas y haciendo la vida más primitiva que imaginar se pueda sin relaciones de sociabilidad entre ellos. (Crespi, 1924)<sup>30</sup>

Crespi, así, bosqueja un panorama ciertamente desalentador a diez años de haberse fundado esta misión. Tres años antes esta misión fue visitada por el P. Marcial Yáñez. Dicen las crónicas que “un día Monseñor, durante una conversación con el P. Albino, le hace esta angustiosa y apremiante petición: ‘Albino yo soy el Obispo de Méndez y Gualaquiza, la misión de Gualaquiza ya se dónde está, pero ¿dónde

---

29 La misión de Indanza fue fundada por el P. Albino del Curto en 1914, y trasladada hacia Limón Indanza en 1936, donde se vislumbraba un mejor porvenir.

30 Crespi Carlos, “Cuarenta días de excursión por la región de Indanza, Ecuador” en *Boletín Salesiano: Revista mensual de las obras de Don Bosco* S-0288 Biblioteca de Catalunya (36,1921N.8) (38,1923 N.2.6-7) (39,1924 N.6 12) (40,1925 F9.11)

está Méndez? ¡Vete y fúndala!” (Guerriero y Creamer, 1997, p. 95). La orden se cumple: inspecciona el lugar, encuentra una planicie en la unión de los ríos Kamanchaim con el Paute, lugar ideal para su establecimiento; el colono Daniel Villagómez les ofrece el terreno para la misión.<sup>31</sup> Luego de visitar a muchos nativos, regresaron a dar cuenta al Vicario, quien, al escucharle, dispuso de inmediato que el P. Francisco Torka y el Hno. Angel Brioschi cumplan con este cometido el 14 de febrero de 1916.

El principal problema para la misión y para los colonos fue la comunicación con la Sierra que se concretó en 1917 con el camino Pan-Méndez. Las gestiones para su construcción se inician de inmediato y al frente de la misma está el legendario misionero Albino del Curto, quien dejará su vida en una “obra de locos”, como solía decir con frecuencia, pero nada ni nadie lo detuvo; junto a él el Hno. Jacinto Pankeri, gran constructor de puentes. Esta obra contó con el apoyo de muchos colonos y nativos, instituciones, comités ciudadanos y del gobierno nacional, fue realmente una empresa titánica que abrió las puertas para que numerosos colonos y posteriormente mineros llegaran a poblar estas inhóspitas regiones. El camino Pan-Méndez abrió las puertas para que cientos de colonos llegaran a la Amazonía a comienzos del siglo XX. Su construcción, y la de más de veinte puentes, requirieron de ingentes cantidades de recursos financiadas desde el Gobierno Central y otras ayudas que el Obispo supo gestionar de muchos países, así como de apoyos de diferentes comités que se conformaron en varias ciudades del Ecuador. Guayaquil, por ejemplo, donde el Obispo Domingo Comín fue muy apreciado, otorgó importantes contribuciones no solo para el camino sino para otras obras. Basta recordar que un pequeño hospital construido en Macas fue llamado “Hospital Guayaquil”, al igual que la plaza principal de

---

31 Méndez había sido elevada a la categoría de parroquia el 23 de julio de 1913 y allí se encontraron con sus autoridades: José Yépez (teniente político) y Arsenio Álvarez (secretario) a quienes expusieron su proyecto. Allí vivía desde hace años en completo aislamiento el entusiasta colono Pastor Bernal, venido desde Azogues.

la ciudad. Asimismo, las fiestas octubrinas eran recordadas con gran pompa en la ciudad de Macas.<sup>32</sup>

En 1918, los salesianos Albino del Curto y Julio Martínez visitan por primera ocasión la región de Macas y los sacerdotes Salvador Duroni, el P. Alberto Castagnoli y el hermano Víctor Arévalo fundan allí la misión en el 7 de marzo de 1924. El P. Marcial Yáñez visitó Macas en 1921, apenas poco antes de su fundación y su relato y fotografías dan cuenta de las condiciones en las que vivían los llamados “macabeos”.

\*\*\*

En gran parte, la ruta emprendida por Marcial Yáñez coincide con la de otros viajeros. En los primeros meses de 1924, el Dr. Pío Jaramillo Alvarado, director de la Dirección Nacional de Oriente desde su fundación en 1920, realizó un recorrido por toda la región y comprobó *in situ* la realidad de los pequeños poblados organizados alrededor de las misiones que, de a poco, iban floreciendo a lo largo de su geografía. La experiencia se trasluce luego en su libro *Tierras de Oriente*, publicado recién en 1936, del cual extraemos algunas impresiones que pueden resultar interesantes contrastarlas con las del libro *Por el Oriente ecuatoriano*.

En su viaje por territorios del Vicariato confiados a los salesianos, Jaramillo Alvarado encuentra a las misiones de Méndez, Indanza y Gualaquiza ya consolidadas y la de Macas que recibía esporádicas visitas misionales desde Méndez. Para arribar a Macas siguió por siete días el camino colonial de la vía Atillo ya que, a su parecer:

Seguir el Upano, por sus orillas es el camino de Macas, susceptible de ser convertido en un regular camino de herradura capaz de comunicar Riobamba con el oriente en pocos días. (Jaramillo Alvarado, 1936, p. 421)

---

32 Ver “Programa con el que el legendario pueblo de Macas celebra el 113 aniversario de la Independencia de la Heroica Guayaquil”. En *Revista Miscelánea. Órgano de propaganda del Oriente Ecuatoriano*. Octubre de 1933.

Desde Macas, Pío Jaramillo Alvarado realiza una excursión hasta el Paute con gratas impresiones:

He quedado sorprendido no solo por la exuberancia y belleza de la zona sino de la factibilidad de explotarla en lo agrícola y dominarla en lo político, uniendo Macas a Méndez con el camino que desde el Pan (parroquia del cantón Paute) avanza ya triunfalmente hasta la misión salesiana de Méndez. (Jaramillo Alvarado, 1936, p. 423)

Nos hace notar igualmente que, para 1924, los salesianos se comunican de Méndez a Macas con frecuencia y que, a mitad de esa ruta, en las pampas de Sucúa, a orillas del Tutagonaza (Tutanangoza), hay una capilla evangélica de pastor protestante Mr. Olson. Un problema grave que advierte Jaramillo consiste en la pretensión de algunos terratenientes de la sierra de creerse dueños de todas estas tierras exhibiendo títulos concedidos desde épocas coloniales relacionados con la explotación de la cascarilla, lo cual es un serio problema que impide la colonización (Jaramillo Alvarado, 1936, p. 427).

Seguidamente, Jaramillo salió de Méndez a Cuenca y de allí a Loja, para luego viajar Zamora y Gualaquiza. No deja de sorprender su aseveración de que tanto en Macas como en Zamora se encontró con Mr. Franklin Walis, “experto geólogo y mineralogista que estudia en el Oriente el petróleo y la riqueza aurífera” (Jaramillo Alvarado, 1936, p. 425). Jaramillo, pocos años después del paso de Marcial Yáñez y su equipo, encontró en Gualaquiza una exigua misión y unas pocas casuchas dispersas en la floresta. Las grandes haciendas, igualmente, estaban en decadencia y no se detiene mucho allí. Partió para el Sígsig, y su criterio sobre este poblado es lapidario:

No se puede hacer augurios muy optimistas para su futuro desarrollo porque los obstáculos del camino muy accidentado y la escasa importancia de las tierras para el desarrollo agrícola...Estas tierras parece solo destinadas para pequeños cultivos por personas menesterosas. (Jaramillo Alvarado, 1936, p. 430)

Y termina manifestando que “al Azuay le conviene concentrar todas sus actividades para dominar Méndez y sus llanuras infinitas

manteniendo, eso sí, transitables las rutas de Gualaquiza y de Indanza para favorecer esa tendencia regional de penetrar sin éxito por esos senderos al Oriente” (Jaramillo Alvarado, 1936, p. 431). Las apreciaciones de Jaramillo Alvarado influyeron mucho para que el poder central y las mismas autoridades religiosas concentren sus esfuerzos en esta parte central del Vicariato y Gualaquiza, la primera misión, quedó por largo tiempo aletargada dada su posición marginal respecto a Méndez.

El mismo año, 1924, Gualaquiza fue visitada por Carlos Aguilar Vázquez, laureado poeta azuayo, cuyas impresiones de viaje se publicaron luego en un hermoso ensayo al que tituló *El país del sol*. En esta obra publicada en 1926, dice lo siguiente respecto a los entables:

El entablador es una persona rica que se contenta con hacer trabajar su hacienda bajo la dirección de mayordomos o capataces que poco a poco se enriquecen siendo estos no solo pulpos que empobrecen diariamente al patrono sino uno de los principales óbices para el adelantamiento agrícola del oriente; en donde ellos están, el más inconsulto empirismo sienta sus reales; se descuida el cultivo, y se mengua cuanto es posible el capital... por asombroso que parezca; los entabladores orientales en el país de la fecundidad compran al jíbaro, la yuca, el plátano, la caza y la pesca. (Aguilar Vázquez, 1926, p. 24)

Finalmente, en 1924, Carlos Aguilar Vázquez bosqueja el siguiente cuadro de la misión de Gualaquiza:

La casa-misión de los salesianos se halla situada en una verde eminencia, desde la cual se domina un extenso y hermoso panorama. Casi equidistante de la mayor parte de los entables; sin torres ni alardes arquitectónicos, la casa y la capilla son de madera y de construcción asaz y primitiva.

Gracias a la infatigable labor del P. Francisco Mattana, hace como cuarenta años, poco más o menos, la Misión Salesiana de Gualaquiza llegó a su apogeo, pues no solo se creó un departamento agrícola en las mejores condiciones, sino que surgieron como por encanto talleres de herrería, sastrería y carpintería, de los cuales salieron los obreros hábiles y honrados del Sísig.



Junto a los talleres apareció la escuela para los jíbaros y la abnegada religiosa Teresa Tarapello y dos profesoras, Rosa Méndez y Manuela Cobos, pertenecientes a la Congregación de Don Bosco, comenzaron la ardua labor de la enseñanza primaria en las jibarías: Rosa Sanchico (Sanchim), Agustín Chumbí (Chumpi) y Luis Chumapi (Chumap) fueron sus primeros discípulos. (Aguilar Vázquez, 1926, pp. 76-78)

Estas breves pinceladas históricas de inicios del siglo XX evidencian que el misionero debió enfrentarse a los peligros de la selva, a las exigencias del poder gubernamental y, en no pocas ocasiones, se enfrentó a la autoridad civil, a los abusos de colonos y comerciantes<sup>33</sup> así como a las presiones de los grupos de poder que aupados tras de ellos querían acrecentar sus negocios. Finalmente, cabe mencionar que las guerras tribales mantuvieron la misión en continua zozobra hasta mediados del siglo XX.<sup>34</sup> Nos hacen ver también cómo la Misión Salesiana fue haciendo camino al andar y sus misioneros debieron mantenerse firmes en sus propósitos para predicar, educar, asistir, organizar, abrir caminos y construir puentes. Tras fases de incertidumbres, enmiendas y rectificaciones, pudieron finalmente tener un protagonismo creciente y hasta un apogeo feliz para el bienestar de los pueblos mestizos y shuar de esta región de la patria.

## Bibliografía

- Aguilar Vázquez, Carlos. 1926. *El país del sol*. Cuenca: Editorial Pacífico Ávila.
- Alí-Belfádel, Arturo. 1908. *Gli Sciuoar dell'Ecuador*. Roma: *Rivista d'Italia*.
- Álvarez, Eudófilo. 1915. Conferencia sustentada en el Colegio Vicente Rocafuerte sobre el Oriente ecuatoriano el 12 de octubre de 1914. Quito.

---

33 Cobes (2008) señala: “Parece que los shuar suministraban las cabezas reducidas tanto a comerciantes venidos desde el Perú por vía fluvial como a comerciantes de la propia Macas que las vendían a otros venidos desde Riobamba”. En Natalia Cobes. 2008. *La incipiente provincia. Amazonía y Estado ecuatoriano en el siglo XIX*. Quito: UASB/CEN, p. 170.

34 La literatura misional da cuenta, por ejemplo, de que los shuar de Gualaquiza mantenían guerras permanentes con los de Méndez y Macas.

- Álvarez, Eudófilo y Luis Tufiño. [1912] 2020. *Informe de la misión científica Tufiño-Álvarez enviada por el gobierno a las regiones de Macas. Tipografía de la Escuela de Artes y Oficios*. Quito. En Fernando Hidalgo Nistri. 2020. *Exploraciones orientales. Ciencia y política al encuentro de lo salvaje*. Quito: Centro de Publicaciones Pontificia Universidad Católica del Ecuador, pp. 135-214.
- Allioni, Miguel. [1910] 1978. *La vida del pueblo shuar*. Quito: Ediciones Mundo Shuar. Anónimo. 1906. *I Jívaros di Mendez e Gualaquiza*. Turín.
- Bessi, Alessandro. 2013. *Jacinto Pancheri, La aventura de una vida*. Quito: Ediciones Abya-Yala.
- Bottasso, Juan. 1993a. *Los Salesianos y la Amazonía. Tomo I. Relatos de Viajes 1893-1909*. Quito: Ediciones Abya-Yala.
- Bottasso, Juan. 1993b. *Los Salesianos y la Amazonía. Tomo II. Relaciones etnográficas y Geográficas*. Quito: Ediciones Abya-Yala.
- Bottasso, Juan. 1993c. *Los Salesianos y la Amazonía. Tomo III. Actividades y Presencias*. Quito: Ediciones Abya-Yala.
- Bottasso, Juan. 2003. *Los salesianos y la lengua de los Shuar. Discurso de incorporación como Miembro correspondiente de la Academia Nacional de Historia del Ecuador*. Quito: Ediciones Abya-Yala.
- Brito, Elías. 1935. *Homenaje del Ecuador a Don Bosco Santo: La Obra Salesiana en el Ecuador*. Volumen destinado a conmemorar el cincuentenario del apostolado salesiano en Ecuador. 1888-1938, t I: Quito: Escuela Tipográfica Salesiana.
- Brito, Elías. 1938. *Homenaje del Ecuador a Don Bosco Santo: La Obra Salesiana en el Ecuador. La Apoteosis de San Juan Bosco en el Ecuador y las Misiones Salesianas. 1888-1938, t II*: Quito: Escuela Tipográfica Salesiana.
- Colini, Giuseppe Angelo. 1883. Osservazioni etnografiche sui Givari. In *Atti della R. Accademia dei Lincei* (3rd series) 11: 337-380.
- Cordero, Luis. [1875] 2020. *Una excursión a Gualaquiza en abril del presente año. Observaciones sobre el camino que conduce a esta colonia, sobre el estado actual y futuro de ella, y sobre la clasificación y usos de algunas plantas vistas por el autor en su pequeño viaje*. Cuenca. En Fernando Hidalgo Nistri, *Exploraciones orientales. Ciencia y política al encuentro de lo salvaje*. Quito: Centro de Publicaciones Pontificia Universidad Católica del Ecuador, pp. 83-116.

- Cordero, Luis. 1911. *Enumeración botánica de las principales plantas, así útiles como nocivas, indígenas o aclimatadas, que se dan en las provincias del Azuay y de Cañar de la República del Ecuador*. Cuenca.
- Creamer, Pedro sdb. 2012. *Perfiles biográficos. Salesianos difuntos del Ecuador. 1892-2011*. Inspectoría Salesiana “Sagrado Corazón de Jesús”. Quito: Archivo Histórico Salesiano.
- Crespi Carlos. 1924. Cuarenta días de excursión por la región de Indanza, Ecuador. En *Boletín Salesiano: Revista mensual de las obras de Don Bosco* S-0288 Biblioteca de Catalunya (39, 1924 N.6: 12).
- Crespi, Carlos sdb. 1926. El Oriente Azuayo. En Mora, Luis F. y Arquímedes Landázuri, *Monografía del Azuay*.
- De María, Juan. 1919. Gramática y Vocabulario Jivaro. Quito: *Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos*.
- Díaz Cueva, Miguel. 2014. Fotografía y fotógrafos 1853-1931. En Instituto Nacional de Patrimonio Cultural, *Rostros, lugares de entonces. Cuenca siglo XIX. Colección Miguel Díaz Cueva*, Quito: INPC, pp. 25 ss.
- Díaz Heredia, Felipe. 2009. *Viaje a la Memoria: Cuenca, su historia fotográfica*. Cuenca: Municipio de Cuenca.
- Duroni, Salvador. 1928. *Diccionario de bolsillo del idioma jíbaro*. Cuenca: Editorial J. M. Astudillo Regalado.
- Esvertit Cobes, Natália. 2001. Los imaginarios tradicionales sobre el Oriente ecuatoriano. *Revista de Indias*, vol. LXI, núm. 223, pp. 541-570.
- Esvertit Cobes, Natália. 2008. *La incipiente provincia. Amazonía y Estado ecuatoriano en el siglo XIX*. Quito: UASB/CEN, p. 170.
- Esvertit Cobes, Natália. 2014. Los salesianos en el Vicariato Apostólico de Méndez. En José E. Juncosa, Lola Vázquez, Juan Fernando Regalado et al. (coord.), *La presencia salesiana en Ecuador. Perspectivas históricas y sociales*. Quito: Ediciones Abya-Yala/UPS, pp. 471-512.
- Festa, Enrico. [1909] 1993. *En el Darién y el Ecuador. Diario de viaje de un naturalista*. Monumenta Amazónica. Iquitos: CETA. Quito: Ediciones Abya-Yala.
- Gnerre, Maurizio. 2014. Los salesianos y los shuar. En *La presencia salesiana en Ecuador. Perspectivas históricas y sociales*, coordinado por José Enrique Juncosa, Lola Vázquez, Juan Fernando Regalado, Blas Garzón, Víctor Hugo Torres. Quito: Abya-Yala-UPS, pp. 573-636.

- Guerriero, Antonio y Pedro Creamer Pedro. 1997. *Un siglo de presencia salesiana en el Ecuador. El proceso histórico 1888-1988*. Quito Ecuador: Inspectoría Salesiana Sagrado Corazón de Jesús.
- Hamy, Théodore Ernest. 1873. Nouveaux renseignements sur les indiens Jivaros. *Revue d'Anthropologie* 2: 385-397.
- Hidalgo, Ángel Emilio. 2009. *Guayaquil. Los diez-los veinte. Fotografías de José Rodríguez González, Enrique de Grau, Miguel Ángel Santos y Rodolfo Peña Echaiz*. Quito: Consejo Nacional de Cultura.
- Hidalgo Nistri, Fernando. 2020. *Exploraciones orientales. Ciencia y política al encuentro de lo salvaje*. Quito: Centro de Publicaciones Pontificia Universidad Católica del Ecuador.
- Jaramillo, Miguel. ca.1900-1910. *Persona no identificada* [Fotografía]. Guayaquil, Instituto Nacional de Patrimonio Cultural, Archivo Histórico Camilo Destruge.
- Jaramillo, Miguel. ca.1910-1920. *Profesor Nelson Matheus* [Fotografía]. Guayaquil, Instituto Nacional de Patrimonio Cultural, Archivo Histórico Camilo Destruge.
- Jaramillo, Miguel. ca.1900-1916. *José María Barona* [Fotografía]. Guayaquil, Instituto Nacional de Patrimonio Cultural, Colección Miguel Díaz Cueva.
- Jaramillo, Miguel. ca.1935-1945. *Persona no identificada* [Fotografía]. Guayaquil, Instituto Nacional de Patrimonio Cultural, Archivo Histórico del Guayas.
- Jaramillo Alvarado, Pío. 1936. *Tierras de Oriente*. Quito: Imprenta y encuadernación nacionales.
- Jijón y Caamaño, Jacinto. 1919. Contribución al conocimiento de las lenguas indígenas... Quito: *Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos*, Vol 2, n. 6, pp. 340-413.
- Jimpikit T., Carmelina y Antún, Gladys. 1991. *Los nombres shuar. Significado y conservación*. Quito: Ediciones Abya-Yala.
- Juank, Aij'. 2016. *Pueblo de fuertes N.º 3. Rasgos de historia shuar para los planteles interculturales de educación media*. Quito: Ediciones Abya-Yala.
- Juncosa, José E. 2020. *Civilizaciones en disputa. Educación y evangelización en el territorio shuar*. Quito: UASB, Ediciones Abya-Yala.
- Juncosa, José E. y Luis Álvarez. 2019. Civilización y desarrollo amazónico en el discurso y acción del misionero salesiano Carlos Crespi Croci (1891-1982). En José E. Juncosa y Blas Garzón (coord.), *Misiones*,

- pueblos indígenas y la conformación de la Región Amazónica. Actores, tensiones y debates actuales*. Quito: Abya-Yala/UPS, pp. 137-164.
- Juncosa, José y Pineda, Natalia. 2019. Resignificar el uso de la fotografía etnográfica de los archivos históricos. Reflexiones en torno a la muestra fotográfica “Rostros y actores en el territorio shuar-achuar”. En J. Juncosa y B. Garzón Vera (eds.), *Misiones, Pueblos Indígenas y la conformación de la Región Amazónica: actores, tensiones y debates actuales*. Quito: Ediciones Abya-Yala, pp. 181-209.  
<https://doi.org/10.7476/9789978104941>
- Karsten, Rafael. 1921. La lengua de los indios jívaros (shuar) del Oriente del Ecuador, Helsingfors.
- Karsten, Rafael. 1922 “The religion of the Jibaro Indians of eastern Ecuador”. *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, Vol IV-No 10 y 11 (Quito).
- Karsten, Rafael. [1921-1922] 1998. *Entre los indios de las selvas del Ecuador*. Ediciones Abya-Yala, Quito.
- Karsten, Rafael. [1935] 2000. *The Head-Hunters of West. The life and Culture of the Jibaro Indians of Eastern Ecuador and Perú*. Helsingfors: Societas Scientiarum Fennica/Univ. of Helsingfors. Edición en español, Quito: Ediciones Abya-Yala, 2000.
- Lenti, Arthur J., Juan José Bartolomé y Jesús Graciliano González. 2011. *Don Bosco. Historia y Carisma. Expansión de Valdocco a Roma*. Madrid: Editorial CCS.
- Magalli, José María. 1890. *Colección de Cartas sobre las Misiones Dominicanas del oriente*. Quito, Imprenta de Juan Pablo Sanz.
- Martínez, Julio. 1918. *Yusna chicham Shuorna Chichaman* (Doctrina cristiana en idioma jíbaro). Lima: Escuela Tipográfica Salesiana.
- Mattana, Francisco. [1894 (1993)]. La llegada [Carta a Don Rúa]. En Juan Bottasso (comp.), *Los salesianos y la Amazonía*. Tomo I. Relaciones de Viajes 1893-1909. Quito: Ediciones Abya-Yala, pp. 119-127.
- Montero, Paula. 2007. Antonio Colbacchini e a etnográfica salesiana. *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, Vol. 22 no.64 junho, pp. 49-63.
- Morel, Marie. 2010. Una etnografía salesiana 1890-1930: Cuatro décadas de encuentros y desencuentros de misioneros e indígenas en el Alto Paraguay. *Jornadas Internacionales de Historia del Paraguay*. Juan Manuel Casal; Thomas Whigham, junio 2010, Montevideo, Uruguay, pp. 291-305.

- Navarrete, José Antonio. 2015. El archivo fotográfico de la Amazonía Ecuatoriana. Las misiones salesianas (ca. 1890-1930). En *En la Mirada del Otro: acervo documental del Vicariato Apostólico Salesiano en la Amazonía Ecuatoriana, 1890-1930*, 20-26. Quito: INPC.
- Nicoletti, María Andrea. 2001. El aporte de los misioneros salesianos al estudio etnográfico de la Patagonia. Buenos Aires: *Saber y Tiempo*, no.12.
- Ortiz Batallas, Cecilia. 2022. *La evangelización del pueblo shuar en la Amazonía ecuatoriana*. Quito: FLACSO/Ediciones Abya-Yala, Ecuador.
- Pagnotta, Chiara. 2017. Evangelizar y civilizar la amazonía ecuatoriana. Una aproximación a la actividad del salesiano Carlo Crespi en la década de 1920. En *La reinvencción de América. Proyecciones y percepciones Europa-América Latina, siglos XIX-XX*, editado por Pilar García Jordán. Barcelona: UBE/TEIAA, pp. 125-149.
- Pagnotta, Chiara. 2018. La Exposición Misional Vaticana de 1925, los misioneros salesianos y la representación del Oriente ecuatoriano. *Procesos: revista ecuatoriana de historia*, 47 (I Semestre), 58-88.
- Pancheri, Jacinto. 1894. Carta a Don Rúa. En Bottasso, Juan. 1993a. *Los Salesianos y la Amazonía. Tomo I. Relatos de Viajes 1893-1909*. Quito: Ediciones Abya-Yala, pp. 53-58.
- Pierre, Francois. [1898] 1983. *Viaje de exploración al Oriente Ecuatoriano, 1887-1888*. Quito: Ediciones Abya-Yala.
- Regalado, Juan Fernando. 2014a. Introducción. Aspectos sociales e históricos de la educación salesiana. En José Enrique Juncosa et al. (coord.), *La presencia salesiana en Ecuador. Perspectivas históricas y sociales* Quito: Ediciones Abya-Yala/UPS, pp. 199-220.
- Regalado, Juan Fernando. 2014b. Conformación del espacio local en Cuenca y labor salesiana. En José Enrique Juncosa et al. (coord.), *La presencia salesiana en Ecuador. Perspectivas históricas y sociales*. Quito: Ediciones Abya-Yala/UPS, pp. 435-470.
- Ricaldone, Pedro sdb. 1905. *Las leguminosas y los cereales. Estudio crítico y científico*. Sevilla. Biblioteca Agraria Solariana. Librería editorial de María Auxiliadora.
- Rivet, Paul. 1907. Les indiens Jíbaro. Étude géographique, historique et ethnographique. *L'Anthropologie* 18: 333-368; 583-618.
- Rivet, Paul. 1910. La langue jívaro aou Siwora. Viena: *Anthropos*, vol. iv y v.

- Rodríguez Ortiz, A. M. y Montoya Trujillo, B. 2019. La fotografía como estrategia para formar en ciudadanía. *Jangwa Pana*, 19(1), 150-178. <https://doi.org/10.21676/16574923.3359>
- Spinelli, Joaquín. 1926. El Valle de Gualaquiza. En Mora, Luis F. y Arquímedes Landázuri: *Monografía del Azuay*, s.p.
- Spinelli, Joaquín. 1926. Etnografía de los Jíbaros. Costumbres y supersticiones. En Mora, Luis F. y Arquímedes Landázuri: *Monografía del Azuay*, s.p.
- Tallachini, Félix. 1905. *Katipi. Romance sobre los jíbaros*. Turín: Librería Salesiana. Colección de Lecturas Amenas.
- Torres, Ángel y Almeida Angélica. 2019. Análisis de producción fotográfica y obras audiovisuales de misiones salesianas en la región amazónica. En J. Juncosa y B. Garzón Vera (eds.), *Misiones, Pueblos Indígenas y la conformación de la Región Amazónica: actores, tensiones y debates actuales*, 165-179. Quito: Ediciones Abya-Yala. <https://doi.org/10.7476/9789978104941>
- Up De Graff, Fritz W. 1923. *Head hunters of the Amazon: Seven years of exploration and adventure*. New York: Garden City Publishing.
- Vacas Galindo, Enrique. 1895. *Nankijukima. Religión, usos y costumbres de los salvajes del oriente del Ecuador*. Ambato: Imprenta de Teodoro Merino.
- Yáñez, Marcial, sdb. 1924. *Por el Oriente ecuatoriano*. Lecturas Católicas año XXX, N.º 3634, septiembre y octubre de 1924. Barcelona (Sarriá): Librería Salesiana. Escuela Tipográfica Salesiana.
- Yáñez, Marcial, sdb. 1935. La Obra Salesiana en Manabí. 1927-1935. En Elías Brito. 1935. *Homenaje del Ecuador a Don Bosco Santo: La Obra Salesiana en Ecuador: volumen destinado a conmemorar el cincuentenario del apostolado salesiano en el Ecuador. 1888-1938*. t I, Quito: Escuela Tipográfica Salesiana, p. 228-233.

**Imagen 3**

*Contraportada original de la obra Por el Oriente ecuatoriano*

AÑO XXX-LECTURAS CATÓLICAS-N.º 363-4

SEPTIEMBRE Y OCTUBRE, 1924

**MARCIAL YÁÑEZ**

# Por el Oriente Ecuatoriano

CON

NUMEROSAS ILUSTRACIONES



**LIBRERIA SALESIANA. BARCELONA. — (SARRIA)**





# Por el Oriente ecuatoriano

## Preliminares

Los planes de la Excursión al Oriente se formaron mucho antes de que llegasen las vacaciones del año transcurrido; por cuyo motivo fuimos allegando paulatinamente los materiales que nuestras limitadas fuerzas nos permitían, y que creíamos indispensables para el viaje. El contingente, solicitado a quienes podían proporcionárnoslo, llevaba trazas de aceptación negatoria, dada la dilación casi estudiada en la ejecución de los trámites, y que al fin no surtió efecto alguno.

El contratiempo se presentaba, pues, terco, sañudo y adecuado para matar una feliz disposición. A esto añádase la crudeza del invierno, que por entonces diluviaba, la noticia rodeada de circunstancias espeluznantes sobre los caminos montañoses y la poca práctica para acometer empresas de este género. ¿Quién no habría retrocedido ante dificultades casi insuperables? ¿Y todo esto no era suficiente para desanimarnos y desechar el proyecto por absurdo o alejarlo para mejores tiempos? —Claro que sí: pero ¡cosa increíble! La contradicción nos fortaleció el ánimo, encendiendo el entusiasmo y decidiéndonos a pasar por encima de cualesquiera dificultades ulteriores. Se trataba, pues, de jóvenes resueltos, que en la privación y el sacrificio deseaban robustecer el carácter y habilitarse para dar con el bien ape-

tecido, según la máxima del filósofo latino: *Sacrificium maxime tota observatione tineamur, quia utilius ad vitam vel majus ad gloriam.*<sup>35</sup>

Por lo menos, para vencer las montañas de los Andes, llenas de peligros; para internarse en las enmarañadas selvas orientales, verdaderos cubiles de serpientes y de fieras, ¿no eran menester numerosos y escogidos compañeros, armas de precisión, confortantes selectos y abundante munición de boca? Todo esto habría venido a llenar una importante necesidad, todo habría sido acogido como una bendición y a todo se habría extendido un agradecimiento franco y efusivo; pero la fortuna se manifestó ingrata, el hado esquivo. ¿Compañeros? Miguel Jaramillo y el que suscribe. ¿Armas? La de Jaramillo... una máquina fotográfica con algunos objetivos. ¿La mía? Una pluma despuntada. ¿Confortantes? El agua pura y cristalina del camino. ¿Comestibles? La yuca de la huerta indiana.

Pero si las dificultades eran graves, la voluntad y el patriotismo lo suplían todo. Y gracias a esa voluntad enérgica, que nos acompañó desde el principio, sin haber sufrido ni por un momento los accidentes o fluctuaciones del desmayo, se llevó a cabo el recorrido que ahora nos sorprende, y que justamente se ha hecho acreedor a los detalles de la pluma, a los coloridos del pincel.

No es fuera de lugar el que, antes de terminar estas líneas, haga constar nuestra elevada gratitud para con los amigos de aquende y allende los Andes, que en alguna forma apoyaron la excursión; para los valientes y abnegados Misioneros Salesianos de Gualaquiza, Indanza y Santiago de Méndez, sin cuyo eficaz auxilio muy difícil nos habría sido realizarla en la forma y amplitud que va descrita; para el Ilmo. Sr. Comín, Obispo de esas comarcas, que la fomentó con el entusiasmo de su palabra; para los amigos de Macas, que nos confundieron con sus atenciones y rasgos de muy generosa hospitalidad; para la prensa de Guayaquil, que nos dirigió frases de aliento y tuvo la hidalguía de franquearnos sus columnas; para los esforzados jóvenes de Gualaquiza, que no vacilaron en aventurarse a compartir con nosotros las injurias

---

35 Traducción de los editores: Nos aferramos firmemente al sacrificio observante, ya que es más útil para la vida que para la gloria.

y privaciones de la selva. Gracias, por último, a todos los amigos del tránsito, que nos dieron benévola acogida y cuyas acertadas indicaciones surtieron siempre los más felices resultados.

¿Y qué es lo que se ha escrito sobre el Oriente? Como el viaje no tenía arrestos de exploración científica ni se limitaba a reconocer fronteras, es claro que el contenido de estas páginas obedece a todo lo que nos ha impresionado durante las sesenta jornadas de vida activa en medio de la selva.

El que quiera conocer, pues, algo de lo que es el Oriente ecuatoriano, lea estas páginas, que le ofrece el patriotismo de dos amigos, seguro de que ellas le comunicarán algún conocimiento útil, momentos de solaz, o, cuando menos, distracción en las veladas de familia.

Preceden a la obra algunos datos sobre la posición astronómica, tomados de la *Guía del Ecuador*, y una mirada a vuelo de águila sobre el suelo ecuatoriano, en sus tres diferentes zonas, por el P. Berthe,<sup>36</sup> ventajosamente conocido entre nosotros.

*El Autor*

---

36 *Nota de los editores.* No fue posible verificar con exactitud esta referencia bibliográfica. No obstante, en 1909 se publicó una Guía muy citada, conocida como *Guía del Ecuador*. Pero en realidad los datos exactos son como sigue: *El Ecuador. Guía comercial, agrícola e industrial de la República*. Editada por la Compañía “Guía del Ecuador”. Guayaquil. Talleres de Artes Gráficas de E. Rodenas - Huancavilca 413. 1909. Citada por Díaz Cueva, Miguel. Fotografía y fotógrafos 1853-1931. En Instituto Nacional de Patrimonio Cultural: *Rostros, lugares de entonces. Cuenca siglo XIX. Colección Miguel Díaz Cueva*. Quito, 2014, p. 25.

## Aspecto general de la República del Ecuador

### *Posición astronómica*

La República del Ecuador está situada en la banda occidental del Continente Sudamericano. Ocupa en tierra firme el territorio comprendido entre las Repúblicas de Colombia, Perú y el Brasil, y en el Océano Pacífico el Archipiélago de Colón (Galápagos).

Los puntos astronómicos extremos y salientes en la costa son: al *Norte* la punta «Mangles», al Norte de la boca de Ancón, a 81 grados 23 minutos longitud 0. de París, y a 1 grado 37 minutos latitud N.; al *Sur* la boca del estero de «Caponés», a 82 grados 36 minutos longitud 0., y a 3° 25 minutos latitud S.; al *Oeste*, la puntilla de Santa Elena, a 83 grados 20 minutos longitud 0., y a 2 grados 11 minutos latitud S.; y al *Este*, la boca del «Apoporis», a 71 grados 45 minutos longitud E.; y a 1 grado 31 minutos latitud S., y el Mojón en la quebrada de San Antonio cerca de Tabatinga, a 72 grados 14 minutos longitud E., y a 4 grados 13 minutos latitud S. Los límites definitivos con los países colindantes no están fijados, a excepción de Colombia. (P. Berthe, *Guía del Ecuador*, pág. 14)

El viajero que atraviesa el Atlántico, cruza el Istmo de Panamá y surca en el Océano Pacífico un nuevo espacio de doscientas cincuenta leguas al mediodía, llega, al fin, a Guayaquil, puerto principal. Si entonces vuelve los ojos al oriente, tendrá delante de sí, entre la República de Colombia, que cae el norte, y el Perú, que se prolonga al sur, la República del Ecuador.

La República del Ecuador está bañada por el Pacífico en una extensión de doscientas leguas. De los extremos de esta frontera occidental parten al oriente dos líneas, que, juntándose a trescientas leguas de la costa, forman un inmenso triángulo de ochocientos cincuenta mil kilómetros cuadrados, extensión casi tan vasta como el actual territorio de Francia, y, sin embargo, es uno de los Estados más pequeños de la América del Sur: es un palmo de tierra, si se lo compara con el vecino imperio del Brasil.

Atravesada en toda su longitud por la doble cordillera de los Andes, la República del Ecuador presenta al asombrado viajero tres

regiones absolutamente diversas: los llanos de la costa, la meseta de soberbias montañas y la zona salvaje del oriente, sobre las cuales hay que detener siquiera un momento la mirada para formarse una idea de tan rica como grandiosa naturaleza.

En la magnífica campiña, de quince a veinte leguas, que se extiende desde la costa a la cordillera, lanza el sol a torrentes sus rayos abrasadores, que, cayendo sobre un terreno pingüe, bañado por los ríos y copiosísimos raudales que descienden de empinadas cumbres, y empapado durante muchos meses de lluvias cotidianas, produce una exuberante vegetación. Por todas partes, selvas inmensas, que no han sentido aún el hacha del leñador; árboles gigantescos, al lado de los cuales nuestras encinas de Europa parecerían enanos miserables; por doquiera, ríos y variados perfumes, el amarillo, el nogal, la caoba, el cedro, el pimentero, la higuera chumba, el naranjo y palmeras colosales. La tierra, sin trabajo apenas, produce multitud de plantas, cuya exportación constituye la principal riqueza del país: el algodón, la caña de azúcar, el café, el cacao; sin contar mil y mil otros frutos delicados y sabrosos. Enajenada la vista, se goza en la inmensa variedad de flores del más brillante colorido, mientras innumerables bandadas de pájaros de resplandeciente plumaje mezclan sus armoniosos trinos con el rugido de las fieras que vagan por el bosque.

Después de haber recorrido una llanura tan encantadora, llegamos al pie de los Andes. Los Alpes y los Pirineos desaparecerían, como insignificantes, al lado de aquellas montañas enormes, que sólo al Himalaya ceden en altura en nuestro globo. Los habitantes de Guayaquil, abrasados por el sol ecuatorial, perciben a distancia de treinta leguas el Chimborazo, cubierto de nieves eternas: a seis mil metros se eleva su cima sobre los buques que flotan en el puerto.

¡Qué magnífico espectáculo se ofrece al viajero cuando, después de larga fatiga, llega a la meseta de los Andes! Mirando al océano, se ostenta a sus pies la campiña que acaba de abandonar, verdadero edén esmaltado de bosques, de ríos, de verdes praderas, y aldeas tendidas en las faldas y profundos valles, y en el fondo de ese cuadro, el piélago sin límites.

Al oriente, y a cosa de veinte o treinta leguas, aparece la segunda cordillera de picos majestuosos, que se destacan en el firmamento con su manto de nieves perpetuas y su inmensa batería de volcanes: el Cayambe, el Cotopaxi, el Tungurahua y el Sangai, cuyos cráteres se abren a cinco o seis mil metros, vomitando unas veces humo y otras, ardiente lava, nubes de ceniza o diluvios de agua, en torno de las comarcas que los circundan.

Ante escena semejante, que sobrepuja en solemne grandeza a todo cuanto la fantasía puede soñar, el hombre, anonadado, cae de hinojos y repite instintivamente el canto del Rey Profeta: “¡Ríos y mares, valles y montañas, y tú, sol resplandeciente, bendecid al Señor!”.

La meseta, comprendida entre las dos cadenas paralelas de los Andes, se extiende en una llanura de ciento cincuenta leguas de largo y de diez a quince de ancho: espléndido oasis, puesto por la mano del Creador, a tres mil metros sobre el nivel del mar; y en este pensil, suspendido de las montañas y favorecido con una eterna primavera, bajo la misma línea equinoccial, se encuentra concentrada la mayor parte de la población ecuatoriana. Allí descuellos Quito, capital de la República, y se alzan también las importantes ciudades de Cuenca, Riobamba, Ambato, Ibarra, Guaranda y Loja, rodeadas de numerosas aldeas y caseríos. En estos paisajes se extienden las grandes fincas llamadas *haciendas*, vastas, a veces, como una de nuestras provincias o distritos municipales, y que apacientan rebaños de tres o cuatro mil toros y quince o veinte mil carneros.

Al descender por la vertiente oriental de los Andes, después de ocho o diez días de camino por espantosos desfiladeros, en medio de peñascos y precipicios, se llega a la inmensa llanura que se pierde en las fronteras del Brasil. Allí se presenta la naturaleza en toda su primitiva majestad: soledades sin término, selvas vírgenes, erizadas de árboles gigantes, sostenidos a veces en el aire por amapolas entrelazadas, aun cuando sus raíces muertas no alcancen el suelo; ríos anchos como mares que cruzan en todos sentidos aquella tierra fecundísima, antes de perderse en el Amazonas, el Mediterráneo del Continente Austral: tal es el aspecto de tan rica y hermosísima re-

gión, que pudiera sustentar a millones de hombres y en la que apenas vagan doscientos mil salvajes.

Estos, errantes en los bosques, viven de la caza, de la pesca y de la fruta que un sol benéfico madura para ellos en todas las estaciones del año. “Esta región se llama la Provincia Oriental” (P. Berthe: *Obras*, etc.).

## **Salida de Guayaquil**

El día designado para la salida de Guayaquil con dirección al Oriente fue el día 11 de Febrero, día excepcional, porque, teniendo un invierno riguroso como teníamos, en que no pasaban veinticuatro horas sin que llovieran chuzos, como suele decirse, ese día no llovió ni gota, y las calles de la ciudad, bien que húmedas por los aguaceros anteriores, no eran un obstáculo para el viajero, que, más o menos presuroso, al amanecer se dirigía a la balsa del Colón para trasladarse a Durán.

Con poca diferencia de tiempo nos hallamos reunidos en la mencionada balsa el señor Miguel Jaramillo, el autor de estas líneas, y el señor Luis Suárez, Secretario del Colegio Vicente Rocafuerte, que a una ligera insinuación nuestra tuvo la generosa deferencia de condescender con nosotros y acompañarnos hasta Cuenca.

En Durán pitó el tren el momento fijado en el itinerario y partió echando resoplidos de condenado.

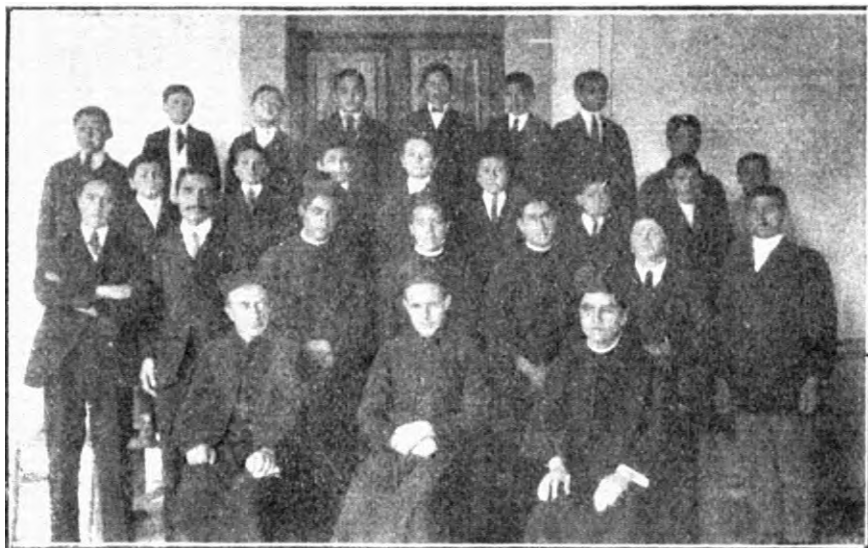
Después de algunas horas de marcha, sólo interrumpidas por los breves intervalos de las estaciones del tránsito, nos dejó en Chanchán, estación de Chunchi.

Chanchán es una estación de poca importancia, situada en la garganta de las montañas, a 1773 metros sobre el nivel del mar, en donde el tren no para sino lo indispensable para que el pasajero embarque o desembarque sus objetos, con la rapidez de los pocos minutos de que dispone.

De Chanchán a Chunchi empleamos una hora y veinte minutos en buenos caballos; pero por un camino malo y pedregoso, de ascensión continua y pasando por un buen trecho a la izquierda, por la profundidad del abismo.

## Imagen 4

*Personal en formación para las misiones*



## Chunchi

En la puerta de la casa parroquial nos dio la bienvenida el Doctor Adolfo Astudillo, cura del lugar y persona de buena posición, en quien se dan la mano cualidades nada comunes; el cual, además, se apresuró a brindarnos una generosa hospitalidad, poniendo a nuestra disposición su casa y sus servicios, de lo que quedamos muy reconocidos.

El tiempo que permanecemos en Chunchi, hasta conseguir las acémilas y aperos respectivos, nos dio lugar para que lo conociéramos con algún detalle, lo cual nos permitirá hacer una breve apreciación sobre su flora, cultivos, posición topográfica, población e industria.

### *Flora*

La vegetación de la cañada de Chanchán, en general, es pobre y de poco interés para el visitante; no obstante, en sus reducidas y pedregosas vegas se hallan guarangos (*Acacia tortuosa* (L.) Willd.), carrizos (*Saccharum contractum* Kunth), espinos (*Cereus flavispinus*



Salm-Dyck), pencos (*Agave americana* L.), achupallas (*Pourretia achupalla* Linden), algunas matas de sígsig (*Arundo canila* Molina ex Steud.) tiradas en los barrancos.

Estos son, tal vez, los mejores ejemplares de la flora de Chanchán; pero, a medida que se asciende la montaña en dirección oriental, cede la vegetación, poco elegante, de la zona pedregosa a la más robusta de los repliegues y contrafuertes de la montaña.

En la cumbre de la altura llamada Yalapud, que es la que se vence para llegar a Chunchi, se ve entre el menudo césped del camino dos variedades de achicorias, una blanca (*Werneria nubigena* Kunth) y otra amarilla (*Achyrophorus quitensis* Sch. Bip.), que, incrustadas en el suelo, matizan el campo con insólita elegancia.

La zona de la montaña que da asiento al pueblo y a varias aldeas, tiene plantas de temperatura media, unas de cultivo y otras espontáneas. Entre las cuales se nota el eucalipto (*Eucalyptus globulus* Labill.), el capulí (*Cerasus saicifolius* D. C.<sup>37</sup>), el lechero (*Euphorbia latazii* Kunth), que forman los cercos de las sementeras; el guandug (*Datura sanguinea* Ruiz & Pav.), que, junto en los chilcos (*Bacharis Hamdatencis* H. B. K.<sup>38</sup>) se ven cerca de las casas retiradas de la población, y a veces limitando los pequeños patios.

Las orillas del río Guataxí, que le baña por el E. y S., ofrecen buenos ejemplares de alisos (*Betula acuminata* Wall.), sauces (*Salix humboldtiana* Willd.), molle (*Schinus molle* L.) que, con su follaje, menudo y abundante, tronco ramificado y robusto, dan a conocer la bondad del suelo en que vegeta.

### Agricultura

Chunchi, como zona de buena temperatura (15° C), ofrece sus campos para el cultivo de varios productos interesantes. El maíz es el más propagado, ya que este cereal constituye el pan cotidiano del rico

---

37 Nota de los editores: Nombre científico no detectado en la base de datos: <https://www.tropicos.org/home>

38 Nota de los editores: Nombre científico no detectado en la base de datos: <https://www.tropicos.org/home>

y del pobre. La cebada y el trigo se cultivan poco, y no recuerdo haber visto sementeras de estas mieses en las aldeas vecinales; tal vez la niebla, que cubre el lugar con tanta frecuencia, y la excesiva humedad que lleva consigo, son fatales para estos cultivos. Es claro que se han de haber probado todos los productos en épocas anteriores, y reservado únicamente los que ofrecían una cosecha remuneradora y positiva ventaja para el consumo. En cambio, muchas leguminosas prosperan admirablemente: el haba, el fréjol, la lenteja, la alverja son tan buenos como los que nos proporcionan los mejores campos interandinos.

### *Posición topográfica, población e industria*

El pueblo de Chunchi se halla situado en el plano inclinado de la falda S. E. del monte Calvario, a 2.273 metros sobre el mar y 500 sobre el Chanchán. Goza de magníficos panoramas en varias direcciones, y de una temperatura suave.

Al frente de Chunchi y a la distancia de cinco y medio a seis kilómetros en línea recta, se eleva la altura del Puñay, volcán apagado, según el decir de los moradores, con el cráter vuelto al S. Al fondo, entre Puñay y Capsol, se distinguen, desde la altura del pueblo, el anejo y la montaña de Yuyante, en cuyas faldas y cañadas se encuentran lugares pintorescos y haciendas surtidas de productos de temperatura media y caliente, como plátano (*Musa sp. L.*), caña de azúcar (*Saccharum officinarum L.*), etc.

La población de Chunchi se acerca a los 3.000 habitantes, sin contar la gente que vive esparcida en los campos. La primera autoridad en lo civil es el Teniente Político, con atribuciones señaladas en la ley del Régimen Administrativo. Tiene dos escuelas de enseñanza primaria: una de varones, dirigida por competentes profesores, y otra de niñas, siendo ésta regentada por las Hijas del Venerable Bosco, quienes despliegan mucha actividad para formar el corazón de sus educandas en la práctica de las virtudes cristianas, base de la verdadera educación, y adiestradas en los conocimientos que señala la pedagogía moderna.

El pueblo de Chunchi, unido a la estación de Sibambe por la línea del tren al Azuay, aunque en poco uso por el momento, y situa-

do en un lugar ventajoso, a no mucha altura del río Guataxí, sirve al pasajero, que va de occidente, de preparación y punto de apoyo para la ascensión y el paso del famoso páramo del Azuay.

Verdad es que Chunchi no tiene la importancia de los centros de más densa población, ni es el único camino para transmontar la Cordillera, ni el ferrocarril le presta aún los beneficios de su poderosa tracción; con todo, como pueblo de montaña, situado en la vera del camino, con fácil acceso a Guayaquil, y dado el espíritu emprendedor de sus habitantes, está llamado a tener notable incremento en un porvenir no lejano. Hoy mismo cuenta con buenos elementos de vida: el sombrero de paja toquilla, la cría del ganado, el laboreo de los campos, sus talleres de zapatería, talabartería, herrería, etc., constituyen el nervio y el alma de este pueblo.

En posesión ya de magníficos bagajes, mañana, 14 de febrero, reanudaremos nuestro viaje de Azuay.

### *El paso de la cordillera*

A las 6 a.m. del día 14 salimos de Chunchi, llevando un camino regular hasta el paso del río Guataxí; de ahí en adelante lo encontraremos incómodo, y no dejaba de presentar dificultades a cada momento, a pesar de que ésa es, ordinariamente, la ruta elegida en tiempo de lluvias, por ser más segura que las demás.

Hora y media después, eso es: a las 7 y media, entramos en la hacienda de Seteleg, que se hallaba al paso, y en donde no nos demoramos sino el tiempo necesario para tomar la altura barométrica y registrar con los gemelos la cordillera y las alturas de Sibambe, que dejábamos a las espaldas.

Los pocos minutos empleados ahí nos sirvieron de descanso y preparación para continuar la dilatada ascensión del páramo, que debía durar cinco horas consecutivas, andando por caminos primitivos, trazados por la rutina de los aborígenes. Si los caminos de la cordillera occidental son malos, éstos presentan todavía mayores peligros; por esto, se suele viajar hoy día con el guía siempre adelante.

Hasta la altura de 3.200 metros sobre el mar, el camino corta las diferentes eminencias por lo bajo; pero, una vez vencidos los 3.700 m., el camino se abre paso por el dorso de las montañas.

El día no fue bueno para el viaje. Dos horas antes de llegar a la cima, sentíamos cómo el viento, en impetuosas corrientes, se rompía en los picachos de las cumbres, llegando hasta nosotros las quebradas melodías de ese órgano salvaje del desierto. Ráfagas de nubes cruzaban en raudo vuelo por el espacio; agudos silbidos salían de la paja, y, de vez en cuando, retumbaba el choque de alguna piedra que se desprendía del peñón y rodaba por el precipicio. No había un ave, no había un insecto, no había hada que en tal paraje diese a conocer la existencia de la vida animal. Ninguno de la comitiva decía una palabra: todos marchábamos callados, silenciosos, embozados en nuestras grandes capas, atentos sólo al paso de la mula, sin ánimo para mirar al vertiginoso abismo o a la empinada cumbre.

A medida que ascendíamos, el viento se hacía más recio, soplaba con mayor violencia, detenía la respiración, e impedía, en ocasiones, el paso de las mulas. «¡Treguas, Señor, treguas!», decía para mis adentros. «¿Qué será de nosotros, una vez llegados a la altura?» ¡Caso verdaderamente fortuito! Antes de vencer todas las dificultades de la subida y ponernos en lo más álgido de la situación, fueron cesando los vientos, calmando sus bramidos, y cubriéndose el horizonte de una nube densa, que no llegó a desgalgarse en tempestad, antes mantuvo parte del día en benéfica y deseada sombra.

Pasado el peligro, una sonrisa de animación se dibujó en todos los labios, y, con miradas risueñas, nos volvíamos los unos a los otros para lanzar el acostumbrado ¿qué tal? Aquí revisamos las alforjas; nos refocilamos cuanto era menester para reparar las fuerzas perdidas, y luego, con bríos de vencedores, continuamos la marcha.

Cuatro horas duró el paso por la altura del páramo. A las cuatro de la tarde estábamos en el último picacho, en el límite de *Yugapirca*, desde cuya eminencia divisamos a lo lejos el cantón Cañar y sus magníficos campos, cultivados con todos los productos de la zona templada. Aquí sería menester el pincel de un ingenioso artista para

reproducir, con interés y fidelidad, en una tarde serena y tranquila como aquélla, los diferentes tonos de aquel cuadro maravilloso que se extendía allende la penumbra del horizonte...

El descenso lo hicimos de manera moderada, ya que el estropeo del camino en tan larga jornada no nos permitía acelerar el paso. Alguno de los viajeros convino en hacerlo a pie por algunos trechos, a fin de facilitar la circulación y dar soltura a los miembros.

A las 5 p. m. llegábamos al Tambo, pueblecito de regular aspecto y de buen clima, a 2.975 m sobre el mar, asentado en una pintoresca planicie, con buena iglesia, servicio parroquial y casitas bastante cómodas. En este lugar suelen los pasajeros terminar la jornada, y de buen grado nosotros lo hubiéramos hecho así, ya que el estropeo no daba para mucho; pero, como en nuestro itinerario constaba Cañar, tratamos de observarlo hasta donde nos fuese posible, y por entonces, hasta llegar a la meta.

## **Cañar**

Eran las 7 p. m. cuando entramos en el Cantón Cañar. La posada estaba lista. Un telegrama, dirigido desde Chunchi, había llegado con oportunidad a los Reverendos Hijos de la Salle, quienes, con la amabilidad que los distingue, nos colmaron de atenciones, habiéndonos esperado hasta esa hora para sentarse a la mesa en nuestra compañía y servirnos a todos un succulento ágape.

Cañar, llamado también el Granero de Azuay, tiene muchos y variados cultivos. Los cereales y las leguminosas se hallan como en suelo propio. La patata es rica, abundante y más propagada que cualquier otro tubérculo. Los valles occidentales de la Provincia tienen caña, yuca, plátano, pelma, café, cacao, caucho, etc.

Los cañaris de raza pura llevan el pelo a la antigua y tal como les brinda la naturaleza; pero tienen el cuidado de llevarlo limpio, aseado, lustroso y bien enmadejado. Visten con regularidad, asemejándose en cuanto pueden al hábito correcto de los blancos. Su trato es sencillo y franco; en su mirada se advierte algo de penetrante y escudriñador. En general, tienen excelentes cualidades, y en caso de divergencias tras-

centadales, serían buen alimento para colocarse en el lugar que les señalaría la Patria. Si algunas de sus cualidades se encuentran todavía latentes, la oportunidad y una educación más esmerada las pondría de manifiesto, porque entrarían de lleno a participar de los beneficios de la civilización en sus más interesantes aplicaciones.

Cañar cuenta con dos escuelas para la enseñanza de la niñez: la de varones, dirigida por los HH. CC., y la de niñas, por las MM. Catalinas. En una y otra escuela se educan, así como unos 450 alumnos, cifra consoladora para quien abraza nobilísimos ideales a favor de la juventud, ya que de tales centros de educación no pueden salir sino valiosos elementos para la Religión y la Patria.

## **Azogues**

El tiempo limitado que permanecemos en la ciudad de Azogues no nos permitió hacer las apreciaciones que teníamos en la mente; no obstante, pudimos admirar, aunque de paso, el plano de la ciudad, sus calles bien empedradas, algunos de sus edificios más salientes, tales como la casa de Gobierno, situada en la plaza principal, buenos almacenes, surtidos de todas clases de mercaderías, casas-posadas con servicios modernos; la iglesia matriz, de regular arquitectura, y un hermoso templo que construyeron los PP. Franciscanos en una pequeña colina que domina la ciudad por el S. E. Entre los colegios merecen mención el «Juan Bautista Vázquez», por ahora suspenso, por causas que se ignoran; el de la Providencia, regentado por competentes educadoras religiosas, y la escuela de los HH. CC., en marcha progresiva, a pesar de las dificultades creadas por el tiempo. En la visita que hicimos a este centro de educación (la única que el tiempo nos permitió), el Hno. Superior nos acogió con modales muy cultos, como buen francés, y puso la escuela a nuestra disposición. Recorrimos en breve las dependencias de la planta baja, y luego las de la superior, admirando en todas, la fina disposición de las clases y de los servicios auxiliares. Estábamos para pasar a un pequeño gabinete de Historia Natural, cuando pitó el auto contratado para conducirnos a la capital del Azuay, y por ser avanzada la tarde, dimos por terminada

la visita, no sin antes agradecer la cumplida atención del Hno. Superior, cuyo nombre sentimos haber olvidado.

La carretera que une Azogues y Cuenca, más bien que carretera, puede denominarse parque o vial de trabajo técnico y artístico; pues se escogió, para localizarla, las risueñas vegas del río Azogue, continuándola por las del Chaullamba y luego por las del Machángara, que, en su largo curso, viene de bañar los alrededores de la ciudad de Cuenca, y repartir, a su paso, riqueza y fertilidad en las diferentes zonas que visita.

Además, la pintoresca variedad de arboledas, prados y jardines, bien tenidos a cada lado del camino, lo vistoso de las quintas caprichosas, casi ocultas por cortinajes de preciosas enredaderas, el atractivo de la fruta que brindan los árboles que limitan el camino, el perfume de multitud de flores cultivadas y ajenas al cultivo, llevan al pasajero de embeleso en embeleso, hasta dejarle, después de hora y media de marcha, que más parece un sueño o quimera de codiciosa fantasía, en la fastuosa y patriarcal ciudad de Cuenca.

## **Cuenca**

Como nuestra llegada a Cuenca se verificó a la entrada de la noche, la ilusión creada por la abundancia de la luz eléctrica y por la gravedad de la ciudad colonial, no pudo ser más feliz. Hallábase profusamente iluminada, no porque se preparase a celebrar algunas efemérides gloriosas, sino, sencillamente, porque, siendo las empresas de propiedad azuaya, la sirven con esmero, entendiéndolo cumplir en ello un acto de noble y desinteresado patriotismo.

Bullía la gente en las calles y plazas; multitud de autos y coches se deslizaba en varias direcciones, y los balcones, atestados de personas del distinto sexo con variopinto ropaje, daban el aspecto de canastillos de flores, que hacían evocar la memoria de alguna de las grandes capitales americanas.

A medida que nos acercábamos al centro de la ciudad, crecía el interés, aumentaba la ilusión: no era ya juego de la fantasía lo que se ofrecía al turista, sino hermosa realidad, que se abría paso y derra-

maba favorablemente el espíritu, ávido de impresiones; mejoraba la arquitectura de casas y palacios; los almacenes brillaban a los fulgores de la luz, y ostentaban abundante mercadería; las calles, aunque estrechas, tenían andenes espaciosos, y los grandes focos derramaban haces de intensa luz, dándole el aspecto de una ciudad alumbrada a la europea. Parecía una Sultana del Oriente muellemente recostada en el sin igual valle de Tomebamba.

El chófer, sabiendo que éramos extraños al lugar, tuvo el acierto de conducirnos por lugares interesantes, a fin de que admirásemos, en un momento escogido, lo más grato y rico que encierra la ciudad en su seno generoso.

Eran las 7 p. m. cuando tocamos en la posada; allí nos despedimos con un cariñoso adiós de nuestro inteligente chófer.

Durante nuestra permanencia en Cuenca, y mientras completábamos algunos menesteres para el Oriente, tratamos también de hacer las visitas oportunas a la urbe de nuestras simpatías, para darnos cuenta, a lo menos en general, de cuanto es motivo de interés para el turista.

### *Visita a la ciudad*

En la plaza principal se halla la casa de Gobierno, vasto y cómodo edificio, que da para Gobernación, Oficina de Correos y Telégrafos; le siguen un palacio de mármol bruñido, de propiedad particular y producto de las canteras de Tarqui o Sayausí, y algunas casas de comercio. En la manzana contigua, frente a la misma plaza, se encuentran el Seminario Conciliar, semillero de muchas y selectas vocaciones eclesiásticas, y la grandiosa Catedral, en construcción. También la antigua Catedral se halla en la misma plaza, ocupando una parte de la manzana que mira al E. El resto lo forman casas de comercio, con cómodos portales, al estilo de los palacios o cuasi-palacios de Quito y Riobamba, en las respectivas plazas principales.

Los jardines de la plaza mayor, divididos en curiosas parcelas, con variada multitud de flores y plantas exóticas, sombreadas por altos pinos, plantados por el ilustre azuayo Luis Cordero, dan vida y atractivo a la plaza. En casi todas las horas del día se ven los escaños



colocados a la sombra de los árboles y arbustos, ocupados por los aficionados de las plantas, probablemente por los cantores de las flores, y tal vez, tal vez, por los dedicados al *dolce far niente*.

### *Templos*

Complace sobremanera ver en diferentes puntos de la ciudad templos tan hermosos y tan artísticos, que, a no dudarlo, harían espléndida figura en cualquier capital de mayor importancia.

Santo Domingo es una joya de arquitectura y pintura, construida por los Padres Dominicanos y dedicada a su fundador. El juego de campanas que lleva en las torres, se debe a la habilidad de los mismos Padres, que personalmente las fundieron, habiendo acertado con el timbre requerido, menos con el de la campana mayor, que algo ha dejado que desear.

San Alfonso, clásica obra de los Padres Redentoristas y digno de la piedad del pueblo cuencano, parece que tiene las mismas dimensiones, igual material e idéntica decoración de su homónimo de Riobamba.

El Santo Cenáculo, obra del piadoso e inolvidable Miguel Moreno, es como un relicario en el corazón de la ciudad.

La antigua Catedral, tal vez reliquia del tiempo colonial, sigue prestando importantes servicios al culto.

La Catedral, o Basílica, en construcción, es obra verdaderamente grandiosa y de concepción atrevida; lleva terminada la cripta, y la altura del ábside, en condiciones halagadoras. Una vez que llegue a concluirse, será una de las maravillas de América, según el parecer de los entendidos. Los trabajos avanzan paulatinamente, debido a la estrechez de las rentas de que dispone.

Son también dignos de mencionarse San Francisco, La Merced, Carmen antiguo, Carmen de San José, Concepción, San Marcos, San Miguel, y la Iglesia de María Auxiliadora, a que han dado mano los Padres Salesianos, y cuyos trabajos están a punto de llegar a término.

### *Industrias*

En general, en el Azuay, la gente está dedicada a la agricultura, y podemos decir que la industria aún no tiene franco desarrollo. Sin

embargo, la fabricación y venta del *sombrero* de paja toquilla, con la incesante demanda de este artículo en el país y en el extranjero, viene a constituir una de las fuentes de riqueza de las comarcas azuayas. La materia prima, o sea la paja, para la fabricación, la obtiene tanto de las provincias costaneras como de Gualaquiza, en el Oriente; con la diferencia de que la paja de la costa es blanca y mejor presentada, mientras que la del Oriente es algo oscura, pero más resistente y de precio módico, motivos por los cuales es más solicitada en algunos mercados.

La *cerveza* cuencana es de calidad superior; hemos apurado algunos vasos, y no hemos extrañado la de Guayaquil, ni la que en tiempos idos nos venía del otro lado de los mares. En el Azuay se consume mucho, y de preferencia a cualquier otra. Una vez que los caminos queden expeditos para el tráfico, no será difícil que en Guayaquil tomemos cerveza azuaya.

La *refinación* del azúcar, llevada a éxito en estos últimos tiempos, constituye una nueva y muy importante industria, que contribuye al aumento de la riqueza provincial y al alivio de las escasas facultades del pueblo consumidor. He aquí cómo «El Telégrafo» da la noticia del establecimiento de esta industria en Cuenca:

Nos place anotar el establecimiento de la refinación de azúcar en Cuenca, industria cuya falta se hacía sentir en toda esa provincia.

El ingenio es de los más modernos que se fabrican, y el azúcar llevado al mercado ha obtenido la preferencia de los compradores. Sólo se ha fabricado de primera clase, pero la prensa cuencana anuncia que muy pronto habrá de segunda y de tercera. Este último se venderá en el lugar de producción a diez centavos la libra.

La *destilación* del aguardiente es una industria, que, si no tuviera los impuestos tan onerosos que gravitan sobre los productores estaría más propagada, con mayor número de brazos en el cultivo de la caña, y positiva ventaja para el obrero, por el reparto proporcional de la riqueza pública. Hoy promete poca remuneración por el motivo indicado.

En toda la extensión de las provincias azuayas existen muchos y ricos *Minerales* de oro, plata, cobre, plomo, zinc, mercurio, etc.

Como trabajos más importantes de filones metálicos, se conocen, desde antiguo, las minas de Malal, las de Pilzhún, de Sayansí, de Güishil y las afamadas de Cañaribamba... Estas son más o menos ricas en oro, plata, cobre y plomo.

Entre las minas últimamente descubiertas, figuran la de plata y cobre de Molleturo, y la riquísima, también, de plata, de San Bartolomé, cuyos minerales muestran plata nativa en abundancia, dando en los ensayos hasta un sesenta por ciento de metal fino.

Existen también criaderos de piedras semipreciosas, como los granates de Tabacay, cerca de Azogues, los de Raucar, cerca de Cuenca, y los de un ópalo, más o menos fino, entre Uduzhapa y Oña, término de la región volcánica meridional del Ecuador.

Por lo que hace a materiales de construcción, como pórfidos, tobas, calizas, mármoles, andesitas, etc., los hay en toda la extensión de la provincia, y de clases muy finas, que pueden ser especuladas con mucho provecho. Las abundantes canteras de Sayansí, en las cercanías de la ciudad, proporcionan vistosos mármoles para construcciones, por su tersura al pulirlos y por sus variados matices.

En el Portete se hallan grandes formaciones de alabastro, precioso material para estatuaria y objetos de salón y adornos.

Mas lo que constituye la verdadera riqueza y el porvenir económico de las dos provincias del Azuay, son sus extensas minas de carbón de piedra. (*Guía del Ecuador*, página 82)

A todo esto, añádase la múltiple variedad de *tierras* de todo color con que, en la ciudad y pueblos, se pintan las casas, sin excluir los mismos templos. ¡Y qué airosas quedan aquéllas, como devotos éstos, después de que han recibido algunas manos de tierra combinada! Con excepción del azul, todos los demás colores se hallan en abundancia. ¿Qué es lo que se necesita para que esas tierras entren en los mercados y sean preferidas a cualquier otra similar? El que se forme alguna compañía explotadora, que las dé a conocer, preparadas en debida forma y en envase presentable.

## *Agricultura*

Antes de entrar en el argumento, gustoso me es rendir tributo de veneración profunda a la memoria del P. Solano<sup>39</sup>, literato de fama conocida, erudito naturalista y crítico sagaz, concienzudo y sutil, que, en una obra que lo inmortaliza, nos ha dejado un vasto campo de cultura intelectual; y en bien cortados tratados sobre la Fauna y Flora ecuatoriana, filón aurífero de riqueza científica, que, si no abarcan la extensión apetecida de codiciosos naturalistas, son, al menos, la puerta que abre, o la grada que conduce al santuario en donde se esconden los secretos de la naturaleza.

Faltaría a la justicia, si no añadiese al anterior la no menos célebre memoria del Dr. Luis Cordero<sup>40</sup>, poeta de vuelos aquilinos e insigne propagandista de la ciencia de las plantas; pese a su labor inteligente y tesonera que se debe a la introducción de ejemplares y cultivos, una vez desconocidos en nuestro suelo, y hoy, gracias a los métodos modernos acertadamente empleados, tenemos nuestros campos en buena producción y con rendimientos halagadores.

En efecto, fue Cordero uno de los que dio a conocer y propagó, de palabra y por escrito, el tan recomendado sistema de la mejora del suelo por la inducción del ázoe atmosférico con el cultivo de leguminosas en rotación con los cereales, fijando las especies que deben sucederse año tras año.

El sistema no es, ciertamente, nuevo: lo conoció la antigüedad y celebró siempre la facultad mejorable de las leguminosas; pero hasta fines del siglo XVIII no se descubrió la causa por la cual dichas plantas mejoraban el suelo. Cuando la química vino a descubrir los componentes de las plantas, se empezó a sospechar que la facultad mejorable de las leguminosas podría consistir, precisamente, en la

---

39 *Nota de los editores.* Fray Vicente Solano Machuca (1781-1865), nacido en la ciudad de Cuenca, fue sacerdote, escritor y científico.

40 *Nota de los editores.* Luis Dolores Cordero Crespo (1833-1912), ilustre poeta, político, diplomático, botánico y lingüista ecuatoriano, que a finales del siglo XIX ocupó la Presidencia de la República. Propietario de la hacienda La Libertad, en el cantón Gualaquiza.

propiedad, que, indudablemente, tendrían de absorber el ázoe atmosférico. El conocimiento de esta propiedad llegó a convertirse en doctrina, que tuvo sus partidarios e impugnadores hasta fines de 1886, en que Hellriegel demostró, con experimentos por él verificados, la notabilísima diferencia que hay entre las leguminosas y las gramíneas, en cuanto a su nutrición.

Hellriegel, en asocio del eminente científico Wilfarth, ha probado que, mientras los cereales necesitan para su nutrición *compuestos azoados (nitratos o sales amoniacaes)*, las leguminosas, por el contrario, se desarrollan en tierras desprovistas de *sales azoadas*, pero pobladas de ciertos organismos vivientes, de orden inferior, o microorganismos. Estos, llamados *bacterias*, provocan el desarrollo de nudosidades o tubérculos radicales, más o menos grandes en las raíces de las leguminosas, nudosidades que son otros tantos laboratorios donde fabrican la materia azoada, a expensas del ázoe gaseoso del aire.

Pero a quien corresponde el mérito indiscutible de haber sido el primero que ha consignado la inducción del ázoe atmosférico, mediante el cultivo de las leguminosas, anticipándose a Ville, Wagner, Hellriegel, Wilfarth, etc., y, además, determinó, con verdadero rigor matemático, la fórmula de abono y las razones en que se funda, fue el príncipe de los agrónomos italianos, *Estanislao Solvi*, hoy suficientemente conocido en el campo de la ciencia agronómica; él fue, pues, quien, para elevar las tierras a la más alta fertilidad, concretó su fórmula en “la doble anticipación de sales minerales (ácido fosfórico, potasa y cal) dadas a las leguminosas en rotación con los cereales, con arreglo a las plantas que se desean cultivar, para que éstas lleguen a su perfecto desarrollo”<sup>41</sup>.

---

41 *Nota de los editores.* En este punto, asume la técnica de manejo de suelos basada en la rotación de leguminosas y cereales tal como la reporta Pedro Ricaldone en su obra de 1905 *Las leguminosas y los cereales. Estudio crítico y científico* (Sevilla. Biblioteca Agraria Solariana. Librería editorial de María Auxiliadora). El entonces salesiano Pedro Ricaldone promovió en Sevilla la producción editorial al servicio de la formación profesional (la Biblioteca Agraria Solariana abarca 140 tomos). Luego, será Rector Mayor de los Sale-

Ahora bien, el Dr. Cordero, a quien no era desconocida la materia que nos ocupa, consignó esta doctrina, en forma muy accesible, en su bellísima obra «Estudios Botánicos»<sup>42</sup>, para conocimiento de la juventud estudiosa, a la cual dirigía siempre su mirada, como buen patriota y como sabio que deseaba propagar y difundir en el más vasto radio de acción estos utilísimos conocimientos.

Cuenca, con una temperatura media de 15° C., en el valle de Tomebamba, temperatura algo más elevada en las vegas bajas y defendidas de sus ríos, en donde se produce bien la caña de azúcar (*Saccharum officinarum* L.) de 8° C. a 10° C., en las vertientes y los repliegues de las montañas, da cómodo asiento a los productos de temperatura media y de temperatura elevada.

Sus tierras, aunque, en general, poco húmedas, sin embargo, las de las vegas, las faldas de las montañas y las que tienen riego son fértiles y de rendimientos abundantes. En éstas se cultivan el maíz (*Zea mays* L.), el trigo (*Triticum vulgare* L.), la cebada (*Hordeum vulgare* L.), el centeno (*Secale cereale* L.), pero este último no ha llegado a aclimatarse perfectamente, a pesar de repetidos ensayos. Estos son los cereales más propagados.

Entre las leguminosas se cultivan el haba (*Faba vulgaris* L.), el fréjol (*Phaseolus vulgaris* L.), la alverjilla (*Lathyrus odoratus* L.), usada sólo como planta ornamental, por su flor vistosa y hermoso follaje. La lenteja (*Ervum lens* L.), la alverja (*Pisum sativum* L.), los pallares (*Phaseolus pallar* Molina), y el maní (*Arachis hypogaea* L.), en los lugares de temperatura caliente.

Las plantas de raíz alimenticia son la papa (*Solanum tuberosum* L.), el camote (*Batatas edulis* var. *platanifolia* Choisy), la oca (*Oxalis*

---

sianos entre 1932 y 1951 impulsando las misiones. Don Ricaldone creó la primera universidad salesiana: el Pontificio Ateneo Salesiano que, en 1974, se convertiría en la Universidad Pontificia Salesiana.

42 *Nota de los editores.* Se refiere a la obra de Cordero, Luis. 1911. *Enumeración botánica de las principales plantas, así útiles como nocivas, indígenas o aclimatadas, que se dan en las provincias del Azuay y de Cañar de la República del Ecuador.* Cuenca.

*tuberosa* Molina), la zanahoria extranjera (*Daucus carota* L.), la zanahoria blanca, llamada del país (*Arracacha esculenta* DC.), el melloco (*Ullucus tuberosus* Caldas), la mashua (*Tropaeolum tuberosum* Ruiz & Pav.), la remolacha (*Beta vulgaris* var. *cicla* Moq.), etc.

Se cultivan como *Forrajeras*, de preferencia la alfalfa (*Medicago sativa* L.), el ray-grass (*Lolium perenne* L.), el pasto azul (*Dactylis glomerata* L.); y en los lugares de temperatura media y caliente: el gramalote (*Paspalum* L.), la hierba guines (*Panicum maximum* Jacq.), y el janeiro (*Paspalum purpureum* Ruiz & Pav.), etc.

### *Árboles forestales*

El árbol que tiene verdaderamente importancia forestal, tanto en el Azuay como en todo el interior de la República, es el eucalipto (*Eucalyptus globulus* Labill.), del cual han prosperado en el país algunas variedades, que, poco a poco se han importado, después de las primeras que introdujo García Moreno.

El capulí (*Prunus salicifolia* Kunth), de madera muy apreciada, es común en toda la meseta interandina: llena las huertas y limita los potreros, en donde se lo ve frecuentemente cubierto de las flores de la hermosa pasiflorácea, llamada *tacso* (*Tacsonia mollissima* hort. ex Mast.), que, a su vez, ofrece una fruta regalada; sombrea los caminos, sirve de soporte a los aisladores del telégrafo, es gran combustible y produce una fruta inocua y apetitosa. No exige terrenos húmedos para producirse; pues, si bien es más corpulento en los terrenos húmedos, no deja tampoco de presentar una hermosa forma en los de escasa humedad.

El cedro (*Cedrela odorata* L.) es cultivado más como árbol decorativo que por su excelente madera. Su tronco, regularmente recto, y la abundancia de su follaje lo hacen adecuado para huertas y parques. Su madera es muy solicitada para la ebanistería; pero, como se ha hecho rara en la vecindad, se la obtiene de los bosques lejanos del Oriente. Del árbol que sombrea el huerto, o a cuyo tronco se apoya la casa solariega, sea cual fuere la especie, a nadie le gusta despojarse de él, porque es como el *Viejo de la montaña*, que ha visto sucederse

una a una la serie de sus dueños, y al cual mira la familia con cierta veneración, impuesta por la edad.

Dos Juglandáceas se cultivan en muchos huertos y haciendas, aunque alguna de ellas crece también espontáneamente en las orillas de los ríos y en los bosquecillos húmedos. Estas son el togte (*Juglans nigra* L.) y la nuez extranjera (*Juglans regia* L.). Una y otra dan sombra abundante, madera finísima y fruta deliciosa. De la segunda, perfectamente aclimatada, se nos ha informado que produce una fruta de buena calidad, que, puesta al lado de la extranjera, es casi preferible.

Con frecuencia forman parte de los árboles vecinales dos árboles exóticos: El ciprés (*Cipresus Labillardieri*<sup>43</sup>) y el pino (*Arancaria excelsa* R. Br.<sup>44</sup>), que, además de su forma esbelta y gallarda, producen madera de buena calidad. El ciprés, con la incesante producción de ramas y hojas, se amolda a las figuras más originales que le viene en mente al jardinero, y sirve también para cercos y defensas de huertos y jardines.

El álamo (*Populus pyramidalis* Rozier), el aliso (*Betula acuminata* Wall.), el sauce, en sus variedades (*Salix alba* L., *Salix humboldtiana* Willd. y *Salix babylonica* L.), tienen su importancia en los viales de los parques y quintas señoriales.

La palma de coco (*Micrococos chilensis*?) se cultiva como planta de adorno, por el magnífico follaje que corona el estípote; más el coquito que produce muy tarde, es de hueso basto y de almendra poco gustosa. Difiere mucho del original de Chile.

El olivo (*Olea europaea* L.) se cultiva en lugares de temperatura semi-abrigada. Algunos árboles que hemos encontrado al paso, ofrecían un vistoso follaje, pero muy poca aceituna. Refieren que en algunas localidades es buena la producción, a lo menos para el consumo doméstico.

De las plantas importadas y cultivadas por el doctor Cordero, además de las muchísimas del país que mejoró notablemente, cuénten-

---

43 Nota de los editores: Nombre científico no detectado en la base de datos: <https://www.tropicos.org/home>

44 Nota de los editores: Nombre científico no detectado en la base de datos: <https://www.tropicos.org/home>



se una magnoliácea (*Michelia champaca* L.), el níspero de Japón (*Eriobotrya japonica* (Thunb.) Lindl.), el alcanfor (*Camphora officinarum* Nees), el cardo europeo (*Cynara cardunculus* L.), el saúco (*Sambucus nigra* L.), cultivado en tres variedades, el hinojo de Florencia (*Foeniculum Sp.*), la escorzonera española (*Scorzonera hispanica* L.), una bigoniácea de flores rojas y abundantes (*Bignonia rufescens* DC.), que no se ha dado aún con el nombre vulgar. La bola de nieve (*Viburnum opulus* L.), el bog (*Buxus sempervirens* L.), etcétera.

Además, mejoró el cultivo del capulí, por medio del injerto, y dio acertadas indicaciones sobre el cultivo del eucalipto, de muchos árboles forestales, frutales, y de hortalizas, haciéndose, por éste y por muchos motivos, acreedor a la gratitud de la posteridad.

Mucho me queda todavía por decir sobre esta materia, de importancia trascendental, y gustoso me habría consagrado a un estudio más detenido, a no mediar dificultades propias de las circunstancias que rodean al viajero, y en mi caso, a un viajero que tenía a la vista un programa bastante complicado. Quizá el porvenir me brinde una ocasión para volver sobre ella y tratarla con el interés que reclama.

### *Conclusión*

Antes de poner punto a estos renglones, prevengo la observación con que alguien podría salirme al encuentro, diciendo: “¿Por qué no ha dicho también una palabra sobre la sociedad azuaya en general; sobre los hombres del día, tan versados en diferentes ramas del saber humano; sobre las artes, que de día en día se perfeccionen; sobre el movimiento literario y científico de los centros de cultura de ésta que, con justicia, se apellida *Atenas ecuatoriana*?”. La respuesta es sencilla: ni la índole de estos trabajos, ni la intención del autor se compadecen con tal empeño; vengan en buena hora plumas bien tajadas y afronten generosos trabajos de este género, que yo, complacido, gozaré con su lectura.

### *En marcha*

Los días tan gratos que nos proporcionó nuestra demora en Cuenca y que siempre los recordaremos con agrado, llegaron a su término. La despedida de los amigos, sobre todo de nuestro inmejorable

y sin par compañero Luis A. Suárez, que, a su vez, trataba de regresar a Guayaquil, tuvo sacudidas que apenas se explican, y no era para menos, dadas la amistad que nos ligaba y las vicisitudes que todos columbrábamos en el porvenir, en especial para los viajeros a la selva.

Equipados con alguna regularidad y provistos de indicaciones y consejos oportunos, el 24 reanudamos el viaje con dirección a Sígsig. Seis horas duró la marcha nada cansada, por cierto; pues la diversidad de paisajes y panoramas que se sucedían a menudo, nos llevaban constantemente entretenidos. De paso tocamos en el pueblecito de San Bartolomé, cuyo entusiasta párroco, el Dr. Juan B. Vázquez, nos invitó a desmontar y pasar unos ratos en su compañía. Durante el corto lapso, paseamos por el pueblo y admiramos una magnífica iglesia de cal y ladrillo, que, con su propio peculio, más que con erogaciones del pueblo, lleva a cabo el virtuoso sacerdote. Su casa nueva, sencilla e higiénica, tiene para servicios desahogados y cómodos, y no deja de presentar un singular golpe de vista la delicada combinación de pinturas, todas obtenidas con tierras del lugar.

## **Sígsig**

Es una Parroquia urbana del Cantón Gualaquiza. He aquí un pueblo interesante bajo todo punto de vista. Situado en la falda occidental del monte Pileo, a 2.550 metros de altura, con un bellissimo panorama hacia el N. O., rodeado de huertas, sementeras y arboledas, bien cultivadas, sobre la orilla derecha del río de Bárbara, todo en conjunto tiene para el turista un amplio campo de observación y recreo. ¡Oh, con qué satisfacción nos habríamos detenido allí, si quiera una semana, para redondear nuestros apuntes, y pergeñar un artículo digno del pueblo y de la próspera comarca en que habitan tantos amigos nuestros! No obstante, digamos algo de lo que hemos recogido a vuelo de ave.

La temperatura del Sígsig es algo menos que media: oscila entre los 12° y 13° C.; sin embargo, los productos son buenos. Y si alguna vez escasean las lluvias, las abundosas aguas del río llevan la fertilidad a los campos accesibles al riego, las mismas que constantemente

mantienen las haciendas y quintas de las encantadoras vegas, que van sucediéndose en su dilatado e interminable curso.

La industria principal del Cantón consiste en el sombrero de paja toquilla, trabajado con la que se extrae de los cultivos de El Rosario, San José y el Aguacate, en el Oriente, y puesto de venta en el mercado.

El mercado o concurso de compradores se verifica una vez a la semana, el domingo, y se halla abundantemente provisto de cuanto ha de menester el pueblo para todas sus necesidades.

Las tiendas de comercio, que tampoco escasean y en las que muchos tienen cuentas corrientes con Guayaquil, expenden distintos géneros de mercadería, como ropa, abarrotes, aperos de montar, instrumentos de labranza, materiales de talleres, etc.

Las artes han encontrado allí el clima apropiado. No faltan carpinteros, herreros, sastres, zapateros, talabarteros, plateros y peluqueros. Los demás son agricultores, contándose entre ellos no pocos hacendados con hermosas propiedades en el Oriente.

Para la instrucción de la niñez hay dos escuelas: una de varones, atendida por profesores bien seleccionados, y la otra de niñas, a cargo de las infatigables y competentes Hijas de María Auxiliadora. Una y otra funcionan con beneplácito general.

Los pobladores del Sígsig, entre los cuales hay muchos de cuna esclarecida, son atentos, cultos, laboriosos y de marcado espíritu religioso. Celebran la ocasión que se les ofrece para manifestarse comedidos y serviciales con el extraño, y buscan de intento oportunidades en que ejercitar sus sentimientos altruistas y humanitarios. Nosotros fuimos objeto de deferencias especiales, deferencias que comprometieron nuestra gratitud.

Para el servicio religioso, cuenta el pueblo con dos iglesias: la parroquial, atendida entonces por el ejemplar sacerdote Dr. Clodoveo Vázquez, y el Santuario de María Auxiliadora, por el benemérito salesiano P. Florencio Sáez<sup>45</sup>. Este digno y generoso amigo tomó tan

---

45 *Nota de los editores.* El P. Florencio Sáez sdb nació en Chillán (Chile) en 1880 y falleció en Valparaíso (Chile) en 1932. Fue secretario de Monseñor Costamagna, primer Vicario Apostólico de Méndez Gualaquiza. Nunca ingresó en

a pechos nuestra situación, que no descansó hasta vernos en condiciones más que discretas, para, sin mucho riesgo, internarnos en las selvas. Gracias sin cuento al esclarecido hijo de D. Bosco.

El pueblo de Sígsg, colocado en las puertas mismas del Oriente, a pocas horas del ingrato *Matanga*, es una verdadera providencia para el viajero, no sólo por los elementos que le proporciona, cuanto porque le sirve de apoyo para zafar, en poco tiempo y en las horas más convenientes, los peligros que ofrece el paso de la cordillera.

## El Matanga

### *Dificultades del camino. Empieza la floresta*

El 27, día de nuestra salida del Sígsg, fue como escogido para viajar. Ninguna dificultad, ningún contratiempo vino a turbar la normalidad de la marcha, hasta la pequeña cordillera de *Molón*<sup>46</sup>, que forma como un contrafuerte a la del *Matanga*. En este lugar mi mula se hundió en un camellón bastante profundo, en donde permaneció sin movimiento, hasta que hube desmontado y tomado de la brida al animal, que de un salto se puso en salvo. Luego principiamos la ascensión del *Matanga*.

No es infundado el nombre que trae este páramo, nombre dado, probablemente, por los aborígenes, y que por tradición ha llegado hasta nosotros.

---

las misiones y más bien trabajó en Guayaquil, Cuenca, Sígsg y Riobamba, donde aportó a la consolidación edilicia del Colegio San Felipe e, incluso, del Colegio Nacional Maldonado.

46 *Nota de los editores.* Allí había un tambo con personal que a veces eran pagados por el estado para socorrer al viajero en dirección a Gualaquiza que, al cruzar el temido *Matanga*, llegaban “engarrotados” por el frío, o en espera de que las condiciones climáticas del cerro mejoren. La tradición da cuenta de que muchas personas salvaron sus vidas gracias a la ayuda que recibían en este tambo.

*Matanga* en quichua quiere decir *Matador*. En efecto, hay épocas del año en que el paso de este páramo llega a ser poco menos que imposible, debido a las tempestades de agua y huracanes que se ciernen por la montaña; y si éstas sorprenden al viajero, lo dejan muy maltrecho, cuando no privado de la vida, según cuentan los lugareños. En la época de nuestro viaje no ofrecía mayores dificultades, tanto, que en una hora y minutos habíamos salvado todos los peligros hasta ponernos en *La Portada*, nombre muy apropiado a una parte del sendero, que franquea el paso a las dilatadas soledades de la región oriental.

La altura del *Matanga* no debe bajar de 4.000 metros; antes, es probable que pase este límite. Wolf, que lo recorrió en gran parte, supone que la extensión comprendida entre el Nudo de Sabanilla, en Loja, y el Alcuquiro de la Cordillera Oriental, en el Azuay, no exceda en ningún punto a la altura de 4.200 metros, y comúnmente quede entre los 3.500 y 4.000 metros.

El altímetro que teníamos a la mano no marcaba alturas mayores de 3.500 metros; por esto no pudimos fijarla en el punto más elevado por donde pasamos.

Después de *La Portada* se estrecha tanto el camino, que, conservando por alguna extensión la anchura de un metro apenas, corta una pared rocosa, casi vertical, y desciende, formando impresionantes zigzags, al punto de encontrarse el viajero sobre la ceja de un pavoroso precipicio. Los indígenas han bautizado este espeluznante trecho con el nombre de *Churuco*, eso es: Caracol. La prudencia nos aconsejó desmontar y pasarlo a pie, dejando que las mulas, con su sagaz instinto, saliesen del aprieto.

La fuerte impresión que se experimenta al descender por este sendero, «abierto por la audacia de la necesidad», no le permite a uno admirar el pintoresco e imponente paisaje que lo circunda. Las paredes del *Churuco* están tapizadas de elegantes enredaderas; en la altura se destacan las excelsas cumbres del *Matanga*, mientras al E. y al S. se extiende una compleja red de montañas y valles, cubiertas de un tupido manto de florestas.



### **Imagen 5**

*Las doce del día  
en el camino*

Pasada la dificultad sin un contratiempo digno de mayor mención, tornamos a montar, aunque la situación no había mejorado mucho. Surcado el camino por profundos camellones, llenos de lodo, y bajo un enmarañado ramaje que caía del margen superior, y que por largos trechos nos obligaba a plegar el cuerpo contra la silla o desviarlo, por un lado, fuera del baño de lodo inevitable, presionaba tanto el espíritu, que por momentos desaparecían los ideales de visiones misteriosas en el seno virgen de la selva.

Vencido el paso del *Churuco*, con sus ingratas prolongaciones, entramos en la zona de «El Calvario», de no menores dificultades. En este lugar, el sendero, que apenas da un ancho para dos cabalgaduras,

corre a lo largo de la cresta de una montaña rocosa, flanqueada de lado y lado por profundos precipicios.

La floresta aquí es poco desarrollada y no ofrece un aspecto halagador; pero tan pronto como nos hemos alejado del peligroso Calvario, el bosque se ostenta exuberante y rico. Los troncos y las ramas de los árboles están cubiertos de plantas parásitas y de epífitas, y entre ellas numerosas orquídeas de flores vistosas y aromáticas, que, aisladas o en racimos, cuelgan de los troncos, como invitando al pasajero a gozar de su vista y de su perfume. Los helechos arborescentes son abundantes, y algunos tienen el tronco tan alto que parecen palmas.

## Granadillas

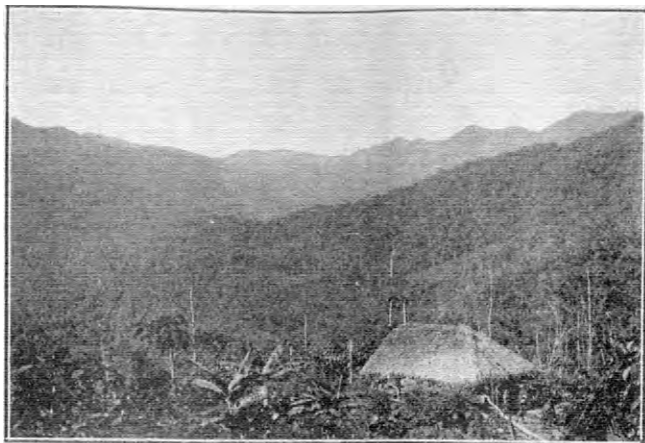
Muy poco faltaba para las 5 p. m., cuando llegamos al tambo de Granadillas, en donde unas pocas familias indias, o apenas mestizas del Sísig, tienen establecidas sus *entables*, o sementeras, de productos propios de esa localidad y altura, que se acerca a los 1.800 metros. Dichas familias son muy pobres y viven en chozas de estilo casi primitivo, alimentándose con los frutos, que con poco trabajo les produce esa tierra feraz. Desde aquí desaparecen ya la división de la pequeña propiedad territorial y la codicia de las grandes posesiones. El pobre *entablador*, con una o dos cuadras de desmonte, tiene para llevar la vida algo desahogada, y no va a disputar con nadie por un palmo más o por un palmo menos, en donde la selva virgen daría cabida a millones de pobladores.

El nombre de Granadillas le viene seguramente de la elegante trepadora, que, con su agradable fruta (*Passiflora ligularis* Juss.), prospera con abundancia en ese lugar. Después de las fatigosas horas de viaje, nos sentó como un suavísimo y reparador confortante la módica cantidad que se nos obsequió, previa insinuación de mi compañero, pero suficiente para calmar la sed.

El tambo de Granadillas no cuenta más que con dos o tres casitas, propiamente dicho chozas; la mejor, destartalada y vieja, puesta al lado del camino, sirve de tambo para todo el que entra o sale del Oriente por esa vía: es la posada obligada. Pero ¡qué posada! En ella el viajero no encuentra ni siquiera los elementos indispensables para

tomar un agua caliente y reparar así las fuerzas agotadas tras una larga y difícil jornada a caballo, en que fue necesario mucho espíritu para luchar con una naturaleza agreste y bravía.

En demanda de auxilios de primera necesidad, no hubo más remedio que apelar al fiambre frío y prensado que teníamos en las alforjas. ¡Y vaya, si no estaba prensado, habiendo quedado un día entero en débiles bolsas de fibra, y pasando por caminos y callejones profundos y estrechos! Pero la habilidad de los jóvenes –Jaramillo y el guía– a pesar del cansancio, logró habilitarlo de tal modo que esa tarde dispusimos de una cena abundante y regalada.



**Imagen 6**  
*Chuigüinda.*  
*Paisaje*

El 28, después de un regular desayuno, tomado muy por la mañana, montamos a caballo y dejamos Granadillas, de escasos recursos, para seguir camino de la parroquia El Rosario.

Estábamos en la proximidad del río Sangurima, que baja de la Cordillera Real y corre de O. a E., reuniéndose, a pocos kilómetros del mencionado caserío, con el Río Blanco, ya formado éste con el Tigrepungo, cuando, de súbito, se agitó el ramaje y cruzó en varias direcciones una bandada de pavas (*Pipile cumanensis Jac.*), parándose a poca distancia en las ramas de los árboles.

La ventura nos salió al encuentro y no dejó de regocijarnos con una sorpresa tan agradable.



Entre los objetos de viaje llevábamos una escopeta de cacería con cartuchos preparados para todos los eventos.

Félix A. Sánchez,<sup>47</sup> mozo experto y muy hábil conductor de turistas al Oriente, marchaba adelante con la escopeta en la mano. Oír el ruido causado por el vuelo y chillido de las pavas, y agazaparse tras los matorrales, fue una sola cosa. Todos suspendimos por un momento la marcha, en espera de un favorable desenlace.

Sánchez salió del matorral, tiró el sombrero a un lado, y pisando de puntillas, con el cuerpo replegado, y aguzando la mirada, registraba diligente la arboleda. A poco descubre la presa, se arrastra de nuevo, enfile el arma y afloja el gatillo, con la *cuasi* seguridad del éxito, pero ¡qué! el disparo se rebela, el fulminante no estalla, la nerviosidad aumenta. Con la esperanza de que a la segunda caída estalle, vuelve a aflojar el gatillo, y tampoco estalla. Con el apuro del caso sale al camino, y a media voz exclama: “Señor Fulano, señor Zutano, ¡apúrense que se nos van!” Con la presteza requerida, acude uno de los nombrados, registra el arma y encuentra que no estaba cargada; le faltaba el cartucho, que el mismo Sánchez, por precaución, lo había sacado del cañón de la escopeta y puesto en el bolsillo. Hasta cargarla de nuevo, las pavas se fueron, sin experimentar el menor daño, y dejando burladas nuestras esperanzas. ¡Desengaños de la suerte!

Cerca de dos horas hacía que habíamos salido de Granadillas, cuando llegamos a Chigüinda, lugar de temperatura abrigada, a 1.750 metros sobre el mar, según propias y ajenas observaciones barométricas. Por ahora no tiene grandes cultivos ni colonos que los atiendan: todo se reduce a entables de poca significación; pero hay vestigios de que en otro tiempo ha sido centro de importantes colonias agrícolas. La floresta es ahí, como en todas esas vertientes orientales, robusta y majestuosa. Nos llamó la atención la vista de dos

---

47 *Nota de los editores.* Finquero de Gualaquiza, pero también un arriero que viajaba con frecuencia por el camino que comunicaba la sierra con el oriente llevando y trayendo productos. Los arrieros conocían los secretos del camino, sus peligros y las precauciones que se debían tomar, de allí que su compañía y dirección eran fundamentales para llegar a destino sin novedad.

eucaliptos bastante desarrollados, pero ya en decadencia, a causa del bosque, que los ahoga y los consume. Sánchez, nuestro *cicerone*, nos refería que el Dr. Luis Cordero, años atrás, tenía en Chigüinda grandes canteros de caña, buenos cafetales, plantaciones de algodón, un trapiche bien montado, movido por hidráulica, y una casa cómoda, en cuya cornisa escribió estas palabras: «*La libertad aquí o en el panteón*». Sentencia que no dejaba de producir impresión y comentarios en todo el que transitaba por ahí.

Lo que es hoy, de toda esa rica propiedad ya no existe nada; no, me equivoco: ahí están los dos eucaliptos haciendo viejas añoranzas, ahí está el arroyo murmurando salmos de tristeza, ahí está la brisa suspirando tiernas elegías.

En el Oriente, los rasgos salientes de la naturaleza son tantos y tan frecuentes que al escritor le es imposible no ceder a su poderosa sugestión, y dejar de reproducirlos con la pluma, dando, por lo menos, una pálida imagen de su impresionante realidad. Aquí es el bosque más imponente de la selva; allá, la montaña, que se yergue gigantesca y brinda horizontes claros y espaciosos; acullá, el río, que se retuerce como una serpiente y brama como condenado; y por todas partes, emociones nuevas y sentimientos de humillación profunda ante el Autor de la naturaleza, ante el Dador de tanto bien.

Después de Chigüinda, el camino se dirige hacia el S. E., con un declive bastante cómodo, hasta el punto denominado *Las Chorreras*; éstas son una hermosísima cascada que se precipita por encima de una pared de granito, de más de 30 metros de altura, elegantemente tapizada de musgos, helechos y enredaderas.

El señor Jaramillo, en cuyo genio artístico había impresionado favorablemente el paisaje, trató de reproducirlo en una placa de su fotografía, para lo cual despejó el ramaje que lo cubría, abatiendo plantas y arbolitos de tronco algo macizo.

En esta operación gastamos algunos minutos, que no eran para sentirlos, porque salimos con el intento, y *Las Chorreras* figurarán en nuestras crónicas orientales.

El camino seguido desde Granadillas ofrece no pocas dificultades, tanto por los camellones y barrizales interminables cuanto por

el ramaje que lo cubre por largos trechos, y la multitud de árboles caídos, cuyos troncos, si las mulas no los superan de un salto, nos obligan a rodear, abriéndonos paso con el machete.



**Imagen 7**

*Cascada de Chigüinda*

## **El Rosario**

### *Población. Cultivos*

A la caída de la tarde del 28, después de un día bien aprovechado en viajar, llegamos a la parroquia de El Rosario. Este lugar es más confortable que el anterior: es asiento de muchos entabladores, o propietarios, dedicados, en su mayor parte, al cultivo de la paja toquilla, que es la industria más importante del lugar; tiene casitas de vivienda algo cómodas, pequeñas plantaciones de caña de azúcar, yuca, palma, plátano y café, con producciones en todo el año, amén del cultivo del maíz, fréjoles y hortalizas, con rendimientos superiores al consumo, según el decir de esos buenos agricultores. Y no puede ser de otra suerte, dada la feracidad indiscutible de su suelo.

El lugar, topográficamente considerado, es escarpado y abrupto, con pequeñas ondulaciones o suaves repliegues, que permiten formar sementeras de extensión reducida, y casitas capaces para las cuatro o cinco personas que forman la familia del *entablador*.

La población de la parroquia, comprendiendo también los entabladores de El Aguacate<sup>48</sup>, situado en la banda opuesta, hacia el lado izquierdo del Río Blanco, no pasa de un centenar, casi todos nativos del Sísig y radicados desde hace años en ese lugar. La temperatura de El Rosario oscila entre los 18 y 22° del termómetro centígrado.

Nuestra posada, para pasar la noche, fue la casa del señor Manuel Brito, que puso a nuestra disposición una pieza de buen piso y algo amoblada, que los Misioneros Salesianos le mandaron construir con erogaciones propias. Hasta la época de nuestro paso por allí, no contaba la parroquia con un sacerdote fijo, que atendiese a las necesidades espirituales de los feligreses, pero, al presente, ya lo tiene de una manera estable, debido al celo y a la acertada disposición del Ilmo. Monseñor Comín. Los parabienes que por tal motivo se dieron esos buenos colonos, no son para ser descritos.

El 29 amaneció lloviznando; las alturas vecinas estaban cubiertas de espesa niebla, y el campo, poco adecuado para reproducirlo en una placa. No obstante, mientras los guías preparaban los menesteres del viaje, el día se aclaró lo suficiente, lo que permitió fotografiar el caserío de El Rosario con sus moradores, que la novedad los congregó en número considerable. Quisimos también tomar a la distancia una vista panorámica de El Aguacate, situado, como he dicho, al otro lado del Río Blanco; pero no se pudo, por el exceso de humedad de que estaba cargada la atmósfera. Lo sentimos en el alma, porque también se nos iba la oportunidad de ofrecer al buen amigo, señor Miguel Ávila<sup>49</sup>, propietario de los más hermosos cultivos de esa sección, un recuerdo que hubiera sido muy de su agrado.

---

48 *Nota de los editores.* La Misión salesiana de El Aguacate, se funda en el mes de junio de 1921. Su primer director fue el P. Juan Ventura (...).

49 *Nota de los editores.* Hijo de Don Belisario Ávila y de doña Ignacia Moscoso, benefactores de los salesianos en sus primeras entradas a Gualaquiza. Casado

Después de los pormenores fotográficos y un regular desayuno, preparado con elementos propios y extraños, seguimos camino de Gualaquiza.

En las primeras horas nada se nos ofreció de notable y digno de apuntarse, hasta el descenso al Río San Joaquín, que baja de la Gran Cordillera y va a desembocar en el Bomboiza, unido ya con otros ríos de más o menos caudal.



**Imagen 8**  
*Parroquia*  
*El Rosario*

Las orillas del San Joaquín están pobladas por bosques de copales (*Copaifera officinalis* (Jacq.) L.), cuyos troncos suelen picar, al paso, a los viajeros, para recoger al regreso la abundante resina que segregan, y usarla como desinfectante y apta para cicatrizar heridas. Nosotros recogimos un poco, con el objetivo de gustar su olor agradable y reservarla para algún evento futuro. Asociada al incienso y puesta en combustión, neutraliza y aun elimina los miasmas de las piezas poco ventiladas o invadidas por la humedad.

Como que del lugar que vamos a describir tenemos recuerdos impercederos, es conveniente que fijemos por un momento en él la

---

con doña Elvira Torres. Uno de sus hijos, Rodolfo (Juan María de Jesús), fue coadjutor salesiano. Miguel Ávila fue también tío del P. Albino Gomezcoello, misionero salesiano.

atención, y le demos a conocer con algún detalle. Este lugar es el famoso Cután, nombre, por supuesto, primitivo y de ingrata celebridad para todos los que viajan al Oriente por esa ruta.

## El Cután

Es el trayecto más ingrato del camino de Gualaquiza. Serían las tres de la tarde del primero de marzo, cuando llegamos a la meseta denominada El Portón, paraje terminal y último descanso de una larga travesía, que nos ponía a la entrada del Cután.

«¿Y qué es el Cután?», preguntará el que lea estas líneas.

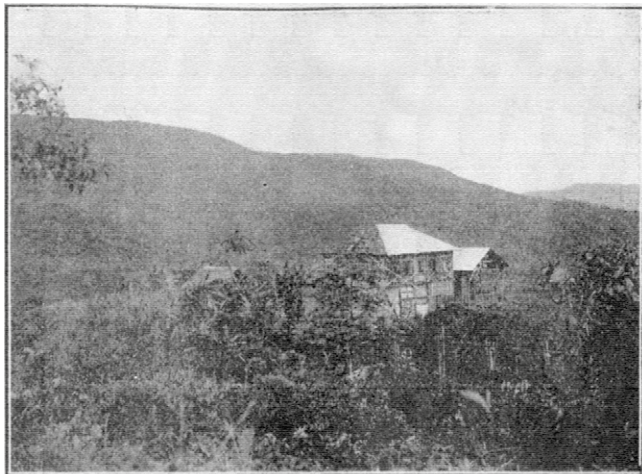
Para contestar a esta pregunta hay que reflexionar despacio, buscar comparaciones apropiadas, servirse de términos expresivos; porque, de otro modo, se corre el riesgo de no salir con el intento, o zafarse apenas del compromiso. Y aun así, después de haber rumiado mucho y acumulado mucho material, todavía le queda a uno la duda, o la *cuasi* convicción, de no haber acertado con la definición requerida.

Aventurémonos, pues, a decir que el Cután es una montaña convertida en un espeluznante tremedal, con todos los accidentes de una naturaleza terca, bravía y salvaje.

El descenso es suave, sí; pero sin ruta determinada, sin trocha conocida. Apenas se ha entrado en ese confuso laberinto, el camino desaparece en un mar de lodo, en un barrizal inmenso, cubierto de tupido y enmarañado bosque. Aquí el sendero pierde hasta el rastro de camino, y no le cabe más nombre que el de trampas, tragaderas, cavernas, abismos, precipicios, tramoyas, horcas caudinas: todo, menos camino; porque no puede llamarse tal un conjunto caótico, que tiene en espantosa amalgama lagunas, camellones, troncos, raíces, palizadas, bejucos, saltos y todos los obstáculos de la selva primitiva.

Cerca de una hora dura el paso por tan temible paraje, en cuyo tiempo, que se vuelve interminable, el espíritu se acorta, se acoquina, se amilana; la nerviosidad aumenta, cunde la exasperación, la inquietud y el temor se multiplican, zozobra la paciencia, y toda la economía humana entra en tensión y cuidado indecibles. Por entonces desaparecen el mundo moral y los ideales que lo alientan, se evapora

la ilusión, se esfuma la quimera de maravillas solitarias, concebidas al calor de entusiasta fantasía, y sucede la más negra y desesperante realidad, en que es preciso asir el alma con los dientes, para evitar el que emigre a la tierra de los más...



**Imagen 9**

*Casa de la  
Misión de  
Gualaquiza*

Es un desafío entre la vida y la muerte, un compromiso forzoso, una lucha desigual: la brusquedad de los elementos y la debilidad del hombre; pero al fin, éste sale vencedor, no sin haber antes experimentado pérdidas y agotamientos incalculables.

«Muy hermoso debe ser el Oriente –dije para mis adentros–, ya que, para gozar de tanto bien, ¡es menester someterse a los riesgos y contingencias de parajes tan ingratos!»

Y a fe que no nos equivocamos; porque el porvenir se encargó de probar la bondad de nuestras posibles conjeturas.

Pasado el ingrato Cután, desaparece la selva virgen y se ponen a la vista, al comenzar el valle de Gualaquiza, las pintorescas llanuras de Yumasa, con sus casitas, a manera de tiendas portátiles, con sus huertas y cañaverales, con sus sementeras y rebaños, con sus dueños y moradores, tan atentos como ingenuos y bondadosos.

Una hora después, llegábamos a la Misión Salesiana de Gualaquiza, en donde fuimos acogidos, con singulares muestras de cariño,

por el Rdo. P. Julio Martínez<sup>50</sup>, y colmados de atenciones por el personal de la misión.

Apenas circuló por la comarca la noticia de nuestra llegada, se apresuraron a honrarnos con su visita los señores hacendados, caballeros cumplidos en toda la extensión de la palabra.

No faltaron también algunos grupos de jíbaros, vestidos de gala, pintados de achiote, a la usanza del Oriente, armados de lanzas o escopetas, quienes venían a darnos el saludo de bienvenida. Se destacaba entre ellos, por sus plumajes y adornos especiales, el jíbaro Juan Cayapa, que es el jefe de las tribus de Gualaquiza, aunque, por relaciones posteriores, hemos caído en la cuenta de que no goza de fama de valiente.

## Gualaquiza

*Posición topográfica. Altura barométrica. Temperatura.*

*La colonia. Reminiscencias*

Segreguemos, con la mejor voluntad, algunas líneas en obsequio de esta importantísima sección del Oriente Ecuatoriano. Gualaquiza es la región comprendida en la hoja del mismo nombre, al S. E. de Cuenca, y a más de diez leguas allende la Cordillera, según nuestros cálculos, y los viajeros observadores que la visitaron en diferentes épocas.

El valle está bañado por el río Gualaquiza, ya formado éste por los afluentes Yumasa, Salado y San Francisco, que nacen de las montañas vecinas del norte, las mismas que tienden a unir la Cordillera Real con la del Cóndor, que se extiende por el sur a la derecha del Zamora, y cuyas diferentes alturas se distinguen perfectamente desde Gualaquiza, en los días serenos.

---

50 *Nota de los editores.* El P. Julio Martínez (Castellón de la Plana, España, 1876; Ibagué, Colombia, 1943) llegó a Ecuador en 1906 y permaneció en Gualaquiza hasta mediados de 1909 donde sucedió como director al P. Matías Buil. De 1922 a 1925 fue director de la misión de Indanza. Escribió uno de los primeros insumos pastorales en lengua shuar con el título *Yusnam Shuar*, una cartilla con el catecismo y oraciones en shuar, publicada en Lima, en 1918. Finalmente, cumplió diversas funciones en la obra salesiana de Colombia, especialmente en el leprocomio de Agua de Dios.



Según nuestras observaciones, que coinciden con las del Dr. Festa y las de los misioneros, Gualaquiza se halla a una altura de 730 a 750 metros sobre el nivel del mar, con un clima cálido (25° C.) y húmedo.

El Bomboiza, que tiene su origen en los recuestos orientales de la cordillera de Nabón, al bañar el valle de Gualaquiza por el sur, llega engrosado con los considerables afluentes Sangurima, Río Blanco, Tigrepungo, San Joaquín, San Isidro y otros menos importantes.

Gualaquiza, en tiempo no muy lejano, formó un centro apreciable por el crecido número de colonos azuayos que fueron a establecerse allá para explotar aquella tierra rica y feraz. Entonces la propiedad estaba más dividida, más trabajada, y los rendimientos no eran escasos. Se dio preferente atención al cultivo del algodón, que prosperó en toda la región y llegó a constituir la industria de mayor provecho para el agricultor. Mas, al pasar de pocos años, diferentes enfermedades empezaron a infestar los arbustos, invadiendo plantaciones enteras. Como la plaga no fue estudiada a tiempo, tampoco se descubrió el remedio para contrarrestarla, sucediendo la ruina más completa, que dio por resultado el abandono de tal cultivo.

Por ahora, entre los varios cultivos a que han puesto mano los agricultores, se ha dado preferencia a la caña de azúcar, ya para la destilación del aguardiente, ya para la fabricación de la panela, que son muy solicitadas para el consumo del lugar y para los mercados de la sierra.

El café es bueno y agradable; pero no se ha propagado mucho, debido a la plaga de la hormiga, que lo destruye, comiéndose las hojas y las yemas.

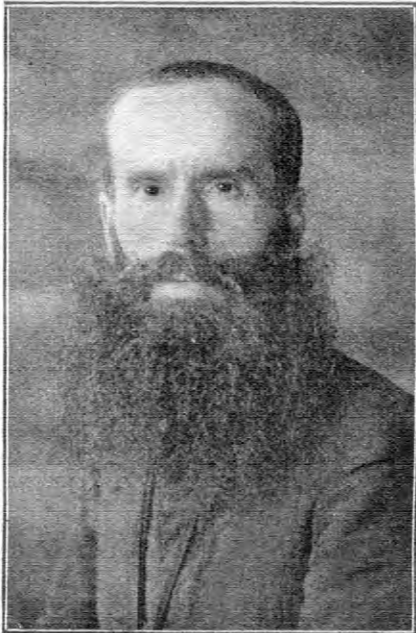
El arroz de Castilla se produce en poco tiempo y es de buena calidad. Hemos visto algunas sementeras aproximándose a la cosecha, onduladas por el viento, a manera de vigorosos trigales interandinos.

El plátano, que es exuberante en todas las variedades introducidas al Oriente; la yuca, la pelma, el zapallo, las habichuelas, la cebolla y otras muchas hortalizas, crecen precoces y concurren a dar variedad y agrado al plato oriental.

La colonia, compuesta de hacendados y *entabladores*, sin formar un pueblo compacto, como en otros tiempos ya pasados, trabaja

con verdadero interés para dar a la propiedad un envidiable atractivo, y explotarla con métodos adecuados y racionales.

A pesar de la distancia que los separa de la Misión, es muy agradable, el domingo y días de concurrencia religiosa, ver llegar, a la hora establecida, para la misa y oficios divinos, a los señores hacendados, a las señoras y señoritas, en sendas cabalgaduras, a los *entabladores*, con sus respectivas familias, sin que no falte también un buen número de salvajes bautizados, que tratan de cumplir sus deberes religiosos.



**Imagen 10**

*P. Julio Martínez, misionero  
de Gualaquiza*

El domingo es el gran día de la semana en el Oriente. La voz del misionero resuena entonces vigorosa y persuasiva; el cristiano, alejado por momentos de la lucha incesante por la vida, encuentra en la palabra evangélica la norma de sus actos, y en el cumplimiento de sus deberes religiosos, la tranquilidad de su conciencia.

Pero, aparte de estas consideraciones, el domingo es también el día

más agradable de la semana: por el numeroso concurso de distintas categorías de personas; por la oportunidad para estrechar los vínculos de parentesco o amistad; por la facilidad para procurar los elementos que facilitan la vida, o el trabajo personal. Para el viajero observador todo le causa novedad y, por esto, todo lo apunta, todo lo advierte y en todo halla material para sus crónicas. No es para omitirlo el que en tal día se nota, como nunca, la diversidad de vestidos, desde el primitivo del salvaje, que apenas tiene dos tercios de ancho, hasta el lujoso y completo del caballero; la diversidad de razas: el salvaje despierto y listo, el indio abyecto y perezoso, el cholo cortés y moderado, con educación, audaz y pretencioso sin ella, y el caballero estimable y cumplido por atavismo; la diversidad de lenguas: el jíbaro, con su sonido gutural y tosco, el quichua, con su flexión arrastrada y débil, y el español, con su acento castizo y vigoroso.



**Imagen 11**  
*Colonos y  
hacendados  
Gualaquiza*

El domingo, cada día más apropiado, se presta sobremanera para observaciones de distinto género; en especial, para las del orden moral, social, religioso, económico, etc.

Lo que nos llamó la atención, desde los primeros días de nuestra demora en la Misión, fue el espíritu de solidaridad que reina entre los colonos. ¡Cómo es cierto que la soledad crea vínculos íntimos y

muy estrechos! No hay exageración al decir que en el Oriente todos forman una sola familia, pues todos participan de la prosperidad o de los contratiempos de la colonia, y todos aclaman al sacerdote como a su padre, como a su guía, como a su maestro.

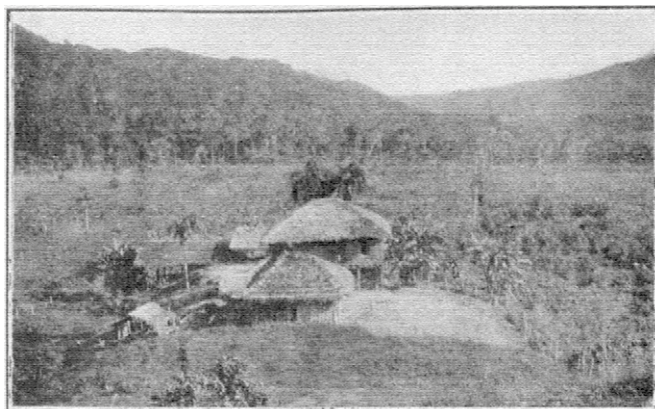
Más de una vez hemos visto la iglesia de la Misión llena de bote en bote, y al misionero cumpliendo, infatigable, su labor apostólica a favor de todos sus feligreses, y luego repartiendo con mano caritativa los bienes que la Providencia le enviara. Entonces comprendimos cómo el bien que hace el sacerdote en esas apartadas comarcas es de valor incalculable, y jamás puede medirse la intensidad del sacrificio a que se somete para aliviar la situación de los colonos y de los infelices hijos de la selva.

Alejados de los centros donde la vida corre con facilidad, en el Oriente se carece de todo; si el misionero no acude, de una forma u otra, en auxilio de todos, pelagra la existencia de la misma colonia, y toda labor puramente moral para la conversión del salvaje, llega a ser estéril; porque –hablemos con franqueza– el jíbaro es dominado por la ambición y la codicia, y si nota que el misionero no puede ser útil en el punto de vista material, echando al traste las doctrinas explicadas, lo abandona todo, para entregarse de nuevo a la vida rutinaria y salvaje. De aquí la imperiosa necesidad de que el Gobierno, por modo eficaz y práctico, deje sentir su acción bienhechora a favor de esa porción olvidada de ecuatorianos, que, al fin, algún derecho tiene para participar de los beneficios de la civilización; de aquí la necesidad del apoyo moral y material de las sociedades católicas y todos los que se precian de tener sentimientos humanitarios, en favor de las colonias y tribus abandonadas, en la heredad que nos legaran nuestros mayores.

Durante nuestra corta permanencia en Gualaquiza tuvimos la grata oportunidad de visitar personalmente las haciendas de los amigos, señores Reinaldo Moscoso, Ernesto Dávila, Alberto Balarezo, Julio Prado, Juan Coronel, etc., quienes nos atendieron con la genial cortesía que los distingue.

No hay que omitir que estos caballeros, puestos al frente de sus ricas y bien labradas propiedades, dan vida a la comarca y son el alma de las grandes iniciativas.

La Misión de Gualaquiza es parte integrante del Vicariato Apostólico, encomendado por la Santa Sede al celo de los Padres Salesianos, con el Ilmo. Monseñor Domingo Comín a la cabeza, que no escatima sacrificios para visitarla personalmente, alentar al misionero y repartir entre sus hijos los dones que la Providencia pone en sus manos.



**Imagen 12**

*Bellavista.  
Hacienda de los  
señores Balarezo  
y Merchán*

Al tiempo de nuestra visita a Gualaquiza, esta Misión estaba confiada, por el Ilmo. Comín, a la solicitud del Rdo. P. Julio Martínez, inteligente, accesible y virtuoso sacerdote salesiano, que, con espíritu evangélico, atendía a la conversión de los infieles. Le hemos oído hablar la lengua jíbara con tal facilidad, que no se distinguía de la corrección con que habla el salvaje; y éste es el motivo porque los señores del bosque le tienen mucha confianza, y depositan en su corazón de padre los contratiempos de la vida, las amenazas de sus enemigos y las acechanzas fraguadas por éstos a la sombra de la venganza o de la superstición.

Jamás desaparecerán de la memoria de los colonos y de los salvajes convertidos los nombres de los dignos y beneméritos misioneros salesianos Ilmo. Costamagna, Mattana, Spinelli, Giaccardi, Santinelli<sup>51</sup>, que, con celo reyado en heroísmo, dieron notable impulso a la

---

51 *Nota de los editores.* Se refiere a los siguientes salesianos misioneros: (1) Mons. Santiago Costamagna, piemontés nacido en 1846, formó parte de la expedición misionera salesiana de 1890. Fue nombrado primer Vicario Apostólico de Méndez y Gualaquiza en 1895, pero las dificultades políticas lo mantuvieron

Misión, y compartieron con los salvajes y los colonos las privaciones y sacrificios que comporta la vida de la soledad.

Pertenecen a Gualaquiza no pocas jibarías, con familias más o menos numerosas; ahí están las de Cayapa, Chumapi, Tuyasa, Pincho, Pujupat, Tajanta, Huisuma, Huambacho, Cunampa, Huambanguete, Katipi, Utita, Cáyuca, Zerembo<sup>52</sup>, y otras que, como las anteriores, viven diseminadas por el bosque. Sus habitantes han recibido ya los beneficios de la Religión, se han bautizado y están en relación con los misioneros, pero aún no se ha conseguido el que abandonen por completo la vida salvaje.

Un día, mientras discurríamos sobre una próxima excursión al Zamora, fuimos sorprendidos con la noticia de una pesca que los jibaros hacían en el Yumasa. Pasó en seguida a describirla con el título de

---

alejado hasta 1902, estableciéndose en Sígsg. En realidad, cumplió encargos de visitador de las obras salesianas del Pacífico por encargo del entonces Rector Mayor, P. Miguel Rúa. Falleció en Bernal (Buenos Aires, Argentina) en 1921. (2) El P. Francisco Mattana (1857, Vicenza, Italia; Panamá, 1831) fue miembro de la primera expedición misionera al Ecuador (1888) y sostuvo la misión de Gualaquiza de la primera hora, arribando a ella en 1894. Su siguiente destino fue Chile y, finalmente, Panamá donde falleció. (3) El P. Joaquín Spinelli (Cipressa, Italia, 1868; Cuenca, Ecuador, 1949) llegó a Ecuador en 1990 y fue el primer sacerdote salesiano en pisar la región de Gualaquiza junto con el coadjutor Jacinto Pancheri, en 1893. En 1919 fue destinado a Cuenca donde permaneció hasta su muerte. (4) Luis Giaccardi (Turín, Italia, 1862; Guayaquil, 1912) llegó a Ecuador en 1893 e ingresó a Gualaquiza en 1895. Sus destinos posteriores fueron Riobamba, Cuenca, nuevamente Gualaquiza y finalmente Guayaquil donde los sorprendió la muerte por la epidemia de fiebre amarilla. (5) El P. Ciriaco Santinelli (Ancona, Italia, 1859; Agua de Dios, Colombia, 1913) integró la primera expedición misionera a Ecuador (1888) y sufrió el destierro de los salesianos a Lima (1896).

52 *Notal de los editores.* La grafía correcta de los nombres es la siguiente: Kayap, Chumap, Tuyas, Pinchu, Pujupat, Tajijint, Wisum, Wampash, Kunamp, Wampank, Katip, Utitij, Kayuk, Tseremp.

## Una tarde entre salvajes

Previo aviso del apreciable caballero y persona muy cumplida, señor Reinaldo Moscoso, fuimos a ser espectadores de un entretenimiento o pesca en el Yumasa.

Para el turista que, ávido de impresiones, transmonta la Cordillera y pone pie en el Oriente, cualquier cosa que salga de lo ordinario es motivo de interés particular, y, si dispone de medios adecuados para acopiar las novedades que le salen al paso, no espera una segunda oportunidad para hacer buena provisión para su cartera.

Nosotros estábamos en este caso. Apenas llegamos a nuestro conocimiento la pesca que los jíbaros hacían en el citado río, preparamos las máquinas fotográficas y cuánto podría prestarnos utilidad, para que el recuerdo de ese día no se hundiera en los senos del olvido.

Al cabo de veinte minutos de marcha, llegamos al lugar indicado, y de golpe nos encontramos frente a un crecido número de salvajes de uno y otro sexo. Nuestra llegada fue anunciada por los ladridos de los perros que los jíbaros siempre tienen consigo.



**Imagen 13**

*Pesca jíbara  
en el río Yumasa*

La mujer jíbara, que, por lo común, acompaña al esposo en sus viajes y cacerías, ordinariamente lleva cargada a la espalda la *changuina*, o canasta, en la que coloca los comestibles, encima de éstos al hijo, si es de corta edad, y por delante, en los brazos, al perro.

El perro es, pues, algo inseparable, algo íntimo, algo necesario para el salvaje; y no hemos visto una sola jíbaría que careciese de algunos rabiosos mastines, y que éstos no fuesen bien atendidos y cuidados con esmero.

En una jibaría de las vertientes del Upano nos tocó presenciar el duelo consistente en llantos y lamentos de las jíbaras por un perro que moría picado por la víbora.

¿Y cuál el objeto de tanta afición por el perro? La cacería, para la cual es elemento indispensable, el cuidado de la casa y hasta la defensa de la persona: los perros anuncian siempre la presencia del extraño.

Los salvajes que están en continuo roce con los cristianos, van adquiriendo modales que los distinguen de los demás, y los hacen atentos y sociales. Si bien nuestra llegada al Yumasa fue mirada, al principio, con sorpresa, porque no se imaginaron ver gente nueva disponiendo de trípodes, máquinas fotográficas y demás aparatos de uso desconocido entre ellos, no tardaron, sin embargo, en acercarse para saludarnos con una cierta jovialidad, que no dejó de complacernos. Entre ellos había un jíbaro muy allegado a la misión, que, después del saludo de estilo, nos dio a conocer detalles verdaderamente interesantes sobre costumbres orientales.

La forma del saludo jíbaro se reduce estrictamente a estas palabras que pronuncian al dar la mano, poniendo el verbo siempre en gerundio: “¿Vos cómo estando, de dónde viniendo, qué nombre estando?”<sup>53</sup>.

Hay una frase de uso correcto en la conversación o en el vocabulario jíbaro, y que sólo la omiten en circunstancias anormales. Esta vez no la pronunciaron, probablemente por tratarse con personas extrañas, de quienes no tuvieron ni siquiera noticia. Pero, una vez que se presentaron de visita en la posada, sin muchos preámbulos dijeron: “¿Vos muchas cosas trayendo? Yo mucho queriendo”.

---

53 *Nota del autor:* El verbo *estar* tiene muchas aplicaciones en la boca del salvaje. Con él expresan, o se acomodan para expresar: *vivir, existir, apellidarse*, etc., en la forma gerundiva, que es la más usada por los iniciados en el castellano.





**Imagen 14**

*Ulifa y sus  
guerreros*

El río Yumasa, afluente del Gualaquiza, ordinariamente no lleva considerable caudal de agua, ni es de los más importantes que riegan el valle; con pocas precauciones se lo pasa a pie.

La sección escogida para la pesca comprendía un espacio de tres cuadras, más o menos, antes de desembocar en el Gualaquiza.

El lugar se pintaba para la distracción. No había rocas, no había saltos impetuosos, no había caídas rumorosas. El río, de tersas y cristalinas linfas, se deslizaba suavemente sobre un lecho de menudas guijas y pequeñas piedras, afelpadas de algas y musgos.

Mientras las jíbaras maceraban la cantidad necesaria de barbasco, para inficionar el agua, los jíbaros reducían la corriente, encaminándola por sitios y lugares previamente cercados con palizada y trampas hechas de caña menuda, las cuales permitían el paso del agua, mas no el de los bichos y peces en ella contenidos.

En la cabecera de la sección indicada echaron el barbasco macerado, repartiéndolo por igual en la corriente, de modo que toda el agua quedase saturada por tan poderoso narcótico.

Apenas hecho esto, empiezan los jíbaros a dividirse por secciones el trecho escogido; el jefe da las órdenes convenientes y llega el momento en que todos corren de un lado para otro, saltan de piedra en piedra, hurgan de aquí, espantan de allá, y los cercan por todas partes; las voces de mando son más imperiosas y más decisivas, y mejor ejecutadas, procurando todos sacar mejor provecho.

Los peces, a medida que pasa el agua contaminada, empiezan a perder la velocidad de sus movimientos, nadan perezosamente, y poco a poco los pierden por completo, rebalsan a flor de agua, y se dejan llevar por la corriente a las trampas preparadas de antemano. Los que quedan entre las piedras, se recogen en canastas o bateas que los pescadores tienen consigo.



**Imagen 15**

*Timaza y sus hijos*

Una pesca entre salvajes parece un esparcimiento sencillo y de pocos alcances; pero no es así: conviene presenciarla de cerca para apreciar un rasgo de las costumbres orientales. Ella constituye ordinariamente una fiesta o regocijo especial, en que toman parte las familias amigas, o las que llegan de una lejana comarca, o las que son invitadas por un motivo especialísimo, fundado en proyectos de mayor o menor trascendencia, según las circunstancias por las que atraviesa la tribu o la familia. Así, pues, de intento buscan estas oportunidades: ya para estrechar los vínculos de parentesco o amistad; ya para disipar recelos y dificultades, que acaso terminarían en una guerra;

ya para despertar y fomentar relaciones de una ventajosa y posible alianza, o también para consolidar un compromiso matrimonial. ¿La pesca que nosotros presenciábamos tendría alguno de estos alcances? Sin duda. Ahí estaba el Sol del Oriente, la donairosa Tacuni<sup>54</sup>, y varios jóvenes jíbaros le brindaban peces...

## **Preliminares de una excursión al Zamora**

*La hora de la partida. A orillas del Bomboiza con la familia de Pujapat. El paso del río*

El lunes 12 de marzo se notó en la casa de la Misión un movimiento inusitado, una alegría indecible, un entrar y salir de jóvenes a cada momento: era el lugar de cita de los voluntariamente comprometidos para la excursión que haríamos el día siguiente al Zamora.

Por la tarde del 12 no había quien no tuviera su ocupación recargada, quien no estuviera empeñado en los preparativos de utilidad propia o del vecino; porque en estas circunstancias todos quieren pasar por atentos, comedidos y laboriosos; así todos aportaron su eficaz contingente: los míos, preparando sombreros, impermeables, polainas, zapatos (el eterno problema de las excursiones por los barrizales del Oriente); los otros, acondicionando barómetros, brújulas, termómetros, placas, películas, máquinas fotográficas, sondas; en fin, todo el material del que podíamos disponer, para que el viaje resultase también de algún provecho y no de mera curiosidad.

Despuntó el alba del día 13, en medio de tañidos de campanas, estallidos de cohetes, disparos de fusiles y el alborozo de la gente, que, como en las grandes festividades, acudió a la Misión para presenciar el desfile de los excursionistas.

En tanto, los jóvenes comprometidos para integrar la comitiva, empezaban a llegar de las vecindades, con manifiestos aires marciales y con el júbilo y valentía que se pintaban en los semblantes.

Tan pronto como sonó la hora fijada con anticipación, el P. Julio, que generosamente se ofreció de compañero, guía e intérprete, ya

---

54 *Nota de los editores.* Posiblemente se refiera a Tukum'.

montado en un discreto alazán, y con el entusiasmo que le distingue, organizó la marcha y dio la voz de mando. El joven Alberto Balarezo<sup>55</sup>, tomando en la mano la bandera de la Patria, entonó el Himno Nacional, que fue acogido por todos con el mayor entusiasmo.

### Imagen 16

*A orillas del Bomboiza, cerca de la casa de Gore Pujubat*



En buen orden partió la caballería, con el misionero a la cabeza, de cuyos conocimientos y trato con los salvajes esperamos sacar provecho debido, a tiempo oportuno; luego siguió la infantería, compuesta de jóvenes, a cuyo alcance no pudo estar ni siquiera el más insignificante bucéfalo, y por último, los cargadores, jóvenes muy hábiles para estos servicios.

En el Oriente es bastante difícil encontrar cabalgaduras para viajes o excursiones; pues las pocas que han llegado de las tantas que se han introducido, no son buenas para todo género de servicios.

---

55 *Nota de los editores.* Hijo de uno de los hacendados de Gualaquiza cuya propiedad estaba ubicada en la actual parroquia urbana Mercedes Molina del cantón Gualaquiza.

Los caminos, a través de barrizales interminables, cruzados de troncos enormes, y bajo cerrado ramaje, hacen imposible toda cabalgadura. Por eso, el misionero que persigue ideales divinos, el sabio que va en pos de alguna novedad científica, el turista que ansía datos y más datos para su cartera, el artista que lleva el genio preparado para la inspiración, no tiene más que bajar al detalle, que avenirse a recorrer la selva a pie, y esguazar como se pueda la corriente de los ríos, para dar con el bien apetecido.

Cerca de dos horas duró la marcha por el bosque, cuando dimos con un paraje delicioso. El camino era poco trillado, y por lo mismo, lleno de malezas, lianas y hiedras salvajes, que nos obligaban a plegar el cuerpo y andar a gatas con mucha frecuencia. No era raro encontrar cedros y matapalos caídos a través del camino, chontas cubiertas de espinas, a manera de agujas, y ortigas, erizadas de pelos tiesos, que producían vehemente picazón al rozar con la piel.

El plano inclinado que recorríamos desde la casa de la Misión iba poco a poco desapareciendo, hasta que dimos con la hermosa llanura del Bomboiza. Hicimos alto en la casa del jíbaro Pujupat, término del viaje a caballo.

Pujupat se nos dio a conocer y apreciar en una visita que nos hizo en nuestra posada de la Misión; con cuya oportunidad pudimos descubrir y admirar sus cualidades de jíbaro ingenuo, astuto, valiente y servicial. Y no nos equivocamos, porque cuando llegamos a su casa, nos brindó asiento, nos presentó a su familia, y se puso a nuestras órdenes, por todo lo referente a fotografías y servicios de casa, ofreciéndose, además, para facilitarnos el paso del río, que quedaba a poca distancia.

El lugar no podía ser mejor escogido; las risueñas orillas de un brazo importante del Bomboiza; pero... ¿he dicho escogido? En el Oriente todos los lugares son escogidos, todos los panoramas son mejores, todos los paisajes peregrinos. Ahí el pintor, el artista, el poeta, el letrado, el hombre de ciencia, todos pueden hallar campo vasto para sus lucubraciones; todos pueden sorprender a la naturaleza en los secretos de sus montes, en los arcanos de sus selvas, en los misteriosos senos de sus pomposos y magníficos estuarios.



**Imagen 17**

*De excursión  
apostólica*

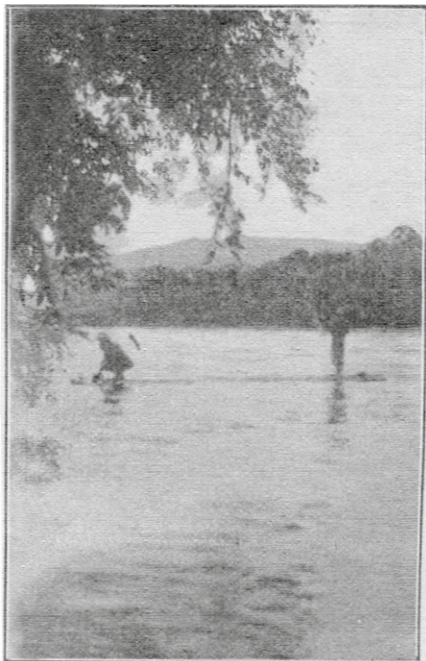
El Bomboiza, que recoge, en gran extensión, el agua de numerosos tributarios, es grande y caudaloso; ofrece paso en balsa o en canoa únicamente por los vados. Cuando por las lluvias aumenta el caudal, ni los jíbaros, tan peritos en el manejo de sus medios de transporte, se aventuran a pasarlo. El vado por donde pasamos medía más de 100 metros de ancho, con una profundidad de 4 y 6 metros, según los lugares del cauce.

Esta vez el río no estaba crecido; llevaba su caudal ordinario; por eso Pujupat se ofreció espontáneamente a pasarnos. Para esto, a falta de canoa y tratando de salir con el intento, escogió cuatro troncos, los ató con bejucos y formó una balsa. En seguida fue colocando uno o dos pasajeros en el extremo que diríamos proa, que era el que rompía la corriente, y les comunicaba un baño casi completo; lo cual no era para extrañar, porque en el Oriente todo esto es muy usual.

Con este sistema pasó a todos, y no nos exigió por recompensa nada; caso verdaderamente raro, tratándose de jíbaros, tan codiciosos como son de la paga, y que en la presente circunstancia con buen derecho les asistía. También nosotros hicimos actos de generosidad, obsequiándoles con algunos objetos de valor y prometiéndoles que esta fineza la guardaríamos cuidadosamente para corresponderles en la primera oportunidad, que no tardó en presentarse.

En la fotografía tomada en su casa, Pujupat está en el medio, en actitud de cazar un oso, que supuso en la copa de un árbol.

Agradeciendo mucho su trabajo, nos despedimos del bondadoso jíbaro y de su familia, para seguir por las cerradas montañas del sur. En tanto, todas las cabalgaduras se restituyeron a la Misión.



**Imagen 18**

*El misionero atravesando el río Bomboiza*

## **En la jibaría de Gindachi**

*Cualidades de Gindachi. La chicha jíbara. Elocuentes discursos en la selva. Bautizos y padrinzgos. ¡Las lágrimas de Gindachi!*<sup>56</sup>.

Era una tarde bastante brumosa; durante el día había llovido un poco, y el sol avanzaba al ocaso, cuando llegamos a la casa del jíbaro Gindachi, que no era propiamente casa, sino una enramada provisoria, levantada en medio de un desmonte recién tumbado.

---

56 *Nota de los editores.* La grafía correcta del nombre es Jintiach.

El sitio se denominaba Quingüini, a cinco horas arriba del Zamora, por la banda izquierda del Chuchumbleza, afluente del anterior, y lo formaba una vasta llanura, cuyos límites no pudimos fijar por la espesura del bosque.

Gindachi no era un jíbaro terco y de maneras ásperas, como son, en general, los de su raza; él había tratado mucho con los blancos, de quienes vio la conveniencia de asimilarse buenas cualidades, entre ellas, un trato discretamente social. Además, estaba dotado de un temperamento suave, con una bondad natural, que la traducía en su conversación amena y variada; y por la jovialidad con que atendía a todos, parecía un viejo y decidido amigo. ¡Con qué interés deseaba informarse de lo que pasaba entre los cristianos de Europa; ¡si ya había terminado la guerra, y si las naciones habían entrado en la era de la paz! Mientras él nos entretenía con sus preguntas, las mujeres preparaban sendas *piníngas* de chicha para brindarnos.

Conocíamos de antemano el sistema de trituración (masticación) y manipulación de la yuca para la fermentación; ya habíamos palpado en una jibaría anterior el extraño procedimiento, enteramente reñido con los usos y costumbres de nuestra culta sociedad; no sin repugnancia tuvimos delante de los ojos el modo primitivo de tan rudimentaria preparación, que, lastimando el sentimiento, en más de uno de nosotros suscitó la idea de formular protestas, que no tardaron en exteriorizarse contra la aceptación del obsequio ritual salvaje. No obstante, algunos supieron disimular la repugnancia; otros se sirvieron la bebida sin manifestar el menor recelo. Entre éstos, los más reposados, dijeron sin ambages: el porvenir se encargará de probar el valor de las protestas.

En efecto: durante el viaje se notó que los que se servían de la chicha jíbara eran más resistentes y más expeditos para la marcha; mas no así los que sólo apagaban la sed con el agua del camino.

Una vez en casa de Gindachi, teniendo en cuenta lo inconsulto de las excusas anteriores, nadie dejó de aceptar la sustanciosa, pero crítica bebida, y venciendo todo recelo, trataron de apurarla hasta las heces.



El señor Miguel Jaramillo, de fácil asimilación y de humor inagotable, levantando la pinínga, nos sorprendió con esta admirable improvisación:

Señores: Con suficiente éxito estamos desarrollando el programa que tenemos que cumplir, y es menester que sea explícito en la manifestación de la idea que germinó en nuestro espíritu, y que tratamos de darle cumplida forma.

No es la casualidad, señores, sino la Providencia, la que nos ha conducido y congregado aquí, para visitar este hermoso y fecundo suelo, y llevar a nuestros hombros de estado los mensajes de los ángeles tutelares de estas lejanas comarcas.

Aquí no vibra nuestra voz al compás de las músicas marciales de nuestras urbes populosas, ni la acompaña la cadencia sonora y melodiosa de las sirenas de occidente; pero, en cambio, está armonizada por los arpeggios de las aves, por los suaves rumores de la selva, por las resonancias misteriosas de cantos no aprendidos, de murmullos peregrinos.

Hoy la Patria está de plácemes y jubilosa; nos recibe en su regazo; nos da los parabienes, porque, con fiero gesto, hemos vencido los murallo-nes andinos para venir a visitarla en la tierra de sus pompas majestuosas, de su inmaculado cielo azul, de sus nubes opalinas, de sus mantos recamados, de sus ropajes seductores.

Pero tenedlo entendido, señores: que apenas nos quedará el título de tan eminente madre, si, descuidando nuestro deber patriota, y por cobardías que no se explican, dejamos de cumplir el programa que nos hemos trazado, el cual, si bien implica sacrificios, tiene, en cambio, la codiciada ventaja de proporcionarnos numerosos conocimientos ciertos, y la convicción franca y sincera de decir más tarde a nuestros compatriotas: «Señores: grandioso es el Oriente, incalculables sus riquezas, lisonjero su porvenir. No dejemos que lo arrebathe algún enemigo artero, ni soportemos que avance una línea más en la conquista de esta tierra prometida. Nuestro carácter de ecuatorianos y patriotas no quede indiferente ante las lesivas pretensiones del insaciable vecino; no sea que más tarde no nos quede otro recurso que lamentar nuestro infortunio sobre los últimos segmentos del suelo patrio».

Al levantar el vaso de esta generosa bebida de la selva, brindo, señores, por la integridad absoluta de la Patria, por la felicidad de todos y cada uno de los miembros de la presente comitiva, por la prosperidad de esos pedazos del alma que hemos dejado en Occidente; y hago votos, y muy fervientes, porque gocen pronto estas comarcas de los beneficios de los pueblos cultos; y porque la Espada y la Cruz, en íntima armonía, en inseparable consorcio, mantengan incólume la heredad sagrada, la porción querida legada por nuestros antepasados.

El P. Julio Martínez, abnegado misionero y uno de los más entusiastas excursionistas, haciéndose eco de las vibraciones de su alma, profundamente emocionada por el verbo elocuente del señor Jaramillo, no vaciló en contestar de esta manera:

Los atinados y brillantes conceptos vertidos por el señor Jaramillo me han conmovido, penetrando a lo íntimo de mi alma; ellos me obligan a hablar en la forma modesta que acostumbro, y a ser explícito en la expresión de lo que siento.

¿Quién duda, señores, que la grandeza del Ecuador está cifrada en estas extensas y magníficas zonas orientales? ¿Cuál es el ecuatoriano, que, después de haber conocido de cerca la fertilidad pasmosa de este suelo, no haya vuelto con el alma henchida de las mejores impresiones? Por justicia, por interés, por patriotismo, y hasta por prestigio nacional, incumbe a los ecuatorianos el constituirse en centinelas avanzados de la propiedad común.

Por los periódicos que de vez en cuando nos envían los amigos de Occidente, venimos en conocimiento de lo mucho que se habla y de lo mucho que se escribe sobre las tierras del porvenir; pero acá no llegan más que las noticias que nos hacen concebir halagüeñas esperanzas; transcurre el tiempo, y la esperanza se pierde en el vacío.

Bien sabéis, señores, que el secreto para poblar y defender el Oriente, para contrarrestar cualquier avance extraño, está en la implantación de fáciles medios de comunicación, en la apertura de caminos, y en el mejor sistema que se adopte para conservarlos. Sin este requisito no es posible conservar la integridad de la Patria, ni pensar en colonizaciones, a que nadie se sometería, para quedar encerrado sin esperanza de salida.

Vosotros ya conocéis algo de lo que son los caminos del Oriente, en que ha puesto mano el Gobierno; habéis pasado por el terrífico *Churuco*, por el famoso Rosario, por el tétrico Cután; decidme: ¿son caminos de gente civilizada aquellos? ¿No son más bien un remedo de los espantosos caminos dantescos a través de las regiones infernales del Oriente? Repito, señores, el secreto está exclusivamente en sus vías de comunicación, en los fáciles medios de transporte, que nos pongan en rápido contacto con los centros de densa población, facilitando de este modo el intercambio de productos y el aumento de la riqueza nacional.

Si nuestros hombres públicos estuvieran inspirados de verdadero patriotismo, si hubieran desaparecido por completo ciertos arrestos revolucionarios, que tanto nos degradan ante los propios y extraños, si en las cámaras parlamentarias hubieran primado únicamente los ideales de una patria grande, próspera y feliz, éstos serían los momentos en que el Ecuador se habría contado en el número de los pueblos favorecidos por su grandeza moral y material.

La Iglesia, con admirable solícitud y a pesar de todas las contrariedades, ha velado por la conservación de sus sacerdotes en estas apartadas regiones; no ha omitido medios para la propagación de la fe, reduciendo a la vida cristiana y social a muchas de estas tribus nómadas e indómitas. Algo se ha hecho, algún fruto se ha cosechado, pero esto no es todo, falta la mayor parte.

Finalmente, hago hincapié en el último concepto de mi sin par amigo, el señor Jaramillo, en la idea de la unión de los dos poderes para el positivo y concreto afianzamiento del derecho ecuatoriano en el Oriente.

El trabajo aislado no es un funcionamiento netamente nugatorio, ni carece de apreciables eficacias; pero tampoco es factor de muchos alcances, ni capaz de decidir ventajosamente a favor de una situación compleja.

Que el hombre es necesariamente social es un postulado de ética universal, consignado por la experiencia diaria; pues ha nacido para la sociedad y en ella encuentra el complemento de su vida de relación.

El hombre aislado es débil, sirve para poco y, ordinariamente, se encuentra rodeado de mil contingencias desfavorables, que le incapacitan para la ejecución del bien social.

En este concepto, el trabajo que venimos realizando por ser misioneros, el bien bajo algunos puntos de vista es halagüeño y consolador, entre otros, no ha producido aún todo el bien apetecido; porque estamos aislados, porque se nos ha dejado solos y privados de los medios que hacen eficaz el trabajo del misionero. Necesitamos, pues, el apoyo moral y material de la sociedad ecuatoriana, necesitamos la unión, que hace la fuerza, la armonía de los dos poderes, para hacernos fuertes y asegurar nuestros legítimos e inalienables derechos.

Napoleón dijo que Dios estaba siempre del lado de los más fuertes batallones. Esto, que a primera vista parece una irreverencia, cuando no una impiedad, es exacto desde el punto de vista moral, esto es: que Dios ayuda y protege a los mejor dispuestos y más vigilantes y determinados.

Concluyo, señores, pidiendo mil excusas por haberme extendido demasiado, ocupando vuestra benévola atención; pero tampoco terminaré sin antes ratificar los fervientes votos del señor Jaramillo, que son los votos de todos los ecuatorianos celosos de las glorias de la Patria.

Como epílogo de los discursos, franca expresión de encendido patriotismo, se cantó el Himno Nacional, acentuando las palabras: *¡Salve, oh Patria! Mil veces, ¡oh Patria!*

No es para referir la gracia y el entusiasmo indescriptible que entonces se apoderó de todos. ¡El Himno de la Patria, cantado en plena selva! ¿Quiénes nos oían? ¿Quiénes nos aplaudían? ¿Quiénes se daban cuenta del delirio desbordante que reinaba en todos? Nadie más que nosotros mismos. Los jíbaros, si no son algo civilizados, nada saben de patriotismo; pero, sobre todo, nos escuchaba la Patria, ¡la Patria, en la silenciosa majestad de sus dominios!

El día siguiente, 14 de marzo, el Padre Misionero administró el Sacramento del Bautismo a dos niños jíbaros. El primero, varón de cerca de dos años de edad, hijo de José Antonio Gindachi y de María Santos Nungui<sup>57</sup>. Se le puso el nombre de su padrino, señor Miguel Jaramillo, que espontáneamente se ofreció para tomar parte en el acto religioso. La segunda fue una niña de pocos días de nacida; llevó el

---

57 Nota de los editores. La grafía correcta es Nunkui.

nombre de María del Carmen, a petición de un padrino, el señor Alberto Balarezo; fueron sus padres Antonio Teitza y Josefa Nunguen<sup>58</sup>.

Después de tomar un desayuno bastante robusto, consistente en carne cocida, yuca y chicha, partimos, en compañía del mismo Gindachi, que, generoso, se brindó para servirnos de guía, tal vez por darnos una bien meditada sorpresa. Y seguimos camino del bosque.

Al cabo de tres horas de marcha continua, llegamos a una espaciosa huerta, formada a la redonda, como son casi todas las huertas jíbaras; no tenía nueve meses de plantada y ya ofrecía hermosos y sazonados frutos. Había en abundancia yuca, plátano, pelma, chonta, chocho y maní; no faltaba también caña de azúcar; pero esta planta la cultivan los jíbaros, no por utilidad práctica, sino por adorno, o, cuando más, para aprovechar el zumo en los momentos de sed.

En medio de la huerta se levantaba una casa amplia, cómoda y nueva, a juzgar por el óptimo estado de la madera y por la paja del techo, que no tenía el color negruzco de las casas viejas. Pero en ella no había una persona que la cuidase: estaba sola, desierta, abandonada.

¿Qué habrá pasado? ¿Qué extraño suceso habrá turbado la paz de este hogar? ¿Qué acontecimiento ingrato habrá obligado a la familia jíbara a desprenderse de tan escogido solar? Examinemos: Gindachi debe estar al corriente de lo sucedido, o, por lo menos, nos dará datos importantes.

El jíbaro en este momento estaba alejado de nosotros, pero no a muchos pasos. Su postura no era la de una persona en estado normal de sentimientos.

Sentado sobre un tronco, la mejilla apoyada en una mano y con el semblante seco y adusto, revelaba que estaba trabajado por algún fuerte contratiempo.

Me acerco, pues, a él y le digo: «Gindachi, ¿por qué te has separado de nosotros? ¿Qué tienes? ¡Parece que estás contrariado!».

El jíbaro no se movió, no me contestó; ni siquiera levantó los ojos para mirarme, sino que los tuvo siempre fijos en la casa abandonada.

---

58 *Nota de los editores.* La grafía correcta de los nombres shuar es Taisha y Nunkaim.

«¡Vamos! –le dije, dándole una ligera palmada en el hombro–; tú eres mi amigo, y vas a decirme el motivo del malestar que te aflige».

Por toda contestación exhaló un profundo suspiro; los ojos se le cubrieron de lágrimas, que enjugó con el dorso de la mano, e inclinó la cabeza, apoyándola en las manos, cuyos codos descansaban sobre las rodillas.

«¡Gindachi! No llores –añadí–. ¿Me has traído aquí para verte sufrir? Entremos juntos a la casa; ahí me dirás el motivo de tu dolor. Por otra parte, un capitán valiente y esforzado como tú, que en la guerra pone espanto a sus enemigos, no debe llorar de esta manera».

Al oír enemigos, el jíbaro levantó la cabeza, y con acento firme dijo: «Yo a enemigos nada temiendo; todos a raya teniendo».

Luego volvió a tomar la postura anterior, y echó a llorar con vehemencia, hasta el punto de inspirar gran compasión a cuantos le veíamos.

«Basta, Gindachi –le dije, por último–; ahora me vas a decir por qué lloras; después te voy a dar un obsequio que será de tu agrado (Le preparaba una cajita de fulminantes, un espejo y algunos ovillos de hilo).

Con palabra entrecortada por los sollozos, repuso el jíbaro:

—¡Mujer... aquí muriendo!

—¿Dónde la has sepultado?

—Aquí mismo sepultando.

—¿Cuánto tiempo ha pasado ya?

—Una luna pasando<sup>59</sup>

—Pues, entonces, ¿vamos a visitar su sepulcro?

Fue muy difícil convencer al jíbaro para que entrase con nosotros y nos indicase los pormenores de la enfermedad, de la muerte y sepultura de su esposa; pero, al fin cedió, y precedidos por él, entramos por la puerta oriental de la casa, que ordinariamente es la de los hombres.

Según los pormenores de la enfermedad, que cada vez con interés más vivo nos iba relatando, entendimos que murió de fiebre. El brujo o médico hizo lo posible para salvarla, pero no alcanzó el objetivo.

---

59 *Nota del autor.* Es decir: un mes. Los jíbaros cuentan las *lunas* por meses, la madurez de la chonta, por años.

El entierro, según costumbre arraigada entre los salvajes, se verifica en el recinto de la misma casa, a ocho o diez palmos bajo tierra, con asistencia de los deudos y amigos y entre el llanto de toda la familia.



**Imagen 19**

*A orillas  
del Zamora*

El sepulcro de la esposa de Gindachi fue abierto en el centro mismo de la casa, al pie de la armería y talares del esposo; pero, no a mucha distancia, había otro sepulcro de tierra recién removida, como el anterior, que se presentaba para las más arbitrarias conjeturas. ¿Será posible que una muerte simultánea haya arrebatado ambas vidas?... Una epidemia no es fácil suponer en medio de la selva... Lo más natural es creer que la superstición, tan arraigada entre los salvajes, haya determinado la muerte de otro miembro de la familia, para que la acompañe en el mundo de los espíritus.

En el deseo de conocer la causa de la muerte del vecino, le dirigimos varias preguntas y con giros, al parecer desinteresados; pero el jíbaro, o que penetró en nuestra intención, o que se propuso ocultar el misterio, el caso es que siempre nos contestó de un modo indiferente y evasivo. Por consiguiente, todo se podía suponer: el salvaje obra por ley atávica, y si desde niño no se forma al lado del misionero, su condición está rodeada de las más groseras aberraciones. Gindachi, a pesar de sus ligeros rasgos de cultura, rendía, como los demás, culto a la superstición.

Los objetos que componían el ajuar de la casa no estaban puestos al acaso: se observaba hasta en los más secundarios cierto orden y buena disposición; pero todos se hallaban cubiertos de una gruesa capa de polvo y estaban destinados a destruirse bajo el hálito del tiempo.



**Imagen 20**

*El río Zamora*

Cuando, para apreciar la bondad del trabajo plástico de los vasos, que había al paso, levantamos una *pininga*<sup>60</sup>, y la pasábamos de mano en mano, el jíbaro miró con displicencia al hecho, y nos insinuó a dejarla en el mismo lugar, diciéndonos: «*Pininga* no cogiendo; mujer ahí dejando, ahí mismo quedando».

De modo que, al abandonar la casa, Gindachi no llevó consigo sino lo indispensable; muchos objetos quedaron en la propia casa y en el mismo orden en que los dejara su señora y esposa.

---

60 *Nota del autor:* «Pininga», vaso de greda cocida.



Varias son las causas que obligan a los jíbaros a abandonar la casa solariega y buscar asilo en tierra virgen. Las más comunes son: primero, el deterioro de la casa, causado por la vejez y destrucción de la paja de la cubierta y de la armazón interior; segunda, la muerte del jefe o de un miembro importante de la familia, como en el caso de Gindachi, que antes de un año de haberla concluido, tuvo que abandonarla, y con ella, florecientes cosechas en plena sazón; tercera, la pobreza de la huerta, que al cabo de algunos años se vuelve estéril y no rinde para el sustento de la familia.

Los que hemos recorrido el Oriente por algún tiempo, podemos afirmar que los cultivos de las regiones del Pachicosa en nada se diferencian de los del Zamora, así como éstos no son mejores ni más perfectos que los de Indanza, Méndez, Tutanangosa y Macas, en lo referente sólo a los salvajes. Entre éstos, casi todo es rudimentario, todo está fundado en una experiencia que no discurre, ni se preocupa por mejorar el porvenir: son esclavos del atavismo; y, por lo mismo, necesitan que la civilización cristiana les dé la mano, para mejorar en sus usos, costumbres y elementos de vida.

Por último, los jíbaros abandonan su casa, cuando se ven acosados por algún enemigo asaz peligroso y tenaz, y el dueño de la jibaría puesta en berlina, sin medios suficientes para hacer frente al adversario, como sucedió con el brujo o médico Taijanta, dueño de una hermosa posesión en las espléndidas llanuras del Zamora.

El hecho tiene su lado interesante y no es para omitirlo, a pesar de parecer indiscretos en la digresión, o difusos en la narración de los pormenores del viaje. Intitulémosle:

### **Aprietos de una curación**

*Compromiso aceptado. Sistema curativo. Luchas importantes. La cabeza de Taijanta requerida. Plan burlado. Taijanta huye de sus enemigos*

Taijanta<sup>61</sup> era el brujo de la comarca, o sea el médico que curaba toda clase de enfermedades. La fama de su habilidad cundió por

---

61 *Nota de los editores.* La grafía correcta es Tajint.

todas las jibaráas del Zamora, Bomboiza y Gualaquiza, llegando hasta las lejanas tribus de Méndez.

Un día se le presentaron varios mendeños, solicitando la habilidad de sus conocimientos y su presencia en Méndez, para que atendiera al jefe de una jibaráa, llamado Gimbiquiti<sup>62</sup>, que llevaba un mes y días de cama.

El brujo se informó minuciosamente sobre el tiempo y circunstancias de la enfermedad; reflexionó despacio sobre la conveniencia o inconveniencia de tomar a pechos la situación del enfermo; pidió dos días para deliberar con su familia y resolver el partido que había de seguir.

Convencido de que la enfermedad no era de peligro ni la edad podía comprometerle, puesto que no pasaba de los 50 años; ilusionado con la valiosa paga que se le ofrecía, y persuadido de que la complexión buena y robusta de Gimbiquiti podía sacarle airoso en su cometido, no vaciló en aceptar la propuesta y disponerse para marchar a Méndez. Pero antes trató de hacer buena provisión de arañas, lagartijas, tábanos y escorpiones, todo por motivos terapéuticos.

Cuando un brujo o médico acierta en la curación de sus enfermos, tiene derecho a elegir de la casa del enfermo curado el objeto que más le agrada, sea éste una escopeta, un puerco cebado, una buena bodoquera, uno o dos *tarachis*<sup>63</sup> para la esposa, etc. Mas, y aquí está el peligro, en caso de fallar en la curación, si el enfermo llega a morir, el médico la paga con su cabeza, tarde o temprano.

Taijanta, llegado a la casa del paciente, se dedicó con toda diligencia a suministrarle sus cuidados y medicinas, ya cantando al son de un tamboril, en derredor de la cama del enfermo, ya chupando las partes doloridas del cuerpo, ya saliendo a la puerta de la casa, y con pujantes gritos, imponiendo que la enfermedad se escape por encima de las montañas, a través de los nubarrones por el cauce de los ríos, o se precipite en los oscuros senos del país del *Iguanachi* (genio del mal).

---

62 Nota de los editores. La grafía correcta es Jimpikit.

63 Nota de los editores. Tarach', vestido femenino de una sola pieza sujetado sobre el hombro derecho.

Algunos días duró la prolija curación, en cuyo tiempo el distinguido galeno, aprovechándose de la oscuridad de la noche, sacaba del cuerpo de Gimbiquti ya un tábano, ya una lagartija, ya una mosca, y lo presentaba a la familia, para que reconociera el origen de la enfermedad en tales objetos, manifestando que aún no los había extraído todos.

Una noche en que las tinieblas eran más densas y el silencio se imponía en la selva y en la casa, Taijanta gesticuló mucho, y logró sacar un... ¡escorpión!

Todos prendieron las antorchas, consistentes en haces de paja, sencillas resinosas y lágrimas de copal, para reconocer el origen de la enfermedad, contemplaron violetos y sañudos el monstruo que iba agotando una existencia necesaria y ocasionaba tantas amarguras a la familia.

Formaron, pues, una grande hoguera, tocaron el *tunduli*<sup>64</sup>, en señal de regocijo, convocaron a todos los vecinos y amigos, y, en medio de los más acerbos apóstrofes, le lanzaron a la parte más viva del fuego, para que allí chirrié, reviente y se aniquile.

Según la opinión del médico, una vez extirpado el origen de la enfermedad, debía entrar el paciente en franca convalecencia, aunque los dolores le siguieran importunando un tanto, ni tuviera sus momentos de reposo.

La familia del Gimbiquti, con las pruebas en la mano y llevada de la fama del brujo, tenía fe ciega en su habilidad; por eso, una vez confiado el enfermo a su cuidado, esperaba verlo muy pronto sano y disfrutando del bienestar de su casa. Taijanta, por el contrario, viendo que sus esfuerzos no daban resultado favorable, disimuló cuanto pudo, con el fin de despistar a la familia, y comenzó a pensar en el partido que le convenía tomar, a fin de poner a salvo su pellejo.

Al atardecer del cuarto día, el enfermo entraba en el periodo agónico, que se manifestó por la aparición del hipo, acompañado de

---

64 *Nota del autor.* Tronco ahuecado que, golpeado con un mazo, produce un sonido intenso capaz de largas distancias, y sirve para invitar a los amigos a los grandes festejos de familia, y también para convocar a la guerra y a las tribus confederadas.

movimientos convulsivos. El brujo, tan luego como advirtió el peligro, redobló sus cuidados, gesticuló a porfía y apostrofó iracundo a la enfermedad.

No es el caso de omitir que también el brujo entraba en tal estado de cuidado y nerviosidad, que, a no ser por las sombras de la noche, muy difícil le habría sido disimular su situación. La suma postración del enfermo y el temor que con este motivo invadía su espíritu, le ponían fuerza de sí, haciéndole ver cosas y casos nada improbables, en el hecho de un desenlace fatal. Y de este modo, su acalorada fantasía le hacía ver la lanza de los amigos del momento, convertida luego en instrumento de rencor, saciando venganza atroz; su pecho atravesado de parte a parte, su cuerpo herido, ensangrentado y revolviéndose en su propia sangre; y, por último, la tribu viniéndosele encima para hacerle pagar caro su fracasada habilidad.

Taijanta ordenó que todos apagaran las antorchas y se retiraran a descansar, dejándole a solas con el enfermo.

La familia le obedeció dócilmente: las mujeres se retiraron a su departamento y los hombres a sus respectivas camas.

La noche era ya avanzada, la respiración del enfermo se hacía más anhelosa, un sudor frío le bañaba la frente, el pulso desaparecía y el cuerpo perdía sus movimientos...

Mientras la familia estaba entregada a un profundo sueño, interrumpido sólo a grandes intervalos por los gimoteos de los niños, el brujo acababa de tirar los planes, que desde algunas horas venía meditando; y cuando advirtió que Gimbiquiti había pasado a mejor vida, con las precauciones del caso puso los pies en polvorosa.

Al amanecer del día siguiente se levantó la familia, como de ordinario, y, deseosa de informarse del estado del enfermo, se dirigió a la cama de éste para hablar con el médico y quedar a su palabra; mas no pensaba en la amarga sorpresa que le salía al encuentro: ¡muerto Gimbiquiti y desaparecido el médico!

Los guerreros se ensañaron contra el impostor, crisparon sus puños, le amenazaron con las armas, juraron vengarse, y, por pronta providencia, determinaron alcanzarlo, aun a costa de marchas forzadas.

Las mujeres lloraron, desconsoladas, la muerte de Gimbiquiti y apoyaron el proyecto de perseguir al brujo hasta cortarle la cabeza.

No obstante, el proyecto no se llevó a cabo en seguida, porque, según el parecer de los ancianos, la distancia que ya tenía ganado el brujo era enorme, y el golpe, no siendo maduramente combinado, tampoco podía ser de efecto.

Después de cumplidas las ceremonias legales o legalizadas por la costumbre, la familia se disponía a abandonar la casa para radicarse en otro lugar; pero antes, reunidos en consejo, los miembros prominentes de la tribu discurrieron sobre el tiempo en que volverían a congregarse para determinar los pormenores del viaje y el número de conjurados que desarrollarían el plan de ataque. Ningún sacrificio debía omitirse hasta apoderarse de la cabeza de Taijanta para celebrar con ella la fiesta de la *Tsantsa*<sup>65</sup>.

Pasaron meses y meses sin la menor novedad, y ya parecía que todo estaba relegado al olvido, y que la paz había extendido su benéfico imperio por las numerosas tribus del Oriente.

Por los pasajeros que de vez en cuando venían de la región del Zamora, al disimulo se informaban los de Méndez sobre la residencia del brujo Taijanta, el número de personas que le acompañaban y las armas de que disponían.

Con información favorable, y puestos al tanto de estos y otros datos precisos, reunidos en número competente, armaron el viaje con el mayor sigilo.

Como el camino lo hicieron a marchas forzadas y cortando derecho las numerosas vueltas, al cabo de siete días llegaron al término del viaje, penetraron en los dominios de la jibaría de Taijanta, rodearon la casa, la estrecharon por todas partes, y a grito herido y con bala en boca pidieron la cabeza del brujo.

---

65 *Nota del autor.* *Tsantsa*, cabeza humana disecada y reducida al tamaño de una naranja. Es objeto de las grandes festividades de los salvajes, especialmente cuando la cabeza ha sido del jefe de una tribu o de un enemigo valiente y poderoso.

Afortunadamente, el brujo no estaba ahí. Por la mañana del día anterior había partido a uno de los soñadores que tenía en la cumbre de las montañas, para ingerirse el zumo cocido de la *Ayahuasca* o *na-tema*<sup>66</sup> y ponerse en comunicación con los espíritus, según una vieja y arraigada superstición.

Los mendeños cernieron la casa y las vecindades, averiguaron acerca de su paradero, sin obtener una respuesta favorable; por último, fingieron volverse a sus respectivas jibaráas, desechando el intento por imposible, pero el plan era quedarse en los alrededores, guardando las encrucijadas y cruces de los caminos.

En tanto, una jibara logró evadirse del cerco formado por el enemigo y comunicar a Tajanta el peligro en que estaba su cabeza.

Tajanta no volvió más a su morada, sino que se retiró a Gualaquiza, para vivir cerca de sus parientes y camaradas. Hoy se conoce esta comarca con el nombre de Miguel Ignacio T.

Los mendeños, viéndose burlados en su propósito, tuvieron que resignarse a aceptar el fiasco y a volver a su tierra sin los arrestos del vencido.

Al que escribe estas líneas le tocó pasar una noche en la jibaráa de Tajanta, a los pocos días de abandonada y aprovecharse de los frutos de la dilatada y bien surtida huerta.

El plano del lugar era perfecto; la propiedad, cultivada a la redonda, tendría un diámetro de 180 metros, regada por los dos brazos de un río poco caudaloso, que se dividía a la cabecera de la jibaráa, y volvía a unirse a la distancia de 250 metros más o menos, dando a la propiedad la forma de una isla.

La impresión que produjo en nuestro ánimo ese paraje encantado, lleno de riquezas naturales, colmado poco antes de exceso de vida, y hoy dominado por el silencio de la soledad y convertido en el recinto de la muerte, ¡fue lo más triste y desgarrador!

---

66 *Nota del autor.* Planta que en la botánica se conoce con el nombre de *Banisteria caapi*, y es usada por los jibaros para entrar en un estado de embriaguez, y tener las más extrañas visiones (Cordero: Est. Bot.).

## **Horas de desengaño. Chupi nos pone en berlina**

*Psicología del salvaje. Oportunista y ambicioso. Horas de insomnio. Promesas y nada más que promesas*

A poco de rozar con los hijos de la selva, reconoce el que viaja con espíritu de observación que el jíbaro es ladino, dúctil, suspicaz, ambicioso y tenaz en sus tradiciones, sean estas buenas o malas. Si la coyuntura se le presenta favorable, no la deja pasar, sin sacar de ella todo el partido posible. Goza de libertad absoluta; sus derechos son omnímodos sobre su familia y sobre la cabeza de sus enemigos, jamás soporta yugos de imposición alguna, ni sufre leyes que tiendan a cohibir el libre ejercicio de sus facultades. Si en una parte se ve estrechado por sus enemigos o por una circunstancia ingrata cualquiera, que le haga la vida inquieta o molesta, abandona su casa, su huerta y toda la propiedad, y va a establecerse allá donde su libertad no tenga trabas ni cortapisas, donde no vea fantasmas opresores. Él considera como heredad de la raza la amplitud de la selva, y como suyo y de su exclusivo dominio el terreno que huellan sus plantas; y para los fines de la posesión, lo mismo la de establecer su morada tanto en las orillas de los ríos como en la cima de las montañas: todo es suyo, todo le pertenece, sin restricción alguna.

En las relaciones con la sociedad, el jíbaro considera a todos como a iguales o inferiores; como superior, a nadie. No reconoce títulos, no distingue categorías, no admite privilegios, tratando con extraños. Si el que llega a su casa es amigo o le puede hacer algún bien, le da la mano, le brinda asiento y conversa con él; en el caso contrario, le trata con el desdén o con la indiferencia del estoico. De aquí que no pierde coyuntura para sacar partida de toda oportunidad; y he aquí cómo se aprovecha de la nuestra.

Después de algunas jornadas por verdaderos vericuetos, ya que así son los caminos del Oriente, llegamos a la confluencia del Chuchumbleza con el Zamora, en compañía de algunos jíbaros del trayecto, que espontáneamente se ofrecieron de guías. El Chuchumbleza estaba crecido, y sus aguas que corrían rápidas y turbias, no

permitían vadearlo. Seguimos río abajo por la izquierda del Zamora, hasta ponernos frente a unas hermosas huertas, propiedad del jíbaro Chupi<sup>67</sup>. Aquí hicimos alto para deliberar sobre el partido que debíamos seguir en adelante. Unos fueron de parecer de continuar por la misma orilla, hasta la confluencia del Bomboiza, y otros de pasar al frente, a fin de contratar con los jíbaros la navegación en canoa por el río, y de este modo suavizar un tanto la fatiga del camino.

Esta última opinión prevaleció, por estar apoyada también por los salvajes, a quienes convenía por un modo especial para sus bien calculados intentos, como lo probaron los acontecimientos sucesivos, de muy ingrata recordación. Y pasamos en canoas al lado opuesto, para hospedarnos en casa del famoso Chupi.

Chupi es un jíbaro alto de cuerpo, bien musculado, nariz aguilena y pómulos salientes; sus ojos, vivos y penetrantes, revelan su índole salvaje y feroz; tiene forma de valiente, y rayaría en los 50 años, más o menos.

A nuestra llegada, estaba con visita de importancia, como lo daban a conocer la postura y ropaje de los visitantes y el continente severo de Chupi. Todos llevaban airones de ricas plumas, collares de dientes de mico, sargas de alas de insectos y brillantes lanzas sin que faltaran la escopeta moderna y el fusil de precisión.

Las mujeres, como en las fiestas de gala, vestían tarachis nuevos, con fajas de colores, pendientes de las cuales llevaban huesecillos, conchas y plumajes ensartados en hilos de algodón, y algunos cascabeles.

Tan importante era la visita que Chupi no quiso darse por entendido cuando llegamos nosotros, no se movió de su asiento, no saludó a nadie, a pesar de que en la comitiva había personas conocidas por él, y de quienes había recibido servicios. La terquedad y el gesto indiferente se imponían y daban pie a conjeturas desfavorables.

Todos los jíbaros son así? Aunque, en la generalidad, domina la índole suspicaz y tosca, hay también jíbaros tratables, joviales, comedidos y hasta caritativos; en general, los que han tratado con los misioneros y palpado sus bondades, son expansivos y obsequiosos.

---

67 Nota de los editores. La grafía correcta del nombre es Chúp.



Chupi es una excepción: le convenía tomar esa actitud por los motivos que luego veremos.

¿No bien se dio cuenta de la buena carga que llevábamos, del número de excursionistas, y de nuestra proyectada navegación por el Zamora, se puso adusto, terco y poco tratable. Sin duda, se dijo para su capote: a la ocasión la pintan calva, y no hay que dejarla pasar. Y nosotros estábamos en la trampa: el río por un lado y el bosque por el otro.



**Imagen 21**

*Bosco y su familia*

Después de un momento de reposo, y apenas se despidió la visita, le hicimos los saludos de estilo, y sin más preámbulos ni rodeos, tratamos de conocer la voluntad del jíbaro en cuanto al objeto de nuestro proyecto, y ver en qué forma se podía afrontar la situación.

—Chupi —le dijo el más autorizado de la comitiva— tú eres nuestro amigo, y como tal, te vas a interesar para que mañana temprano

salgamos de aquí y a buena hora lleguemos a Proveduría<sup>68</sup>. (Lugar de la confluencia del Zamora con el Bomboiza).

—*Canoas no habiendo* –respondió el jíbaro.

—Pero tú tienes dos muy cómodas, en las cuales podemos caer perfectamente todos, inclusive la carga que llevamos.

—*Una canoa buena estando; la otra no valiendo, agua pasando.*

En efecto, la canoa estaba un poco rajada, pero se podía habilitarla en una o dos horas de trabajo.

—Nosotros nos encargaremos a componer la canoa y labrar buenos canaletes; tú busca la gente que pueda remar.

—*No; esa canoa no llevando, gente tampoco habiendo.*

—Buen Chupi, te pagaremos más de lo justo y te quedarás satisfecho.

—*No, yo no yendo, enfermo estando; vos gente y canoas buscando.*

Sí, gente había; varios jíbaros entraban y salían a cada momento; pero todos ellos, entendidos y resueltos a secundar a Chupi, que trataba de poner obstáculos en todo, a fin de hacerse pagar lo que él quería.

El Padre Misionero, hablándole en el propio idioma, agotó las razones para inducirle a prestarnos ese servicio, prometiéndole, además por su parte, una buena recompensa, que puntualmente le mandaría de la Misión.

Chupi escuchaba al misionero, parecía condescender con él, aceptar la propuesta y cuanto le ofrecíamos nosotros; pero conferenciaba con los suyos y volvía a negarse rotundamente y a dar por desecho todo convenio.

En esto vino la noche y nos retiramos a descansar, llevando, eso sí, el ánimo muy contrariado.

La gran preocupación que nos acompañaba, la incomodidad de la causa primitiva, y el desgaste notable de fuerzas, no nos permitieron conciliar el sueño y, por tanto, un descanso reparador: fue una noche de insomnio, de inquietud y de zozobra. A intervalos oíamos que los

---

68 *Nota de los editores.* Caserío llamado así porque los cascarilleros primero y los mineros luego, se proveían de víveres. Hasta este punto el río Zamora es navegable.

jíbaros conversaban *a soto voce*, pero con mucha animación: probablemente echaban sus planes.

La mañana del día siguiente se dejó notar una lluvia torrencial que nos impedía salir de casa y dedicarnos a la compostura de la canoa. Los jíbaros, como en la tarde anterior, comenzaban a llegar en grupos y aislados, para entenderse con Chupi, hablando en forma cabalística.

El Padre Misionero, que no dejó pasar una palabra sin entenderla, nos manifestó lo interesados que estaban en el negocio y las dificultades que creaban para que la paga fuese abundante. Y aconsejándonos, nos dijo que obrásemos con resolución y desembarazo.

Primeramente, tratamos de ganarle el ánimo por medio de obsequios, y le presentamos algunos abalorios, que fueron bien aceptados en otras jibarías, pero Chupi hizo poco caso de ellos, recibiendo los con marcado desdén: lo cual nos hizo ver que habíamos adelantado tanto en nuestro asunto, ¡que estábamos al principio!

Dándonos entera cuenta de la situación anormal, y con el ánimo de no extenderla por más tiempo, uno de los excursionistas se le acercó resuelto, y levantando la voz, dijo: «¡Salvaje!<sup>69</sup> ¿qué es lo que quieres? ¡Dínoslo con claridad; que no estamos para perder el tiempo aquí!».

A esto, Chupi frunció el entrecejo, y levantando la voz, contestó: “Pórvora, nubición, furminante queriendo”<sup>70</sup>.

«Aquí está el *busilis* –dijimos nosotros–; ya está planteada la cuestión y es menester resolverla».

En las maletas había dos libras de pólvora, de las cuales sacábamos una para Chupi, y la otra, para lo que se ofreciera, la dejamos en la misma maleta.

Al jíbaro le entró la codicia de quererlo todo, y desechando la que le dábamos, nos dijo: “Todo queriendo, de otro modo, no yendo”.

---

69 Nota del autor. Al jíbaro tanto se le da que le digan *salvaje*, verdugo o caballero: él se ríe de todo.

70 *Nota de los editores.* Para los shuar, cazadores y guerreros, las armas de fuego son indispensables para su subsistencia. Las escopetas de retrocarga, que aún hoy se usan, requieren de pólvora, munición y fulminantes para su uso.

Y se encasquetó de tal modo en su pretensión que, al fin, tuvimos que darle casi todo para conseguir el que accediera a nuestro deseo. Con eso y todo, nos manifestó que el viaje se haría pasados dos días, porque tenía que hablar con sus parientes que estaban de viaje...

“¡Bien! –le dijimos–; si hoy mismo no seguimos el viaje, nos quedaremos aquí ocho días; ¡mataremos tus puercos y gallinas y de tus huertas comeremos, no hay remedio!”

Esta contestación le llegó a lo vivo: fue lo mismo que darle en las mataduras; y a fin de no escuchar otra de igual temple, se apresuró a decir que su canoa estaba lista, que él mismo nos acompañaría, pero que se necesitaba dos canoas más.

Los excursionistas éramos ocho; las canoas de los jíbaros son grandes, cómodas y capaces de seis u ocho personas cada una: con dos habría quedado todo arreglado. Pero a Chupi y a los suyos se les antojó que debíamos alquilar tres, y no había que darles vuelta, porque el salvaje es testarudo, y cuando puede, sale con la suya.

Entre nosotros discurrimos por un minuto sobre lo que debíamos hacer; y determinamos echarnos por el atajo, prometiéndoles mares y montes para el porvenir, ya que por el momento carecíamos de los objetos de obsequio, pero que tan luego como llegáramos a la Misión, pagaríamos toda deuda.

Chupi y los demás jíbaros, viendo que no había otro partido que tomar, aceptaron la propuesta, sin omitir el que, a petición de ellos, la puntualizáramos y firmáramos en un papel, que el jíbaro guardó cuidadosamente en su mochila.

Una vez fuera del peligro y a algunas leguas de distancia, nos cuidamos de dar cumplimiento a lo prometido. ¡No tuvimos la oportunidad de vernos más con tan *discretos amigos*!

## **El Zamora**

*Los encantos de un río. Las llanuras del Zamora. Parques del Oriente. La jibaría de Atamainda. Reflexiones y consecuencias*

Este río tiene su origen en las vecindades de la ciudad de Loja; aumentado con los afluentes Sabanilla, Zaraguro, Yacuambi, Chicai-

na, Pachicosa, Chuchumbleza y otros de caudal menos considerable, adquieren una importancia de río casi navegable, sobre todo desde la confluencia con los últimos.

Cerca del lugar en que el Chuchumbleza le entrega el tributo de sus aguas, la anchura no baja de 120 metros, y su profundidad, medida cerca de medio kilómetro más abajo, alternaba entre cuatro y seis brazas.

He dicho que este río es casi navegable, porque tiene largos trechos en que sus aguas llevan una corriente suave, y el álveo está limpio de rocas y obstáculos. En el espacio de seis horas que lo navegamos, sólo en tres puntos tuvimos que desembarcar para salvar el peligro; pues en ellos se precipitaba impetuoso y violento, y además había enormes rocas en su cauce. Uno de éstos es el lugar llamado Proveduría, o confluencia con el Bomboiza, a 3°, 43' de latitud sur.

El cauce, profundamente socavado por las aguas de ambos ríos, que en formidable corriente se precipitan con un ruido aterrador por encima de rocas y peñascales, aumenta de un modo inconcebible. Las aguas del Bomboiza son rechazadas por la gran masa del Zamora, formando aquéllas una especie de lago, cuyas ondulaciones van a perderse en las orillas, sombreadas por árboles gigantescos, cubiertos de lianas y fragantes orquídeas.

El Zamora tiene a una orilla y a otra llanuras extensas, dilatadas y muy fértiles: a veces interrumpidas por suaves colinas, cubiertas de cedros y palmeras a veces cortadas por diferentes riachuelos, que, en sesgos variados y caprichosos, los riegan y fertilizan, y a veces formando senos de pletórica vida, en donde el bosque primitivo, grandioso, milenario, jamás ha recibido la visita del hacha demoledora.

Cuando, llevado por el hechizo que ejercen en mi ánimo las comarcas orientales, las visité por primera vez, llegando en mi recorrido a las exuberantes llanuras de allende el Zamora, no supe a qué dar preferencia en la admiración, y entonces caí en la cuenta de que la realidad superaba con mucho a cuanto decía la fama de esas riquísimas y extensas regiones.

Las relaciones científicas de escritores de peso, las cartas de los misioneros, las descripciones de turistas versados, las conferencias

sustentadas hábilmente por valientes orientalistas, y cuanto llegó a mi conocimiento de viajeros ilustres, de tal manera conquistó mi voluntad que ya no esperaba más que una oportunidad para dar un salto a esos parajes encantados y ver con mis propios ojos la realidad de cuanto me parecía producto de fantasías soñadoras. Y la oportunidad me salió al encuentro, y volé a la selva; y recorriendo sus caminos ásperos y difíciles, y vadeando sus ríos caudalosos, y sometién dome a las privaciones anexas a la soledad, pude constatar la verdad de ajenas aseveraciones, me ratifiqué en mis ideas, y yo también, con conocimiento de causa, puedo decir que no son ilusiones, que no son sueños, sino realidades demasiado palmarias, demasiado espléndidas las desbordantes riquezas orientales, que ofrece la naturaleza en esas majestuosas soledades, en esos jardines paradisíacos.

En este momento recuerdo las palabras que me dirigía el ilustre misionero y mejor orientalista, el Ilmo. Domingo Comín, allá en la confluencia del Upano con el Namangoza, cuando, sentados sobre una piedra, contemplábamos el rumoroso abrazo que se daban esos dos monarcas del Oriente: «Razón tiene el Ecuador –decía el señor Obispo– de considerarse el país más rico y más fecundo de la tierra; el Oriente es un filón de cuantiosas riquezas, que están ocultas y son desconocidas para la mayor parte de los ecuatorianos. ¡Cuán pródigo ha sido el Señor para con esta tierra!»

El Zamora, poblado en sus márgenes de alegres y bullidoras jibarías, semeja una población encantada, lanzada allá, en el corazón de las montañas. La fantasía de los árabes, en sus cuentos maravillosos, no ha forjado ni paisajes, ni cuadros más risueños que los que adornan las márgenes del caudaloso Zamora, cuyas huertas, chacras y jardines tienen al viajero en inacabables y variadas sorpresas, de hermosura en hermosura, de belleza en belleza. El soñado jardín de las Hespérides no es más hermoso en la ficción como las orillas del Zamora en la realidad.

No puedo dejar de recordar sin verdadero reconocimiento los nombres de algunos jíbaros que pueblan el Zamora, y que a mi arribo me prestaron eficaz apoyo, aunque generosamente pagados, debien-

do hoy (año y medio después de la fecha de mi viaje) descontar el número primitivo, siquiera un tercio, que dejó de existir en la guerra, eterna gangrena que corre y diezma a las numerosas tribus orientales.

A orillas del Zamora, desde la confluencia del Pachicosa, estaban las risueñas jibaráas de Santiago Zungua, Samigasha, Pincho, Atamainda, Izuma, Najamde, Nantipa, Tivi, Yangura, Chupi, Zerembo, Tajjanta<sup>71</sup>, etc.

Algunas de esas jibaráas parecían parques de regio cultivo, formados de árboles frondosos, revestidos de hiedras, vainillas y otras enredaderas, que, entrelazadas al acaso y cubiertas de flores, semejaban festones esmeraldinos, pomposamente recamados de turquesas, granates y topacios.

Otras tenían un aspecto modesto y humilde, pero tampoco carecían de gracia y atractivo. Cada una de ellas tenía muebles rústicos, sí, pero suficientes, telares algo cómodos, y vajillas artísticamente labradas.

La jibaráa de Atamainda, situada a la orilla izquierda del Gran Río, y a dos leguas debajo de la confluencia del Chuchumbleza, ofrecía atractivos especiales, y el pasajero que recorría sus contornos, no podía renunciar al placer de llegar ahí y tomar unos momentos de agradable solaz.

La casa habitación se hallaba a poca distancia de la orilla, y estaba rodeada de huertas de plátano, yuca y pelma en sazón. Las sembreras de maíz prometían abundante cosecha para dentro de pocos meses. Los sembríos de maíz se extendían a lo largo de las orillas, como ganosos de darse la mano con las ondas bullidoras; las palmas de *chontaruro*, de codiciados y sabrosos frutos, se levantaban altas y esbeltas en diferentes puntos de las huertas, como vigilantes centinelas o mudos defensores de la propiedad. La variedad prodigiosa de pececillos que zambullían y serpenteaban en las aguas, las *buglas* y oropéndolas bulliciosas que saltaban de rama en rama y colgaban sus nidos de los árboles más altos y coposos; los trinos de una mul-

---

71 *Nota de los editores.* No hemos podido identificar la correspondencia del nombre Zunkua. La grafía correcta de los siguientes es como sigue: Tsamik, Chamik, Pinchu, Wisum, Najamtai, Nantip, Tiwi, Yankur, Chúp, Tseremp, Tajjijin.

titud de avecillas, alternando con los gritos del faisán, los parleros murmullos de la corriente que regaba las huertas, y los rumores del bosque mecido por las brisas, comunicaban al lugar la expresión de bellísimos ideales, concebidos por imaginaciones soñadoras, y sólo realizados en las regiones orientales.

Los azares de la existencia, el temor de un ingrato porvenir, el espectáculo de tiranías y despotismos entronizados, los avances de la política artera, de ese cáncer que daña y corroe a las sociedades de los centros populosos, de esa arma arriesgada y sutil, más apropiada para lo malo que para lo bueno, y sobre todo, más apetecida para el logro de meditaciones ambiciones y de siniestros problemas, planteados y resueltos a la sombra de la más negra codicia, no existen, no pueden existir en el Oriente: ésa es tierra virgen, pero ingrata, y campo yermo para esa clase de plantas; a su vez, la paz, la tranquilidad, la libertad de la ley, y el trabajo, que dignifica, han echado raíces y se han hecho plantas fecundas. Por esto, allá todos los colonos y viajeros son amigos, todos se tratan como hermanos, todos se dan la mano para el desarrollo del bien común, para el goce del fruto que produce la tierra virgen, para la tranquila posesión del campo cultivado.

## **Cacería de saínos a orillas del Zamora**

*Navegación en el Zamora. Encuentro de Jíbaros. Se combina una cacería de saínos. La escopeta de los excursionistas no da fuego. Ganancias y pérdidas. Nantipa es un genio.*

El día era apacible y el Zamora se prestaba para la navegación. Entre cantos festivos y alegres parloteos de una canoa a otra surcábamos el caudaloso río, sin pensar en sorpresas mayores que las que dejamos apuntadas para conocimiento o distracción de quien leyere estas líneas.

Mientras más embebecidos nos hallábamos en los pintorescos panoramas que de cada lado se destacaban y se sucedían sin interrupción, llegamos a un recodo del río, en donde encontramos a los jíbaros Nantipa, Tivi y Chuinda<sup>72</sup>, que subían en una canoa, reman-

---

72 Nota de los editores. La grafía correcta de los nombres es Nantip, Tiwi, Chuint.



do con dificultad por la orilla derecha, menos expuesta a la fuerte corriente. Nosotros, pasado el peligro, a pie por la misma orilla, nos detuvimos un rato para los saludos de costumbre; pero los jíbaros iniciaron su enfática conversación ritual, que nos dio para cerca de una hora de descanso. Al fin, comprendimos que se trataba de una invitación para una cacería de puercos *sáinos*, que el día anterior habían pasado muy cerca de la casa de Nantipa. Los datos que éste daba sobre el número que componía la piara, la dirección que seguía, y, más o menos, el punto de demora, eran tan precisos que nadie desconfiaba de su palabra; antes bien, todos la apoyamos unánimes, deseosos de presenciar algo extraordinario y sugestivo que venía a proporcionar un número más a nuestro programa oriental.

En la organización de la cacería, nadie quedó indiferente: todos tomaron parte interesada y determinaron realizarla cuanto antes.

En virtud de lo convenido, Nantipa, Chupi, Atamainda y Zerebo se quedaron con nosotros: Najamde, Tivi y Chuinda siguieron aguas arriba, para invitar a los jefes de los jíbaros, que quedaban a nuestras espaldas y no a mucha distancia. La hora no era avanzada, las diez antemeridiano.

La cacería debía hacerse al día siguiente, algo temprano, a fin de no dar tiempo a que la piara se alejase demasiado; y siendo numerosos los cazadores, se esperaba hacer buena presa.

De cuatro a cinco de la tarde principiaron o llegaron varias canoas cargadas de jíbaros. En ellas venían hombres, mujeres y niños, y una jauría completa de perros. No faltaban, por cierto, *chinganas*<sup>73</sup> llenas de chicha, *piningas* para el servicio, *changuinas*<sup>74</sup> colmadas de palmito, *tucupis*<sup>75</sup> provistos de maní, cabezas de plátano maduro y por madurar, montones de yuca, algunos zapallos, trozos de carne de *cashai*<sup>76</sup>, racimos de chonta y carne de puerco.

---

73 *Nota del autor.* Chingana, olla de barro.

74 *Nota del autor.* Changuina, cesto de fibra de caña.

75 *Nota del autor.* Tucupi, cesto bien acondicionado para que no pase el agua.

76 *Nota del autor.* Armadillo.

Cualquiera que por primera vez hubiera visto esta abundancia de cosas, habría supuesto que se trataba de una fiesta oriental, preparada con anticipación, con elementos paulatinamente acoplados. Pero no era así: todo fue obra del momento, todo improvisado, lo que prueba la fecundidad asombrosa de las tierras orientales y la facilidad que éstas ofrecen para la vida.

Y seguían llegando otras canoas, y aumentaba la cantidad de provisiones, y crecía el número de cazadores, hasta que, a eso de las seis de la tarde, pudimos contar más de treinta personas.

Los jíbaros venían regularmente armados: manejaban escopetas de cartucho, Mauser, la antigua escopeta de chimenea y lanzas de todo tamaño, sin faltarles al cinto el machete y el famoso machete Collins.

Si, por tratarse simplemente de una cacería, es decir, de una diversión ordinaria, ofrecían un aparato bélico tan lucido y tan variado, capaz de poner en conflicto a un escuadrón entero, ¿qué no se diría de sus combinaciones guerreras, cuidadosamente planteadas y resueltas casi siempre de la manera prevista?

El jíbaro con el arma en la mano es valiente, tiene arrestos militares nada comunes, y entonces parece que vive únicamente para saciar venganzas, para provocar guerras, para destruir a sus enemigos: ése es su ideal y su sueño dorado. Sus pasatiempos y cacerías en el bosque, además del bien determinado y concreto que por el momento le proporcionan, tienen también el objeto de adiestrarlo en el manejo de las armas, habilitándole para las situaciones difíciles de la vida. Mas, si por algún accidente llega a perder el arma, luego se convierte en el sujeto más inofensivo, más bueno y hasta cobarde.

En el espacio de tiempo claro que nos quedaba antes de que cerrarse la noche, los jíbaros se contrajeron a los preparativos del caso. Unos pulían los machetes y lanzas en la arena, otros los afilaban en las piedras; los de un lado limpiaban las armas de fuego, los del otro preparaban y disponían el parque, adaptándolo para un eficaz e inmediato servicio.

Las mujeres, en tanto, atendían a los menesteres de la cocina en fogones improvisados.

El asiento, como la mesa, lo constituían ya un tronco, ya una piedra; la palma brindaba sus hojas que utilizábamos en forma de manteles y alfombras: el contento y la alegría no desfallecían ni pedían treguas. En esto vino la noche, y al amparo de las tinieblas comenzó la charla salvaje, consistente en gritos, risotadas, apóstrofes, que, si no eran mayores, competían a lo menos con el ruido del agua, que formaba en ese lugar saltos y cascadas. Tenía trazas de aullidos de chacales, de bramidos de fieras, de aves infernales. ¡Qué órgano, Dios santo, el que zumbaba a nuestros oídos y para el cual nos disponía la noche después de un día apacible y tranquilo!

Por horas y horas nadie pudo pegar los ojos. Los que teníamos un reloj, pasamos contemplando el transcurso de las horas a la lumbré de las hogueras, y esperando por momentos el amanecer. Por fin, los jíbaros se cansaron de sostener su empalagosa conversación, y siendo muy avanzada la noche, se durmieron: lo cual permitió que también nosotros nos entregásemos al reposo.

No bien despuntaba el alba del nuevo día, cuando la inquieta muchedumbre, incluso las mujeres y los niños, se dirigían al río para el aseo matutino, según la costumbre habitual. La escasez de la luz no nos permitió tomar una interesante fotografía de esa multitud de cuerpos plásticos, mofletudos, esculturales y de líneas características de la raza.

En el agua parecían peces, por la agilidad y rapidez de los movimientos; sus largas cabelleras, sueltas y lacias, semejaban amplios abanicos flotando a merced del suave oleaje del vado escogido, y desapareciendo por completo en sus frecuentes zambulladuras. Las mujeres bañaban a los niños tiernos, hundiéndolos hasta el cuello; pero los más grandecitos se deslizaban suavemente, retozaban a sus anchas, se tiraban de cabeza desde la punta de las piedras, desafiaban la corriente y hacían mil piruetas y cabriolas, jugando con un elemento enteramente dominado.

A una voz de Nantipa, salieron todos del agua, buscaron sus espejos y peines, y sentados en las piedras, completaron el aseo.

El día anterior los jíbaros se aficionaron ciegamente de una escopeta que teníamos en nuestro poder. Al principio la miraban con

disimulada indiferencia, como haciendo poco caso de ella. La cogían y la dejaban, medían la extensión del cañón y el diámetro del calibre, como medir una cosa cualquiera, sin que nada les llamara la atención. Pero no pasó mucho tiempo, cuando uno de ellos nos la pidió resueltamente para conocer el manejo, decía, y la calidad del cartucho; otro quiso adoptarla para la próxima cacería, y un tercero tuvo el deseo de disparar con ella para determinar el alcance y la amplitud del circuito en un blanco determinado.

A todo se accedió sin dificultad; y les obsequiamos cartuchos para que se divirtieran en el más favorito de sus pasatiempos.

Uno de ellos colocó el blanco a una distancia que nos pareció excesiva; otro se encargó del disparo. El éxito no pudo ser más completo: diez o doce municiones dieron en el blanco, cayendo el resto en el espacio de 56 centímetros a la redonda. Desde entonces la escopeta ocupó la atención de los amigos, que la pasaban de mano en mano y no se cansaban de cogerla y examinarla: era la ambición que les dominaba.

Dándose entera cuenta de lo que pasaba y de la celada que podrían tendernos para apropiársela, uno de nuestros jóvenes, Bautista, se me acercó y me dijo: “Señor, vamos a perder la escopeta; los jíbaros están muy aficionados, y no es difícil que por el resto de navegación que nos falta nos exijan la escopeta por recompensa.” “Déjate de pensar en eso –le contesté–; ellos no tienen cartuchos adaptables, y de nada les serviría la escopeta sin el cartucho o munición correspondiente.» «Nos pondrán en el caso –replicó Bautista– de que les demos la escopeta y también los cartuchos que tenemos; usted no los conoce: yo he tratado con ellos y sé qué clase de gente es ésta.» «Nada más sencillo –añadí en seguida–: al disimulo, sácale una pieza importante, si es posible; déjala inhábil, y cuando se ofrezca la ocasión, desempeña tu papel en forma”.

En efecto, al cabo de pocos minutos Bautista me trae el tornillo que unía la madera con el cañón, yo lo tomo por mi cuenta, lo meto en el fondo del más largo de mis bolsillos, pongo encima un pañuelo y no me doy por entendido.

Antes de embarcarnos, los jíbaros, ganosos de apoderarse de la escopeta, volaron en pos de ella y la arrebataron de las manos de Bau-

tista; pero cuál no fue su sorpresa al encontrarla desarmada, deshecha, sostenida por un débil palito que hacía el oficio de tornillo. Bautista cólerico, contrariado, hacía carantoñas a todos. Los jíbaros sintieron en el alma el contratiempo y no dejaron títere con cabeza. Bautista reñía con el uno, altercaba con el otro, acusaba al de más allá y demandaba a todos; en un momento de exaltación se fue al jíbaro que tenía las dos piezas afanándose por componerlas, se las quitó de las manos y las colocó en la maleta. Los jíbaros, no obstante, siguieron buscando el tornillo que no encontraron, ni lo habrían encontrado jamás...

A las ocho de la mañana nos embarcamos en las canoas, formando un conjunto abigarrado con los salvajes. Al que traza estas líneas le tocó la canoa de Nantipa, en la que iba también su familia. Los demás iban repartidos en distintas canoas. A las nueve y media, antemeridiano, arribamos al teatro de los sucesos del día.

El desembarco se hizo bajo las órdenes de Yangura y de Nantipa, que fueron los primeros en saltar a tierra.

La comitiva, poco antes alegre, genial y expansiva, al llegar al desembarcadero, trocó de súbito sus lances y bríos por cierta regularidad y reserva, que no dejaron de llamarnos la atención. Preguntado Andicha<sup>77</sup>, despabilado jíbaro, sobre el motivo de esa moderación tan repentina y tan contraria al carácter inquieto y alegre del salvaje, nos contestó: «Cuando el jíbaro hace guerra a sus enemigos y cuando en una cacería toman parte muchos individuos, todos deben callar y aguardar las disposiciones del jefe».

Mientras los jíbaros habilitaban los silbatos y pitos para los signos convencionales, y ultimaban los menesteres de la cacería, las mujeres nos servían el desayuno, consistente en chonta cocida, platos humeantes de yuca, palmito y carne de *cashai*, y luego dos o tres *pi-ningas de chicha* cada uno, con lo que quedamos todos aviados, y con lances para irnos sobre la piara.

Nantipa entonces tomó la escopeta, la apoyó en el suelo, y con gesto serio convocó a todos para que oyeran las últimas disposiciones de ejecutarse.

---

77 Nota de los editores. La grafía correcta del nombre es Antich.

A Yangura, acompañado de cinco jíbaros bien armados, que flanqueara el campo por la izquierda; que Huisuma<sup>78</sup> y Chupi, con otros seis, ganasen en breve el pie de la montaña, y sin pérdida de tiempo comenzasen, bien esparcidos, la subida; que Najamde<sup>79</sup> y Atamainda, con siete más, tomasen la derecha y en distancias proporcionadas se dirigieran al centro, lugar en donde debía encerrarse a la piara. Nosotros, armados de lanzas, y Nantipa y los suyos, con buenas escopetas, vencimos la altura que se elevaba a nuestra derecha y se deprimía al lado opuesto con suave declive oriental, desde donde dominábamos la extensión del campo, cogido por los cuatro costados, era algo como un simulacro o plan de guerra.

Los niños quedaron en la orilla, a cargo de dos mujeres jíbaras, y las demás conducían a los perros e iban detrás de los cazadores.

En vista de este plan y del éxito que no pudo ser más halagador, ¿quién duda de la pericia y de una cierta estrategia militar de que dispone el salvaje? Ya lo he dicho: la pasión dominante del hijo de la selva es la guerra; en ella piensa, en ella sueña; ella constituye su ideal acariciado. Durante los momentos de ocio pasa formando proyectos, excogitando medios para arrebatar el mayor número de cabezas al enemigo; porque sabe que de ello depende el prestigio de su persona y la fama de guerrero ante la familia y la tribu. Mas, para la ejecución de sus planes, no busca el campo libre, el sitio abierto, donde la lucha sea franca y pueden medirse las fuerzas de igual a igual; no, el salvaje es suspicaz y traicionero, y como tal, se aprovecha de la oscuridad de la noche, de la encrucijada de la selva, del sesgo del camino.

Hora y media hacía que andábamos por el bosque, víctimas de las hincaduras de los zarzales y de los espinos de las chontas, subiendo y bajando por encima de gruesos troncos, derribados por el tiempo, cortando ramas, salvando precipicios y registrando con ojo avisador la presa codiciada.

A poco, Nantipa saltó sobre una piedra, fijó la atención y zafándose la escopeta en los hombros, nos hizo señas para que callásemos.

---

78 *Nota de los editores.* La grafía correcta es Wisum.

79 *Nota de los editores.* La grafía correcta es Najamtai.

Los que estábamos algo distantes, avanzamos como midiendo los pasos y acallando el ruido de la hojarasca.

De la cañada salían silbidos, moderados al principio, e insistentes después, por lo que conocieron los jíbaros que se había encontrado el rastro y que se debía seguir a la derecha.

Avanzamos a buen paso en la dirección indicada: bandadas de pavas volaban de rama en rama; palomas y perdices se posaban a corta distancia, provocando la habilidad de los cazadores; pero nadie hacía caso, nadie disparaba un tiro, a fin de no ahuyentar la caza mayor.

Jadeantes y estropeados, llegamos a una roca de senos accesibles, situada cerca de un guadual; en ellas nos encastillamos los unos, los demás tomaron diferentes posiciones en los alrededores, y todos aguardamos el desarrollo emocionante, que era inminente.

Por un disparo que resonó en el fondo del bosque comprendimos que los cazadores estaban ya encima de la piara. Luego siguió otro, y un cuarto de hora después el tiroteo se convirtió en fuego graneado.

El círculo se estrechaba, y los saínos, hostigados por los gritos de los jíbaros, por los disparos de las armas y por la encarnizada persecución de los perros, venían desparramados hacia el centro, ya ocupado por nosotros.

A poca distancia aparecieron siete bastante grandes: las jíbaras soltaron tres perros que aún tenían consigo; Nantipa, Cimampa<sup>80</sup>, Atamainda y los demás, con gritos y disparos, les cerraron el paso. Las fieras se pusieron feroces; los perros les acosaban de cerca, estrechándoles contra el guadual. Aquí hicieron frente a la jauría; rechinaban los dientes, gruñían enfurecidos, y para acometer, engrifaban el lomo, tupido de cerdas.

No había tiempo que perder. Los jíbaros cargaron con resolución: los disparos se sucedieron, zumbaron las lanzas, y a machete limpio dieron buena cuenta con seis de ellos.

El triunfo no fue completo ni libre de daños y perjuicios. Un saíno se escapó sin que nadie le diera alcance; dos perros quedaron fuera de combate: el uno, horriblemente destrozado, y el otro, muy

---

80 *Nota de los editores.* La grafía correcta del nombre tal vez sea Chinimp.

mal herido; por lo cual las jíbaras lloraron hasta al punto de inspirar lástima a todos los circunstantes.

Este hecho vino a sustraer algo de la hilaridad general y a suspender por completo la persecución del resto de la piara, que andaba deshecha por el bosque. Por otra parte, la caza era abundante y buena: pues los cazadores supieron elegir los mejores ejemplares por blanco de sus tiros, sin que les pesase el haber desperdiciado un solo cartucho.

A las cuatro de la tarde estábamos reunidos en el punto de partida, cerca de las canoas. Todos, o casi todos, traían su presa respectiva; todos se hacían lenguas para contar sus riesgos y peligros, sus lances apurados, su habilidad maravillosa y sus proezas de valor. La conversación se hizo animada, sostenida, vibrante; el regocijo no tenía medida: fue una tarde de expansión sin límites.

A eso de las ocho de la mañana del siguiente día nos despedimos de los amigos que nos ofreció la casualidad.

Ellos quedaron a las orillas del río de tantos y tantos recuerdos, que no los olvidaremos jamás; y nosotros, acompañados de Nantipa, Atamainda y Chupi, navegamos hasta Proveduría, para seguir el viaje hasta Gualaquiza, centro de nuestras operaciones por esa sección del Oriente.

Según nuestras propias observaciones, de acuerdo con las del Dr. Festa y con las de los misioneros que lo han recorrido, el valle del Zamora, al S. E. de Gualaquiza, cubierto de inmensa vegetación, se halla a 600 metros sobre el nivel del mar, con una temperatura media de 25° del termómetro centígrado.

## **Regreso a Gualaquiza**

*El camino de Proveduría. La cuesta de Copiambiza. En la jibaría de Utita*

De Proveduría a Gualaquiza hay como ocho horas de camino a pie, por lugares accidentados, por senderos ásperos, por caminos... orientales trajinados por la planta del salvaje, rara vez por los turistas, y con frecuencia por algunos mineros que, en demanda del precioso metal, se dirigen a los lavaderos meridionales del Zamora.



Como prueba de lo dicho, basta la memorable, empinada y fatigosa cuesta del Copiambiza<sup>81</sup>, que, con un camino casi vertical y por una hora continua, agota las fuerzas del caminante al extremo de dejarle con espasmos y agonías, al llegar a la meseta. Vencida esta montaña, el camino es practicable y, sobre todo, cómodo, por las varias jibarías que se encuentran en el tránsito, y a poca distancia la una de la otra, en donde el viajero encuentra elementos para reparar las pérdidas sufridas en las horas de marcha.

Con tal objeto, entramos en la jibaría de Utita<sup>82</sup>, salvaje risueño, audaz y penetrante como pocos. Nos recibió con mucha jovialidad, deshaciéndose en atenciones y cumplimientos; puso a nuestra disposición su casa, y mandó a las mujeres que nos facilitaran todo lo que necesitábamos por el momento.

Está visto que no lo hacía por pura gentileza, ni compadecido de la situación en que nos encontrábamos, después de algunos días de marcha: la compasión, la delicadeza, el socorro al necesitado, son virtudes netamente cristianas, que el salvaje desconoce; lo que movía a Utita a manifestarse generoso y atento era únicamente el interés de la recompensa, la cual, en verdad, no fue inferior al bien proporcionado.

Utita tiene su historia, y merece ser conocida con el nombre de:

## **Una venganza de Utita**

*La venganza el hogar convertido en hoguera de odios entre las tribus.  
La superstición entre salvajes. Muerte casual, atribuida a maleficios.  
La venganza en acción*

Cuando llegamos a casa de Utita, tenía éste aun frescos, podemos decir, los laureles del triunfo obtenido sobre uno de sus enemigos; enemigo no de hecho, sino forjado al amparo de la superstición,

---

81 *Nota de los editores.* Actualmente, el topónimo en uso es Cupiambriza (para los colonos) o Kupiamais (para los shuar).

82 *Nota de los editores.* La grafía correcta del nombre es Utitaj.

ya que el salvaje es extremadamente supersticioso. ¡Gaje de los pueblos y lugares privados de la luz de la fe!

Lo que los jíbaros llaman triunfo, en el concepto racional y cristiano deja de serlo; porque librarse del enemigo en la emboscada artera, en el asecho ruin, reviste más bien los caracteres de verdadero asesinato que de triunfo, y no tiene más atenuante que el ser cometidos por salvajes, privados de sentimientos humanitarios. Y comienzo a referir el hecho.

Una hermana de Utita, llamada Zerembia<sup>83</sup>, contrajo matrimonio con el hijo mayor del viejo Cáyuca<sup>84</sup>, de nombre Katipi. Como que el enlace se llevó a cabo con el consentimiento de los padres, que lo apoyaron, y más que todo, con la voluntad expresa de los jóvenes desposados, la paz del nuevo hogar no se turbó por mucho tiempo, viviendo la joven pareja en perfecta conformidad de pareceres y sentimientos.

Durante la primera época del matrimonio ensancharon la huerta, criaron una buena piara de puercos y aves de corral, estrecharon las relaciones de parentesco y amistad con los vecinos, hicieron un viaje al Pongo de Manseriche para visitar a los parientes y amigos de aquella lejana región, y, por último, vieron regocijarse de su casa con el nacimiento del primogénito, que colmó de alegría a sus padres.

Seguramente esta envidiable situación no habría sido turbada ni poco ni mucho, a no haberse introducido la gangrena de los celos mutuos, que trastornaron la paz del hogar, introduciendo la división y la discordia; pues también entre los hijos del bosque ejerce el pernicioso galanteo su impero odioso y detestable. Pero el lector preguntaría: «¿No existe la poligamia entre los salvajes?» Los salvajes bautizados no son polígamos; el misionero extiende su acción bienhechora sobre ellos, y cuida de que sus costumbres sean morigeradas y cristianas. No obstante, hay casos, raros sí, en que se falta a esta ley sagrada. Katipi y Zerembia eran bautizados y vivían como buenos cristianos, pero a la larga dieron en recelarse, sin que por parte de Ze-

---

83 *Nota de los editores.* No hemos podido identificar la correspondencia del nombre.

84 *Nota de los editores.* La grafía correcta es Katip.

rembia hubiera fundamento alguno. Antes, como persona de mucho juicio, estaba muy lejos de incurrir en algo que manchara su reputación de mujer pundonorosa, fiel y sincera. Cumplía las obligaciones de su estado hasta en los más pequeños detalles: el cuidado del marido, el aseo de la casa, el cultivo de la huerta y la confección plástica de los vasos y demás objetos de servicio doméstico eran sus ordinarias ocupaciones. Todo estaba bien atendido, todo bien ordenado y todo prosperaba admirablemente.

Pero el joven Katipi ya no era el mismo de antes: sus modales habían cambiado; su carácter se puso áspero y susceptible. Sus relaciones amistosas, pero delicadas, dieron pie a mil conjeturas, abiertamente reprochables.

Con frecuencia tomaba la escopeta e iba de cacería acompañado de sus amigos; demoraba en la selva dos o tres días, sin que al retorno trajera nada para su esposa, porque todo lo obsequiaba a los demás y a quien más le convenía, llegando al caso de traer abundante caza para repartirla entre los extraños delante de su propia esposa.

Así las cosas, no había que pensar por el momento en fáciles componendas, a que no se habría sujetado el joven Katipi, por su estado de ánimo irritado y vidrioso.

Un día la piara no fue recogida a tiempo, ni traída a casa por la tarde, debido a que, en busca de raíces tiernas, se había remontado mucho. Pues bastó esto para que Katipi, montado en cólera, la estropeará de modo bárbaro e inhumano, la motejara con su sarta de insultos bajos y rastreros, desembuchando cuanta odiosidad injusta y calumniosa tenía depositada en su pecho, devorado por la pasión.

Zerembia protestó ser inocente, le pidió pruebas en contra de su conducta, lloró amargamente su desgraciada suerte y, por último, postrada a los pies del terrible Katipi, le suplicó, a lo menos, le permitiese volver a vivir con su familia.

“¡Anda –le dijo el esposo– y no pises más ni mi casa ni mi huerta!” Y tomándola de los brazos, le puso en la selva para que tomara el camino que quisiera.

Zerembia se dirigió a casa de su hermano, quien la recibió con sentimientos de verdadero afecto, ya que los dos hermanos siempre se

habían guardado consideraciones mutuas, y si Utita, venciendo la repugnancia que Katipi le inspiraba, llegaba, con cierta frecuencia a casa de éste, era siempre son el deseo de ver a su hermana y conversar con ella.

Cuando Zerembia comenzó a referir algunos pormenores de su vida con Katipi, pintándole a lo vivo los denuestos y groserías de que era víctima, Utita la interrumpió, apresurándose a decirle que en su casa nada le faltaría, que tenía carne, yuca y chonta en abundancia, y que, por lo referente a las injurias y maltratos, a tiempo debido pediría cuenta en forma apropiada, pero que esperaba que las cosas tomarían en el porvenir un rumbo más aceptable.

Utita, si bien de carácter alegre y expansivo, poco tiene de impresionable, motivo por el que, a pesar de las lágrimas y lamentos con que Zerembia ponía las cosas en claro, no daba a la narración mayor importancia que la creada por la tensión de ánimo, propia de la juventud, y creía que, después de poco tiempo, una vez aquietados los espíritus y entrados en razón, la reconciliación sería amigable y cumplida, y los asuntos de familia tomarían su curso regular.

Iba para un año y cuatro meses que Zerembia y Katipi vivían separados, sin que durante este tiempo se dirigieran ni siquiera el saludo, no obstante el hallarse muy vecinos en los concursos de fiestas e invitaciones, tan frecuentes entre jíbaros.

Katipi, suspicaz y quisquilloso como él solo, durante este tiempo no dejó de molestarla con injurias, amenazas e invectivas de todo género, que, además de turbar los ánimos, ponían el desconcierto en las dos familias. La última descarga fue una especie de *ultimátum*, lanzado sin formalidad y sin pretexto, que pudiera atenuarlo; era una resolución violenta, un disparo a quemarropa. Le intimaba, pues, a que volviera inmediatamente a tomar a su cargo el cuidado de su hijo y de las cosas de la casa, que, de otro modo, se vería en el caso preciso de traspasarla con la lanza, junto con su envilecido hermano.

Utita, que hasta entonces supo parar el golpe con admirable serenidad, que no se daba por ofendido con los insultos soeces que le espetaba su trivial cuñado, siempre que podía, que, siendo vilmente estropeado su honor y abatida su reputación de jíbaro valiente, aun

tuvo paciencia para soportarle, pudiendo llamarle a cuentas en cualquier terreno; con la última inverecunda amenaza, sintió rebosar su indignación, y, por pronta providencia, trató de llamar al orden a su gratuito adversario, usando aún los medios vedados por el parentesco.

La situación se puso delicada y tirante en extremo: y tanto los de un bando como los del otro estaban a punto de venirse a las manos y resolver el conflicto por la punta de las lanzas, pero todos sabían que los partidarios de Utita eran más numerosos, mejor armados y bastante disciplinados para la guerra.

No hay exageración el asegurar que en el Oriente los jíbaros están mejor armados que los colonos: disponen de lanzas, escopetas y fusiles de buena calidad; no les faltan el machete, el machetillo y también el puñal. Esto lo hemos visto y palpado desde las plazas del Zamora hasta las vertientes del Sangay<sup>85</sup>. ¿Quiénes lo proporcionan? ¿De qué medios se valen para conseguirlas? ¿Dónde efectúan sus intercambios? No lo sabemos; y cuando, de intento, se les dirige preguntas inquisidoras, eluden toda contestación ingenua y sólo dan razones e inconducentes. Lo que hay de cierto, es que dichas armas son del Gobierno; sea éste ecuatoriano o peruano, no lo hemos podido descubrir: son armas que los salvajes compran de contrabando, poniendo en ejecución tal vez medios reprobados por toda justicia, tal vez crímenes horrendos... como el comercio de *tsantsas* (cabezas humanas disecadas y reducidas a tamaños muy pequeños), cosas que hieren todo sentimiento humano, y que la Iglesia, con sobrados motivos, ha lanzado sus excomuniones contra los fautores de tan ingrata mercancía.

Las armas en manos de los salvajes sirven para fomentar sus guerras, para desahogar sus venganzas y para cometer toda clase de violencias: de ahí el crimen, el gran crimen de los que, olvidando sus deberes de humanidad y llevados de la ambición del lucro, no reparan en medios vedados por toda razón y conciencia, para alcanzar el objeto de su codicia.

---

85 *Nota de los editores.* El Sangay es uno de los volcanes más activos del mundo. Humboldt, en su obra *Cosmos*, lo llamó “Volcán de Macas” (Alejandro de Humboldt, 1875, *Cosmos*, Tomo IV, p. 232).

Era una tarde del mes de julio, tarde apacible y tranquila, como son todas las tardes de verano en el Oriente. El Bomboiza había disminuido notablemente; pero no por eso dejaba de ser el afluente más importante del Zamora. Bandadas de loros se posaban en los gualduals ribereños y ensordecían el espacio con sus ruidosas greguerías; en cambio, no faltaban tordos, caciques, planteros y colimbos, que, con sus cantos armoniosos, atenuaban el destemplado chillido de los loros. Algunos patos pasaban remontando la corriente con vuelo pesado, e iban a sentarse en los grandes vados que forma el río en sus frecuentes recodos. El sol, próximo al ocaso, revestía las nubes de espléndidos arreboles, y todo comunicaba al paisaje un tinte de hermosura sin par.

Zerembia, cobijada en la hierática y apacible grandeza de dos inmensidades: cielo y tierra, podía por momentos entregarse a la expansión, al solaz; pero ¿podía haber solaz en un espíritu abatido y deshecho por la adversidad?

A pesar de las ocupaciones que absorbían todo el tiempo disponible, en sus cortos momentos de reposo fácilmente se dejaba dominar por la tristeza, llevando el desaliento hasta derramar abundantes lágrimas. Para llorar a sus anchas, se retiraba al interior de la huerta, a la entrada del bosque, al lugar solitario; ahí, ausente de toda mirada, sentada sobre un tronco caído, lamentaba su suerte, lanzaba protestas contra la conducta de su desalmado esposo, y meditaba sobre los términos violentos de la última amenaza; pero nunca le deseó mal, nunca alimentó sentimientos de venganza.

Utita, acostumbrado como estaba a hacer poco caso de las bravatas de su cuñado, a quien había considerado siempre incapaz de medirse con él, e inferior en el valor y en el manejo de las armas, esta vez, juzgándolo azuzado por los de Cáyuca, no tomó las cosas con indiferencia, sino que las recogió para los fines que regularían su conducta en el porvenir, y fue en seguida a contarle a sus amigos y confederados. La relación no se limitó a rodeos ni formulismos de estilo, sino que desde luego entró en materia, manifestándoles que los asuntos de familia entraban en un periodo agresivo, y cuya solu-

ción apenas la veía posible por modos amigables, por cuyo motivo deseaba conocer la actitud que tomarían sus amigos en caso de un rompimiento de hostilidades.

Los parientes y amigos de Utita tenían cuentas pendientes con los de Cáyuca, por sentimientos antiguos, por crímenes consumados en la encrucijada, cuya memoria se transmitía de unos a otros, por modo de lecciones cotidianas: era la oración matutina que las madres enseñaban a sus hijos, instándoles a salir siempre por los fueros de la implacable venganza.

Para secundar a Utita en la realización del castigo que trataba de infligir a Katipi, y que probablemente habría terminado con su eliminación, buscaban un motivo suficiente, una causa que, siquiera por el momento, revistiese la importancia de la gravedad requerida y les impulsase a lanzarse contra un enemigo que, aunque sañudo y molesto, no les quitaba el sueño y del cual poco tenían que guardarse. Por esto, al oír las injurias y amenazas lanzadas contra Utita, creyeron llegado el momento tan sólo de limpiar las armas y disponerlas para un futuro todavía indeterminado, ya que el estado de guerra no se les ofrecía de una manera formal y concreta. Además, aún era posible un avenimiento recíproco, al interesarse por ello los jefes de las dos familias distanciadas.

Utita, de ánimo reposado y nada violento, creyó también que ése era el partido que se debía seguir, y aseguró a sus amigos que iba a trabajar en ese sentido.

“No obstante –les dijo–, si por ventura fracaso en mi empeño, cuento con el apoyo decidido de la tribu”.

Al volver a casa, esa tarde de tan risueños atractivos y en que la naturaleza convidaba al gozo y la expansión, preocupado por la suerte de Zerembia, y reparando que no estaba con la familia, preguntó por ella; y habiéndosele dicho que había pasado por la huerta, tomó en seguida la misma dirección.

Demás es decir que, a medida que aumentaba el sufrimiento de Zerembia, que la veía deshecha por amarguras que no se traducen, y devorada por un hondo malestar, su pensamiento no tenía sosiego,

su corazón se deshacía por ella, amándola con ternura de niño, al punto de preferir ser él la víctima antes que su idolatrada hermana.

Llegado al límite de la huerta, la buscó sin descanso, pasó por los diferentes caminos, la llamó a gritos, sin obtener contestación alguna.

En efecto, Zerembia salió de casa con dirección a la huerta, pasó por ésta y se encaminó a las orillas del Bomboiza.

Utita, siguiendo más o menos el mismo camino, se dirigió también al río, y al andar de algunas cuabras, la divisó sentada en un lentisco, con la mirada fija en la corriente, modulando esta canción que tenía acentos de dolor:

Ondas del río nacidas  
que huyendo vais a los mares  
llevaos luego, queridas,  
de mi pecho los pesares.  
De mi selva los rumores,  
con los cantos del flautero,  
ya no son inspiradores  
del afecto placentero,  
Mi sol busca horizontes  
de completa soledad,

más allá de aquellos montes,  
donde esconde su beldad.  
Yo busco para mi vida  
sosiego bendito y calma,  
en donde se halle cumplida,  
la paz, tesoro del alma.  
Con sudores cultivada  
dejé mi huerta querida;  
hoy, por Katipi arrasada  
y en malezas convertida.

Al llegar a las últimas palabras, se conmovió hasta verter abundantes lágrimas, que en forma de hilo de plata rodaban por sus mejillas.

Utita la vio en esa actitud, y, deseoso de acortar el sentimiento que la embargaba, y emocionado también él por el acento melancólico del canto, hizo ruido en el matorral, y se acercó paso a paso: tiempo que Zerembia ganó para enjugar sus lágrimas y disimular la postura abatida en que se hallaba.

Paseándose a lo largo de la orilla, con dirección a la casa, Utita le contó los pormenores de su visita a las jibarías vecinas, la buena disposición de la tribu y la actitud resuelta de los guerreros para el caso de dar una lección al enemigo.



Zerembia sentía mucha repugnancia por la guerra, odiaba todo lo que se refería a venganzas y represalias; su corazón se le oprimía, se le despedazaba cuando este flagelo tocaba los límites de la comarca: por eso, al verlo indignado y amenazador a Utita, padecía lo que no es creíble, y procuraba aplacarlo con la fuerza de su palabra, revestida de sentimientos cristianos y humanitarios.

“Hermano –le decía–, desde que el Misionero nos bañó con el Agua Santa, ¿no es verdad que le prometíamos evitar la guerra y amar a nuestros enemigos? Ahora cumple la palabra, da pruebas de tu alma generosa, perdona a Katipi, y de este modo el Amor Grande, que vive por encima de esas nubes, dará racimos de la *chonta*, frutos a la huerta, peces a los ríos, y te hará el jefe más valiente de la tribu”.

Utita, resuelto como estaba a trabajar por el bienestar de la familia, sin omitir recurso alguno, no vaciló en contestarle favorablemente, asegurándole también que él allanaría toda dificultad; pero añadió: «Zerembia: tú sabes lo insidioso que es Katipi y las duras condiciones que pondrá para el arreglo de esta dificultad, que lleva trazas de no acabar; porque, según entiendo, él no obra por sí solo, sino instigado por los de Cáyuca, que empiezan a dar en el avispero. Sin embargo, yo me someteré a cuanto sea posible, no con el jefe de una tribu, sino con el hermano de Zerembia. Mi propuesta será clara, sencilla, pero eficaz; y si él, Katipi, se rebela a cuanto de mi parte le proponga, tiemble ante la indignación de Utita, a cuyo brazo poderoso cedió el viejo cedro de la montaña, y a su paso por el bosque huyeron despavoridos el tigre y el puma feroces. Katipi es osado, sí, es audaz, es conocedor del bosque; pero no es más valiente ni más esforzado que Utita. Si no cede Katipi a la palabra del amigo, cederá, sin duda, a las razones de mi lanza».

Como no se habían dado oportunamente los pasos conducentes a desvanecer las diferencias de las dos familias, sucedió que Katipi, llevado de su mala índole y de cierto manejo oculto, volvió a dirigir injurias vehementes contra la familia de Utita, fijando las lunas que pasarían para celebrar la fiesta de la *tsantsa*, con la cabeza de *cierto perro montés*.

Utita hizo, al parecer, poco caso de tal amenaza, y determinó, después de corta reflexión, dirigirse personalmente a la jibaría de Cáyuca, para entenderse con Katipi.

Estaban en esto, y pasaron dos semanas sin que Utita realizara su proyecto.

Un día resolvió ir a la cacería en unión de algunos miembros de familia, y previendo que la demora en el bosque sería de dos o tres días, procuró que el fiambre fuera completo, para lo cual llamó a Zerembia y le suplicó que fuera a la huerta situada en la banda del Bomboiza, a doce o quince cuadras hacia arriba, y trajera una buena *changuina* de yuca y pelma.

Zerembia tomó la canoa y se dirigió aguas arriba, remando con dificultad porque la corriente era fuerte y llevaba en amalgama troncos, raíces, hojarasca y palizada. Estaba empeñada en vencer un recodo obstruido por la maleza, cuando se dio la casualidad de que se desplomó un cedro de la orilla, cayó sobre ella y la sepultó en el cauce. Los pedazos de la canoa fueron arrebatados por la corriente.

En casa, Utita la esperaba con impaciencia; el sol, venciendo la cumbre del Copiambiza, ganaba en su carrera, y los cazadores no podían postergar por mucho la salida. En vista de la demora, que, con mucho, pasaba los límites que ordinariamente se empleaba para ir a la huerta, se dejaron oír palabras de disgusto, y uno que otro empezaba a desanimarse. Utita, a fin de contener el mal a tiempo, se dirigió a la orilla, fijó la vista en el río, en la banda, en el bosque, pero nada vio; gritó a pulmón herido, pero nadie le contestó. Empezó a entrar en dudas, en temores, en recelos, en luchas consigo mismo; iba y venía por la enjuta orilla; pensó por un momento en el tigre feroz que asaltó a Yangura, en el puma que diezmó la piara, o en la impetuosa corriente que tal vez la precipitó en una inexplorada sima. Estaba cavilando mil conjeturas, a cuál más desfavorable, cuando descubrió en el río astillas y pedazos de la canoa. Ver esto y lanzar un ¡ay! desgarrador fue una misma cosa. Tornó a casa, y, acompañado de sus parientes, fue en pos de su hermana, a quien encontraron muerta debajo del ramaje del cedro, entre las piedras del cauce.

¡Por demás emocionante fue el cuadro que ofrecía la familia delante del cuerpo de Zerembia! Lloraban a gritos, ensordecían el espacio, lanzaban ayes lastimeros y murmuraban quejas contra el árbol inhumano, que, en hora fatal, arrebató un tanto bien: Utita la tomaba en sus brazos, la llamaba por su nombre, le recordaba sus tristezas y alegrías, le pedía una palabra de consuelo, y echaba a llorar con amarga desesperación... ¡¡Zerembia había muerto, y sus labios obedecían al silencio del sepulcro!!!

Durante el funeral, Utita enlutó su casa con hojas de palmera, tocó el *tunduli*, en señal de duelo, cubrió el cadáver con flores aromáticas, y se puso a contar entre la familia y miembros de la tribu las virtudes de la difunta. Antes de sepultarla, tomó la lanza, y saliendo a la puerta de la casa, pronunció, con voz de trueno terrible, anatema contra Katipi, porque se persuadió como nunca de que él era el autor de la muerte de Zerembia.

Pasaron meses y días desde el fatal acontecimiento hasta la fecha memorable en que Utita, en unión de sus guerreros, iba dar cumplimiento a su venganza, tomando por asalto la jibaría de Cáyuca.

Como la guerra entre salvajes se reduce al asalto sorpresivo, de intento dejó pasar mucho tiempo, con el fin de despistar al enemigo.

El día que precedió a la noche escogida para dar el golpe de gracia, reunió la tribu, le sirvió carne y yuca en abundancia, escanció la chicha en vasos de finísima greda, y al apurar la última *pininga*, dijo con aire marcial y como saboreando el triunfo: “¡Guerreros del Bomboiza: mañana apagaremos la sed con la sangre de Katipi!”

Después de discurrir sobre la elección de la ruta, y proveer de armas y municiones a los soldados, Utita procedió a juramentar la tropa, compuesta de cuarenta y seis guerreros. Para esto, en breve alocución, les manifestó la necesidad de castigar la avilantez del enemigo que había agotado su paciencia con amenazas e insultos descarados; que era tiempo de volver por el prestigio de la tribu, vilmente deprimida en la persona de Utita, y, por último, que, siendo Katipi la causa impulsiva de la muerte de Zerembia, por haber *brujeado al cedro*, para que se desplomara sobre ella, a su paso por el río, él, Katipi, debía experimentar el rigor de la *venganza de Utita*.

Utita, asentando con firmeza la culata de un pesado fusil en el suelo, ordenó que se dispusieran en fila y fueran presentándose uno por uno para proferir el juramento en la forma acostumbrada. Salió Chuinda<sup>86</sup> de la fila, apoyó la punta de la lanza en tierra, y levantando la cabeza, dijo: “¡Charupe!” Gozo sobremanera pertenecer a tus filas y combatir a tus órdenes; porque sé que eres valiente, y basta tu nombre para rodear de honor y prestigio a la tropa, y vencer al enemigo; éste se presenta hoy audaz y violento, y con sus amenazas procura humillar el valor jamás apocado de la tribu; pero él se equivoca, porque tendrá que morder el polvo, porque no escapará de la punta de mi lanza. Yo le perseguiré sin descanso: como se persigue al tigre, como se acomete al puma: yo iré por esos montes, cruzaré por esos valles, atravesaré los ríos, y no pararé hasta que lo tenga al alcance de mi brazo, para traspasarle como se traspasa un *pamá*, y traerte la cabeza para la gran fiesta de la *tsantsa*».

Luego se inclinó reverente delante del jefe, el cual sopló sobre la cabeza de Chuinda, en señal de admisión del juramento.

En términos más o menos parecidos y con la misma ceremonia, formularon el suyo Andicha, Pándama, Huambashi, Tivi, Casendo, Nantipa, Samisgashi, Yanguami<sup>87</sup> y los demás.

Con los últimos preparativos cerró la noche; más, en vez de suceder la calma, aumentó la algarabía de los guerreros. A la luz de las antorchas se discurrió largo y tendido sobre el plan de ataque y ciertos pormenores que aún quedaban por resolver; se apuró la última *pininga* de la generosa bebida, y a hora avanzada se pusieron en marcha.

Es de advertir que, durante el viaje, cuando lo hacen por motivos de guerra, nadie se permite decir una palabra que no sea conducente al objeto, ni interrumpir la marcha por cualquier motivo: el orden y la disciplina predominan en todo el trayecto.

Al amanecer llegaron a la jibaría de Cáyuca; la estrecharon con cerco de lanzas y fusiles, y, rabiosos como fieras sedientes de sangre, pi-

---

86 Nota de los editores. La grafía correcta es Chuint.

87 Nota de los editores. La grafía correcta es la siguiente: Antich, Paantam, Wampash, Tiwi, Kasent, Nantip, Yankuam, Samik.

dieron la cabeza de Katipi; pero Katipi no estaba ahí... Oportunamente informado de la resolución de Utita por un amigo que asistió a los funerales de Zerembia, y considerándose débil para la defensa, optó por escaparse con rumbo desconocido.

Los conjurados, al darse cuenta de la ausencia de Katipi, se volvieron furibundos contra el viejo e indefenso Cáyuca, a quien, de una lanzada en el pecho, le dejaron tendido en el suelo, revolcándose en un charco de sangre. No le cortaron la cabeza, porque él no era la víctima escogida para celebrar la gran fiesta de la *tsantsa*.

Utita, después de consumada su venganza de modo incompleto, y llevando aún palpitante un odio implacable contra Katipi, huyó con los suyos camino de la montaña.

## **Despedida de Gualaquiza**

*Emociones que duran. Finezas y más finezas. Los compañeros de viaje*

Un martes fue el día designado para nuestra salida de la Misión. En los días de nuestra permanencia en esa sección del Oriente, nos habíamos encariñado paulatinamente con cuanto impresionara nuestro ánimo de manera favorable; y ya era llegado el momento de la partida.

Todos sabían que el adiós que íbamos a dar a esos inolvidables amigos, no estaba limitado al tiempo, ni a una fecha alguna: era largo e indefinido, como indefinidas son las ráfagas del cielo, como indefinido es un aliento de la aurora sideral.

Frases incompletas, expresiones fugitivas, pronósticos aventurados se escapaban al azar de los labios de algunas mujeres, sobre todo de las madres de los jóvenes comprometidos, para acompañarnos en la excursión a través de la selva.

Lágrimas y sollozos, suspiros y ayes de pechos enternecidos, eran la expresión del momento.

La despedida fue tierna; tuvo notas de acento conmovedor... Haríamos un cuarto de hora de camino, cuando tocamos con la hacienda «El Sacramento», del señor Reinaldo Moscoso, por cuya propiedad se extendía el camino a la montaña. Previa invitación de este

cumplido caballero, entramos a su casa, en donde tanto él como su espiritual y distinguida esposa Carmen Serrano de Moscoso nos colmaron de atenciones. En el deseo de hacer expresivo su porte caballeroso, no vacilaron en descender a pormenores e informarse de si las maletas contenían cuanto podía exigir la situación anormal del camino, y advirtiendo alguna deficiencia, generosamente se permitieron añadir lo que juzgaron de ineludible necesidad, sobre todo para recuperar las fuerzas agotadas y mantener el humor y entusiasmo de los jóvenes. Rasgos eran éstos que no podían a menos que comprometer nuestra gratitud y confirmar el excelente concepto que de tan estimable familia nos habíamos formado.

No se limitó a cuanto dejo referido la generosa cortesía del señor Moscoso, sino que él mismo se ofreció de guía por algunas cuerdas, dándonos acertadas indicaciones. Sea ésta la ocasión de hacer expresiva la gratitud de sus amigos.

Al andar de una hora dimos con los jíbaros Domingo Tuyasa y Luis Chumapi<sup>88</sup>, que, sin base de contrato, se convinieron a servirnos de guías hasta las distantes jibarías de Caragraz<sup>89</sup>. Probablemente tenían algún negocio entre manos.

Aumentando el número de los viajeros, aumentaban también el humor, la jovialidad y la agudeza de los jóvenes; y servido por tan prácticos conocedores del suelo oriental, nada era capaz de coartar la buena disposición en que nos encontrábamos.

Haré un acto de justicia citando aquí los nombres de los valientes jóvenes que compartieron con nosotros las fatigas y vicisitudes de la selva: Juan Bautista Loyola, joven modesto, valiente, sagaz, ocurrido, conocedor un tanto del idioma jíbaro y apto para empresas de este género; Ignacio Romero, despierto y audaz, intrépido en la acometida, resistente, animoso, sarcástico, feliz en la ocurrencia, pero flojo en la dificultad, en especial cuando ésta era persistente; Lui-

---

88 *Nota de los editores.* La grafía correcta es Chumapi.

89 *Nota de los editores.* Este río es el límite entre los cantones Gualaquiza y San Juan Bosco. Se lo suele nombrar también Calaglas o Kalaglas, pero el nombre correcto en shuar es Karakras.

sa Murillo, joven de modestos alcances, pero de voluntad decidida: cumplió su deber a satisfacción, y, a pesar de la fatiga que le impedía la robusta maleta que llevaba, jamás lanzó una palabra de protesta; Juan Salazar, entusiasta excursionista, conocedor de la lengua jíbara, franco, resistente y cristiano como pocos. Los jíbaros desempeñaron un papel importantísimo, no sólo como guías, sino también como auxiliares y comedidos en conducir parte de los objetos que componían el equipaje. El carácter suave, tratable y genial de estos jíbaros se atribuye, con justicia, a la acción del misionero, que los educa y forma en la escuela de la Religión. Todos los jíbaros de Gualaquiza son cristianos, y muchos practican los deberes inherentes a la Religión.

De lo expuesto, el lector conocerá que el elemento seleccionado nada tenía de deficiente; antes, era lo más adecuado que podía darse. En todo esto intervino el delicado criterio del señor Jaramillo, que trató de dar a la excursión las facilidades que permitían las circunstancias.

## **Caragraz**

*Brindis en la selva. Cacería de pavas. Horrorosa tempestad Contratiempos subsanados. Sentida despedida de los jíbaros, nuestros guías y amigos*

Dos días después de la salida de Gualaquiza, y sin más contratiempo que la dificultad del camino, obstruido a trechos por todas las malezas en incesante crecimiento, vencimos la última de las montañas que separan la región de Gualaquiza y dan comienzo a la de Caragraz.

Aquí hicimos un alto para descansar y revisar alguna maleta. El humor de los jóvenes era excelente, no menos que el de los salvajes, que procuraban asimilársenos en la conversación y en los modales de la cultura cristiana. Descorchamos una botella del codiciado y famoso «gualaquiza»<sup>90</sup>, y brindamos por la prosperidad del viaje y por la felicidad de la hospitalaria comarca, que ya se nos perdía tras la última línea del horizonte meridional.

---

90 *Nota de los editores.* Aguardiente, licor que se obtiene luego de un largo proceso de destilación de la caña de azúcar, negocio lucrativo de hacendados y finqueros de la zona.

Lo tupido del bosque no nos permitió otear el valle septentrional, calcular la distancia que habíamos de recorrer o columbrar alguna de las jibaráas que nuestros guías nos aseguraban hallarse en la hondonada.

El descenso lo hicimos en buenas condiciones de tiempo y energías. Los salvajes marchaban adelante, con su respectiva escopeta a la mano; en su afán de manifestarse como valientes cazadores, registraban la selva con ojos de Argos y nos aseguraban hallarnos en una región de abundante caza. En efecto, de ahí a pocas cuadras descubrieron una bandada de pavas en los árboles, nos impusieron silencio, y, con las mayores precauciones, se deslizaron por el monte. Pasan unos minutos, y ¡pum!, suena un tiro, en seguida otro, y otros. Un cuarto de hora después regresa Tuyasa y Chumapi cargados de cinco pavas.

A la caída de la tarde, y estando a buen trecho de la supuesta posada, el cielo comenzó a cubrirse de densos nubarrones; vientos huracanados agitaban el bosque, derribando árboles gigantescos, y, en su caída, retumbaba la selva de modo siniestro y espantoso; el trueno sonaba en el espacio; estallaba el rayo, sucediéndose los relámpagos sin interrupción; huían las aves en diferentes direcciones, como buscando refugios apropiados para guarecerse, y a la distancia oíamos los bramidos de las fieras. El sol, oculto ya tras las montañas de Occidente y próximo a hundirse en el ocaso, nos enviaba una tenue y escasa luz, que apenas bastaba para distinguir el rastro del camino. ¡Qué tétricos son los preludios de una tempestad en la montaña! El humor y el entusiasmo de la comitiva desaparecieron como por encanto. Nadie discurría, nadie decía una palabra, nadie interrumpía el respetuoso silencio impuesto por la naturaleza. Taciturnos y cabizbajos, caminábamos unos en pos de otros, resueltos a soportar la tempestad que se nos venía encima y que no se hizo esperar... ¡y llovió a cántaros!...

Con el ánimo de acortar la distancia y ser los primeros en llegar a la posada para preparar un alojamiento a los atrasados, los dos que marchábamos a la cabeza, apresuramos el paso cuanto pudimos, sin reparar en las diferentes trochas que partían del mismo camino



y llevaban distintas direcciones. Llegados a la orilla de un arroyo, nos sorprendimos con la desaparición del camino, y calculando que estábamos bastante alejados del grueso de la comitiva, nos detuvimos por uno y otro motivo. Algunos minutos después escuchamos el grito robusto y estentóreo de uno de los salvajes, que nos intimaba a suspender la marcha. Poco después divisamos a través del tupido ramaje, deslizándose como una sierpe, y furibundo, con saña de salvaje, al jíbaro Tuyasa, que venía en pos de nosotros; cogió de la mano al autor de estas líneas, y en forma de reprensión le dijo: “*Para qué adelantando; vos aquí perdiendo; no conociendo camino; solo uno viniendo; toditos ya cerca de la jibaría estando*”. Y no le dejó libre hasta introducirle en casa del jíbaro Puénllera<sup>91</sup>. Este no estaba presente a nuestra llegada: vino un poco después, y, haciéndonos un ligero saludo con aire de marcado desdén, fue a sentarse a poca distancia.

Yo, que pacientemente estudiaba los modales de los hijos del bosque y que no perdía la oportunidad para hacer acopio de cuanto podía interesarme en el porvenir, fijé la atención en la frialdad de la acogida; y, como era natural, no sin preocuparme por esta ingrata demostración, llamé a Bautista, y “Averigua –le dije–; pregunta al jíbaro qué es lo que quiere, por qué está terco; hazle hablar, para ver si es posible conocer el motivo de su mala voluntad”.

A las preguntas del intérprete, el jíbaro, con un movimiento repulsivo, rehusó toda contestación, y fingiendo acomodar las puntas de los palos que ardían delante de su banco, volvió las espaldas al interpelante. Este no se desanimó por eso, y siguió estrechándole con preguntas, hasta que, por último, saltó la liebre. Sencillamente, el jíbaro trataba de ejercer un acto de represalia por cierto desaire recibido en Cuenca, adonde había ido unos días antes en demanda de remedios y útiles para la selva. ¿Bajo algún punto de vista éramos responsables del sentido desaire de que fue víctima el inolvidable Puénllera? Bajo ninguno, puesto que hasta entonces no le habíamos conocido, ni sabíamos que existía en el mundo. Pero éramos cristia-

---

91 Nota de los editores. La grafía correcta es Puwanchir.

nos, éramos blancos, y como el desaire lo había recibido de los blancos, preciso era, según su criterio, que nosotros lo pagásemos.

Así es la lógica del salvaje; y cuando se fija tales ideas en la cabeza, no es fácil con palabras hacerle reconocer su error. Nosotros contábamos con un medio eficaz para endulzar su carácter y hacerle accesible a las necesidades del momento, que no eran pocas.

Había en las maletas anillos, espejos, collares, agujas, reata y otros abalorios codiciados por los salvajes, inclusive una buena cantidad de pólvora y munición.

No bien se puso de manifiesto este conjunto abigarrado de cosas, Puénllera depuso la rudeza de sus modales, el deseo de privarnos de lo que entonces necesitábamos, y, entre sonriente y festivo, se acercó a nuestro grupo y se convirtió en el amigo más útil y generoso que jamás podríamos imaginar. Todas las necesidades se llenaron cumplidamente, sin que el jíbaro nos escatimase nada. Verdad es que algo nos costó el bien proporcionado, pero ése era el objeto de las chucherías que cargábamos. La moneda no corre entre salvajes.

Esa tarde discurrimos largamente, cenamos y descansamos a satisfacción; no hubo contratiempo que no fuese explotado en forma de ocurrencia, ni acogido en forma de materia para fomentar el humor inagotable de los jóvenes. Pero ya empezaba a mortificarnos la idea de que nuestros guías, los jíbaros Tuyasa y Chumapi, no nos seguirían prestando su valioso contingente.

Al día siguiente, después de haber atendido a algunas curaciones de niños enfermos y tomando fotografías de la casa y de la familia de Puénllera, continuamos el viaje en dirección a Indanza.

Nuestros guías nos manifestaron terminantemente que su misión estaba cumplida y que no les era posible seguir acompañándonos; pues tenían muchos enemigos, y en el camino se verían rodeados de peligros.

La razón no nos pareció despreciable, y por eso no insistimos.

Antes de despedirnos quisieron acompañarnos todavía por un largo trecho; nos dieron acertadas indicaciones, y con un abrazo, que tenía mucho del afecto que crea la circunstancia, y con una lágrima, que oscureció la pupila, nos fuimos alejando los unos de los otros.

## En plena selva

*Perdidos en el bosque. Empieza el malhumor. Se descubre un compromiso. Arenga a la comitiva. Indicios de poblado. Júbilo que no tiene límites*

Las indicaciones de Tuyasa y Chumapi fueron oportunas, sí; pero no podrían servirnos sino para un tiempo limitado, como para un día y nada más. La floresta tiene tal cruce de caminos y vericuetos que la memoria más feliz se pierde en esos laberintos. De los seis que éramos, ninguno había traficado por esas montañas, ninguno conocía el terreno, y, por consiguiente, ninguno podía dar una indicación segura. Todas las razones sobre distancias, direcciones, acierto de caminos, posición geográfica, etc., se fundaban en meras probabilidades. Pero todos estábamos unidos y resueltos a vencer la dificultad.

La marcha fue fatigosa, pero regular. La tarde nos sorprendió en la pendiente de un ribazo, que no tenía visos de terminar; con todo, había un rancho viejo y un arroyo de agua pura a pocos pasos. La suculenta cena, preparada por Bautista y guisada por Romero, y el consiguiente cansancio en que estábamos, provocaron por toda la noche un sueño dulce, que nos rehabilitó sobremanera.

Puestos en camino al otro día, empleamos dos horas en vencer la misma montaña, en cuya cima nos encontramos frente a tres caminos, con distintas direcciones. ¿Cuál de ellos nos conduciría a la meta? Según nuestros cálculos, nos hallábamos todavía al sur de Indanza, y lo más natural era buscar el camino del norte. Para ello tomamos la brújula y determinamos el camino que habíamos de seguir, sin que por esto nos quedara la seguridad del acierto en la elección. Uno de los jóvenes, Ignacio Romero, siempre agudo y sentencioso, dijo al reanudar el viaje: «¡Señores: por aquí; o suerte o muerte!».

No dejó de impresionar la frase que podía servir de pie para muchas conjeturas, y no todas favorables; pero la discreción de los jóvenes hizo que la disimularan, al extremo de que muriese en los labios del autor.

El día fue completo en la marcha, sin que ningún incidente de importancia viniese a turbar la buena disposición de la comitiva.

El bosque, si bien en general exuberante en los repliegues y gargantas de las montañas, como en las suaves ondulaciones, se ostenta maravilloso.

No faltaban miríadas de variopintas mariposas, que volaban a nuestro paso y se sentaban en las hojas de los árboles; aves de rico plumaje y de regalado canto se posaban a poca distancia; enredaderas y orquídeas primorosas colgaban de los añosos troncos y embalsamaban el ambiente con esencias intemporales. Cuando no teníamos el manantial de agua saludable, panales de exquisita miel de abeja, o miel de palo, como los llaman en el Oriente, nos salían al encuentro y nos brindaban copas de esa bebida, que entonces no habríamos cambiado por la ambrosía de los dioses. Como el bosque estaba poblado de aves y cuadrúpedos de distintas clases, funcionaron las escopetas a la maravilla, y no dejaron de producir efectos apetecidos, es decir, dieron buena cuenta con algunos animalitos de carnes escogidas.

Pernoctamos en un rancho nuevo y cómodo, construido en un plano que se pintaba para el descanso. Parecía que la Providencia nos deparaba a una hora convenida las dificultades de la posada.

Cuando las jibarías están distantes, no es difícil encontrar ranchos construidos por los salvajes en sus viajes continuos de una comarca a otra.

Sí, por una parte, estábamos satisfechos con el excelente estado de salud y con el tiempo bien empleado en el largo trecho recorrido; por otra, no faltó la nota discordante, la nota imprescindible, que siempre ha de intervenir, así en los acontecimientos prósperos como ingratos; y el nuestro no podía ausentarse.

Uno de los jóvenes se dejó llevar del desaliento, y *a soto voce* venía sembrando la desconfianza y la alarma del peligro, que le parecía se cernía sobre nuestras cabezas. Durante la cena se notó poca armonía, poca jovialidad, y cierto apartamiento, que no era para disimularlo: era, pues, necesario investigar la situación, sin dar tiempo a que el malhumor tomase proporciones.

—¡Amigo! —le dije con resolución—. Dime lo que tienes. ¡La conducta observada hoy por hoy no me ha complacido! Hay que com-

prender que la desconfianza en estas circunstancias es una gangrena que se propaga, es una cizaña que mata la buena disposición, y ¡ay de aquel que empiece a sembrarla en el ánimo de los demás! Por fortuna, la cobardía no es patrimonio de la juventud. Expíciate, expón lo que te parezca, para ver si es posible remediar el motivo de tu malestar.

—Señor, —repuso el interpelado— nada tengo que ocultar: le confieso ingenuamente que estamos embotellados, es decir, perdidos en la montaña y el porvenir lo veo muy incierto.

—¡Cómo incierto! —le contesté yo—. Apenas son dos días que nos dejaron los jíbaros, ¿y ya nos hemos de suponer perdidos? Sabido es que al cabo de tres días debemos estar en Indanza; luego, no hay razón para desanimarse. El que está habituado a la lucha, el que, confiado en la Providencia, ha tenido que romper lanzas contra las porfías de la suerte, se burla de estas pequeñeces, y con ánimo varonil va al encuentro de mayores dificultades, si es posible. ¿Quieres que te diga una franqueza?<sup>92</sup> Más que las dificultades del camino, estoy convencido de que algún contratiempo moral te está haciendo ver duendes en la selva.

—No son duendes, señor, sino dificultades verdaderas, que en la situación en que nos encontramos no las podremos vencer, y si no, acuérdesse de lo que le digo: «Mañana a estas horas estaremos soportando la misma contrariedad, el mismo atraso de hoy.» ¡En cuanto a contratiempos morales, soy el primero en reconocer su presencia, donde está presente la juventud; ¿no dicen que el pecho de los jóvenes es un volcán de actividad? El mío no puede ser una excepción de la regla común.

—Basta, basta; ya está descubierta la mortificante preocupación, ya está descifrado el enigma. Tú eres inteligente y veo que te sobran facultades para comprender las cosas. Si quieres que lo pasemos bien, si gustas contarte en el número de los héroes de la jornada, a pesar de las dificultades que se ofrecerán en adelante, pero que no me harán retroceder un paso, procura despojarte de esas para ti conmovedoras añoranzas, que en la actualidad no tienen importancia. Tú lo pasarás mejor y te granjearás el aprecio general, cuando, dejando de

---

92 *Nota del autor.* Con anticipación se me dijo que en Gualaquiza tenía sus galanteos, los que había sacrificado por formar parte de la excursión.

pensar en los arrullos de las tórtolas de Gualaquiza, sigas siendo el compañero denodado de la excursión.

—¿Y los compromisos?

—Nadie te ha sentenciado a muerte, ni suspendido sobre tu cabeza la espada de Damocles. A tu regreso, cuando, ceñido de los laureles de la victoria, vuelvas al terruño, tendrás facilidades para cumplir tus compromisos.

—Es que hasta tanto me pueden *virar* una voluntad que no es enteramente mía.

—No lo creo; pero en el caso de que así sucediera, ello te daría a conocer las verdaderas cualidades de la persona que has elegido por compañera de tu vida. Si es frívola, tornadiza y veleidosa, cambiará ciertamente del modo de pensar, y durante el tiempo de tu ausencia tomará otro partido, lo cual te servirá de experiencia para advertirte la trampa en que ibas a caer; más, si es fiel y sincera, guardará su palabra, y todo quedará arreglado de la manera más satisfactoria.

—Así será, señor; confío en su palabra, y créame que en adelante no seré más importuno.

A la entrada de la noche, el bosque resonó con bramidos de fieras, graznidos de aves nocturnas, gritos de monos y aullidos de otros animales, que no dejaron de excitar los ánimos. Secundando, pues, un prudente consejo para casos análogos, formamos una gran fogata, que seguimos alimentando hasta una hora avanzada; hicimos algunos disparos, y conseguimos ahuyentar a vecinos tan importunos, cuando no peligrosos. En tanto, nos entregamos a un descanso, que no fue completo ni libre de pesadillas.

Rayó el alba del nuevo día, que era Domingo de Pascua, y, reflexionando sobre la situación presente, dije para mis adentros: «No es posible que este día de tan hermosos recuerdos para el Cristianismo, y en que el regocijo de nuestras urbes occidentales raya en delirio, nosotros, que formamos parte de esa buena sociedad, pasemos ocultos y encerrados en estas espesuras infinitas, sin acceso siquiera a la esplendorosa luz de un día claro y sereno».

En vista de que el desaliento no llegó a extinguirse por completo, y en ocasiones no se distinguía por su moderación, fiado en no

sé qué presentimiento que no se explica, y como si hubiera estado en posesión de algún dato seguro, dije, dirigiéndome a los jóvenes:

Escuchadme, jóvenes; escuchad la palabra del amigo. Refiriéndome a ciertos rumores, nacidos de recelos infundados, veo que el desaliento ha invadido más de una voluntad y ha sembrado la alarma, por la supuesta incertidumbre del porvenir. En alguno de vosotros ya no veo al compañero esforzado y valiente, que, al comienzo de nuestras labores, no vaciló en desafiar cualesquiera dificultades, por graves y ruinosas que fuesen; ahora le noto alterado, pensativo, meditabundo, dando y cavando sobre un futuro ingrato, por desconocido, y entregado a la desconfianza, que es la mayor de las desventuras en empresas de esta clase. En mi concepto, manifestar cortedad de ánimo en esta circunstancia, que a buen seguro no es la de la prueba, significa renunciar al mérito de nuestras luchas y victorias pasadas, y con las armas en la mano declararse derrotado. La derrota no se hizo para los valientes: ella encuentra eco favorable únicamente en la voluntad de los pusilánimes. Cuando, después de pocas horas, nos encontremos, si no en la meta, a lo menos en una jibaría que nos dé datos precisos, ¿qué satisfacción experimentará el que no supo luchar como bueno, ni arrostrar con voluntad generosa las dificultades de la montaña? Todo estaba previsto y todo resuelto, cuando nos pusimos en camino; ningún detalle nos era desconocido; luego ¿por qué tratamos ahora de mancillar una gloria conquistada a fuerza de actos de esclarecida valentía? Jóvenes: perseveremos en la fatiga, soportemos esforzados las injurias de la contrariedad y de la naturaleza, y confiemos en que, dentro de *pocas horas, el éxito más completo coronará nuestras fatigas.*

Después de haber desayunado, cual lo permitían las fuerzas de entonces, seguimos bajando hasta la playa de un río de poco caudal. El camino terminaba en la orilla, y no tenía salida por el lado opuesto. Retrocedimos algunas cuadras y dimos con el camino que nos pareció verdadero.

Este incidente suscitó alguna censura, que, afortunadamente, no fue secundada. La terquedad del gesto de Jaramillo, y el mío, que nada tenía de risueño, acallaron todo murmullo.

Yo había dicho a los jóvenes, como con la persuasión de quien tiene la verdad en la mano, que dentro de pocas horas cambiaría nues-

tra situación. Y no andaba aventurado en mis cálculos; porque, al andar medio kilómetro, se encontraron en el suelo bagazos de caña algo frescos, cáscaras de banano, y el camino más practicado. Más adelante oímos el arrullo de cierta paloma, que no era la ordinaria, sino la conocida en las huertas y desmontes.

Los rastros e indicios que se nos iban ofreciendo a menudo, eran, pues, señales manifiestas de que paulatinamente nos acercábamos a un poblado; pero, por no ser conocidos los lugares, las razones en que nos apoyábamos, no pasaban de meras conjeturas. No obstante, los ánimos fueron serenándose; el corazón se abría a la esperanza y nos hacía presentir una satisfacción cumplida.

Momentos después llegamos a una jibaría abandonada, casi devorada por la maleza; sin embargo, había bananos y árboles frutales, que no dejamos de aprovecharlos, tumbando dos de ellos.

El día era bueno, y como si ya hubiéramos estado con Indanza a la vista, nos tiramos a descansar cabe el tronco de los árboles; dormimos sin inquietudes, reparamos el sueño y descanso que nos quitaron las fieras y alimañas de la noche pasada, y cuando estuvimos satisfechos, seguimos nuestro viaje.

Una hora y minutos duró el descanso, hasta una planicie, en donde se bifurcaba el camino. Deposimos las maletas, y situados en el vértice de los dos caminos, despachamos dos jóvenes por uno y otro para que examinasen el lugar.

Después de poco volvió el uno sin encontrar más que el rastro casi perdido de una pisada de zapato. Regresó el segundo con datos más precisos: “Al lado opuesto –dijo– hay un desmonte con una casa que humea; y he oído también el ladrido de un perro”.

No necesitábamos de más datos: el problema estaba resuelto, la fatiga coronada, esfumadas las zozobras. Debo advertir que de ahí en adelante jamás se lanzaron quejas, ni se manifestó descontento alguno: el humor y la jovialidad eran la nota distintiva durante la excursión.

Seguimos, pues, avanzando hasta la playa del río, en donde el camino tomaba la dirección de la corriente; bajamos un kilómetro más, y de pronto columbramos en la banda opuesta, a buena distancia todavía, un caserío bastante ralo, muchas huertas de plátano (banano),



sementeras de maíz, achiotales, naranjos, y limoneros, y algunos cañaverales. Se destacaba, entre todas, tanto por la posición escogida como por sus amplias dimensiones, una casa de doble piso y cubierta de zinc.

La vista de ese conjunto de cosas produjo una alegría indescriptible; en seguida funcionaron las escopetas y pistolas, y se lanzaron hurras de gritos de contento que no era para terminar. Ya nadie nos quitaba que ésa era la Misión Salesiana de Indanza, adonde arribaríamos en poco más de una hora, y seríamos tratados con esa bondad sin límites, que es el distintivo de los Padres Salesianos.

Teníamos de por medio el río Indanza, que era forzoso pasar para llegar a la Misión, situada a buena distancia de la orilla. Como por el caudal de agua, y por las malas condiciones del terreno, no presentaba facilidades para el paso, determiné sacar mis papeles y examinarlo con detención, en el espacio de que los demás se ocupaban en descubrir el vado o medio adecuado para trasladarnos al lado opuesto. No será, pues, impropio que dedique algunas líneas al conocimiento de este río y lo embarazoso de su paso.

## **El río Indanza**

*Origen y curso del río. La dificultad del paso. Un gesto de Jaramillo vence el obstáculo*

Este río, formado con las vertientes de la Cordillera Real de los Andes, corre de O. a E., inclinándose un poco al N. E. En su largo trayecto, de más de sesenta kilómetros, hasta desembocar en el Zamora, baña diferentes comarcas de pasmosa fecundidad, y de suelo entre plano y accidentado. Los peñascos y piedras enormes del cauce hacen que el grueso volumen se desgalue, formando a cada paso hervideros de perlas y cascadas, émulas del maravilloso Tequendama.

El lugar por donde habíamos de pasarlo, se estrechaba mucho, neutralizando su vado el ímpetu de la corriente. El paso estaba casi habilitado por un puente destartado y en condición peligrosa. Unían las orillas dos vigas, de 14 a 16 metros de largo; pero la una estaba podrida, trazada en el medio, formando un ángulo obtuso con el vértice hacia la mitad del vado; la otra, podrida también, apenas se

mantenía horizontal sobre las peñas que servían de soporte, y sustentaba un rastro de lo que habría sido un techo en tiempos idos.

Puesto en esta condición el paso del Indanza, no era fácil desafiarlo a sangre fría. Las vigas, como he dicho, estaban deshechas; la altura no bajaba de diez metros; el agua formaba un remanso de profundidad desconocida, en medio de dos peñones cortados a pico. ¿De qué arbitrio valernos para vencer el paso? Casi todos los proyectos fallaban ante la tremenda dificultad, y no había más expediente que, o aventurarse a pasar por el palo, que aun hacía acto de presencia, o buscar otro vado para esguazarlo, ya que el que teníamos a la vista no se prestaba para ello. ¿Y la carga compuesta de máquinas fotográficas, placas, películas y demás accesorios, amén de la ropa y distintas clases de abalorios y chucherías para los salvajes?... Estábamos meditando en el contratiempo, cuando una voz del grupo exclamó: “¡El más valiente que se lance por el palo!” Decir esto, y empezar Jaramillo a desafiar el peligro, fue uno. Dos minutos después, se halló al lado opuesto; luego le siguió otro, y después otro, y, por último, pasamos todos. De íntegra; porque la carga quedó en el punto de partida, de este modo quedó vencido el obstáculo, aunque de una manera incompleta, y a los jóvenes les faltó la fuerza moral para volver por ella; mas no así a Jaramillo, a quien le sobraba ánimo para todo, y el cual, haciéndose cargo de la situación, determinó pasar toda la carga, como así lo realizó en cuatro viajes consecutivos.

Tres cuartos de hora después, entrábamos en la casa de la Misión, donde la nunca bien ponderada amabilidad del misionero salesiano P. Juan Bohne nos dispensó la más cordial acogida. ¡Dios se lo pague!

## **Indanza**

*La comarca. Posición topográfica. Temperatura. Productos.  
La Misión Salesiana*

La comarca es fértil y exuberante, como todo el Oriente; está bañada por el caudaloso río del cual nos hemos ocupado, y por numerosos riachuelos, que descienden por los senos del terreno montañoso.

El lugar de la Misión<sup>93</sup> con las propiedades de los colonos que residen ahí, topográficamente considerado, es abrupto y de difícil acceso por hallarse en un descenso que cae casi verticalmente al río. ¿No había en Indanza un lugar más adecuado para poblarlo? En el Oriente hay zonas para todos los gustos.

La temperatura media de esta región es de 23°. Por la mañana y por la tarde oscila entre los 19° y 20°.

Indanza ofrece, generosa, los múltiples productos de los trópicos. El banano, en todas sus variedades, es abundante; la caña de azúcar es precoz, y se cultiva la blanca, la morada y la criolla, pero predomina la blanca. La Panela que se beneficia de esa caña es de calidad superior, y pocas veces hemos comido panela blanca y sabrosa como aquélla. La yuca y la pelma tienen gran desarrollo y entran en casi todos los platos orientales. Se cultivan también con buen resultado el zapallo, la sandía, el fréjol, los pallares, tomates y una buena variedad de hortalizas. La badea produce mucho; la piña, por su aroma y por su sabor delicado, puede reputarse la primera entre las frutas, pero no la hemos visto desarrollada como la de las playas y vegas de los ríos. La papaya es espontánea y se la encuentra inculta en los desmontes y huertas; pero no por eso deja de ser nutritiva y exquisita como la atendida por el cultivo. Los limoneros cargan continuamente y en tal cantidad que las ramas se desgajan.

La naturaleza oriental está, pues, pronta a recibirlo todo, a fecundizarlo y multiplicarlo todo. Indanza se comunica con las poblaciones de la sierra por caminos de herradura y senderos abiertos por el constante trajín de los colonos. De la Misión para adentro nadie puede dar un paso a caballo, por falta de caminos y puentes, ni aventurarse a recorrer la selva a pie sin expertos guías, como son los salvajes.

El alma de la Misión es el Rdo. P. Juan Bohne<sup>94</sup>, alemán de nacimiento, pero de corazón ecuatoriano. Él ha consagrado su talento y

---

93 *Nota de los editores.* La misión de Indanza fue fundada en 1914 por el P. Albino del Curto y el P. Juan Bonicatti.

94 *Nota de los editores.* El P. Juan Bohne (Winnekendonk, Alemania, 1883; Cuenca, 1960) entró a las misiones amazónicas en 1918 donde dedicó la ma-

su virtud a remediar las necesidades de los colonos y de los numerosos jíbaros que viven diseminados por el bosque y acuden a la Misión por sus necesidades y para cumplir sus deberes de cristianos.

Como la Misión es el paso obligado, tanto de las tribus del norte como de las del sur, en sus largos y repetidos viajes de una región a otra, el misionero aprovecha esta oportunidad para detenerlos, aun a costa de regalos, y enseñarles las verdades de la fe.

Tarde hubo, y no puedo recordarlo sin emoción y presa de íntimo agrado, en que vimos al Padre Misionero, rodeado de numerosos salvajes, puestos de rodillas, con las manos juntas, rezando las oraciones de la noche, palabra por palabra, con fervor ajeno a toda ponderación. ¡Ah! ¡Este acto me conmovió tanto que llegó hasta lo más hondo de mi alma, y no pude ocultar la lágrima de contento que rodó por mis mejillas!

El Padre Bohne desde hace años viene dedicándose al estudio del idioma jíbaro con verdadera constancia sajona; ya tiene colectado un crecidísimo número de palabras y frases, que en días no lejanos esperamos verlas publicadas en forma de gramática o vocabulario. Será un elemento de importancia, que vendrá a llenar una necesidad imperiosa en la actualidad, aumentando el caudal de la filología jíbara.

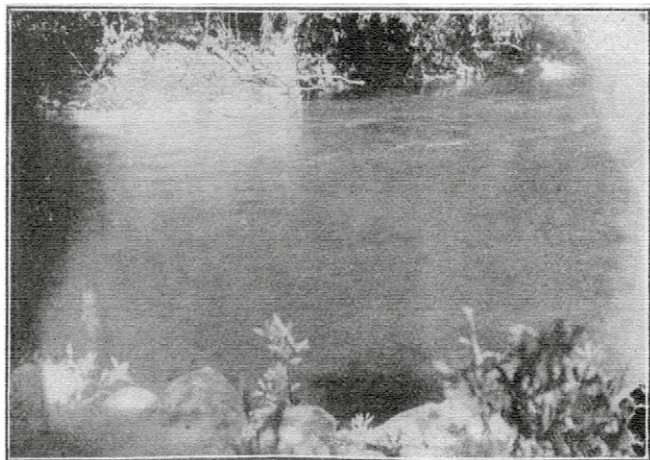
Acompaña al Padre Bohne el Hermano Solís<sup>95</sup>, modesto y abnegado religioso salesiano, que, con la mayor resignación, comparte las privaciones de la selva. Lo hemos visto soportar las fatigas de los trabajos agrícolas y domésticos, no sólo con paciencia, sino con la más grande satisfacción. Después del Padre Bohne, él es el eje de la Misión, por la cordura y acierto con que todo lo dispone, y por la marcha regular que imprime al funcionamiento de la vida oriental. A nuestra llegada puso a disposición de los excursionistas cuantos

---

yor parte de su vida a la región sur del Vicariato, en las misiones de Gualaquiza, Indanza y El Aguacate.

95 *Nota de los editores.* El coadjutor José Solís (Sígsg, 1892; Cuenca, 1972) integró la misión de Indanza, luego, la de Gualaquiza (1926-1932) y, finalmente, la de Cuchanza (1933-1971) ejerciendo en ellas actividades la supervisión de sus sistemas agrícolas de sobrevivencia.

elementos necesitábamos, sin exceptuar su trabajo personal. Tanta atención dejó empañada nuestra gratitud; pues siempre recordaremos las bondades de esos heroicos misioneros y los rasgos de su generosidad sin par.



**Imagen 22**  
*Río Indanza*

Víctor Arévalo es un jovencito a quien conocimos tiempo ha, con actividades y energías no comunes; sobresale en los trabajos agrícolas, y lleva algunos años de acompañar a los misioneros. Su afición por el Oriente es muy marcada, y creemos que en tiempo no lejano será un valioso auxiliar del misionero.

La casa de la Misión es cómoda, ventilada y tiene panoramas preciosos al S. y O. A pocos metros del río que baña las huertas por lo bajo, se halla la fuente de agua salada, que aprovechan los salvajes para coagularla, y con ella condimentar sus platos. En el Oriente con frecuencia se encuentran aguas salinas.

Los días de nuestra demora en Indanza pasaron veloces; las atenciones y los cuidados con que nos distinguieron esos buenos amigos, empeñaron nuestra voluntad, siempre dispuesta al reconocimiento; sus instancias para que demorásemos unos días más no pudieron ser secundadas, bien que nos habrían sido utilísimas para dedicarnos a un estudio más detallado del lugar. El tiempo limitado de que disponíamos, nos obligó a levantar la tienda viajera.

El viernes de Pascua, que era el día destinado a la partida, amaneció nebuloso y sombrío, y como amenazando lluvia. Mientras nos servíamos el desayuno y la gente de casa acondicionaba las maletas, se desgalgó una horrible tempestad, que nos obligó a suspender la salida por más de media hora: llovía a cántaros, y sin voluntad para pedirle treguas, acostumbrados como estábamos a desafiarla siempre, nos despedimos sin más de esos inmejorables amigos, para seguir camino del norte, hacia Santiago y Méndez.

## Yunganza

*Buena posada. Pensamientos que inspiran. El paso del río produce un baño. Atenciones de los colonos*

De cuatro a cinco de la tarde del día de nuestra salida de Indanza llegamos a Yunganza, de hermosas posiciones, con llanuras extensas y planos suavemente inclinados, y con *entables* cultivados con los productos de la zona, en las orillas del río del mismo nombre.

La casita en que nos hospedamos, propiedad de N. Vera<sup>96</sup>, tenía alguna comodidad, especialmente un buen techo para el caso de lluvia; *cuyes* y gallinas a disposición del pasajero, previo el valor respectivo, como también plátanos, *yuca* y buena piña. Utilizamos todo lo que demandaban las necesidades de entonces, pasamos una noche agradable, y partimos a la mañana siguiente, dejando algunos recuerdos a los dueños del entable, quienes, a su vez, nos desearon un viaje sin contratiempos.

Teníamos conocimiento de que ésa era la última casa de cristianos que tocábamos en el comienzo de nuestro viaje a Méndez; que las modestas y solícitas atenciones de estos buenos moradores habían llegado a su término; que en el porvenir no encontraríamos más que la dura terquedad del salvaje, o una fingida bondad, basada en la am-

---

96 *Nota de los editores.* Se refiere a Fidel Vera, uno de los primeros colonos que se estableció con su familia en Limón Indanza. Compró una propiedad al Sr. Fidel Arévalo, que años atrás y luego de hacerse amigo con el shuar Sharup le permitió trabajar en las tierras del Yungansa.

bición y el deseo de explotar sin misericordia al pasajero; todo esto lo sabíamos al dedillo, y por eso, al despedirnos de esa buena gente, experimentamos un sentimiento particular, ya que en ello veíamos también el acabamiento de las nobles deferencias cristianas.

Al cabo de una hora nos encontramos en las orillas del río Yunganza que no ofrece el peligro del Indanza por tener una playa abierta y ser de corriente menos impetuosa. El paso del río lo organizamos de un modo conveniente. El más alto de los jóvenes, sin deshacerse de su respectiva maleta, se puso a la cabeza; luego le seguían los demás, cogidos de las manos y atentos a las indicaciones del primero. A medida que entrábamos el agua invadía diferentes zonas, y hubo un momento en que la corriente nos obligó, como por instinto, a apretar las manos y cohesionar la fila... Al llegar a la orilla opuesta estábamos chorreando, como era natural; pero ¿quién fijaba la atención en eso? La costumbre nos volvió insensibles al calor, a la lluvia, al frío y a todas las vicisitudes de la floresta.

Tanto este día como el anterior, anduvimos por distancias apreciables, por la buena disposición y el acopio de energías en que nos encontrábamos. Al atardecer acampamos en pleno bosque, cabe el tronco de un cedro corpulento. Nada de particular nos ocurrió durante la noche: la fatiga y el cansancio dominaron la situación, haciendo de modo que el sueño no tuviera intervalos.

## **Yungangosa<sup>97</sup>**

### *Dificultades del camino. Indicios de tempestad. La caza del colibrí*

A eso de las 10 a. m. del nuevo día entramos en las montañas de Yungangosa, que presentan al viajero obstáculos no despreciables por lo muy accidentado de la región. Este día avanzamos poco, debido a que la lucha con la naturaleza fue tenaz y porfiada durante varias horas, dejándonos exhaustos de fuerzas. Antes de la hora acostumbrada suspendimos la marcha y nos tiramos a descansar sobre la hojarasca, que el tiempo acumula, y sirve en ocasiones de mullido colchón.

---

97 Nota de los editores. Yunkiantsa.

Amaneció el domingo oscuro, sofocante, con la atmósfera pesada y como anunciando una temprana lluvia. Pero una niebla, que subía del cauce de los ríos y cubría en breve la montaña, vino a deshacer el ingrato presentimiento, ya que en muchos casos se ha probado que cuando la niebla corre baja, no llueve, llueve poco, y generalmente deja tiempo bonancible.

El silencio del bosque era imponente, y sólo interrumpido a largos intervalos por el canto del gallo, que aún nos quedaba para sacrificarlo a la tarde del mismo día, y por los gorjeos de las oropéndolas, posadas en las ramas de altos matapalos.

Mientras los unos se disponían para el viaje, yo, que nada tenía que preparar, porque todo me lo alistaba el vecino, contemplaba embelesado un colibrí de tornasolado plumaje, que muy cerca de nosotros vino a picar las flores de los arbustos. No se amedrentaba con nuestra presencia, antes, como si examinase la condición de nuestros procedimientos, se acercó tanto, luciendo su titilante vuelo con repetidos silbidos, que pronto imaginé venía a darnos un saludo de despedida en ese solitario paraje. Mal de mi grado y sólo por condescender con un deseo ajeno, que pugnaba con mi voluntad, traté de destruir ese cuadro sugestivo de la naturaleza: tomé, pues, el arma para darle caza, y oculto y agazapado tras un matorral, iba poniéndome a conveniente distancia; pero apenas la avecita se dio cuenta de mi actitud hostil, con un silbido agudo, que parecía decirme: «¡Ingrato!», se puso a buen recaudo, huyendo veloz como una flecha, a través del espeso follaje.

## Ucumas

*La falta de carne es motivo de quejas. Confianza de Bautista. Zapotes en el camino. Curiosas industrias para la caza de un oso. Oportuno mensaje a los amigos*

Avanzada era la tarde cuando llegamos a las montañas de Ucumas. Nuestra posada fue un rancho improvisado, como de costumbre, bien cubierto de hojas de palma, en previsión de la lluvia nocturna y con capacidad para todos. La cena fue abundante y regalada, porque



contamos con mucha carne proporcionada por la selva, mediante la habilidad de los cazadores, la misma que no puedo negarme a describirla.

En el camino, uno de los jóvenes, Bautista, sencillo, discreto y piadoso como él solo, pero con ideas formadas al amparo de las modestas costumbres del campo, costumbres que no trato de manchar, porque tienen también para mí un encanto reverencial, Bautista, digo, pensaba que sin carne no se podía pasar el día, que era indispensable para la vida y que, a buen seguro, sin este alimento, íbamos a desfallecer antes de llegar al término de la jornada. En este concepto, —Señor —me dijo—, ya se nos acabó la carne, y no contamos para esta tarde ni siquiera con una fibra; mañana estaremos sin ánimo para caminar.

—No importa —le contesté—, ahí llevamos otras cosas que pueden sustituir con ventaja a la carne. En cuanto a debilidades y desfallecimientos, déjate de pensar en ello; nunca nos ha faltado la fuerza necesaria, no nos faltará en adelante. El tiempo se encargará de probar la verdad de lo que te digo.

—Así será, señor, pero usted sabe que nosotros somos hombres de montaña, y puede suponer que no es la primera vez que hacemos estos viajes; el Oriente sabe cuántas veces hemos pasado por sus caminos, y es testigo de los percances que hemos saboreado por falta de carne o de un alimento capaz de devolver las fuerzas agotadas por la fatiga y el sudor; pero yo no desconfío, yo espero que la Virgen no nos ha de dejar sin carne todo el día.

—Cómo no, así ha de suceder; pues en la jibaría vecina vamos a encontrar un redil de venados ya impacientes por nuestra llegada, y todos a disposición de los excursionistas; tú dispón las cosas para el estofado y madruga con el apetito.

—No para tanto, señor; pero ya no más será presentárenos una pavita, un *cashai*, un *shushuli*, un monito, etc., que vendrán a llenar el vacío que dejó el cantorcito de Yungangosa. Lo que conviene es llevar las armas listas para todo lo que se ofrece.

En diciendo esto, se sentó encima de un tronco, y se puso a limpiar la escopeta que tenía consigo, alistando también cuatro o cin-

co cartuchos, en previsión de algún animal. Lo mismo hizo Romero con la suya, y rompió éste la marcha, siguiéndole Bautista. Los demás cerramos la retaguardia e íbamos diciendo maravillas acerca de la *pericia* de los cazadores.

Nos acercábamos a las cañadas, yendo por caminos que a cada momento se perdían entre la maleza, cuando, de improviso, nos topamos con zapotes regados en el suelo; examinamos los árboles, y a pocos pasos descubrimos uno cargadísimo de frutas en sazón. Los jóvenes resolvieron cortarlo, como así lo hicieron. Yo no fui de ese parecer, y mi voluntad pugnaba contra *el acto radical*; aunque el dueño de esos bosques no tenía conocimiento de ello, el bosque mismo nada perdía con un árbol menos.

Por más regalada y oportuna que sintiésemos la fruta, no fue suficiente para contentar a todos, porque Bautista insistía en que faltaba la carne, y con ella, según su modo de ver, faltaba lo indispensable para el viaje; pero faltaba también que los cazadores dieran pruebas de su problemática habilidad... y la dieron, ¡y muy buenas!

Mientras vencíamos las dificultades de un lentisco, Ignacio Romero, sujeto de oído finísimo y pupila prolongada, como buen montañés, nos impuso silencio llevándose el índice a la boca e indicándonos que suspendiéramos la marcha. En esto, él, con la premura del caso, dejó la maleta y dio comienzo a una serie de movimientos típicos, de uso común entre cazadores. Se plegaba de varios modos, avanzaba y retrocedía, se ocultaba tras los matorrales, caminaba de puntillas, y se inclinaba tanto hasta servirse de las manos para andar bajo las enredaderas y malezas. Los ojos le brillaban como vidrios heridos por el sol; no pestañeaban ni miraban a nadie, y en todos sus movimientos se advertía la mirada fija en algo que nosotros no descubríamos, pero que, por su actitud interesante, comprendíamos que se trataba de algo bueno.

En efecto: puesto a cierta distancia, detrás de un arbolillo, se incorporó poco a poco, rastrilló la escopeta con cuidado, la enfiló en dirección de lo que suponíamos el blanco, e iba a disparar, cuando se tendió de súbito en la hojarasca y quedó inmóvil por un momento.

Probablemente fue descubierto y temió que la presa dejara burlada su fama de cazador, *expuesto a los parabienes de la comitiva*, y más que todo, frustrada una ocasión propicia para llenar el lamentado vacío que dejara el gallo de marras. Pero, como no tardó en volver a la carga, comprendimos que la pieza esperaba el golpe. Para esto, Romero iba paulatinamente levantando la cabeza, y aladeando luego hacia un espeso matorral, que logró ganar con no pequeña dificultad, volvió a perseguirle con la vista. Ya oculto tras el nuevo parapeto y dueño de una posición ventajosa, se sentó en cuchillas, examinó la escopeta, cambió el cartucho, rompió despacio la extremidad de una rama que dificultaba la colocación de la puntería, y adelantando la pierna izquierda, se afirmó en la derecha para verificar el disparo.

Estos momentos eran para nosotros de tensión excesiva, al punto de contener instintivamente hasta la respiración; porque preveíamos que cualquiera indiscreción habría dado al traste con el trabajo del cazador y con la esperanza de Bautista.



**Imagen 23**

*P. Juan Bohne, misionero  
de Indanza*

Puesto Romero en la posición indicada, disparó contra la pieza: el estampido se prolongó por la cañada, el bosque perdió su calma silenciosa, y como si se desgajara en árbol viejo, vino por encima de ramas y troncos un animal corpulento, que, no obstante sus heridas, procuraba ganar el monte; pero, ¡qué!, Jaramillo, que oportunamente había desenvainado su machete, se lanzó veloz en la persecución, le alcanzó en la huida, le tiró a golpes en el suelo y le dejó rendido a sus pies.

La pieza cazada era un oso de algunos abriles, tenía la pierna rota por un balín, comprometidos el brazo y la espina dorsal, amén de tres heridas de menor importancia. Pero las que dieron buena cuenta con él fueron las obsequiadas por el machete de Jaramillo.

Los jóvenes celebraron el acontecimiento con indecible regocijo, lanzaron hurras a los héroes de la jornada, y Bautista, que por falta de carne empezaba a amilanarse, saltó de contento, y se ofreció desde luego para ser el portador de la caza hasta encontrar un lugar apropiado para pasar la noche.

Desde entonces la conversación no cambió de tema, ni fue más animada, ni más humorística; la puntería de Romero, la fe de Bautista y el arrojo de Jaramillo dieron materia inagotable de continua explotación.

Entre salidas y ocurrencias llegamos al lugar que nos pareció adecuado para plantar la tienda: había agua, leña y hojas de palmera. La autopsia se verificó en presencia de pocos testigos, porque los más dijeron no estar habilitados para dar fe sobre el acierto del procedimiento quirúrgico, y sobre la gravedad y condición de las heridas.

La cena, como es de suponer, fue abundante, exquisita y bien condimentada. Los aliños consistían en menesteres naturales y en la gracia, a que se prestaba el suceso del día.

En momentos que nos servíamos a dos carrillos y con un apetito que lo veíamos, llegó una familia jíbara procedente del norte, con dirección a Indanza.

Como quien dice: “Mejor es llegar a tiempo que ser convidado”, después de un corto saludo, se acercó a nosotros y participó de

nuestra cena. Yo aproveché esta coincidencia para dirigir un mensaje de saludos al P. Bohne y amigos de Indanza. El tenor del mensaje era el siguiente:

*Corazón de las montañas de Ucumas, Abril de 1922.*

*Al P. Bohne y amigos de Indanza enviamos un efusivo saludo. Estamos en pleno bosque, en el centro de las montañas de Ucumas, a cuatro jornadas de Indanza y dos de Méndez. La salud es buena, y la disposición de los excursionistas, inmejorable. El acontecimiento del día es la caza de un oso de buen tamaño. Este hecho lo hemos celebrado con muestras de inefable regocijo, porque se realizó en un momento oportuno, cuando de carne ya no nos quedaba ni rastro. Los héroes de la jornada son: Ignacio Romero, que dio pruebas de valor y certera puntería, derribando al oso de un árbol; Miguel Jaramillo, que, a machete limpio, lo dejó fuera de combate; y Juan Bautista, que, en un largo trecho, cargó con los despojos e intervino en la autopsia del cadáver. En este momento estamos saboreando su carne, que no pide favor a la del becerro mejor cebado.*

*Todos se unen a mí para expresarle las consideraciones y respetos con que le distinguen sus amigos y servidores.*

M. Y.

El jíbaro encargado de conducir el mensaje se llama Ceres<sup>98</sup>, el cual nos dijo que el día siguiente estaríamos en Chupianza; y si queríamos andar mucho, mucho, podríamos avanzar a Méndez.

Nuestras fuerzas no eran tanto; pero sí nos prometíamos, al cabo de dos jornadas, llegar a la Misión Salesiana de Santiago de Méndez.

## **Chupianza**

*La monotonía del bosque. Declamación al sol. En casa del jíbaro Ayuyo. Diálogo sostenido. Reflexiones*

La marcha de este día no fue fatigosa; a las 11 a. m. dejábamos las célebres montañas de los inolvidables esparcimientos para entrar en

---

98 Nota de los editores. La grafía correcta es Tsere.

la región de Chupianza. Era un río que separaba las dos comarcas. La división territorial en el Oriente está generalmente hecha por los ríos, rara vez por las montañas.

La espesura del bosque, por más que encierre maravillas y ofrezca a cada momento nuevos elementos de consideración y estudio, a la larga no deja de causar monotonía, y con ella una especie de malestar y estrechez de espíritu; llegando el caso de reclamar, como atenuante o como medio de transición, la vista de horizontes despejados, el trato de gente nueva y otra clase de paisajes.

Era la una de la tarde del mismo día, cuando, siguiendo siempre por el camino sombrío de la selva, y como ahítos de esa prolongada e invariable situación, ansiábamos disfrutar los destellos de un sol primaveral, de un sol reverberante, que diese vigor a los miembros entumecidos, valor y energía a la voluntad.

Discurríamos precisamente sobre el inconveniente apuntado, cuando sin darnos cuenta, se abrió la selva, huyó la sombra y haces de viva luz nos bañaron agradablemente: entrábamos en las escogidas posesiones del jíbaro Ayuyo. Al cabo de varios días de melancólica sombra, pudimos contemplar cómo el sol se paseaba radiante y majestuoso por un cielo sereno; lo contemplábamos embelesados, mirándolo de hito en hito; el corazón palpitaba de contento, y la mirada, fija por un segundo en el amplio disco, agradecida, lo reproducía todo entero en su pupila. Es preciso haber padecido las amargas nostalgias que causa la ausencia del bien querido, para saber cuán exigente e imperiosa es la necesidad de su presencia. Para nosotros que estábamos debilitados por la sombra del follaje, ajados por la fatiga y sangrados por los zarzales del camino, el bien de veras codiciado era el sol, en un día libre de penumbras y celajes.

Era tal el entusiasmo en que ardíamos que no vacilé en desahogarme declamando estos versos de Espronceda, que los jóvenes escucharon complacidos:

Para y óyeme, ¡oh sol! Yo te saludo,  
y extático ante ti, me atrevo a hablarte:  
ardiente como tú mi fantasía,

arrebatada en ansia de admirarte,  
intrépidas a ti sus alas guía.  
¡Ojalá que en mi acento poderoso,  
sublime resonando,  
del trono pavoroso  
la temerosa voz sobrepujando,  
¡oh sol!, a ti llegara  
y en medio de tu curso te parara!  
¡Ay!, si la llama de mi mente alumbrara,  
diera también su ardor a mis sentidos;  
al rayo vencedor que los deslumbra,  
los anhelantes ojos alzarían,  
y en tu semblante fúlgido, atrevidos,  
mirando sin cesar los fijaría.  
¡Cuánto siempre te amé, sol refulgente!  
¡con qué sencillo anhelo,  
siendo niño inocente,  
seguirte ansiaba en el tendido cielo  
y extático te veía,  
y en contemplar tu luz embebecía!

Antes de llegar a la casa de Ayuyo<sup>99</sup>, y con el objeto de darnos la importancia de huéspedes de honor, nos despojamos del barro adherido a los zapatos, arreglamos los vestidos, nos lavamos en el torrente vecino, peinamos la barba que contaba algunos centímetros, y sin más entramos en su casa que la encontramos llena de gente: solamente los hombres pasaban de doce. Muy importante debía haber sido la conversación que sostenía con los suyos que, al extenderle la mano en forma de saludo, me dio la suya, sí, pero sin interrumpir el hilo de su enfática conversación, lo que daba a conocer que nuestra presencia no le importaba ni poco ni mucho.

Así es el salvaje: frío e indiferente con el extraño, y si tiene buen corazón, que no es raro, no se manifiesta dúctil y benévolo, sino des-

---

99 *Nota de los editores.* La grafía correcta es Ayui.

pués de un largo discurrir, o cuando se ha colocado en sus manos algún objeto útil o necesario.

Ayuyo, si bien tenía facciones y modales de salvaje, porque no podía ser de otra suerte, su corazón era bueno, y no tardó en manifestar sus regulares cualidades. ¡Cómo es verdad que no siempre las líneas exteriores son un indicio de la condición moral de una persona! A menudo una corteza tosca y rústica esconde un alma delicada, así que bajo la aspereza de la concha se encuentra a veces una irisada perla diamantina.

Deseoso de conocer si el jíbaro me prestaría su apoyo para el paso del río, me dirigí a él de esta forma, y apenas noté que daba treguas a su conversación:

—¡Ayuyo! ¿cómo estando?<sup>100</sup>

—Bueno estando; vos ¿de dónde viniendo?

—Mucho, mucho caminando; de Guayaquil viniendo.

Los jíbaros, ya sea por el contacto con los misioneros, ya por sus relaciones con los colonos, tienen ideas de Guayaquil, saben que es un lugar de mucho comercio, donde se encuentra toda clase de herramientas, especialmente escopetas y útiles de cacería.

—¿Por dónde pasando?

—Por Zamora, Gualaquiza, Indanza pasando.

—¿En Guayaquil muchas escopetas habiendo?

—Sí, muchas habiendo; pero mucha plata valiendo.

—Yo muchos puercos teniendo; con puercos escopetas comprando; vos ¿escopetas trayendo?

—Ahora escopetas no teniendo; otra vez por aquí pasando, escopetas trayendo.

—Bueno, bueno; ¿vos amigo estando?

—Sí, Ayuyo, yo tu amigo estando.

—¿Muchas cosas trayendo?

---

100 *Nota del autor.* La forma del gerundio en el uso del verbo es la más apropiada para hacerse entender de los salvajes.



—Sí, mucho trayendo, pero ya en el camino acabando; sin embargo, para vos algo quedando.

—Yo plátano, yuca, maní, chonta, todo teniendo, *suri* (miserable) no estando.

En este momento dio orden a las mujeres para que me sirvieran chicha, yuca, plátano y cuanto quisiéramos. A nuestra vez abrimos las maletas para los obsequios consabidos, es decir: para dar cumplimiento a esa ley universal, que del mismo modo domina en las grandes y pequeñas sociedades, que impera como exigente en la tribu y en la familia, que por igual afecta tanto al individuo como a la colectividad, y que, si alguna vez aparece atenuada o disfrazada de lisonjero calificativo, o bajo suspicaz benevolencia, conserva en el fondo, y siempre, su genuina propiedad; es sustancialmente la misma que se impone tanto en los centros de buena cultura como en el retiro de la selva, es la que se sintetiza en el inexorable *do ut des*.



**Imagen 24**

*Confluencia del Chupianza  
con el Namangosa*

La caridad perfecta, la caridad desinteresada, la caridad que transforma al individuo, despojándole de cualquier resabio de ambición, y que hace el bien únicamente por amor, es una planta más bien del cielo que de la tierra, es una flor que se cultiva por manos de ángeles, es una virtud personificada en los heroicos misioneros del Oriente.

Ayuyo, llevado de buena voluntad, y gracias a los objetos recibidos, empezó a interesarse por nosotros, conversó jovialmente con los jóvenes, nos brindó su casa para pasar la noche, ofreciéndose él mismo a facilitarnos el paso del río al día siguiente.



**Imagen 25**

*Casa jívara*

Por ser muy temprano todavía, y con el deseo de utilizar algunas horas más de camino, le manifestamos que le agradecíamos sus ofertas, que no podíamos detenernos ahí, porque deseábamos ganar tiempo para estar el día siguiente en Méndez, y que el servicio que más le agradeceríamos, sería que él mismo nos acompañase hasta el

río. Venciendo pequeñas dificultades, convino con nuestro deseo, y a eso de las cinco de la tarde legábamos a las orillas del Chupianza.



**Imagen 26**

*Casa del jíbaro  
Tandú en Yumbrosa*

## **El Chupianza**

*Su comarca. Llegada a Méndez*

Este río, como los anteriores, tiene su origen en los Andes, con un curso regular de O. a E., hasta la confluencia con el Namangosa, o Paute. Es de abundante caudal, de corriente impetuosa en partes, de saltos y caídas profundas, y de remansos cómodos en los recodos y lugares de plano poco inclinado. El vado que nosotros aprovechamos, se halla en el camino de la casa de Ayuyo, a tres leguas antes de la confluencia con el Namangosa, y cinco antes de la unión de éste con el Upano.

Por una feliz coincidencia, unas pocas horas antes los jíbaros habían echado barbasco en el río y dejado las trampas preparadas para detener el pescado arrastrado por el agua. Apenas llegamos a la

orilla, Ayuyo desató la balsa amarrada en un arbusto, se embarcó en ella y pasó, examinando una por una y recogiendo cuanto había quedado en ellas. De regreso nos obsequió un paquete de pescado, con lo cual mejoró notablemente la variada cena de esa tarde.

Como la luz era favorable, Jaramillo no pudo resistir al deseo de tomar una fotografía del hermoso paisaje que tenía delante, con Ayuyo, su esposa y los *bohemios*, que daban vida a la floresta.

Al principiar nuestras oraciones, antes de acostarnos, Ayuyo y su esposa tomaron parte en ellas; pero como no entendían algunas palabras, por medio del intérprete contestaban a sus preguntas y les explicaba algunos misterios, que los llenaba de admiración.

La noche fue sosegada y tranquila; no hubo un incidente que turbase el apacible descanso a que nos entregamos al fin de la jornada.

Al nuevo día, después de un discreto desayuno, nos alistamos para la consabida marcha, que no ocuparía la jornada entera.

Ayuyo dispuso la balsa para pasar el vado. ¡Qué embarcación, Dios mío! ¡Tres tronos torcidos, atados con bejuco y nada más!

—¿Dónde me pongo? —dije al jíbaro, ya colocado en popa y con un canaleta en la mano.

—Punta poniendo —me contestó en seguida.

Y me senté en la punta opuesta; pero, como ya era más pesado que Ayuyo, sucedió que el extremo por mí ocupado desapareció bajo el agua, y ésta, como el Yunganza, paulatinamente iba subiendo e invadía ya una zona, ya otra hasta que, al llegar a la orilla opuesta, sin querer, recibí los beneficios de un baño mañanero. El mismo ingrato beneficio recibió también el cajón de placas, pero el daño no fue de importancia, y a tiempo todo quedó remediado.

Al despedirnos de Ayuyo, añadimos todavía un obsequio más, que lo recibí con agrado, y seguimos ascendiendo por la montaña. ¡Qué cuesta tuvimos que vencer! Pasaban las horas y no sabíamos en qué punto de ella estábamos. ¡Qué de fatigas, qué de esfuerzos, qué de agotamientos en una ascensión casi vertical e interminable! El sudor era incesante y lo había empapado todo; nos sentimos más mojados que cuando las ondas del Chupianza nos bautizaban por inmersión.

A eso de las 10 a. m. dimos con una bandada de pavas, que, al ruido de la comitiva, volaron en varias direcciones. Los cazadores dejaron las maletas y fueron tras ellas diciendo: «Ahora sí que no vamos a dejar pluma alguna en su puesto.» Parece que las pavas dijeron a su vez: «No lograrán oler ni siquiera el rastro de una pluma». Y así pasó; porque, después de unos minutos, volvieron contrariadas y mohínas, manifestando que habían volado lejos y que no alcanzaron a seguir la pista.



**Imagen 27**

*A orillas  
del Chupianza*

A las 11 a. m. estábamos en la cumbre más alta de Chupianza, descansando en una jibaría abandonada; el sol era reverberante, y el tiempo nos permitió aprovecharlo para secar la ropa. En esto, el guía nos manifestó que el camino en que estábamos le era desconocido y que probablemente nos habíamos extraviado.

—Grita —le dijimos—, y si hay gente en la cercanía, te contestará.

En efecto: al tercer grito le contestaron de no muy lejos. «Tomamos esa dirección», y después de un cuarto de hora nos encontramos con el jíbaro Víctor Dávila, de la tribu de los Navichas<sup>101</sup>, el cual nos dijo que pronto estaríamos en Méndez, y que, previo algún obsequio, él mismo nos acompañaría hasta dejarnos en las orillas del Naman-

---

101 *Nota de los editores.* La grafía correcta es Nawech.

gosa. El obsequio no se hizo esperar, ni el nuevo guía puso la menor dilación.

Al cabo de un cuarto de hora de descenso, llegamos a la orilla derecha del caudaloso e imponente río, que nos saludaba con el desfile voluptuoso de sus ondas azul turquí, y con el canto de los pájaros, que piaban y se perseguían alegres entre los árboles ribereños.

Anduvo tan acertado el guía, que llegó a ponernos frente a la deseada parroquia de Méndez, la cual surgía dominando una pequeña eminencia con sus casitas estranguladas por las malezas, y con sus huertas y cañaverales en sazón.

Apenas nos avistamos con esa buena colonia, se agitaron sombreros y pañuelos de parte y parte, hubo disparos y vivas, que se correspondían con igual intensidad; y veíamos cómo los colonos, formando grupos abigarrados con los señores del bosque, se movían en el sentido de darnos la bienvenida.

Nosotros plantamos los trípodes para enfocar el paisaje del frente, ya que no podía ser más interesante, ni más de nuestro agrado. Luego se destacaron de la parroquia algunos caballeros, seguidos de guardias y jíbaros, que venían a prestarnos su contingente para el paso del río.

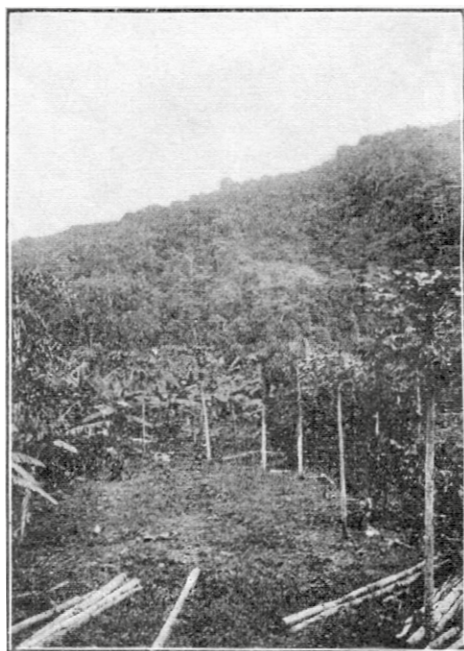
La balsa era cómoda y más civilizada que las anteriores: daba cabida a dos y tres personas, inclusive la carga.

El teniente político, Sr. Daniel Villagómez<sup>102</sup>, fue el primero a quien dirigimos nuestro saludo, luego al secretario y a los demás empleados del Gobierno. Previa cortés invitación de estos caballeros, nos dirigimos a la parroquia, en donde el Sr. Villagómez tuvo a bien pre-

---

102 *Nota de los editores.* Actualmente, la unidad educativa de la Parroquia Tayuza, Cantón Santiago (Provincia de Morona Santiago), lleva su nombre. Se le considera el cofundador de la parroquia de Méndez y su primer Teniente Político. Como fundador, figura el insigne orientalista Sr. Eudofilio Álvarez quien “eligió el día 12 de Julio de 1913 para la fundación de la parroquia civil de Santiago en cumplimiento del decreto ejecutivo del 27 de noviembre de 1912” (Primera carta que el misionero don Albino del Curto envía desde Méndez al Ilmo y Rmo. Sr. Obispo titular de Colonia Mons. Santiago Costamagna, tomado de Alianza Obrera, Semanario de Cuenca con el título REGIÓN DE MÉNDEZ).

sentarnos a su digna familia y servidumbre, manifestándonos que de su parte tendríamos todo el apoyo que necesitaríamos para dar cima a nuestro proyecto. Ni le fue desconocida nuestra próxima llegada y el paso por ese lugar, puesto que una comunicación del Azuay, recibida a tiempo, le puso al tanto del proyecto, que ya era una consoladora realidad. Fue ciertamente el P. Torca<sup>103</sup>, salesiano y abnegado misionero, el que, interesándose por nuestra misión, dirigió sendas comunicaciones a Indanza y Méndez, a fin de que nuestra llegada no fuese una sorpresa. La exquisita bondad de este sacerdote conquistó, con este motivo, nuevos grados de gratitud en el corazón de sus amigos.



**Imagen 28**

*Preparando una huerta en Méndez*

---

103 *Nota de los editores.* El P. Francisco Torca (Katowice, Polonia, 1880; Cuenca, 1956) arribó a Ecuador en 1912 y fue parte de casi todas las misiones del Vicariato a lo largo de 25 años.

No es para ser descrita la manera cumplida y caballerosa con que fuimos atendidos por el señor Villagómez y su distinguida esposa, que trataron de subvenir de modo generoso a todas las necesidades del momento.

Quien ha tenido que verse privado por algún tiempo de las facilidades de la existencia, que prestan los centros de una buena sociedad, podrá decir qué sutil y maravillosa emoción se experimenta al encontrarse, tras largas jornadas llenas de vicisitudes y a cuál más importantes, con personas que sobresalen por la nobleza de sus sentimientos y por la hidalguía de sus acciones.

Departíamos afablemente con la familia Villagómez, cuando llegó el misionero salesiano P. Telésforo Corbellini<sup>104</sup>, a darnos la bienvenida e invitarnos a la Misión, distante una media hora.

## **La Parroquia de Santiago de Méndez**

*La antigua Logroño. Motivos que tuvieron los españoles para fundarla allí. El Namangosa, o Paute, arrastra oro*

Es una floreciente posición, situada a cuatro leguas arriba de la confluencia del Upano con el Namangosa. Parece, y no sin razones apreciables, que en el lugar donde actualmente se hallan la Parroquia Civil y la Misión Salesiana, estuvo la antigua Logroño, fundada por los españoles y destruida por los salvajes hacia el 1599.

Los conquistadores españoles no fundaban las ciudades al acaso y sólo por el prurito de ser llamados Fundadores, y recibir, por este motivo, de la Corte de España los honores y privilegios a que por tal título se hacían acreedores, sino que tenían en cuenta muchas circunstancias convergentes a la utilidad práctica que de ello les reportaría.

---

104 Nota de los editores. El P. Telésforo Corbellini (Calgagnano, Italia, 1884; Asti, Italia, 1953) arriba en 1914 a la misión de Indanza, permaneciendo en el Vicariato por 40 años. Fue el artífice de la consolidación de la misión de Méndez por dos periodos: 1918-1928 y 1937-1947, previo un breve periodo en Macas (1928-1930).



Según esto, el triángulo formado por los ríos Upano y Namangosa tiene, en primer lugar, la ventaja del plano; pues sus pequeñas elevaciones y gargantas son meros accidentes ante la bondad general de la planicie.

En segundo lugar, el agua de los ríos Upano y Namangosa podía aprovecharse para riegos, molinos, hidráulicos, etc. Y en caso que, por la profundidad del cauce, no fuera tan útil para estas empresas, muy hacadero les era aprovecharse de las aguas del Cuchanza y Camaullay, que podían ser echadas sobre los llanos de Méndez.

Aparte de estas razones, que no dejan de tener su mérito, creo que la más favorable, la más trascendental, y la que influyó de modo más decisivo en el ánimo de los españoles y les obligó a trasladarse a esa lejana comarca y fundar Logroño, fue la explotación del oro contenido en las playas de los ríos Upano y Namangosa.

Mis opiniones no están aisladas: tienen en su apoyo las del orientalista, de grata memoria, Sr. Eudófilo Álvarez<sup>105</sup>, las de los macabeos en general, las del Sr. Daniel Villagómez, que tiene estudiada la región, y las de otras personas de criterio.

El Sr. Álvarez, en la relación de su viaje por esas zonas, dice: “Me encuentro, pues, en la orilla izquierda del bello Paute, donde se hallaba la antigua Logroño... Este río no sólo es interesante por su vegetación y su poesía, sino por el oro que arrastra, en abundancia tal, que le ha dado renombre. Los que comercian con el oro del Paute son los azuayos; ellos son los que están estableciéndose a uno y otro lado del río, y azuayo fue aquel que me hizo conocer el sitio donde se hallaba la ciudad que destruyeron las huestes de Quirruaba”<sup>106</sup>.

---

105 *Nota de los editores.* Eudófilo Álvarez (1876-1940) fue un novelista y político ecuatoriano que promovió la presencia del Estado en la Amazonía. El autor se basa en la *Conferencia sustentada en el Colegio Vicente Rocafuerte sobre el Oriente Ecuatoriano el 12 de octubre de 1914*, Quito, 1915, la que, con toda seguridad, se basa en los datos del *Informe de la misión científica Tufiño-Álvarez enviada por el gobierno a las regiones de Macas*, Tipografía de la Escuela de Artes y Oficios, Quito, 1912.

106 *Nota del autor.* Conferencia sustentada por el Sr. Álvarez en el colegio Vicente Rocafuerte, de Guayaquil, pág. 35.

En cuanto al oro que conducen estos ríos, goza de mayor fama el Paute. Por esto, queriendo el mismo azuayo dar al Sr. Álvarez una muestra del oro contenido en cualquier lugar de la playa: —Elija —le dijo— el punto. “De propósito —continúa Álvarez— elegí uno que quedaba a unos cinco metros del río y en un nivel superior. Apartó las piedras gruesas que allí había, y llenó de arena, con guijarros y todo, una batea redonda, de fondo cónico, y se acercó al río a llenarla de agua, para seguir meciendo la batea; y lo hacía con tal tino que, poco a poco, iba botando las piedras y la arena. Después de lo cual volvió a llenar de agua la batea para seguir meciéndola; operación que repitió por varias veces, hasta que llegó un momento en que alzó la vista a mirarme con una risa de satisfacción en los labios. Es que ya el oro brillaba en el fondo, y ese brillo le hizo brillar los ojos de alegría, la cual fue para mí una sorpresa en extremo grata, porque al punto comprendí lo que valían esas montañas vecinas”.

El ingeniero Dalforno<sup>107</sup> recorrió parte del Oriente, visitó los sitios descritos por el Sr. Álvarez y el que estas líneas escribe pasó por esos lugares, cuando aún estaban removidas y a medio llenar las excavaciones practicadas por el expresado ingeniero para el examen respectivo.

El Sr. Dalforno, en su interesante relato publicado por *El Telégrafo*, refiriéndose a la pregunta que le hiciera el reportero del citado diario «sobre si era cierta la leyenda fabulosa del oro», contestó: “No hay que exagerar; pero es indudable que toda la Cordillera Real y la zona del Oriente que linda con sus vertientes por ese lado, constituye un distrito aurífero que merece mucha atención, ¡y quién sabe que nos reservan alguna sorpresa estupenda las entrañas de esas montañas!”

La opinión del Sr. Villagómez, que largos años ha trabajado en esa latitud, corrobora la de los caballeros citados, manifestándose partidario y valiente sostenedor de que fue la idea del oro, la que llevó a los españoles a fundar la ciudad de Logroño, en el distrito que nos

---

107 *Nota de los editores.* Se refiere al ingeniero italiano Ludovico Dalforno y a su reportaje publicado en *El Telégrafo*: “Una excursión por el Oriente Azuayo”. El texto completo consta en Elías Brito (Tomo III, 1938, s/d; s/f).

ocupa. El oro no ha disminuido; pero sí faltan brazos y métodos modernos para lavarlo de manera que el trabajo sea debidamente remunerado.

## **La Misión Salesiana**

*El P. Corbellini y la colonia. La Autoridad Civil, garantía de los subordinados. Temperatura. Productos. Las esperanzas del porvenir*

El P. Telésforo Corbellini es el abnegado sacerdote puesto al frente de la Misión<sup>108</sup>, el cual no ha escatimado sacrificios para dar a la colonia la prosperidad en que se encuentra y a los salvajes, costumbres de la civilización cristiana.

El P. Corbellini, que lleva algunos años de vivir la vida del misionero en Méndez, tiene el don del avenimiento y de la más recomendable asimilación. Se ha acomodado, pues, al ambiente, a la situación y a los sencillos usos y costumbres del lugar.

Como sacerdote de orientaciones definidas, es inteligente, activo, laborioso, caritativo y dueño de una formación completa. Habla el jbaro con facilidad, el castellano lo posee, y en el italiano lo supongo purista, ya que su patria es Italia. A su moderada dirección, no menos que a la del Sr. Villagómez, se debe el sostenimiento de la colonia, que, con la buena organización con la que cuenta, con la variedad de los productos que cultiva, y con las diferentes posesiones, en vía de convertirse en fructíferas huertas y hermosas sementeras, va adquiriendo vida propia; pero ellos, el P. Corbellini y el Sr. Villagómez, serán siempre el corazón que palpita en el pecho de la comarca.

El sacerdote es allí misionero, maestro, consultor, médico, y todo. A él acuden en sus necesidades, y de él reciben lo que la Providencia coloca en sus manos, para el bien de todos.

En la actualidad cuenta la Misión con una casa de dos pisos y con buenas localidades para una escuela de los hijos de los colonos y de los jibaritos, que con tanta frecuencia acuden allí. La capilla para el servicio religioso es algo cómoda. Es un salón, por ahora. Tienen,

---

108 *Nota de los editores.* La Misión de Méndez fue fundada por el P. Francisco Torka y el Hno. Angel Brioschi el 14 de febrero de 1916.

empero, la idea de levantar una iglesia que tenga el servicio completo y ocupe un ángulo de la plaza. Creo que la idea fue lanzada por el Ilmo. Comín, que no tiene reparos para fomentar la vida de las misiones.

El P. Corbellini es todo en esa sección del Oriente, y el que, al impulso de su voluntad eficaz, hace empresas dignas de honrosa recomendación, por el sello de tino y eficacia que imprime en todas ellas.



**Imagen 29**

*Rdo. P. Telésforo Corbellini,  
Misionero de Méndez*

El Sr. Villagómez es persona de gran valor, en quien andan a la par tacto social, ilustración, valentía, patriotismo, etc. El Oriente lo tiene recorrido en varias direcciones, con dibujos y planos levantados gracias al conocimiento personal de los lugares. Sus catorce años de permanencia le acreditan como gran orientalista y de acción nada común.

En la parroquia de Santiago de Méndez, encomendada a él con tanto acierto por el Supremo Gobierno, no sólo es la autoridad que hace justicia y vela por el cumplimiento de la ley, sino también el padre, que se interesa por el bienestar de los colonos y de los numerosos jíbaros que pueblan esas zonas. ¡Oh!, si todas las autoridades del Oriente

siguieran su ejemplo, muy otra sería la suerte de las colonias y no se lamentarían sucesos de índole tan ingrata como los que se lamentan a menudo, porque ciertas autoridades, en vez de ser prenda y garantía de los asociados, fácilmente se convierten, al amparo de la selva, en su fantasma y pesadilla; y de ahí las explosiones de odio y venganza que terminan, desgraciadamente, en escenas trágicas y sangrientas.

En Méndez, las autoridades van de acuerdo, ambas cumplen su misión, y ambas se sacrifican por la prosperidad de la colonia y el bien de los salvajes.

Méndez, con su temperatura de 25°, es llamado a producir en forma más que remuneradora los tan apetecidos frutos de los trópicos. El plátano, o banano, se abona con sus propios racimos. Digo esto, porque el plátano produce allí más de lo que se consume. Hemos visto al pie de las matas racimos enteros en estado de putrefacción, sin que nadie quisiera aprovecharse de ellos. La caña de azúcar desafía a cualquier otra por sus cualidades excelentes de grosor, suavidad y abundancia de jarabe. Hemos visto una caña en casa del señor Teniente Político, que medía siete varas de largo; por cierto, no todas son así. La yuca, la pelma, el camote, el fréjol, el maíz, el arroz, la chonta, la zanahoria, etc., son productos en extremo generosos. La piña, el limón, la sidra, la badea, etc., se cultivan y producen mucho. La papaya, la naranjilla, el cauje, el aguacate, el guabo, el zapote, etc., son espontáneos.

Méndez parece que es también el suelo de las hortalizas: se cultivan ventajosamente lechugas, cebollas, tomates, pallares, culantros, rábanos, etc.

Dicen que el Namangosa (Paute) y el Upano tienen buen pescado, y en ocasiones la pesca es concurrida. Nosotros no hemos tenido la oportunidad de verlo para apreciarlo. Un día que salimos a pescar, lo hicimos con tan mala suerte que no cayó ni uno. Tal vez el sistema y el instrumento adoptados fueron demasiado modernos, y no estábamos habilitados para el manejo.

La casa de la Misión cuenta con siete cabezas de ganado vacuno, llevado, desde Macas, por caminos que apenas se explican. Son sacrificios que se impusieron los misioneros, a fin de simplificar los duros trabajos de la montaña, especialmente el traslado de la madera.

En los días de nuestra estadía por allá circulaban proyectos, a cuál más interesantes, sobre intensificación de colonias, introducción de nuevos cultivos, unión de los centros de Misión, por medio de caminos y otras maravillas de este género; los deseos eran grandes, y no menos halagüeñas las esperanzas. ¿Será posible tanta belleza? Al Gobierno, consciente de sus deberes, le toca responder.

### **Imagen 30**

*Misión de Méndez y su colonia*



### **En camino. Yurupasa**

*Un cuasi pueblo de salvajes. Facilidad de la posada y de elemento. Bellísimo panorama. Un puente colgante en el Tutanangosa*

Una vez restablecidos y con fuerzas suficientes para las luchas del camino, reanudamos el viaje con dirección a Macas. Al cabo de seis horas nos encontramos frente a una cuasi población de salvajes, de la tribu de los yurupasas. Estos, por el roce que tienen con los misioneros y con los macabeos que trafican por esos lugares, han

adquirido algunos modales de sociedad, son atentos y hospitalarios, y con sus amigos, generosos.



**Imagen 31**  
*Colonos de Tutanangosa*

La población nada tiene de compacta, debido al recelo que se guardan aún entre los miembros de una misma familia. Un sueño mal interpretado, una venganza oculta, un hecho sangriento, verificado al impulso de una pasión, les obliga a distanciarse y a vivir aislados; situación constantemente explotada por los enemigos, y que nunca ha servido de escarmiento para obligarles a vivir en sociedad. Mientras no se intensifiquen las misiones católicas y se den facilidades para la vida en el Oriente, el salvaje jamás se despojará de sus atavismos e instintos felinos y sanguinarios.

El terreno quebrado por donde pasábamos, nos permitía contemplar jibarías en las mesetas, en las hondonadas, en las orillas de los ríos y aun en las vertientes de los contrafuertes de las montañas.

Pernoctamos en casa del jíbaro Yacuma<sup>109</sup>, que nos facilitó la posada. En estas jibarías hay gallinas, plátanos, yuca, camote, etc., que el pasajero puede aprovechar mediante el cambio de chimeneas de escopeta, elementos de caza o prendas de vestir.

---

109 *Nota de los editores.* La grafía correcta es Yakum.

El día siguiente, antes de las 10 a. m., terminamos el terreno accidentado para seguir por su plano casi regular, que en el espacio de dos días y medio nos dejaría en Macas.

Al atardecer del 12 de abril llegamos a las sin igual playas del Tutanangosa, que, para describirlas en debida forma, desearía la pluma de los artistas del buen decir, y para pintarlas con atrayente colorido, el pincel de los genios de la paleta; pues ellos me llevarían a reproducir con bastante fidelidad el encanto de esos mares de verdura, de esos bosques ilimitados, de esos ríos caudalosos, de ese cielo, unas veces limpio con maravillosa tersura, y otras nebuloso, cargado de tempestad. ¡Cuántas veces en los ligeros descansos que nos dábamos, yaciendo recostados bajo un tronco vivo o muerto, contemplábamos, al frente, a los lados y por doquiera, plantas preciosísimas, ya por la consistencia de la fibra, ya por la bondad del fruto o de la hoja, ya por sus virtudes curativas, ya por la hermosura de la forma! Mientras caminábamos, pasaban, en hilera interminable, palmas esbeltas, cedros gigantescos, copales aromáticos, vistosas enredaderas, orquídeas peregrinas, estoraques y canelos, bálsamos y cacaoteros, y plantas a cuál más importantes, amén del número prodigioso de ejemplares desconocidos, que aún no han entrado en los campos de la clasificación botánica.

Con el objeto de refocilarnos un tanto, entramos en casa del jíbaro Yangora<sup>110</sup>, que estaba rodeado de su numerosa familia. La jibaría ocupaba una eminencia encima del Tutanangosa, desde donde la vista se espaciaba en un dilatado horizonte, y columbraba, a través de la penumbra, el majestuoso Upano, que hacia el Naciente bajaba de N. a S., y el Tutanangosa, que de O. a E. iba a unirse con él en la cercana playa.

Una bajada pendiente y larga nos llevó a las orillas del caudaloso río. Dos jibaritos niños de la casa de Yangora nos acompañaron hasta el puente colgante, que no dejaba de presentar algún peligro. Dicho puente, ideado y realizado por los jíbaros, era construido de caña de bambú y medía de 35 a 40 metros. Los bejucos colgantes y algunos de los que unían la caña habían sufrido con la humedad y

---

110 *Nota de los editores.* La grafía correcta es Yankur.



no prestaban la seguridad requerida, lo cual se conoció mientras pasábamos; pues el puente tambaleaba como una hamaca, y sentíamos ruidos, que espeluznaban.

La tarde era avanzada, y decidimos pasar la noche en la primera jibaría del paso. Esta fue la de Zanimba<sup>111</sup>, jíbaro franco y tratable.

Por la mañana del mismo día había cazado un puma (león americano), cuyo cuero lo tenía templado a la sombra y la carne suspendida en el interior de la casa.

Los jóvenes, tan luego como entraron para tomar posada, empezaron a dirigirse miradas furtivas, a sonreírse con sonrisa decidora y festiva, sin que yo diera con el motivo, porque no había advertido en el objeto que absorbía toda su atención. Luego los vi rodeando a Zanimba, y, por último, armados de tronchas escogidas, las adobaban y asaban al rescoldo.

El jíbaro, que no veía el momento de deshacerse de la carne, ya que ésta no se compone con el gusto del salvaje, apenas le propusieron la compra, entró en negocio con ellos y les cedió por una bicoca, augurándoles buen apetito y que les sirviera también de fiambre para el camino, como en efecto así pasó.

El autor comió de esa carne, no entonces, sino más tarde, y de modo inconsciente; sin embargo, no le pareció manjar despreciable.

## **El Upano. Su comarca**

*Los colonos del Upano. Condición de las propiedades. Productos que se cultivan*

El 14 de abril, antes de las 11 a. m., llegamos a las aristocráticas orillas del Upano, que, después del Zamora, es el mayor de los ríos visitados por nosotros en el Oriente. Sus playas están sombreadas, en su mayor parte, de bosques de palmeras, de guaduales, de cacaoteros, de taguales, cubiertos de vainilla y otras enredaderas. Aquí cesan todos los accidentes e irregularidades del terreno para dar lugar a una llanura que abarca extensiones ilimitadas, a uno y otro lado del fa-

---

111 *Nota de los editores.* La grafía correcta es Tsanimp.

moso río. Las jibarías se suceden con más frecuencia; se encuentran pasajeros en el camino, y las posesiones de los colonos, situadas en la misma línea, son de alivio incalculable para el viajero.

La de Fidel Ceballos es una buena propiedad, bien atendida, pero de límites reducidos, como que no ha menester de mayor proporción en el cultivo, para el corto número de personas de que consta la familia.

A la distancia de una hora de la anterior se halla la floreciente posesión de Pastor Bernal<sup>112</sup>, que es acreedor al título de agricultor inteligente. Tiene buenos potreros de gramalote para el ganado vacuno, algo numeroso, cañaverales, huertas de plátano, plantaciones de canelos, naranjos, etc. Por compromiso con un naturalista alemán, que reside algunos años por allá, con el objeto de coleccionar mariposas, se ha dedicado al cultivo de esos insectos, y tuvo a bien presentarnos algunos cajones de larvas en vías de transformarse en crisálidas, y mariposas ya acondicionadas para el despacho a los museos de Alemania.

El Sr. Bernal es persona culta, y sus atenciones nos dejaron agradecidos. Emplearíamos próximamente dos horas más de camino, cuando entramos en la propiedad del Sr. Victorino Abarca, llamado con justicia *Miraflores*.

La casa de vivienda se halla en la elevación de una pequeña colina, de donde la vista se extiende por un horizonte poco vasto, pues el bosque lo limita todo. En los alrededores tiene jardines de flores orientales y occidentales, cultivadas con buen gusto, y a los cuales acuden las abejas del bosque, en enjambres cerrados, para libar la miel.

Las huertas y sementeras de plátanos, arroz, yuca, camote, maní, fréjoles, maíz, coles, cebollas, papas, etc., con cañaverales y árboles de fruta hacen de esa propiedad un lugar delicioso y ameno sobremanera.

Alguien dirá: “¿Papas en Miraflores, donde la temperatura no baja de 25°?”

---

112 *Nota de los editores.* Oriundo del Cañar, se dice que vivió algunos años en esta región en completa soledad. Fue quien ayudó al Sr. Hernán Cevallos, Jefe Político de Macas, a buscar un lugar para fundar la parroquia de Méndez. Tomó como compañera a una mujer shuar de nombre Sikut.



**Imagen 32**

*Guarecidos en la cueva del  
Upano durante la tempestad*

La misma sorpresa la tuve yo; era un fenómeno que, si no lo hubiera tenido adelante, jamás me lo habría explicado. Es una clase especial que se cultiva y produce sólo en ese lugar. El tubérculo es de regular tamaño, harinoso y agradable como la papa de la región interandina. En Macas no se produce, ni en otro lugar del Oriente la hemos visto cultivada.

Durante la tarde se nos invitó a que recorriéramos las huertas, que se hallaban en estado de vigorosa vegetación, y en donde no sabíamos qué admirar más: si la fecundidad prodigiosa del suelo, la robustez de la planta, el trabajo paciente y sostenido de ese modelo de agricultura, o la excesiva producción de cuanto se confiaba a la tierra para su paciente y continua elaboración.

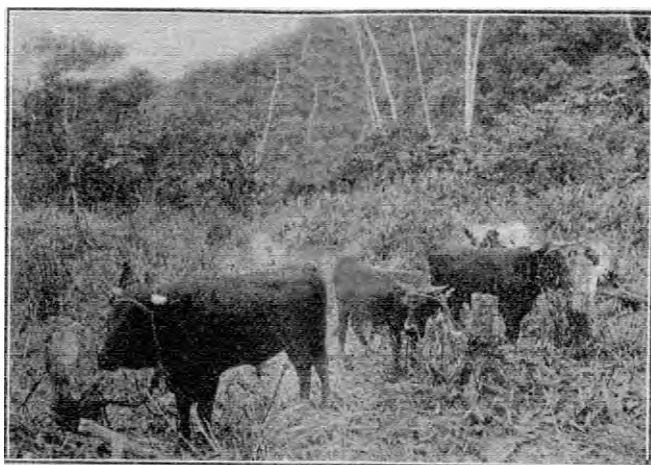
Hablando de productos, llegó a decirnos que, si algunas familias fueran a establecerse allí, él se encargaría de la manutención por un año, proporcionándoles habitación, semillas, herramientas y cuanto fuera necesario para llenar las exigencias de la primera etapa de vida en el Oriente.

Sin darnos a conocer y por un acto de pura cortesía, el Sr. Abarca había despachado un jíbaro a Macas para anunciar oportunamente a los macabeos nuestra llegada. A los agradecimientos personales únanse también los de la letra impresa.

## ¡Macas!

¿Cómo podremos pagar las bondades y gentilezas de ese pueblo caritativo, noble, generoso y digno de mejor suerte? Estampado llevan sus hijos el linaje de sus antiguos progenitores; el tiempo no ha borrado la nobleza de su sangre, no ha destruido su hidalguía, ni permitido la decadencia de la raza.

Ya estábamos en las goteras de la población, es decir: en la vecina playa del Upano, que pasa ciñéndola con cinta de plata y letificándola con los cantares de sus ondas, cuando se dejó oír en el vacío el tañido de campanas echadas a velo y la descarga de fusiles, como en las grandes festividades. Nosotros éramos enteramente ignaros del acontecimiento; nadie nos ha dicho una palabra al respecto, y, por consiguiente, no teníamos motivo para pensar en recibimientos, ni festejos a nuestra llegada.



**Imagen 33**

*Ganado de Macas*

Si bien Macas era el blanco de nuestra aspiración, el límite de nuestra excursión por el norte y el lugar que debía coronar nuestras

fatigas, con todo no le teníamos en buen concepto por el número de pobladores, ni creíamos encontrar más que un insignificante caserío o una aldea perdida en el seno de la selva.

Hermenegildo, el macabeo, nuestro inmejorable amigo y compañero desde Méndez, era tan reservado en sus términos como medido en sus juicios, que, por cuanto nos dijo en diferentes conversaciones, provocadas de intento, no fue suficiente para formarnos ideas claras de Macas y su comarca. Pero habíamos leído las relaciones de los turistas y una que otra conferencia sustentada en el acaso, como quien golpea en el aire, sino con detalle de datos y justas reflexiones, que, sin más, aguzaron nuestra curiosidad y nos lanzaron a ese rico, compacto y magnífico pueblo.

A medida que nos acercábamos, los rumores de la población se hacían más sensibles, más vibrantes, más repetidos y más próximos. Alguien divisó en el ribazo que habíamos de vencer, desde la playa, una bandera, que, flameando, se inclinaba como para darnos la bienvenida. En seguida aparecieron grupos de personas, moviendo pañuelos y sombreros en forma de saludos, y lanzando vivas estentóreas, después de nutridas descargas de escopetas y fusiles. Ya nadie dudaba sobre el objeto del alborozo de los macabeos: era nuestra llegada la que les sacó de su habitual laboriosidad para darse un momento de expansión.



**Imagen 34**

*Cumpliendo con el precepto, en Macas*

Un grupo de caballeros fue el primero que nos dirigió un atento saludo en la misma playa del Upano; luego se sucedieron otros, entre quienes se contaban las mismas autoridades, y, por último, el pueblo.

Como los macabeos no tuvieron conocimiento de nuestra llegada sino con dos horas de anticipación, nos manifestaron que la cortedad del tiempo les tenía contrariados, y que, de otro modo, la manifestación habría sido mayor. No obstante, tuvieron tiempo para preparar discursos y sembrar las calles de flores.



**Imagen 35**

*Entierro en Macas*

Macas, a 1.051 metros sobre el nivel del mar, con una población que se acerca a 800 habitantes, una temperatura de 22° 5', y frente a la que fue la famosa Sevilla del Oro, es el lugar ideal para que la vida encuentre un oasis en el desierto de la existencia.

La hidalguía y generosidad de los macabeos son proverbiales; nosotros los hemos palpado, y por eso cultivamos el reconocimiento como una planta delicada; y sepan esos inmejorables amigos, que de palabra y por escrito les hemos hecho buena atmósfera, fomentando siempre la propaganda por Macas dentro de nuestra atribución.

En lo relativo a los productos de Macas, no es el autor de estas crónicas el que va a dar pinceladas magistrales, describiendo esa tierra paradisíaca. Cedo espontáneamente la pluma al orientalista

de grata memoria. Sr. Eudófilo Álvarez<sup>113</sup>, quien con habilidad suma y acertada precisión, dio a conocer las maravillas de esa sección del suelo patrio, maravillas que concuerdan perfectamente con los datos apuntados en la cartera del autor:

Jamás me olvidaré de aquellos días en que de Macas me internaba río abajo del Upano, en busca de la antigua Logroño, a orillas del Paute, donde me prometía fundar, como fundé, la parroquia de Santiago.

Jamás me he de olvidar, digo, de la impresión que recibí a uno y otro lado del torrentoso río, a la vista de hermosos cacaotales silvestres que cubrían leguas y leguas de extensión.

Era entre fines de junio y principios de julio, y, por consiguiente, el tiempo de la madurez allí; ya era encantador ver cómo amarillaban los árboles y el suelo, con las mazorcas de tan precioso fruto, que sólo sirve en aquellas selvas para los monos y las ardillas, dado que los jíbaros no hacen de él ningún caso. No es exageración, pero no he tomado chocolate más exquisito, más bien sazonado que el aderezado con ese cacao, con esa pepita de oro, que, para adquirir valor, espera fábricas nacionales.

En esas mismas regiones vi también cómo hermoseaban en las selvas las enredaderas de vainilla, cuyo fruto anunciaban los salvajes para los meses de septiembre y octubre, tiempo de la ceiba, que allí es espinosa y abundante.

En esas mismas regiones vi también grandes cerros con suaves declives, bañados de arroyos, como el *Tindiuki-naiunda*, cubiertos en su totalidad de bellos taguales, cuyo fruto se derramaba por el asiento de la planta. Por allí mismo vi también en abundancia la delicada almendra, que, a modo de fantásticos festones, entrelazaban sus enredaderas unos árboles con otros.

---

113 *Nota del autor.* Se refiere al *Informe de la Misión Científica Tufiño-Álvarez enviada por el Gobierno a las Regiones de Macas en febrero del presente año* (1912), en Hidalgo Nistri, Fernando, 2020, pp. 135-214.

En cuanto a la toquilla y a la pita, de largas hojas y fibras resistentes, no hay parte del Oriente por mí recorrido donde no abunde, asimismo en estado silvestre.

En las numerosas jibaráas de las mismas regiones del Upano<sup>114</sup>, vi cómo los jíbaros cultivaban yuca, plátano, caña de azúcar, papayos, con que alimentaban a sus numerosos cerdos, barbasco para la pesca, achiote, algodón, tabaco y guayusa, que es el té de los salvajes.

### **Imagen 36**

*Población de Macas*



Sin salirme de las regiones del Upano diré también lo que vi en Macas. Pues, ya en Macas, se ven los primeros árboles de cacao, que van aumentando en cantidad y en calidad río abajo. En Macas vi también, en estado silvestre, el caucho, la quina, el guabo, el zapote, la toquilla, la pita, la almendra, la habilla resinosa, y cien otros productos, a cuál más preciosos, tanto para la farmacia como para

---

114 *Nota del autor.* Por informaciones de los macabeos supe que en los alrededores de Macas y regiones del Upano hay cosa de 4.000 jíbaros.



la perfumería y más industrias; allí se ve también el laurel y el copal, cuyo producto sirve para el alumbramiento de los salvajes. Las maderas de construcción y ebanistería son asimismo abundantes y varias; como el higuerón, el lailapo, el huashique, el huayacán, el cedro y muchos otros.

Además, cultivan los macabeos en ese fecundo suelo, bañado por el Upano y el Jurumbaino, lo siguiente: caña de azúcar, café, algodón, plátano, fréjol, maní, achiote, arroz, calabazas, ají y tubérculos, como el camote, la yuca, la zanahoria, que es delicada como una mantequilla, el sango, la atzera, etc. Cultivan también en Macas muchas clases de fruta, como la pomarrosa, la anona, la naranja, la piña, la guayaba, la guaba, de varias clases, cuyas vainas tienen hasta cincuenta y sesenta centímetros y cuya carne es delicada y abundante. Los limoneros son allí tan frondosos como no he visto en otra parte. La guayusa, que en las selvas vírgenes se ve en estado silvestre, también la cultivan tanto los macabeos como los jíbaros, y es para ellos lo que el té es para los chinos, lo que el mate es para los argentinos. En la cuenca del Upano o Kamusa no sólo abunda el precioso árbol de laurel, del que sacan la cera, sino también aquel otro cuyo fruto es la uvilla, que tiene cierta semejanza con la uva. Este árbol florece en mayo, y entonces la miel de abeja abunda en Macas, por cuanto este insecto chupa la flor de la uvilla.

En cuanto a otros productos preciosos que se ven en Macas, oigamos a Alcedo<sup>115</sup>:

Pero la principal cosecha que cultivan —dice hablando de los macabeos— es el tabaco, que se recoge con abundancia y llevan en rollos a vender a todo el Perú, con particular estimación por su buena calidad... Todo este partido —continúa— está cubierto de ásperos bosques, en que se encuentra el árbol Estoraque, cuya resina es un aromático muy

---

115 *Nota de los editores.* Se refiere a Antonio Alcedo y Bejarano, autor del *Diccionario Geográfico de las indias occidentales o América*, entre (1789). Al parecer, la referencia a Alcedo es una cita indirecta tomada del *Informe de la Misión Científica Tufiño-Álvarez enviada por el Gobierno a las Regiones de Macas en febrero del presente año* (1912). En Hidalgo Nistri, Fernando, 2020, p. 163.

precioso... Lo mismo decimos de los minerales de polvos azules, que hay de sobresaliente calidad. Se hallan también árboles de canela, de mejor calidad y diferente de la de Quijos, porque están en parajes más despampados, donde logran el beneficio del sol y del aire, como lo prueba un árbol que por casualidad y cuidado está cerca de la capital (Macas), que da una corteza tan delicada al gusto y tan fragante que excede a la mejor del Oriente, y en su flor sobresale la calidad.

Con respecto al Estoraque, de que nos habla Alcedo, puede decirse que no sólo existe esta especie de incienso, sino también otra clase de incienso, en forma de bejucos, y aquel otro precioso que los macabeos llaman *chicahuiña* y los jíbaros *chicaina*, que asimismo se extrae de la corteza de un árbol como el Estoraque, y que produce, al quemarlo, un aroma delicioso.

¿Y el canelo? Basta decir que este árbol puede por sí solo hacer las delicias de Macas, no sólo por su frondosidad y apariencia de redoma, no sólo por su abundancia, puesto que se lo ve en grandes grupos por todas partes, sino también porque todo él es utilizable y delicioso, desde la leña, que al arder hincha de fragancia los aires, y la hoja, que le sirve al natural del país para aguas aromáticas y estomacales, hasta la corteza, que es la canela, y la preciosa flor, que es el ishpingo. Estos canelos son, sin duda, superiores a los de las otras regiones del Oriente, por cuanto proceden de los famosos que el Rey de España hizo venir hace siglos desde Ceilán, y los mandó plantar en el actual territorio de Macas.

El ganado es allí soberbio: no tienen los macabeos más que unas 500 cabezas, pero es extraordinario su desarrollo. Una vacona, al año y medio está con cría. Al ver esa enorme cordillera del Cutucú, con sus suaves ondulaciones y declives, con sus numerosos arroyos; al ver esas ilimitadas llanuras, que de norte a sur se extienden allí entre el Cutucú y los Andes, y aquellas otras llanuras, más extensas todavía, al otro lado del Cutucú, y al ver esas otras vertientes de los Andes hacia el Santiago, el Zamora y el Paute, muchas veces he pensado que el Ecuador, por la industria pecuaria, llegará un día a ser tan rico, y más que el Uruguay y la Argentina.

Macas, como todo lo que he recorrido en el Oriente, es muy sano. Y en cuanto a su agradable temperatura, repetiré lo que dijimos en el informe Tufiño-Álvarez, en que se lee lo siguiente:

Una observación digna de notarse, es que a un metro de profundidad el subsuelo de Macas marca una temperatura de 22° 5' constantemente, de noche y de día, cualidad preciosa, que es propia de los países tropicales, si hemos de creer a Humboldt, cuando dice: "Bajo los trópicos, la capa invariable se encuentra ya a un pie debajo de la superficie, circunstancia de que Boussingault ha sacado partida, para determinar de una manera sencilla, y a su juicio muy segura, la temperatura media de la atmósfera local.

Uno de nosotros tuvo la ocasión de escuchar en el Observatorio Meteorológico de Montsouris, en París, a un sabio, que creía que una temperatura fija a toda hora del día y de la noche, entre los 22 y 25°, era ideal para la agricultura. Tenemos, pues, la satisfacción de dejar constancia de que la agricultura en Macas está llamada a un porvenir envidiable<sup>116</sup>.

Como, además de los deberes que me imponía la excursión, tenía también otros deberes morales y sagrados, propios de mi estado, en el deseo de cumplirlos todos, puesto que contaba con la debida autorización, me dediqué a predicar a mis buenos amigos de Macas una tanda de Ejercicios Espirituales, como preparación para el cumplimiento de la Pascua. El éxito no pudo ser más satisfactorio: con más de doscientas comuniones y cincuenta bautizos se terminó la misión.

Muy natural era que nuestra salida del Oriente se verificara por Riobamba, como que por ese lado la distancia era más corta y el camino más trillado; pero compromisos de diversa índole nos obligaron a retornar a Méndez, para salir por el camino que los Misioneros Salesianos construyeron a fuerza de sacrificios inauditos.

Estando, pues, de regreso, volvimos a pernoctar en casa de la familia Abarca, que nos esperaba desde hacía horas, para servirnos un suculento ágape. Al siguiente día por la mañana, accediendo a su pia-

---

116 *Nota del autor.* Eudófilo Álvarez. Conferencia pronunciada en el Colegio Vicente Rocafuerte de Guayaquil, pág. 15.

dosa invitación, bendije el lugar, dándole el nombre de Miraflores, que fue al gusto de la familia. Actuaron como padrinos el señor Miguel Jaramillo, Ignacio Romero y Juan Bautista Loyola. Con este motivo se organizó una simpática demostración en honor de los padrinos, quienes, a su vez, correspondieron con muestras de acentuada benevolencia.

Las pequeñas ocupaciones de la mañana absorbieron más tiempo de lo que pensábamos; y he aquí que, entre una cosa y otra, nos demoramos tanto que no pudimos ponernos en camino, sino a las diez, hora en que dimos el adiós a los buenos amigos de Miraflores.

### **Excursión a la confluencia del Upano con el Namangosa ya formado éste con el Chupianza**

De regreso a Méndez tuvimos la gratísima satisfacción de encontrarnos con el Ilmo. Mons. Comín, obispo de las Misiones, y con los caros amigos P. Salvador Duroni<sup>117</sup> y Francisco Torca, los que durante nuestra ausencia habían venido de la sierra para visitar la expresada Misión.

Durante el mismo día de nuestro arribo habían ultimado los preparativos, a fin de realizar, al día siguiente, una excursión a la confluencia de los dos grandes ríos, distante cuatro leguas de la Parroquia.

El cansancio y agotamiento de fuerzas a que nos redujo la marcha de los días anteriores no fueron suficientes para obligarnos al descanso; por lo que Jaramillo y el suscrito no esperaron una segunda invitación para formar parte de la nueva comitiva, compuesta del Ilmo. Comín, del señor Daniel Villagómez, del misionero P. Corbellini, del P. Torca, secretario del señor Obispo, del señor N. Becerra, empleado de casa, del joven Hermenegildo Rivadeneira, y de dos o tres más, cuyos nombres se nos han ido de la memoria.

---

117 *Nota de los editores.* El P. Salvador Duroni (Piacenza, Italia, 1874; Guayaquil, 1938) llegó a Ecuador en 1910 y fue director del Colegio Cristóbal Colón de Guayaquil desde 1911 a 1921. Estuvo en la misión de Méndez (1922-1923) y luego fue el primer director de la misión de Macas (1924-1930), luego de lo cual se desempeñó en obras de Quito y Cuenca.

El 26 de abril amaneció lloviznando, pero no de modo tal que nos obligara a suspender el viaje.

El señor Obispo, armado de un palo a modo de cayado y botas rodilleras, y los demás, con chontas a medio labrar y *zapatos de baile*<sup>118</sup>, emprendimos la marcha por caminos sembrados de obstáculos y dificultades. La fatiga tuvo algo más de siete horas consecutivas; pero, al fin, llegamos a la meta, al vértice del triángulo, desde el cual, con pasmosa admiración, contemplamos el encuentro de esos dos formidables monarcas de la selva: el Upano y el Namangosa. Este, de tumbos violentos, precipitados torrentosos, se perdía ante el volumen más rumoroso, más imponente y más atronador del Upano. Al echarse éste sobre el anterior, lo estrecha, lo repele, lo arremolina contra la peña; salta el agua del Namangosa, cae sobre el Upano, forma cataratas, hervideros, remolinos, se entabla una lucha tempestuosa, un murmullo colosal...vence el Upano, y carga río abajo con el inmenso volumen del vencido.

A pocos pasos de la confluencia hay una cueva natural, formada por una roca granítica y con una capacidad para dieciocho o veinte personas. En ella se reparan de la lluvia, y es la posada obligada de los excursionistas, que la han bautizado con el nombre de “Hotel del Upano”. El señor Miguel Jaramillo lució sus habilidades, enfocando el paisaje, con los excursionistas, en dos diferentes posiciones.

### **Fin de la excursión. Regreso a Guayaquil. El camino de Méndez**

Tres días de reposo en Méndez, nos dejaron expeditos para emprender la salida del Oriente por el camino que están construyendo los Padres Misioneros. Este era entonces una simple trocha y no ofrecía facilidades ni seguridad para la vida. Hoy, poco tiempo después, ha llegado o está llegando a convertirse en una vía perfectamente practicable.

De los 120 kilómetros que comprende la obra del camino desde la parroquia de El Pan a Méndez ya lleva más de cuarenta kilómetros

---

118 *Nota del autor.* Así se llama en el Oriente el calzado que consiste en envolver el pie con trapos, cubriéndolo por último con cuero de res o de venado.

en estado de servicio, es decir, más de la tercera parte, o una jornada a caballo; el resto siguen trabajándolo con ahínco, y esperan dejarlo apto para el tráfico dentro de un tiempo relativamente corto. Todo esto se debe al sacrificio y a la constancia de los religiosos misioneros, que personalmente recorren las montañas, levantan planos y vigilan de cerca los trabajos.

El P. Albino del Curto<sup>119</sup> es uno de esos hombres de espíritu, que, puesto al frente de la obra, no escatima privaciones personales de toda índole, con tal de vencer los obstáculos de la naturaleza brava, y dar a las Misiones y a la colonia residente en Méndez las ventajas de una salida cómoda, pronta y poco fatigosa.

El Gobierno, por su parte, no es indiferente a esos trabajos; sabe que ese camino le pondrá en condiciones de vigilar ese lado del Oriente, y más tarde, abrirse paso al Santiago; y por eso, le proporciona su contingente, módico, sí, pero que no deja de ser un aliento para esos dignos y valientes religiosos, en unión de sus colonos.

Por ahora se están colocando los puentes y utilizando el material obsequiado por el Gobierno de Italia a las Misiones del Ecuador. El P. Crespi<sup>120</sup>, que fue el portador de ese material, desde su arribo a estas playas trató de formarse un concepto general de la Nación: visitó la Capital, se dio cuenta de algunas provincias interandinas, y, de regreso, pasó a las Misiones del Oriente, en donde, con verdadera constancia,

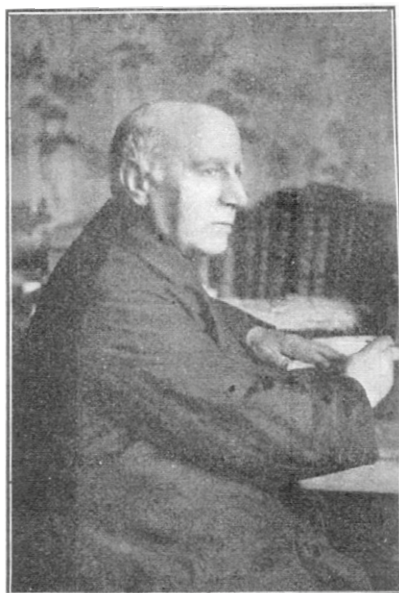
---

119 *Nota de los editores.* El P. Albino del Curto (Lombardía, Italia, 1875; Guayaquil, 1954) llegó a Ecuador en 1903 donde fue asignado a Ambato y Riobamba. En la Amazonía, fue director de la misión de Gualaquiza (1909-1910), fundador de las misiones de Indanza (1914) y las de Méndez (1916). Trazó el camino Cuenca-El Pan-Méndez a partir de 1917.

120 *Nota de los editores.* El P. Carlos Crespi (Lagnano, Italia, 1891; Cuenca, 1982) fue encargado de la propaganda de las misiones salesianas con ocasión del Año Santo (Roma, 1925) y las Bodas de Oro de las Misiones Salesianas (Turín, 1926) por su perfil de científico doctorado en ciencias naturales. Con ese fin llegó a Ecuador en 1923. Existe un relato de viaje al Pongo de Manseriche publicado por el *Bollettino Salesiano*, en 1924. Apoyó la construcción del camino Pan-Méndez y contribuyó desde Cuenca, a donde arribó en 1927, a la consecución de fondos. Hoy es Beato y es un personaje que forma parte de la identidad cuencana.

se dedica a un estudio paciente y detenido de Antropología, Orografía y el Sistema Hidrográfico, sin descuidar la Fauna y la Flora.

Esperamos, pues, que en un no lejano tiempo nos sorprenda alguna de sus obras de verdadero mérito científico, que, en asocio de las que nos dejaron los ilustres Alexander von Humboldt, Joseph de Jussieu, Luis Sodiro, Enrico Festa, Hipólito Ruiz y José Pavón, Teodoro Wolf, Charles Marie de La Condamine, William Jameson<sup>121</sup>, etc., venga a aumentar la galería de las obras de los beneméritos de la ciencia.



**Imagen 37**

*Rdo. P. Matías Buil, Cura  
párroco de "El Pan"*

---

121 *Nota de los editores.* De estos nombres, el del naturalista italiano Enrico Festa (1868-1939) es el más directamente relacionado con el itinerario de Marcial Yáñez en la región de Gualaquiza. Festa, por encargo del Museo de Ciencias Naturales de la Universidad de Turín, visitó Gualaquiza entre 1895 y 1898, e hizo de la misión salesiana de entonces un punto de apoyo muy importante. El coadjutor salesiano Jacinto Pancheri desarrolló con Festa una especial relación de apoyo y colaboración. El informe de su viaje recoge importantes informaciones sobre la situación de los shuar así como de la misión. Ver Festa, Enrico. ([1909] 1993). *En el Darien y el Ecuador. Diario de viaje de un naturalista.* Monumenta Amazónica. Iquitos, CETA; Quito, Abya-Yala.

El 5 de mayo tocábamos en la villa de Praga, perteneciente a la parroquia de El Pan, en el Azuay. Allí el P. Matías Buil<sup>122</sup>, párroco del lugar, nos acogió con muestras de singular aprecio, puso a nuestra disposición la casa de la parroquia, facilitándonos generosamente cuanto las circunstancias lo demandaban. ¡Mil gracias por sus bondades!

En esta misma parroquia pasamos por el dolor de despedirnos de nuestros amigos y compañeros de excursión, los jóvenes Ignacio Romero, Juan B. Loyola, Luis Murillo y Juan Salazar, que, por diferente camino, volvían a sus hogares, satisfechos y con la conciencia del deber cumplido.

Como el trabajo fotográfico corrió todo a cargo de mi compañero de viaje, el valiente señor Miguel Jaramillo, que a sus gastos considerables unió también la labor personal, haciendo justicia al mérito, declaró que sin su apoyo moral, pecuniario y personal yo no habría dado un paso de Guayaquil, ni esta pequeña obra habría tenido el alcance que lleva. Por consiguiente, es a él a quien, en gran parte, debo mis trabajos y mi gratitud, porque en él reconozco la expresión del palpitante y verdadero amor a la Patria.

A la presente obra seguirá más tarde, como apéndice, un tratado sobre la Fauna y Flora del Oriente.

*Guayaquil, 1 de febrero de 1924*

---

122 *Nota de los editores.* El P. Matías Buil Grau (Huesca, España, 1861; Gualaquiza, 1930) ingresó al Ecuador en 1910. Hizo las veces del primer Vicario Apostólico, Mons. Santiago Costamagna, mientras duró la prohibición de su ingreso a Gualaquiza. Fue parte de la misión de Gualaquiza entre 1912 y 1914 y realizó una excursión a Méndez con el P. Francisco Torka en diciembre de 1915 donde adquirieron el terreno de la futura misión. Su labor se concentró en Gualaquiza e Indanza. Luego, radicó en Cuenca donde dirigió el grupo de obreros Alianza Obrera y lideró la publicación *Granito de Arena*. Entre 1918 y 1920 laboró en Macas.